

Daniel Ruiz

EL CALENTAMIENTO GLOBAL

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Primera parte. El capital humano

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

Segunda parte. El compromiso social

18

19

20

21

22

23

24

25

26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42

Tercera parte. El desarrollo sostenible

43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64

Coda. El pensamiento positivo

Créditos

Sinopsis

Federico Castilla es director de Responsabilidad Corporativa y Desarrollo Sostenible de Oilgas International, multinacional del sector petroquímico con implantación en Europa, África y Oriente Medio. Una mañana recibe una llamada desde Oilgas Ibérica, su planta de distribución de refino en España, y le comunican que se acaba de producir un accidente laboral en dicha planta; un empleado, que ha caído desde varios metros de altura mientras realizaba trabajos de reposición de luminarias, se encuentra en estado crítico. Inmediatamente, se activan todos los protocolos y Federico toma un avión para viajar hasta Pico Paloma, la población donde está la factoría. Se trata de un municipio enclavado en pleno parque natural de El Roqueo, en una zona del litoral donde convive la industria petroquímica, la actividad turística y el paisanaje local. Sobre ese espacio, la planta de Oilgas se erige como un gran agente dinamizador económico y social, pero también como una instalación altamente contaminante. Las políticas de Responsabilidad Corporativa desarrolladas por la firma, sin embargo, que supuestamente buscan devolver a la sociedad todos los beneficios que de ella obtiene a través del patrocinio y las ayudas directas, operan como un verdadero agente silenciador de voluntades. Todas las instituciones y organizaciones representativas del entorno, desde las asociaciones vecinales hasta el ayuntamiento, pasando por los clubes deportivos e incluso por las asociaciones medioambientales, participan de esta política de silencio, haciendo posible que la empresa siga llevando a cabo su labor sin ninguna resistencia. En su estancia en Pico Paloma, Federico vive pendiente de la evolución de Manolín, el empleado que sufrió el accidente. Entretanto, cada noche, Federico acude al piano bar del Aljaraluz Costa, el hotel resort en el que se aloja. Y allí, mientras remata el día tomando unos whiskies, contempla embelesado las actuaciones de Amanda, la cantante del dúo de músicos que actúa en el piano bar.

DANIEL RUIZ
EL CALENTAMIENTO GLOBAL

TUSQUETS
EDITORES

Primera parte
El capital humano

Al principio es una araña, siempre es una araña en los comienzos. De patas finas, casi hilachas, mecidas por la corriente como lánguidos gusanos afilados. Que poco a poco se estiran como la plastilina. Y entonces son más bien como venas, como surcos de pana, como arados asimétricos contemplados desde la distancia. Solo que en ese cultivo no hay nada productivo, todo es materia muerta, todo es ponzoña, residuo descompuesto, infierno hecho trizas: grumos de caries destilando su negrura sobre el horizonte.

—¿Todo bien? ¿Se ha tomado un ibuprofeno?

Mónica, siempre tan atenta y considerada.

—Sí, sí. Una Enantyum. Es lo único que me quita el dolor. Pero no se va.

Federico supera la mesa de la secretaria y enfila el pasillo. Las punzadas siguen ahí, son como un tam-tam descomunal, como los desmesurados tambores con los que los salvajes reclamaban la presencia del monstruo en la isla de Kong. Ojalá King Kong llegara y de un zarpazo le arrancara la mandíbula, piensa Federico, y se llevara consigo este puñetero dolor.

Todo cuesta hoy. También la orina.

—Hombre, Castilla.

En el hilo musical del baño suena la *Lambada*. Es una sintonía muy propicia. Hecha para Irigoyen, el Rey de la Rumba del Departamento de Controlling. Un puñetero psicópata del control financiero. Quien vive del control necesita el control. Y marca el territorio. ¿Por qué, habiendo diez urinarios, todos vacíos, tiene que venir a mear junto al de Federico?

—Cómo vamos.

—Estoy hecho una mierda. Se supone que es la muela del juicio.

—Ahora.

—Sí, ahora.

—Un poco tarde para eso, ¿no?

Al final, claro, lo esperable: las ganas de acabar con la escena hacen que Federico no se la escurra lo suficiente, y las gotas deladoras queden allí, sobre el pantalón gris marengo, como vulgares galones de su retirada.

—¿Cuándo tendrás la memoria? —Irigoyen sigue enfrentado a la porcelana, una mano en el costado, la otra entre las piernas, la cabeza levantada mirando al techo.

—Ahí vamos. —Todo cuesta hoy. También que llegue el agua caliente—. Si no hay imprevistos, para final de mes.

De regreso a su despacho, la mueca de la secretaria le resulta demasiado sobreactuada. Lo observa como quien contempla a un niño pequeño con mucha fiebre.

—Ha llamado su mujer —dice—. Para preguntar cómo iba con lo de la boca.

—Gracias, Mónica. No me pases llamadas.

Sentado en la silla, con el logotipo de Oilgas recorriendo las esquinas de la pantalla de su ordenador (lleva en modo pausa casi todo el día), Federico recuerda la conversación con Mamen de esta mañana. Tienes que aflojar con Arancha, sabes que ella te adora, pero no tiene por qué compartir tu forma de pensar. Sé que no es ella, había contraatacado él, es el soplapollas del novio. Había sido recordar al novio, su intachable suficiencia, su imbécil e imberbe discurso, su pelambre indomable, y sentir el trallazo en la encía. Por Dios, había gritado, como un conjuro. Porque después de la segunda Enantyum del día el dolor seguía allí, obcecado, pejuguera, insistente.

Todo cuesta hoy. Le había pedido a Mónica que no le pasara ninguna llamada, que no había nada que no pudiera esperar. Pero había servidumbres que iban implícitas en el sueldo. Y cuando la secretaria le ha comunicado que quien llamaba era Martín Muniera, el director de la planta de Pico Paloma, ya sabía que el día, inevitablemente, iba a ir a peor.

—Ha sido hace un par de horas. En la BC2. Dos operarios estaban sustituyendo luminarias. No sabemos cómo, pero uno de ellos ha resbalado y ha caído al vacío. Nueve, diez metros.

—¿Muerto?

—No, de momento. Ha venido la ambulancia. Está en el Hospital Comarcal. Pero tienes que venir.

Al principio es una araña. Las patas se afilan, y poco a poco adquieren la forma de larvas. Gusanos sin ojos que con su baba espesa van manchando la superficie. Como un dolor sin escapatoria. Como un ensayo de muerte.

—Mónica. Gestióname el vuelo. Tengo que salir para Pico Paloma.

Todo está en su voz. Sobre todo cuando canta *La chica de Ipanema*. «*Moça do corpo dourado, Do sol de Ipanema, O seu balançado é mais que um poema, É a coisa mais linda que eu já vi passar.*» Es ahí donde todo encaja, alejándose de lo vulgar, elevándose hacia otra dimensión.

A lo largo del año está obligado a viajar por las diferentes plantas de Oilgas con una frecuencia que con la edad cada vez le parece más excesiva. Hoy toca Pico Paloma, la semana que viene o la siguiente Birmingham, dentro de un mes Oporto y mañana mismo quién sabe. Pero tanta trashumancia tiene algunas compensaciones. Así, aunque lleva viniendo al Aljaraluz Costa desde hace tres años, tiene que reconocer que en los últimos nueve meses todo se ha vuelto más sencillo en este destino. Nueve meses, quién lo diría: parece que fue ayer cuando, en una de sus terapéuticas visitas nocturnas al piano bar del hotel, tras la cena, se topó por primera vez con ella, con la *garota* de Ipanema, con su voz y su desmayante cuerpo en medio de la diminuta pista, coloreado por la estridente iluminación de un cañón de luz. Y ahora que vuelve a verla sobre el escenario, mientras el barman le sirve un whisky, siente que, de algún modo, todo encaja otra vez, todo se recompone y vuelve a ser como debe.

Nada más llegar a Pico Paloma, después de alquilar el coche en el aeropuerto —un Maserati GranCabrio de color negro: adora los coches italianos—, había acudido al hospital. En la sala de espera se topó con algunos empleados, los distinguía por sus monos corporativos. Allí también estaba Rodrigo Tena, el director de Recursos Humanos de la planta. Fue quien le puso al corriente de los detalles: el trabajador estaba realizando trabajos de sustitución de las luminarias desde hacía varios días junto a otro compañero. No llevaba puesto el arnés reglamentario en el momento de la caída, porque el Departamento de Seguridad y Prevención estaba llevando a cabo la renovación de los equipos conforme a los requerimientos de la nueva norma ISO y en ese momento no había ninguno disponible. Federico tuvo unas ganas instantáneas de estrangular al responsable de Recursos Humanos, pero se conformó con atusarse el cabello. Cómo es posible, susurró, y por toda respuesta Rodrigo Tena emitió un suspiro. Era una evidente señal de incompetencia, inadmisibles en pleno siglo XXI. Una descomunal cagada que lo complicaba todo. Detrás del cuerpo afligido del responsable de Recursos Humanos, distinguió a la que con toda seguridad era la esposa del accidentado: en una de las sillas de plástico de la sala de espera, su cuerpo parecía como derretido, blando, una masa consumida por la tristeza, orlada por varias mujeres que le ofrecían consuelo.

—Lo siento mucho, señora. Federico Castilla, director de Responsabilidad Social

Corporativa y Desarrollo Sostenible de Oilgas.

La mujer se levantó: agarró su mano y trepó hasta su rostro para darle dos besos. Un pensamiento cruel, impropio, se cruzó en su cabeza: la sensación de que a ella le resultaba atractivo. Mantuvo su mano apoyada en el hombro de la mujer, y mentalmente, no sin cierta dificultad, recordó su nombre: Carmen. El trabajador se llamaba Miguel Ángel Mendieta. ¿O era Manuel Ángel? Se estaba haciendo viejo: cada vez le resultaba más complicado recordar los nombres compuestos.

—Sepa usted que estamos aquí para lo que necesite, Carmen —dijo, mirándola con fijeza a los ojos—. Oilgas es Manuel, Manuel es Oilgas.

—Me han dicho que está muy malito —contestó ella—. Pobrecito, mi Manuel.

Los diminutivos, proferidos con aquel tono plañidero, derrotado, lo aflojaron súbitamente: consideró que lo más natural era abrazar a aquella mujer. Inmediatamente, ella se aferró a su cuerpo, como si quisiera hundirse dentro de él. La escuchó susurrar entre sus brazos, y estuvo a punto de hacerlo, pero en el último momento lo descartó: besarle la cabeza hubiera resultado excesivo, desmesurado, teatral.

Por la mañana, después de que su secretaria le confirmase el horario del vuelo, apenas había tenido tiempo de hacer las maletas. Le pidió a Mamen, mientras conducía hacia su casa, que fuera preparándoselas. ¿Tres o cinco?, había preguntado ella, y esa pregunta llevaba implícita la duración del viaje. Si eran tres trajes, el viaje podría ser corto, tres o a lo sumo cuatro días. Cuando preparaba cinco trajes, el viaje podría prolongarse durante un par de semanas. Tres, había aventurado Federico.

Tres, diez, quince, toda una vida de trajes contigo, piensa en ese instante, mientras a tres metros, acariciada por las luces, la chica de Ipanema se balancea al tiempo que canta *Toda una vida*; con una mano sostiene el micrófono inalámbrico, la otra la mantiene apoyada en el órgano eléctrico en el que su compañero, un pianista metido en carnes y con una escueta coleta, se esmera con el acompañamiento.

La penumbra de las mesas ayuda a la contemplación, restándole furtividad, aunque ella, bajo los focos, se sabe observada. De hecho, nada más sentarse, lo ha mirado y, entre verso y verso de *Si tú me dices ven*, ha sonreído. Le ha parecido incluso que cantaba con más brío la canción. «Reír contigo, llorar contigo, será mi salvación», ha cantado, y a Federico una procesionaria le ha trepado por la espalda. Ahora hasta el dolor de muelas parece haber desaparecido, la combinación de la voz de la cantante con el sorbo de whisky le resulta prodigiosa, pero más prodigioso aún le resulta su aspecto, la ese serpenteante de su cuerpo de formas precisas cimbreándose al ritmo de su garganta, las lentejuelas plateadas de su vestido, que apenas le cubre los muslos, como diminutos espejuelos, inundando de esquirlas de luz el perímetro del escenario. Una pareja de ancianos sale a bailar, y por un instante la chica de Ipanema se muestra vulgar, muy bien hecho, jóvenes, jalea, y los dos jóvenes, dos septuagenarios con pinta de turistas alemanes — él, con la cara muy colorada; ella, con el pelo oxigenado, como una marioneta con excesivos lavados—, sonrían a la joven y bailan agarrados. Los abuelos se mueven con torpeza, especialmente el turista parece algo pasado de copas, en un instante incluso pisa a su mujer, y Federico siente un acceso de irritación al observar la escena, le resulta en cierto modo indigno

que los dos guiris empañen así el equilibrio de la postal: el cuerpo plateado de la muchacha meciéndose ligeramente, el grotesco pianista acompañándola algo retirado de la luz, como sabiéndose impropio; el brazo fino y un tanto musculado de ella sosteniendo el micrófono, con las uñas largas —casi con seguridad postizas— a juego con el color plateado de su vestido; sus ojos cerrados cuando afronta el estribillo, concentrados en alcanzar la debida nota; en su cuello, una vena que delata su esfuerzo, sobresaliendo sobre un tiralíneas de pequeños músculos que denotan una actividad física más o menos regular. Pero sobre todo sus piernas, también recias, turgentes, perfectamente perfiladas y de textura escultórica.

Mañana tiene bastante que hacer: reunión con la asociación medioambiental AMPIPA, entrevista con Albertito Mesa, el responsable de Comunicación, despacho de algunos informes, la puñetera Memoria de Responsabilidad Social Corporativa que lamentándolo mucho tendrá que esperar, para fastidio suyo y para evidente alegría del idiota de Irigoyen. Pero todas esas obligaciones le resultan lejanas, inidentificables en el horizonte, un simple rumor que la chica de Ipanema mantiene silenciado con su voz y su presencia. Qué importa mañana, si ni siquiera le duele la muela. Y ahora que el camarero está retirando los vasos de la mesa vecina, le parece que llamarlo y pedirle un nuevo whisky es la cosa más lógica del mundo. Por supuesto, tomará la penúltima.

Bueeeeeenas noches, amigos, bienvenidos una vez más a mi canal, al habla Dj Gamer. ¿Cómo estáis, amiguitos? Por aquí todo bien.

A fuerza de vídeos, ha ganado en soltura, si bien aún le falta mucho para acercarse al nivel de sus referentes: Vegetta777, AuronPlay, DjMaRiio, Willyrex. Y hay cosas que debe cuidar más. Por ejemplo, ellos nunca callan, el flujo del discurso se mantiene constante a lo largo de todo el vídeo. Sin embargo, en su caso, hay momentos de inevitable silencio, por ejemplo cuando está eligiendo el arma más adecuada en el *Uncharted*, o cuando ficha jugadores si el vídeo va sobre el *FIFA16*, o cuando la concentración puede más que la puesta en escena en los últimos instantes de una lucha encarnizada en el *Clash Royale*. En esos momentos le cuesta mantener el hilo, y después, al revisar la grabación, antes de subirla al canal, esa disfunción es perceptible, hay una escandalosa diferencia entre lo que él hace y lo que hacen los youtubers top. Si bien, se consuela, debe rebajar su nivel de exigencia, teniendo en cuenta que su canal tiene solo 1452 suscriptores y que, sobre todo, él tiene solo once años.

Hoy os voy a hablar de los mejores mazos contra los montapuercos. Sí, amiguitos del canal, voy a contaros cuáles son los mejores mazos del Clash Royale. Por encima de todos, destacaría el mazo número dos, uno de los más eficaces, porque además requiere muy poco elixir. Y en esa parte del vídeo, ahora que lo está revisando, vendría fenomenal incrustar un rótulo, pero eso le llevaría demasiado tiempo porque le queda mucho por aprender aún con el Movie Maker, el programa de edición, y la clave de todo esto es la frecuencia; si pasan más de tres días sin subir un vídeo estás perdido, así que inevitablemente debe sacrificar la factura. El Movie Maker, por otro lado, también tiene limitaciones, y algunos suscriptores ya se lo han afeado, como Wallisa69, cuyo comentario lo destrozó: «kerer y no poder», había comentado escuetamente, antes de incrustar dos líneas de emojis carcajeantes. Un comentario sarcástico, directo, letal y destructivo, que le hizo pensar seriamente en la rentabilidad de su esfuerzo: aquel vídeo, sobre las cinco cosas que no debías hacer al crear tu avatar en el *Pro Evolution Soccer*, es el que le había costado más tiempo editar, porque había rotulado cada uno de los consejos intentando imitar las grafías de Robert PG, con un resultado bastante discutible que había sido objeto de cruel mofa por parte de algunos *followers*, como Wallisa69. Por tanto, de momento era mejor mantener la sobriedad, ir a lo directo. Es, de hecho, lo que hacía Vegetta777, y ahí lo tenías, por encima de los veinte millones de suscriptores, y ganando dinero a espuestas. Todo eso llegará, cada cosa a su tiempo, aunque los comienzos desde luego no estaban siendo fáciles. Los dos primeros meses, hacía ya un

año, fueron muy ilusionantes: con apenas cinco vídeos, pasó de cincuenta seguidores a más de quinientos. Pero los últimos meses habían sido los más duros: solo una media de unos cinco seguidores nuevos al día, así hasta llegar a la raquítica cifra de los poco más de mil cuatrocientos que tiene hoy. De hecho, otro compañero del colegio, de su edad pero de un curso superior —este año está repitiendo Quinto, todos sus amigos han pasado a Sexto—, tiene un canal que le duplica en número de seguidores. Se llama Ramón, pero su nick es JamiroK, una desviación del nombre de un cantante que le gusta mucho a su padre. Sus vídeos son evidentemente más aburridos, además Ramón ni siquiera vocaliza, sin embargo es más regular en sus actualizaciones, por eso lo mira por encima del hombro en el recreo y el otro día incluso se permitió hacerle una recomendación mientras bebían de la fuente del patio.

—A la peña le gusta que no solo hables de juegos. Les encanta que cuentes un poco de ti.

Menudo gilipollas. El tiempo, estaba seguro, le daría la razón: deseaba que llegara pronto el día en que por fin superara al idiota de Ramón. Entonces abriría el YouTube en su móvil y le estamparía la cifra en la cara, y además delante de todos los compañeros, para que quedara testimoniado: mira, JamiroK, Dj Gamer se te ha cagado encima.

Está tan concentrado en ese momento, en la recreación de la futura venganza, que ni siquiera oye la llave en la cerradura de la puerta y el trajín de su madre al entrar. De lo contrario, hubiera procedido como de costumbre: de un salto se habría metido en la cama, no sin antes apagar el monitor. Pero hoy no se ha percatado siquiera de que tiene la música puesta.

—Dios mío, Nicolás, no me lo puedo creer.

Ya está todo perdido, lo han pillado con las manos en la masa, de nada vale disimular y fingir, no sé, que se ha levantado porque ha olvidado hacer un trabajo en el ordenador, o que sentía miedo y no podía dormir, o incluso un episodio de sonambulismo. A pesar de que el aspecto de su madre no es bueno —rímel del ojo izquierdo corrido, pelo algo revuelto, indudable cansancio—, el vestido de lentejuelas plateadas lo impele al recurso del piropo conciliador.

—Qué guapa estás.

—Voy hecha un cisco, Nicolás. —Pero ella está demasiado extenuada para iniciar una discusión. De manera que simplemente se inclina sobre la coronilla de su hijo y le da un beso—. Cierra el chiringuito y te acuestas, por favor. Que mañana hay cole.

Tiene que darle las gracias al cansancio de su madre. Porque en otra circunstancia, la riña habría sido memorable: el reloj digital marca las tres y veinticinco de la mañana. Así que Nicolás apaga la luz del flexo y corta la música. Antes de tumbarse en la cama, pulsa el botón de *Upload now*. El arrullo del ordenador en la habitación a oscuras, subiendo un nuevo vídeo a su canal, lo reconforta: es su nana, su canción de cuna.

Las llaman las casas baratas, también las casas del Patronato, aunque la denominación más común es los Gusanos. Cuando alguien se refiere a los Gusanos en Pico Paloma, enseguida quien escucha, si conoce la zona, sabrá ubicar la promoción: las cuatro hileras de viviendas sociales que quedan junto a la marisma, a la espalda de la carretera de la esclusa, esos horrendos edificios con forma de orugas que parecen estar bebiendo de las aguas del estuario.

Los Gusanos es una barriada humilde, de gente trabajadora, tanto en la planta de Oilgas como, sobre todo, en el floreciente turismo y en el sector servicios: camareras de habitaciones, dependientes de supermercado, empleados de hotel. Los que no trabajan, que también los hay, se buscan la vida. Todos habitan en los Gusanos, aunque ellos mismos confiesen con sarcasmo que más bien pertenecen a los mosquitos. Porque si en algo es generosa la marisma, además de en olores que evocan los estadios de descomposición del huevo, es en mosquitos. Aunque la mayor parte de los vecinos ha instalado mosquiteras y se pertrecha con todo tipo de soluciones para combatir los insectos, es imposible que no acaben topándose con ellos. De manera que, junto a los ronquidos, uno de los ruidos más frecuentes en la noche de los Gusanos es el chasquido violento de manos contra la piel.

Desde hace un tiempo impreciso, está sitiado por un aeroplano. El aeroplano se acerca y se aleja de él, dando pasadas muy bajas sobre su cabeza. Tiene delante el mar, y en lugar de estar dentro del agua, mariscando coquinas, como a él le gustaría, está ahí sentado, intentando vislumbrar cuándo aparece sobre él la panza de la avioneta. Porque es muy extraño. Él aseguraría que no está borracho, sin embargo tiene dificultades para ver el cielo con claridad, de hecho la avioneta le pilla de improviso, casi peinándole el ralo cabello, otra vez ahí arriba, zumbándole la oreja, ahora mismo posada en la piel.

El guantazo involuntario le hace abrir los ojos. Y al cascabeleo del puñetero mosquito le sucede un pitido agudo: se ha golpeado con la palma abierta en todo el oído. Putos mosquitos del carajo, es imposible doblegarlos. Pero es cierto que los tapones de oído suelen ayudar. Anoche había llegado tan borracho que se olvidó de ponérselos. También se olvidó de ponerse una camiseta, así que despierta con el torso desnudo. Desde la horizontal del catre, la barriga le abulta como un enorme saco de carne. Más allá de la barriga, al otro lado de la puerta abierta, está la cocina americana, con el fregadero atestado de vajilla sucia. De repente, al comprobar la hora en el reloj de pared, le invade una infinita pereza: son las nueve y diez y hay tanto por hacer esta mañana... Aun así, hasta las once no tiene la visita de la gente de Oilgas al Banco de Alimentos.

Puede, por tanto, demorarse un poco más en la piltra. Pero es él mismo quien se expulsa de la cama. Porque el hedor de su propio pedo resulta incluso insoportable para él mismo.

Cuando por fin hace de vientre, se ducha y se lava los dientes, al salir parece otra persona. Y eso que ha preferido no afeitarse, y la barba de seis días le ensucia el mentón como si se hubiera restregado la barbilla con un trozo de carbón. Aunque está algo arrugada, la camisa de cuadros todavía aguanta un par de días. Lo mismo ocurre con el pantalón azul de chándal, con el que había dormido. De forma que antes de salir a la calle, con la camisa remetida bajo el pantalón y el pelo repeinado, se mira en el espejo y encoge un poco la barriga. Sí, confirma, antes de escupir sonoramente en el váter: a pesar de su sobrepeso, sigue conservando hechuras de torero.

Al abrir la puerta del piso, localizado en el Bajo del bloque tercero de los Gusanos, la luz de la mañana le hiere los ojos. De repente es como si unos dedos invisibles le hubieran apretado la zona superior de los globos oculares. Lo recibe, como de costumbre cada día, un mosquito impertinente, que acaba empotrado sobre el tatuaje de su antebrazo derecho, un corazón que ha adquirido una tonalidad morada, la única evidencia física del recuerdo de su exmujer.

Apoyado en la barandilla del soportal, desde el que contempla el sol de la mañana brillando sobre la marisma, y mientras está sopesando en su interior, siguiendo el dictado de su bajo vientre, si volverá o no a entrar en casa y visitar otra vez el váter antes de marcharse, ve aparecer a uno de los niños del bloque. Se llama, cree, Javier, o quizá Íñigo, o quizá, sí, ya es seguro, se llama Nicolás.

—Ya vas tarde —comenta él, mientras saca un cigarrillo de la cajetilla.

—¿Qué hora tiene, por favor? —pregunta el niño.

—Hace media hora eran las nueve y cuarto.

El niño, con los ojos legañosos y el pelo revuelto —es evidente que no ha pasado por el aseo antes de salir de su casa—, levanta la mano en señal de agradecimiento y echa a correr. En su espalda, el trote de la carrera hace que la mochila salte como si llevara un gnomo inquieto aferrado a la chepa. Por un instante, siente envidia del muchacho. Quién tuviera esa vitalidad, esa energía ahora. Es el último pensamiento antes de que los intestinos le den el aviso final. Definitivamente, entrará otra vez en casa.

—¿Qué pasa, Federico? No tienes buena cara.

Allí lo tiene, a Albertito Mesa, con su traje impecable, la piel de la cara como la de un recién nacido, y ese brío tan propio de los de su generación, que a él le pone tan nervioso.

—Nada. Llevo una semana muy fastidiado con la muela del juicio. El dolor viene y va.

Alberto conoce el caso de alguien a quien la muela del juicio se le infectó y tuvo que ingresar de urgencia porque había incluso riesgo de sepsis. Esas cosas parecen secundarias, pero son determinantes; la dentición influye en todo, también, aunque no lo parezca, en el corazón. Puñetero Albertito, con su cultura de revista divulgativa de quiosco, y con ese tono suficiente de saberse acorde con los tiempos, y no un dinosaurio, como él. La compañía, en sus distintas unidades de producción, está llena de Albertitos como este. Suerte que sigue mandando el organigrama, y que el Área de Responsabilidad Corporativa y Desarrollo Sostenible reporta directamente a la Dirección General. De otro modo, más de un Albertito habría intentado moverle ya la silla. Pero claro, aquí en Pico Paloma Federico tiene poco que decir: es Alberto Mesa quien conoce el terreno, quien aporta, como afirma engolado, la *expertise*. Y Federico no es tonto: ha aprendido a fingir que no se da cuenta de que en cuestiones de comunicación pretende conducirlo como a un niño.

—Es un asunto jodido. Tú lo sabes mejor que nadie: llevábamos 978 días sin un accidente en la refinería. Imagínate, casi tres años. De hecho, ya estábamos ultimando la producción de contenidos para una campaña local del programa Cero Accidentes. «Oilgas, mil vidas contigo.»

El responsable de comunicación guarda silencio después de recitar el *claim*. Debió de impresionarlo, no hay duda, cuando se lo presentó la agencia de publicidad. Y también espera su reconocimiento.

—Está bien —dice Federico—. Estaba bien. Porque ahora el contador vuelve a cero.

—Bueno. Es un trabajo hecho. Habrá que pagarlo.

Sabe que Albertito Mesa está sondeándolo. Porque todo lo que se refiere a campañas relacionadas con prevención, responsabilidad social y concienciación medioambiental debe pasar por él. Esos bocetos, el plan de medios, toda la estrategia debió de ser enviada a su correo en algún momento. Pero lo cierto es que ahora que ha escuchado el lema, Federico no recuerda nada.

—Por supuesto. Se liquida y a otra cosa.

Los tiempos han cambiado. En otra época, la suspensión de la campaña habría salido por un pico. Pero ahora casi todo es digital. Salvo algunas gráficas exteriores y algunos elementos de

señalética, todo se hace en Internet: banners, displays, campañas para redes. Incluso los folletos se abaratan: tantos folletos quieres, tantos imprimes. Las acumulaciones de cajas con folletos podridos en los almacenes han pasado a mejor vida.

—¿Y qué vamos a hacer con el asunto?

—De momento, hemos preparado un comunicado. Ya ayer nos llamaron desde todos los medios locales. Conté lo que había ocurrido. *La Voz del Roqueo* ha dado hoy un despiece. Pero poco más. Quedé con ellos en que hoy mismo les remitiríamos una nota. Así que la esperan.

Por supuesto, el eficiente Albertito ya la ha preparado. Y es buena, no hay duda. Los cachorros vienen pegando fuerte. Los colmillos bien afilados, las patas bien agarradas al terreno. Ni rastro de «accidente» en el comunicado, se habla de «incidente». Tono aséptico, lacónico, sin cargar las tintas, salvo en las alusiones a la estrategia de salud laboral y seguridad de la compañía, donde por supuesto no pueden faltar las menciones a las certificaciones de calidad.

—Ahí hay una errata. Pone «riegos». Es «riesgos». —Federico le devuelve la nota—. Lo demás está perfecto.

Después hablan del procedimiento. Federico, sí, volvería a pasar en las próximas horas por el hospital. Es importante, remarca Alberto —y Federico asiente en silencio; prefiere no enrarecer la conversación con sus comentarios: ya lo sé, hijo, cuando tú mamabas de la teta de tu madre yo ya estaba aquí—, que la familia del accidentado perciba cercanía, proximidad por parte de Oilgas.

—¿Y qué pasa con SIOG?

SIOG, el Sindicato Independiente de Oilgas. El enlace sindical es Carlos Soto, explica Alberto. Ya está en contacto con él. Obviamente, está muy pendiente del asunto, pero sabe lo que hay, no nos dará problemas.

—Pues vamos hablando, entonces. —Federico quiere terminar ya—. Tengo mucho que hacer.

—Claro, claro. —Albertito se mesa el cabello lacio hacia atrás—. Vas a reunirte con AMPIPA, ¿verdad?

—Qué remedio —confirma.

—Tú tranquilo. —Otra vez el aire suficiente, otra vez esa altanería de cachorro de máster descubriéndole el mundo—. Allí todo está controlado.

Parte de Pico Paloma está integrada en el Parque Natural del Roqueo. Un parque autóctono de cerca de mil hectáreas encuadrado en un espacio biofísico singular, caracterizado por un paisaje de marisma, pinar y cordón dunar y un clima suave de tipo mediterráneo. La zona incorpora una gran variedad de ecosistemas. Cuestiones como la salinidad, el viento o el estrés hídrico, derivadas de su proximidad a la costa, configuran un sistema de flora rico y diverso, donde se imponen el pino piñonero y también otras especies como los lentiscos y las retamas. Por lo que respecta a la fauna, además de las especies propias del litoral como los bivalvos (navajas, almejas o coquinas, estas últimas con un régimen de marisqueo muy restringido) o los crustáceos, el parque es un lugar preferente de asiento de aves migratorias. De este modo, en el Roqueo pueden observarse más de doscientas variedades diferentes al año, destacando, por su singularidad y aporte paisajístico, el flamenco, la garza imperial o el cormorán.

Pero antes de que fuera declarado espacio natural protegido, allá por los sesenta, el Roqueo vio cómo en su suelo proliferaba la implantación de la industria, principalmente petroquímica y gasista. Oilgas había sido la pionera y la única que, junto a una vieja cementera, continuaba todavía desarrollando su actividad en la zona. Ya que poco a poco se fue produciendo el desmantelamiento de la mayor parte del polo industrial: las grandes ingenierías volvieron sus ojos hacia países del Este y del norte de África, menos escrupulosos desde el punto de vista medioambiental, y a comienzos de los noventa solo quedaron en la zona la mencionada cementera y la sempiterna Oilgas. En este proceso fue decisiva la presión de algunas entidades, entre ellas AMPIPA, la Asociación Medioambiental de Pico Paloma. La crisis de la segunda mitad de los noventa, y el compromiso de permanencia de la vieja refinería, con las implicaciones sobre el empleo estable que ello suponía para la comarca, habían contribuido a un sensible cambio de percepción entre los habitantes del núcleo. Ya ninguno podía hacerse a la idea de contemplar el horizonte de la playa sin la presencia de las chimeneas de la factoría. A muchos, de hecho, les encantaba su imagen nocturna, cuando toda la instalación se llenaba de luces que hacían pensar en un sofisticado robot gigante.

En todos aquellos años, la sensibilidad, pues, había cambiado. Como también lo había hecho, y de qué modo, la propia AMPIPA. En 2017, la asociación soplaría las velas de su trigésimo cumpleaños. Todo un hito que merecía ser celebrado con pompa. Hacía tiempo que el resto de las asociaciones ecologistas, con Greenpeace a la cabeza, se habían batido en retirada, poniendo su objetivo en otros destinos industriales y naturales con más potencialidad mediática. En cambio,

AMPIPA siempre había estado allí, ejerciendo un papel de evidente contrapeso frente a los poderes públicos y privados dominantes. Si bien hacía tiempo que Oilgas estaba lejos del foco de sus demandas. Había otras reivindicaciones mucho más apremiantes: el trasvase a los acuíferos secos del parque, la caza furtiva de cormoranes o el marisqueo de coquinas en periodos de prohibición eran algunas de las principales.

La ocasión lo merecía, así que, por primera vez en mucho tiempo, la reunión con Oilgas se celebraba en la sede de AMPIPA. Por eso a primera hora habían enviado a una limpiadora para que se afanara a fondo con la sala de reuniones. El dichoso aseo era una implacable fuente propagadora de olores. La limpiadora, avisada, había aplicado al váter un bote de litro y medio de amoniaco perfumado, haciendo que la sala oliera ahora a guardería desinfectada. Perico, el secretario, ya había colocado los vasos con las botellas de agua en la mesa, y en su centro, de remate, un cuenco con caramelos de AMPIPA, una remesa sobrante de los donados para la última cabalgata de Reyes Magos. Todos se habían vestido formalmente aunque sin perder el aire informal, al fin y al cabo eran ecologistas y progresistas, salvo Méndez, el tesorero, que nunca renunciaba a la corbata y la chaqueta. Desde hacía un mes, contaban también con la ayuda de una periodista becaria, Berta Vela, a quien nadie había prevenido sobre la visita, y que por tanto se había presentado con su extravagante look habitual: el pelo tintado de amarillo oxigenado, recogido con dos coletas; los labios pintados de negro, a juego con las uñas; una camiseta de tirantes blanca, que dejaba al descubierto el tatuaje de su brazo derecho, desde más allá del hombro, en la zona alta del cuello, hasta las muñecas. Ellos eran, sí, una asociación progresista, pero había formas y formas. Eso le había dicho Juan Méndez a Javier Utrera, presidente de la asociación, por la mañana mientras tomaban café en el bar de la esquina, después de haber asistido a la entrada de la becaria en la oficina. Javier, más comprensivo, le había quitado hierro: es una niña, y de otra generación, la gente joven era toda así. Además, qué más podían pedir, iba a estar en AMPIPA seis meses, haciendo una importante labor de difusión, y sin costarles un duro. De hecho, había sido el propio Javier Utrera quien se había peleado con el Departamento de Prácticas de la universidad para que incluyeran a la asociación en la nómina de entidades receptoras de alumnos en prácticas. Necesitaban promoción, estaban muertos si no disponían de recursos para poder difundir su actividad. Ahora lo tenían, y gratis, qué más podían pedir.

Pero hoy la chica había llegado a AMPIPA contrariada. ¿Todo bien?, preguntó el presidente, y ella contestó con un lacónico sí mientras encendía el ordenador. Tuvo que ser Perico, el secretario, mientras los otros miembros de la junta desayunaban, quien averiguara lo que pasaba. Hacía dos días, su tío tuvo un accidente en la refinería, se cayó desde una altura de nueve metros mientras sustituía una luminaria y ahora se debatía entre la vida y la muerte en el Reina Letizia. Esa noche, le había tocado cuidar de su sobrino, el pobre Manolito, porque su tía estaba en el hospital. Y ni el niño ni ella habían pegado ojo, el pequeño estaba muy revuelto, no paraba de preguntar por el padre, y en plena madrugada había sufrido un ataque de llanto. Una putada, Perico, había rematado Berta, y el secretario tragó saliva y fue incapaz de revelarle quién era la persona que precisamente en cuestión de minutos vendría a visitarlos a la sede.

Federico Castilla no encontraba el sitio, así que el presidente salió a recibirlo fuera. El GPS del Maserati lo llevaba hasta la calle, pero la sede de AMPIPA no existía para el geolocalizador.

Por fin, Federico y Javier Utrera se encuentran. El choque de manos es efusivo, quizá algo exagerado por parte del presidente de la asociación. Por un instante, el responsable de Oilgas ha tenido la impresión de que pretendía abrazarlo.

—Cuánto tiempo —comenta Federico al entrar en la sede. Es un comentario ambiguo: cuánto tiempo desde la última vez que nos vimos, cuánto tiempo tiene esta sede, cuánto tiempo me llevará esta maldita reunión.

—Por lo menos tres años, ¿no? —responde Utrera, quien le va presentando a todos los miembros de la asociación—: Pedro Cervera, para todos Perico, nuestro secretario. Aquí Rodrigo Mesa, vocal. Juan Méndez, el tesorero. Y esta de aquí, Berta Vela, la chica que nos ayuda con la prensa.

—Guau, qué miedo de dragones —dice Federico, al contemplar los tatuajes que recorren el brazo desnudo de la chica. Mientras le ofrece su menuda mano, Berta sonrío azorada, pero el rubor se transforma en aturdimiento al hacer las presentaciones: Federico Castilla, director de Responsabilidad Social Corporativa y Desarrollo Sostenible de Oilgas.

Ella no participa en la reunión: solo están los miembros de la junta directiva. Si la oficina resultaba deprimente, la sala de reuniones, con el baño asomando al fondo, le resulta a Federico todavía más triste. El propio logotipo de AMPIPA, que parece del siglo pasado, le produce una incontenible desazón. Y está en todos lados: en los caramelos del centro de mesa, en los bolígrafos que acompañan a los folios corporativos, en los propios folios corporativos. Y qué decir de los almanaques, esos horribles almanaques que se vieron en la obligación de patrocinar, con fotografías de niños discapacitados, uno cada mes, todos ellos de Pico Paloma. El de octubre era una niña con rasgos de trisomía, y toda la boca manchada de piruleta roja. La intención no era mala, sin embargo la calidad de la foto era penosa, por no hablar de la composición del almanaque, más propio de un taller de coches. Y lo peor era que el logotipo de Oilgas estaba allí, apoyando esa barbaridad estética que, para más cabreo, les había salido por un ojo de la cara. Hasta el olor de la sala resultaba deprimente.

—Habéis limpiado, ¿no? —Federico quiso mostrarse irónico.

—Huele bien, ¿verdad? —contestó el tal Perico, a quien le faltaban la mitad de los dientes.

Fue verle la dentadura, y acordarse del dolor sordo de su muela. Y como si el recuerdo lo hubiera despertado, de repente la molestia pareció animarse. Fue como si de inmediato doliera más, como si esa intensidad sostenida desperezara en su boca.

—¿Qué tal va todo? —preguntó el presidente de la asociación. La pregunta fue enérgica, acompañada de un ligero movimiento hacia arriba del mentón y de un cruce de manos nada espontáneo: estaba entrando en faena.

—Podría ir mejor. Pero también peor. Lo de siempre: el vaso.

Y tras las sonrisas circunstanciales, el meollo: como sabía, como habría leído ya en el archivo que le remitieron por correo, con el primer borrador del programa de actividades, el año que viene AMPIPA cumplía treinta años. Se dice pronto, treinta años. Una efeméride digna de celebración, debe de haber muy pocas asociaciones medioambientales que hayan resistido tanto. El programa, si había tenido oportunidad de verlo, era muy ambicioso, sin resultar ostentoso: una exposición en la vía pública, una memoria de actividad, una fiesta solidaria y una entrega de

premios. Querían agradecer, como remate de la efeméride, a todas las entidades y personas que en este tiempo habían contribuido al desarrollo sostenible de la comarca, poniendo en valor su compromiso con el medioambiente. Y entre todos esos premiados, por supuesto, cómo no, también estaría Oilgas.

El dolor dormido acababa de desayunar dentro de su boca. Se despertaba muy fuerte, con ganas de presentar batalla: habían comenzado las punzadas.

—Me parece fantástico. —Terminó de ojear la fotocopia del programa—. Lo suyo sería que el premio lo pudiera recoger el propio consejero delegado. Habría que cuadrar fechas. Pero vamos a lo importante. Cuánto.

En estos casos era preferible, la experiencia se lo había enseñado, ir a lo concreto. Había momentos para la diplomacia y otros en que convenía ser expeditivo. Aquí ya nadie iba a engañar a nadie, se trataba simplemente de convenir el impuesto y calibrar su proporcionalidad.

—Nosotros habíamos pensado en treinta mil euros, Federico.

Otra vez la muela, ahora un latigazo. Discreto, pero con ganas de más. Y en el calendario, la niña con síndrome de Down mirándolo desde detrás de sus gafas, con la boca encharcada de caramelo. Treinta mil era mucho dinero. Algo menos de la mitad, por ejemplo, de lo que invertían en el Club Deportivo Aljaraluz, pero diez veces más de lo que les costaba el patrocinio del Trofeo de Golf. Nada menos que una cuarta parte de lo que destinaban al ayuntamiento. Con respecto a la asociación de vecinos de La Iruñuela, no recordaba la cifra, tendría que mirarlo.

—Bueno —afirmó—. Es bastante dinero. Tengo que verlo, hacer números. Este año nos han recortado el presupuesto de manera sensible. Ya se sabe, el mercado del crudo es fluctuante. Tosen en Irán y todos los bolsillos tiemblan.

El presidente de AMPIPA tenía las manos extendidas sobre la mesa. Juntó sus manos y sonrió.

—Teníamos claro que no contestaría ahora. Nos hacemos cargo. Cuando tenga ocasión.

Había que marcharse ya. No eran solo los gestos expectantes de los miembros de AMPIPA, la mirada brillante y carroñera del presidente, bajo su apariencia distendida. Era sobre todo la tristeza del puñetero logo de la asociación, el dichoso almanaque, el aspecto trasnochado de la mesa y las sillas, como de una gestoría contable del siglo pasado, el hedor a desinfectante que hacía llorar los ojos. Y mucho más que todo lo anterior, era la muela, la maldita muela del juicio.

—Hablamos pronto —sentenció, poniéndose en pie.

El sofoco le ascendió desde el cuello de súbito, invadiendo de calor su cara. Vaya miedo de dragones, había dicho, y todavía sonreía correspondiendo al comentario cuando el presidente de la asociación le había desvelado su identidad. Federico Castilla, director de Responsabilidad Social Corporativa y Desarrollo Sostenible de Oilgas. Para cuando encajó el comentario, el directivo ya había abandonado su mano y escurrido su mirada. Solo pudo verlo caminar hacia el salón de reuniones, flanqueado por los miembros de la junta directiva de AMPIPA. Entonces, conforme la puerta se cerró tras ellos, se impuso la ira. Qué miedo de dragones, acababa de decir, demostrando su absoluta incultura. Porque el dragón que enroscaba todo su brazo, desde la muñeca hasta el hombro, donde reposaba su cabeza, era un dragón vietnamita, un Lac Long Quan, rey de los dragones orientales. Un dragón que no escupía fuego, y que no tenía alas, con cuernos de gamo y garras de águila, bigotes largos y un cuerpo taimado de piedras preciosas, que en lugar de piel parecía estar forjado de porcelana. Un dragón que simboliza el conocimiento, la nobleza, y que proporciona buena suerte. El dragón vietnamita es símbolo del yang, y encarna la existencia plena, la infinitud del universo. En una revista especializada en cómics manga había leído algo sobre ellos, y desde que cumplió los dieciocho años estaba firmemente convencida de que quería contar con un dragón oriental como animal de compañía. Se obsesionó tanto con los dragones que se había convertido en una especie de coleccionista: su habitación estaba empapelada de imágenes de dragones orientales. Le encantaba comer en restaurantes chinos porque la apasionaban los dragones decorativos. Daba igual que el acabado de las reproducciones no fuera demasiado fino, se sentía a gusto rodeada de ellos. Por fin, a los diecinueve, como regalo de Reyes, su padre había hecho posible su sueño. El tatuador necesitó varias sesiones para enroscarle sobre el brazo derecho el ejemplar, y había quedado tan contento por el resultado que le pidió permiso para tomarle fotos y utilizarlas en el portfolio alojado en su web. Al ver el tatuaje, el padre prefirió guardar silencio, pero la madre, menos delicada, mostró abiertamente su disconformidad: Por Dios, hija, qué poco discreto.

Porque la discreción nunca había sido una de las virtudes de Berta. Entre los dieciséis y los diecisiete años, decisivos en la formación de su personalidad, había leído mucho cómic manga y consumido abundante cine anime. Una de sus películas favoritas —la había visto al menos media docena de veces y todavía no la entendía— seguía siendo *Akira*. Por supuesto, era una fan irredenta de las películas de Miyazaki y de Studio Ghibli. Y le gustaban en especial las que menos comprendía. *El viaje de Chihiro* o *La princesa Mononoke* la fascinaban; sus personajes le

resultaban sofisticados, con una sensibilidad distinta, elevados. En realidad, le hubiera encantado ser un dibujo animado, más que una persona de carne y hueso. Y aunque no podía decirse que fuera una otaku—su nivel de estridencia exterior no alcanzaba ese grado—, lo cierto es que había adquirido un gusto por los colores inflamados y por la estética de chicle que la acercaban bastante a la caricatura. Entre los veinte y los veintiséis años que tenía ahora, su pelo permanentemente oxigenado había adquirido los tonos amarillo, azul, rojo, verde, violeta y ahora, nuevamente, amarillo. Si bien durante su primer tinte amarillo, justo cuando entró en la facultad de Periodismo, tenía el pelo prácticamente rapado, ahora lo llevaba largo y usaba coletas, una a cada lado de la cabeza. Aunque su estilo era en apariencia desmañado, todo estaba cuidado al milímetro, con una atención a los complementos más propia de una modelo que de una joven turbulenta. Así, el color de las gomillas que amarraban sus dos coletas siempre iba a juego con los cordones de sus botas Dr. Martens; tenía hasta seis juegos de cordones de distintos colores. Igual ocurría con la pintura de labios y el lápiz de ojos, cuya generosa gama de pantones transformaba su aseo en una mercería. El tatuaje del dragón había sido solo un capricho más de una larga lista con la que su padre—Berta era hija única, y una malcriada, le reprochaba picajosa su madre, mirando de reojo a su marido— cumplía de forma rutinaria y que incluía la adquisición de abundante ropa de importación, en especial complementos otaku que no resultaban precisamente baratos. De este modo, el fondo de armario de Berta se había convertido en el joyero de la casa: si alguna vez se les ocurría ofertar su vestuario en eBay, podían estar seguros de que con lo recaudado podrían dar al menos una vez la vuelta al mundo.

Cómo al final acabó estudiando Periodismo era algo que sus padres nunca se explicaron. De hecho, hasta los últimos años de Secundaria, Berta había manifestado su deseo de ingresar en la carrera de Bellas Artes. Toñi, su madre, más práctica, le había recomendado alguna carrera que le sirviera como plataforma para estudiar una oposición: los niños se le daban de maravilla, y ser profesor era hoy el trabajo más seguro del mundo. Pero en su último año de Bachillerato, seguramente estimulada por el ardor de su profesor de Lengua y Literatura, quien alabó su creatividad y la singularidad de sus puntos de vista en algunos comentarios escritos, acabó por decidirse. Era también una oportunidad de salir de Pico Paloma, y poder estudiar fuera, en Madrid, el gran anhelo de todos sus compañeros de promoción. Su familia había llegado a Pico Paloma a los cinco años de nacer ella, provenientes de un pequeño pueblo del Aljarafe sevillano, Salteras. Rodolfo Vela, padre de Berta, le había ganado la batalla a Distrigrasa, la empresa fabricante de pienso en la que llevaba trabajando más de treinta años y contra la que varios compañeros habían interpuesto una demanda conjunta, después de que tres trabajadores hubieran fallecido en un aparatoso accidente por intoxicación de gases. Aquello ocurrió en 1998, y generó un tremendo revuelo mediático que puso sobre la mesa la falta de seguridad de determinadas instalaciones industriales y la ausencia de protocolos internos de salud laboral en centros de trabajo de tamaño medio, así como el escaso control en la emisión de gases tóxicos. Los trabajadores, aquejados por problemas respiratorios diversos que habían sido destapados a raíz del accidente, bien asesorados por los sindicatos, supieron jugar sus cartas, forzando la ruina de la empresa, que derivó en concurso de acreedores y en su adquisición por parte de una multinacional, y en acuerdos suculentos con los demandantes, con los que la nueva propiedad

logró paralizar los procesos judiciales. En consecuencia, con poco más de cincuenta años, Rodolfo Vela se había convertido en un prejubilado millonario con una patología de EPOC que convertía sus pulmones en un acordeón viejo, pero con todo el tiempo libre del mundo y un holgado bolsillo para atender las necesidades familiares. Entonces decidieron un cambio de aires, y valorando la posibilidad de vivir cerca de la playa, finalmente optaron por acercarse a la familia. Allí, en Pico Paloma, vivía desde hacía años Carmen, hermana de Toñi, y su marido Manuel Ángel. Los precios de la vivienda no eran altos, y Rodolfo necesitaba poner tierra de por medio, ya que la antigua familia propietaria de Distrigrasa vivía en Salteras, lo que constituía un foco de tensión cotidiana. No tardaron en descubrir que Pico Paloma estaba lejos de ser lo que uno podía imaginar como un destino idílico de litoral. Había, era cierto, bonitos paisajes, y lugares de baño donde el agua no estaba del todo sucia. Pero el polo industrial recortando el horizonte era un quiste feo, imposible de desincrustar: como las huellas negras que ensuciaban las radiografías de los pulmones de Rodolfo. Aun así, viéndolo en perspectiva, el canje de su salud a cambio de una nueva vida no había estado mal del todo. Como el soldado que regresa al hogar después de cercenarse voluntariamente un dedo en la trinchera, a costa de su enfermedad pulmonar crónica había logrado que su hija pudiera estudiar una carrera fuera de casa. Y ahora que había vuelto seguía siendo la misma, pero no del todo. Porque conservaba intacto su gusto por la estridencia; al tatuaje del brazo había sumado uno, más discreto, localizado en la nuca, un ojo de inspiración precolombina. La oreja izquierda había sido agujereada por encima del lóbulo, construyendo una suerte de cremallera a base de aros consecutivos. También se había tachuelado la nariz con un piercing muy discreto, que hacía pensar en un resto de lentejas del almuerzo. Pero además de reforzar la singularidad de su aspecto exterior, los años de facultad habían sido determinantes para su espíritu. En todos los sentidos: se contagió por el veneno del periodismo. No por los grises rudimentos del oficio, la dichosa campana invertida, las cinco W y toda esa milonga académica, sino por el verdadero poder del periodismo, por su capacidad para mover conciencias, por su contribución a la sociedad. Con un punto frívolo e infantil que la distanciaba de la solemnidad del compromiso social, el 15M fue sin embargo su Pígalión. Las acampadas de Sol, que ella vivió en primera persona con solo veinte años, la transformaron. Participó de cerca en toda aquella marea solidaria, la sensación de hermandad pura, el vértigo y a la vez la ilusión de tener a su alcance la posibilidad de cambiarlo todo le abrieron una puerta mental que desconocía. Por primera vez, allí, en los días de Sol, entre talleres sobre empoderamiento y economía colaborativa, entre largas noches de conversación sobre perspectivas de género y comercio justo, sintió. Una nueva sentimentalidad se hizo fuerte en ella, muy distinta a esa tan añorada de cómics manga y películas de Miyazaki. Fue en una charla sobre perspectiva de género donde la nueva sensibilidad mostró su cara sexual. Berta había tenido bastantes relaciones sexuales en los últimos años. En la propia acampada, sin ir más lejos, dos días antes, después de intercambiar un par de canutos con un chaval que, como ella, asistía al concierto de un cantautor local, habían acabado follando en su tienda de campaña. Pero lo cierto es que ningún chico le había dejado del todo huella. Conocer a Anika fue distinto. Desde el comienzo de la conferencia se sintió estimulada por su voz y sus palabras. Mientras hablaba de micromachismos y del heteropatriarcado, de las trampas del lenguaje, de la aplastante visibilidad de la mirada masculina en la construcción

simbólica del paisaje social, Berta sintió una poderosa, animal atracción por aquella conferenciante, que tenía un evidente punto masculino: con su pelo corto, con sus hombros fibrosos y escuetos, con su manera de gesticular determinante y seca, aquella tal Anika parecía una mujer llena de fuerza, una líder nata. Todo sucedió de forma rápida, con vertiginosa felicidad. En lo sexual, Berta nunca había disfrutado tanto con el contacto de una piel ajena. Las texturas, los sabores, los olores, el conocimiento de su propio cuerpo, todo era distinto y mucho más potente que en una relación heterosexual. Espiritualmente, todo resultaba también diferente: era como saberse parte de una misma especie, como regresar a la camada después de un largo tiempo de extravío. Pero de Anika extrajo sobre todo sabiduría. Más allá de sus lecturas de manga y de los libros obligados por el instituto y la carrera, nunca había sido una persona lectora. Sin embargo, bajo la guía de su compañera, accedió a textos que la transformaron. Aunque había intentado comprender sin mucho éxito *El hombre rebelde* de Camus o *La sociedad del espectáculo* de Debord, Anika supo encarrilarla hacia el campo de la comunicación y la literatura, cuyas lecturas resultaban por lo general más livianas. Y así, descubrió a Norman Mailer, y *Los ejércitos de la noche*, sobre la marcha de protesta contra el Pentágono del movimiento anti-Vietnam, se convirtió en su biblia. Leyó a Tom Wolfe, el «periodismo gonzo» de Hunter S. Thompson, las vicisitudes de Günter Wallraff como infiltrado entre grupos de neonazis. De manera que, al contrario de lo que podría suponerse, el alejamiento temporal de la carrera en aquellos agitados meses de Sol la acercaron aún más al periodismo. Finalmente, la ruptura con Anika —la coordinadora de género de Acampada Sol prefirió que siguieran como amigas: no es el momento de perspectivas monogámicas, sería contribuir a la perpetuación del statu quo de género, y eso es precisamente lo que *ellos* quieren, la había convencido— le había provocado un hondo vacío, pero a cambio la había convertido paradójicamente en una mujer mucho más completa. Ahora había descubierto su verdadera identidad sexual y estaba convencida de cuál debía ser su contribución a la sociedad: a pesar de la crisis del sector, a pesar de la manipulación y de su orientación instrumental al servicio del poder, a pesar de su mala imagen y de haberse convertido en un oficio prostituido, ella creía en el periodismo y estaba dispuesta a ejercerlo.

El 15M supuso una eclosión de propuestas diversas de autogestión, la mayor parte de las cuales concluyeron en el desastre. ExprésAT, impulsada por las Mareas, fue solo una de ellas. En aquel medio de comunicación, mitad fanzine, mitad libelo, Berta conoció de cerca los sinsabores del oficio, su dimensión casi sacerdotal, cartujana, mística en su versión más terrenal: todo sacrificio resultaba poco a cambio de una compensación económica nula, inexistente. Fue una experiencia bonita, apasionante, si bien insostenible, y en un insólito ejercicio de practicidad, Berta recurrió una vez más al auxilio parental. El rescate llegó en forma de máster en Periodismo Digital. La comunicación estaba cambiando, todo el futuro estaba en Internet, había que renovarse o morir. En aquel máster, impartido por una escuela de negocio tan pija que los obligaban a ir a clase en traje de chaqueta, Berta comprendió los fundamentos de la comunicación online, y sobre todo fue atiborrada de expectativas que seis años después seguían sin cumplirse. Porque si, como les habían recalcado centenares de veces en aquel máster, había muchas e interesantes oportunidades de desarrollo profesional en el sector de las Nuevas Tecnologías, Berta no fue capaz de encontrar ninguna que no pasara por el esclavismo en sus múltiples grados y variaciones.

Después de encabalgar prácticas en diversos medios e instituciones, algo desfallecida y desilusionada, la oportunidad de hacer prácticas en la asociación medioambiental AMPIPA le abrió las puertas a un insospechado regreso a casa. Eran seis meses, y, como en la mayoría de las prácticas, no pagaban nada, pero al menos tendría acceso a comida cocinada por su madre y aplacaría temporalmente el vertiginoso torrente de gastos de su vida de perpetua becaria sin beca en la capital.

Apenas llevaba unos meses en Pico Paloma, pero fue suficiente para sentir que todo le resultaba excesivamente pequeño. Empezando por la propia AMPIPA, una asociación provinciana, gestionada por zoquetes que solo buscaban medrar políticamente y seguir chupando de la teta de las subvenciones y ayudas públicas y privadas, y continuando por su propio barrio, La Iruñuela, por el que había desaparecido todo sentimiento de cariño. Pico Paloma era un lugar miserable, el culo del mundo, la capital mundial de la indolencia, el pancismo y la falta de expectativas. La mayor parte de las amigas que había dejado al irse a Madrid hoy estaban casadas, se dedicaban a pasear camadas de niños, mientras que sus maridos se entretenían con los trapicheos o en el bar. Hablaban un lenguaje propio de gente de setenta años, alguna se había ruborizado ostensiblemente al observar, tras el saludo, el dragón de su brazo. En cierto modo, el accidente de su tío en Oilgas había supuesto un aliciente inesperado, una sorpresa en su nueva vida rutinaria. De repente, todo se había puesto bocabajo. La noche anterior su madre le había pedido que fuera a casa de su tía y se quedara con Manolito, su primo, ya que su tía Carmen no quería abandonar el hospital. Había sido horrible, su primo no paraba de llorar, y cada vez que volvía la cabeza hacia su lado del colchón se encontraba con las dos lunas llenas de sus pupilas iluminando la habitación. Haber conocido por la mañana a uno de los mandamases de Oilgas en AMPIPA era una especie de broma macabra para su cuerpo destemplado. Tras la sorpresa inicial, sintió que ardía por dentro de repente. No halló mejor forma de dar salida a su rabia que llamando a su propia tía al móvil. Cuando esta lo cogió, parecía cansada.

—¿Qué tal ha dormido Manolito? —preguntó.

—Muy inquieto. Espero que después duerma la siesta —contestó ella—. Tía, por aquí ha venido uno de Oilgas. Yo creo que es un jefazo. ¿Te han llamado de la refinería?

—Está muy mal, Berta. El tío está muy mal.

Berta sintió que toda su rabia se evaporaba. O más bien que mutaba en otra cosa, algo más inabarcable e inasible: la aparatosa forma del dolor.

—Muchos besos, tía.

Al otro lado del teléfono, ya no había palabras: era solo un silencio imperfecto, ensuciado por el llanto. Berta agarró fuerte su móvil, lo apretó contra su oreja y cerró los ojos. Incluso tuvo la sensación de oler el aroma a hospital que emanaba del pelo de su tía. Así, sin manos, sin palabras, la estaba abrazando.

El mundo es solo de los fuertes. Y la fuerza implica dejar a un lado los escrúpulos y saber mover adecuadamente las fichas. Era, es el juego de la vida. Pero había que reconocer que no todos valían para eso. La propia Menchu jamás lo había comprendido. Para ella él nunca había sido otra cosa que un egoísta. Le gustaría saber dónde estaba ahora Menchu, a la sombra de qué árbol se cobijaría, en qué puñeteros catres se despatarraría. Todas las mujeres eran iguales, unas putas interesadas y desagradecidas. Además de todo eso, Menchu, su ex, era una estúpida sentimental. Una perdedora patológica.

Cuando llega al almacén, la puerta ya está abierta. Y eso no le gusta: son sus dominios. La única forma de controlar lo que entra y lo que sale es ser el dueño y señor del juego de llaves. Claro que aquel tinglado no era suyo. Tenía que seguir siendo así para que continuara siendo, en realidad, más suyo que de nadie.

—¡Buenos días, Rafael!

El eco de la voz de don Arturo resuena en la nave. Viene caminando desde el fondo, con su menudo cuerpo y sus andares arrastrados, y hoy más acicalado que de costumbre. En la solapa de su chaqueta cruzada lleva prendida la insignia del Banco de Alimentos.

—¿Llegaron las legumbres? —pregunta al acercarse hasta él.

—Dos palés. Los coloqué junto al arroz.

—Hay que mandar carta de agradecimiento a la cadena. Se están portando estupendamente.

Don Arturo Albiñana es un verdadero prócer de Pico Paloma. A pesar de su aspecto escuchimizado y de sus maneras discretas, más propias de un contable, es una verdadera institución, y no solo por su condición de Hermano Mayor de la Hermandad de María Santísima de los Dolores y de Nuestro Padre Jesús del Perdón, más conocidos, respectivamente, como la Morenita y el Cautivo, sino porque pertenece a la familia Albiñana, una de las de mayor pedigrí en la localidad. No en vano su abuelo, Rodrigo Albiñana Ibor, fue gobernador civil de la provincia durante treinta años, y su padre fue procurador. La discreción propia de su temperamento lo había llevado a ejercer la profesión de notario, que compaginaba con una vida social activa pero no ruidosa. Afiliado al Partido Popular desde los tiempos de la Alianza Popular de Fraga, y miembro supernumerario del Opus Dei, desde siempre había rehusado la primera línea política. Prefería la elegante visibilidad de instituciones como su hermandad o la Fundación Banco de Alimentos, de la que era presidente local, y cuya dimensión filantrópica resultaba incontestable. Ser la cabeza visible de la Fundación le permitía mantener una presencia

mediática de perfil medio, muy adecuada a sus intereses de proyección de una reputación eminentemente moral. Quería ser considerado, ante todo, una buena persona, en su sentido cristiano, por eso no había acción caritativa en la que no fueran a encontrarlo. Y todas las resolvía del mismo modo: religiosamente, sin aspavientos, con humildad. Una humildad, eso sí, con un punto de suficiencia que convertía en indignos los esfuerzos de cualquier otro que no siguiera su ejemplo. Pero para eso había que conocerlo a fondo, saber detectar sus miradas reprobatorias, los matices de sus tosidos de disconformidad, sus falsas sonrisas que servían como señal para certificar un nivel insuficiente de pureza. Rafael, Lagartijo, no llegaba a tanto. Le bastaba con observar su aspecto pío para llegar a la conclusión de que aquel enano estirado no era más que un comemierda que iba de fino y de santo por la vida. Pero a él nadie se la daba, estaba a lo mismo que Lagartijo pero había decidido llegar a idéntico destino por otro camino: el mundo también estaba hecho para gente como don Arturo, porque su fuerza era de otra naturaleza, más astuta y sibilina, más de misal y probidad. Por esas cosas, Lagartijo le tenía respeto.

—¿A qué hora dijeron que venía? —Don Arturo Albiñana mira la hora en su reloj—. Han pasado veinte minutos de las once.

—La cita era a las once. Tiene que estar al caer.

Aún tienen que esperar doce minutos más. Hasta que, por fin, aparece el responsable de Oilgas. A Lagartijo le sorprende el vehículo: un coche deportivo negro de brillante carrocería, juraría que, sí, es un Maserati. El presidente del Banco de Alimentos sale a recibirlo, y los dos juntos entran en la nave. El hombre tiene pinta de actor de cine, le recuerda al protagonista de una película que ha visto hace poco, una de generales nazis, pero no se acuerda del nombre. Instantáneamente, al estrechar su mano, le envidia todo: el flamante coche, sus patillas canas, el olor a perfume caro, la corbata de seda, incluso su voz. Es, no cabe duda, un puto ganador.

Lagartijo los sigue a través de los pasillos, mientras escucha a don Arturo dar las explicaciones. El otro, que se llama Federico, asiente a las palabras, de vez en cuando pregunta algo, cabecea. Desde aquí, abastecemos a más de quinientas familias de Pico Paloma y el Roqueo, un servicio que canalizamos mediante entidades de beneficencia como la Orden de San Juan de Dios o la Cruz Roja. Si bien también ofrecemos servicio directo. ¿Directo? Sí, hay un día a la semana en que abastecemos nosotros directamente.

—Pero nos falta más ayuda. —Don Arturo se detiene ante la columna de productos infantiles—. Nunca se ha necesitado tanto como ahora, y nunca la ayuda ha sido tan poca.

—Hay que firmar el convenio ya. —El de las patillas blancas cabecea y cierra los ojos. ¿Cómo se llamaba ese actor, Dios mío?—. Creo que valdrá el del año pasado. Solo hay que actualizar los datos y ajustarlo a la cuantía convenida. Celebramos la rueda de prensa y hacemos la transferencia.

Lagartijo los vio salir. Desde el interior del almacén, observó los gestos de don Arturo: iban a tomar un café, y el de las patillas lo invitaba a subir al coche; el presidente de la Fundación bromeaba con el vehículo, seguramente le incomodaba ser visto en aquel coche, demasiado escandaloso y frívolo, demasiado incongruente con su imagen de hombre recto. Por fin se marcharon y él se quedó solo en la nave.

El mundo es de los fuertes. En su modalidad de comemierda beato o en su modalidad de actor

de cine, todo es de los fuertes, ellos siempre ganan. Es la partida que hay que jugar, es el juego de la vida. Y él, Lagartijo, también es un ganador, pero de otra pasta: un ganador invisible, cuyas victorias están alejadas del ruido.

Por no llamar la atención, como de costumbre, mete su viejo Renault 21 en la nave. En otro tiempo comerciaba con el arroz y las pastas, pero dejaba muy poco margen. A base de ensayo-error, ha comprobado que nada deja tanto beneficio como los pañales. Por una caja de setenta y ocho pañales suele sacar, como mínimo, cinco euros. En contrapartida, es la mercancía que más abulta. Pero lo tiene pensado. Después de la Gran Recogida de diciembre, cuando recaudan en dos fines de semana la mitad de la cantidad de todo un año, alquilará una furgoneta y la fletará de cajas de pañales. Será un verdadero golpe maestro. De momento, se conforma con llenar el maletero del coche. Y aunque la gestión de la fuerza requiere un temperamento frío, equilibrio mental, control de los impulsos, al cruzar por el palé de los productos de higiene no puede evitar detenerse en los botes de perfume. Igual, piensa, en alguno de esos botes descubre el mismo olor que emanaba, como Colonia de Ganador, del hombre de las patillas.

En lugar de sentarse, es como si se arrojara sobre el sillón y el sillón fuera una cálida piscina que abrazara su cuerpo aislándolo, transportándolo a una confortable quietud. Porque la música, de algún modo, tiene textura de silencio, aunque retumbe en todo el piano bar; acaricia sus tímpanos con la suavidad con que lo hace el silencio cuando está de noche en su habitación de matrimonio y Mamen ya duerme pero él todavía no, y le da por pensar o por merodear por sus recuerdos. Se ha acostumbrado al silencio, casi siempre en camas vacías, y sería cruel y duro para Mamen conocer que esa costumbre le ha ganado la partida a su propio matrimonio. Dormir con Mamen tiene sus compensaciones, a fin de cuentas es su nido, el lugar de reposo del guerrero. Controla los olores, conoce los impulsos, le abriga el calor que irradia el cuerpo de su mujer en las noches de frío, pero todo se ha vuelto insoportablemente familiar. Las dos niñas ya no están en casa, si bien Arancha, la pequeña, aún no ha tocado el suelo, sigue sobrevolando el cielo sobre sus propios pajaritos, un cielo de colores pastel más propio de anuncios de higiene femenina que de la vida real. Pero todo es cuestión de tiempo y de gravedad, los pajaritos irán desplomándose por su propio peso, entonces comprenderá que la vida no es una taza de Mr. Wonderful ni una foto con filtros de Instagram. Con todo, las dos ya están fuera, y en cierto modo el nido ha dejado de tener sentido sin ellas, la palabra *hogar* se ha vuelto acartonada y antipática. El viernes había hecho el amor con Mamen, y todo ocurrió de manera rutinaria, burocrática, gris: durante la cópula, se había conducido por el ritual como si siguiera mentalmente un manual de instrucciones; primero las caricias de sus pechos, más tarde las embestidas en la posición del misionero, por último Mamen brincando sobre su miembro abotargado, deseoso de terminar. A la corrida, que nunca conseguían sincronizar —hacía tiempo que habían renunciado al orgasmo compartido—, siempre le sucedía una extraña sensación de tristeza. En esos instantes en que todo olía a sudor y savia, mientras Mamen quedaba abrazada a su pecho, perpetuando el ritual iniciado en su etapa de novios —de eso hacía más de treinta años—, Federico sentía que en cierto modo volvía a ser un bebé, o mejor aún, un feto chapoteando dentro de la placenta. Pero el otro día, sin entender por qué, había sentido unas poderosas ganas de llorar. Ni siquiera el whisky con hielo, de regreso en el solitario salón, había aliviado aquella sensación de orfandad.

En ese momento en que observaba a la chica de Ipanema sobre el escenario del piano bar del Aljaraluz Costa, y mientras degustaba su copa, el silencio tenía otra forma, porque era un silencio compañero, no solitario, para nada existencial. Hoy la chica había optado por un vestido rojo, muy corto y ceñido, que dejaba al descubierto buena parte de sus contorneadas piernas y un

generoso escote. Ese vestido resultaba más indiscreto, remarcando ciertos excesos de grasa en la zona de la cintura y, quizá, un culo insospechadamente ancho. Pero seguía siendo una mujer deliciosa, sobre todo ahora que cantaba *My way*, de Sinatra, una de sus favoritas.

Después de cuatro whiskies y una docena de canciones, incluyendo algunos horripilantes hits discotequeros, llega por fin su tema, *Garota de Ipanema*. Eso justifica que Federico se afloje la corbata y se despatarre sobre el sofá y sonría y se deje llevar por su propio cuerpo siguiendo la voz de la cantante y el órgano de su acompañante. Todo se vuelve esencial en ese instante, la realidad se desprende de su vulgaridad arrojando sus grotescos ropajes al suelo, y sobre el escenario flotan los dos, el grueso cuerpo del organista inclinado sobre su piano, empeñado con terquedad en arrancarle notas bellas, y sobre todo la cantante, la chica de Ipanema, saliendo como Ursula Andress de una playa del Pacífico ante la mirada atónita de Sean Connery. Cuando el tema concluye, Federico no puede resistirse al aplauso, y juraría que ella mira hacia la oscuridad en la que él está instalado y sonrío. Eso lo anima a tomar la decisión. Al pedir el quinto whisky, le comunica al camarero que, cuando la actuación concluya, le traslade a la chica que con mucho gusto, si a ella le apetece, la invitará a tomar una copa.

Ahora que la actuación ha concluido y vuelve a sonar la música ambiente; ahora que las luces del escenario se han apagado y que la mayor parte de las parejas de turistas ancianos se ha marchado ya; ahora que la chica recoge el guante y se acerca hasta su mesa caminando lentamente y mesándose el cabello con evidente cansancio, Federico empieza a percatarse de que ha atravesado el umbral: han sido seis, quizá siete whiskies —lo sabrá cuando firme la factura y la cargue a su habitación—, con seguridad uno o dos más de los que este careo precisaba. Aun así intenta mantener la compostura cuando se pone de pie y sonrío ante la llegada de la muchacha.

—Es usted toda luz —le dice, proyectando la mejor de sus sonrisas, la que le permite su propio aplanamiento. Y se le ocurre que es el mejor gesto: tomar la mano que ella le extiende sonriente y llevarla hasta sus labios; inclinar su cuerpo sobre el dorso y depositar allí un suave beso, enfrentando a la vez su mirada.

—Gracias. Por favor, de tú.

También considera oportuno desplegar el sillón vacío y pedirle que se siente con una reverencia. Está demasiado borracho para darse cuenta de que ella está demasiado cansada, y que a esas horas de la madrugada pueden llegar a irritarla determinados gestos. Por ejemplo, que, una vez sentados, él clave la mirada en ella, con un rictus ligeramente sonriente, como si esperara que el milagro de la conquista llegara de repente sin el fatigoso trabajo de la seducción.

—Eres luminosa y pareces salida de un sueño —dice al final, arrastrando las sílabas y derrapando al final de la frase—. Eres la chica de Ipanema.

—Amanda. —Ella sonrío, ahora sí, con agrado—. Pero gracias. Tomaré un Brugal con cola.

Federico se lleva con teatralidad las manos a la cabeza, cierra los ojos, Dios mío, se lamenta, qué descortesía, claro, lo siento. Enseguida el camarero está a los pies de la mesa. No hace falta que Federico hable: sabe que para él es un whisky y que ella pedirá lo de siempre.

—Cantas como los ángeles, Amanda. —Ya han traído las bebidas, y acaban de brindar; ella ha dado un generoso sorbo a su bebida, pero él la mantiene en vilo mientras le habla—. Verte cantar es como encontrarse con un unicornio en un zoo.

El hombre parece borracho. Pero es considerado. Además, sabe vestir. No tiene apariencia de constructor, esos son los peores. Demasiado atrevido y directo para ser ingeniero. Pero directivo, seguro. Por eso, Amanda suelta las bridas: sonríe sin recato, mostrando abiertamente su bonita dentadura, inclina la cabeza observando al hombre de las patillas y —este es el gesto determinante— se acaricia el lóbulo de su oreja derecha.

Sentado a la barra americana, a apenas cinco metros de la pareja, Tana observa. Conoce ese gesto. Lo ha entrevisto en varias ocasiones, sabe lo que significa. Por eso siente una sacudida interior, que intenta aplacar con un largo buche a su gintonic.

—Es de Oilgas —comenta el camarero, que está pasando una bayeta por la barra—. Uno de los mandamases.

Tana responde con un tosido, que es a la vez un asentimiento y una negativa resignada. Como de costumbre, siente punzadas en las manos, y un ligero dolor en los antebrazos. Una vez más, la observa. Sus movimientos son genuinos: el cuerpo inclinado sobre la mesa, la cabeza ladeada, un ligero atusamiento del cabello, el índice de su mano derecha recorriendo el borde de su vaso. Esta noche, Tana no la acompañará. Volverá solo a casa.

Volverá solo a casa. Y le parecerá que las calles de Aljaraluz, y más tarde de Pico Paloma, están más solitarias que de costumbre. Siempre están solitarias a estas horas, pero a Tana le resultarán aún más desoladoras. Y para más sarcasmo, todos los semáforos de la larga avenida que conduce a su barrio se pondrán en rojo cuando los alcance con su coche. En uno de ellos, bajará la ventanilla, tanto la suya como la del asiento del acompañante, hoy dolorosamente vacío. Dejará que la brisa marina, que todo ese mar oscuro que se extiende como una sábana de reflejos plateados a su derecha, anegue el coche. Y Tana, esta vez bien alto, pondrá su canción. La voz de Maggie Reilly invadirá la cabina, y dejará que ella cante muy fuerte *Moonlight Shadow*. Y cuando llegue esa estrofa, en la que dice «*I stay, I pray, See you in heaven far away*», él sentirá que un inmenso dolor se apelotona en su garganta y deseará más que nunca estar ya en casa, en su sillón, escuchando a Mike con el pantalón desabrochado y fumando un buen canuto de maría.

Tana, Atanasio Quintana Morales en su DNI, para mamá todavía Tanito, pero para la mayoría simplemente Tana. Soltero, cincuenta y tres años, un superviviente en el duro mundo del show business, al que lleva entregado veinte años, después de que definitivamente abandonara el negocio familiar porque no se veía llegando a viejo detrás del mostrador de una ferretería. Hoy, tras la muerte de papá, el negocio habría sido suyo, y todo lo que conlleva el duro mantenimiento de mamá habría resultado bastante más sencillo. Pero Tana es mucho más que un músico, en realidad es el alma máter de Tubular, el dúo que forma desde hace un año y medio con Amanda, y durante diez fue el líder indiscutible de Trío de Ases, el trío musical que había roto el mercado de las orquestas musicales en la provincia, pero que acabó perdiendo su tercera pata en el camino por diferencias irreconciliables con Ruby Tejera, el que cerraba el trío. Ha seguido adelante junto a Amanda y seguirá haciéndolo hasta el final, porque, aunque líder del tándem, sabe de sobra que sin ella esto no sería nada. Ella es Maggie Reilly, pero también es Bonnie Tyler, a veces es Juanita Reina y Celia Cruz; su voz es un prodigioso arcoíris de registros como no ha conocido otro igual en veinte años de profesión. Y después, claro, está lo otro, todo lo que no cabe en su voz y que es lo que realmente lo desbarata: su olor, las caricias de camaradería, los besos espontáneos en la mejilla o sobre la cabeza, algunas veces, cuando decae —eso ocurre a menudo—, los abrazos, y las cálidas ondulaciones que intuye al apretar su cuerpo contra sí mientras deja que se desahogue. Ella es un signo de fuego, Aries, y él es Cáncer, de agua, y juntos, ellos y sus ascendientes, forman un verdadero núcleo irradiador de potencia, se trata de algo que va mucho más allá del amor. Gracias a esa potencia salieron indemnes de la ruptura del trío y sobre todo de las garras del

innombrable, del yonqui, del asesino, del que estuvo a punto de destrozarle la vida a Amanda, del que la dejó hecha jirones como un trapo viejo. Desde entonces, el núcleo irradiador ha concentrado todos sus esfuerzos en recomponer ese trapo, en ir zurciendo los desgarros para devolver el calor y la alegría a su cuerpo.

Tana volverá solo a casa, y al abrir la puerta, encenderá únicamente la luz del recibidor. En lugar de encender las del salón, prenderá las velas aromáticas, haciendo que sus tenues luces llenen de color la estancia. No tendrá que liárselos porque ha dejado media docena preparada esta mañana, con eso tiene, al menos, para un par de días. Se desabrochará el pantalón, como había deseado desde que estaba allí sentado, a la barra del piano bar del Aljaraluz Costa, y permitirá que las loras de su cintura se desparramen en libertad por el sofá. Pero antes encenderá el equipo de música, y por unos instantes se debatirá entre Chicago, Toto o Asia. Apostará a caballo ganador: elegirá el *Tubular Bells* de Mike Oldfield.

Después de la segunda calada, Tana se desprenderá de la coleta, y dejará que el ralo cabello de rata se desparrame en libertad sobre sus hombros. Se dejará llevar por el bueno de Mike, y enseguida creará, le ocurre siempre, que recorre un espacio sonoro virgen, formado solo por los diez planetas astrológicos. Mike Oldfield no es un músico, lo supo desde la primera vez que lo escuchó, es un arquitecto, un creador de espacios contruidos sobre el sonido, el urbanista de los cuerpos celestes. En *Tubular Bells* está descrita su propia Carta Astral, con sus Casas, su Ascendente y sus Doce Signos Zodiacales. Nunca olvidará el verano de 1997, cuando por fin pudo verlo en directo, en Fuengirola. Fueron los años en que el músico vivió en Ibiza, poco antes del *Tubular Bells III*, en la gira del *Voyager*. Al asistir a ese momento, supo que aquel era su destino, él quería ser músico. Casi veinte años después, ha cumplido su sueño, y da igual que no sea del todo perfecto. Quién hubiera pensado, dos décadas atrás, aquella deliciosa noche en la playa malagueña, que acabaría bautizando a su grupo con el nombre de la obra maestra de Mike. Y es cierto que el público pide charcutería, que en veinte años de bolos no ha logrado que pase una semana sin que alguien le proponga la *Macarena*, que, con todo el dolor de su corazón de músico, *El ritmo de la noche* de Mystic sigue siendo el tema más aplaudido y celebrado, pero no es menos cierto que Tubular es la única banda —dúo— que incluye a Mike en su repertorio; obviamente no temas del *Tubular Bells*, sino los más pop: *Island*, *Shadow of the Wall* y, sobre todo, *Moonlight Shadow*, su tema, el tema de Amanda, la reencarnación de Maggie Reilly aunque también de Isabel Pantoja o de Rafaella Carrà.

Pensar en ella ahora le produce un dolor sordo, pero por eso evitó a Chicago. Le cuesta escuchar temas como *You're the Inspiration* sin recordar a Amanda. Le ocurre igual con Scorpions, sus baladas lo habrían roto a estas alturas. Es puro sentimiento tóxico, y él debe huir de eso: en su Carta Astral está señalado de forma indefectible el Ascendente en Cáncer, y eso lo hace especialmente vulnerable, carne de cañón para el desgarró sentimental. Suerte que Mike nunca opta por lo fácil, él prefiere desplegar su mapa sonoro y dejar que camine, pasee por la alquimia de los espacios azules prendidos en los acordes que se dibujan en la red del cielo. Es imposible no recoger el guante, es inevitable sonreír. A la decimocuarta calada a su canuto de hierba, las loras de su cintura parecen haberse fundido con el sofá, al igual que su desbarajustada y escueta melena. Sabe que dormirá allí, sabe que todo su cuerpo se integrará en una simbiosis

con el sofá, con las velas de sándalo e hinojo, y sobre todo con el océano sonoro de Mike, el guía de su viaje astral, el arquitecto sideral.

Esa misma semana se había difundido la noticia: los hombres ganan un treinta y cinco por ciento más que las mujeres en España, según Eurostat. Una brecha salarial, decía la información, que ha seguido un ritmo invariablemente creciente en la última década. Era interesante plantear una extrapolación en la provincia: seguro que los de *La Voz del Roqueo* ya estaban en ello. Además, no era difícil ir un paso más allá y analizar la penetración de perfiles femeninos en los órganos directivos de las compañías. Le costaría, eso sí, algo más conocer ese dato, que nunca tendría la precisión del informe oficial. Debería recurrir a un conteo aproximativo, mediante la búsqueda de hormiga en cada una de las webs de las principales empresas afincadas en la provincia. Pero lo suyo no dejaba de ser un blog, nadie le pedía explicaciones, su prurito de rigor debía alcanzar hasta donde su propio criterio periodístico le dictase. Sería, supondría, una tarde larga. Hoy, por fin, no debía cuidar de su primo Manolito, y aunque estaba cansada, se sentía con fuerzas para seguir trabajando hasta tarde. De modo que salió de la habitación dispuesta a hacerse un té bien cargado.

—¿Por qué no sales un rato? —le sugirió su padre, que estaba viendo un partido de fútbol en la tele. Su madre se había marchado al hospital, para hacer compañía a su tía.

—Tengo lío —contestó Berta, sin dar más explicaciones, camino ya de su habitación con la taza de té humeante entre los dedos.

Comenzó a indagar. El acceso a datos provincializados fue sencillo. Tanto en el INE como en la propia web del Ministerio de Economía ofrecían información bastante completa y segmentada. Además, la UGT disponía de una serie histórica de informes sobre mujer y empleo, donde también se aportaban datos provincializados. Ahí encontró la información, no estaba actualizada pero le valdría. La brecha salarial entre mujeres y hombres era de un 33 por ciento. Esta información estaba incluso sectorizada: llegaba al 40 por ciento en algunos sectores como el de la construcción, y descendía hasta el 18 por ciento en el de servicios. En la página de la Cámara de Comercio pudo acceder a la base de datos sobre el censo empresarial. En ella detectó las veinte compañías con mayor facturación de la provincia. Era consciente de que no resultaba un tamaño de muestra del todo representativo, pero abarcar más le llevaría varios días. Así que se centró en estas veinte empresas. Suerte que la mayor parte eran multinacionales, y sus webs estaban bastante aseadas, con la excepción de alguna agroalimentaria, cuya información era mucho más opaca. De las finalmente diecisiete empresas de las que consiguió datos, solo cuatro contaban con perfiles directivos femeninos en sus Consejos de Administración. En ninguno de los casos, estos

directivos ocupaban la Dirección General o la Consejería Delegada. Tesorería, Comunicación y Recursos Humanos eran las competencias más habituales de las directivas femeninas. Con esto ya tenía la información. Solo tuvo que bichear en Internet entre algunas entrevistas ofrecidas por esas directivas para conseguir testimonios. Un informe de una consultora multinacional de Recursos Humanos hablaba sobre la situación de la mujer directiva en Europa, destacando que solo el 5 por ciento de los puestos de alta dirección estaban ocupados por mujeres. Flexibilidad, intuición femenina, capacidad de empatía y habilidad para escuchar eran, según la mayoría de los testimonios de ese informe, los principales atributos de la gestión empresarial femenina. Aquello la cabreó, le resultó indignante semejante consenso en torno a elementos que resultaban tan blandos, tan sin fuelle. *Soft skills*, las llamaban ahora; habilidades perpetuadoras de los roles de género, las consideraba ella, meros valores justificadores para seguir apuntalando la dinámica de patriarcado también en el mundo de la empresa, en el que la mujer debía continuar siendo la cocinera y la cuidadora de los hijos, mientras que el empresario/hombre salía de caza y a fornicar. «Solo una de cada cuatro empresas de la provincia cuenta con directivas mujeres», eligió como titular, pero en el cuerpo de texto abandonó toda tentativa de un enfoque puramente informativo, construyendo un texto que mezclaba datos, testimonios y sobre todo mucha opinión. Cuando terminó, el texto tenía casi ocho mil caracteres, quizá demasiados para un post. Pero estaba orgullosa, es posible que hubiera expresiones que debiera pulir un poco, es cierto que, al pasar el corrector de Word, los subrayados en azul delataban frases dudosas desde el punto de vista sintáctico, ella siempre había creído que *objeción* era con dos ces, seguía resistiéndosele la diferencia entre el *cayó* de *caer* y el *calló* de *callar*; *exuberante*, siempre se equivocaba, no llevaba hache intercalada. Pero a pesar de todo, al menos así le pareció en la primera lectura, era un texto con fuerza, por eso eligió un par de fotos de algunas empresas de la provincia —una de ellas de Oilgas—, volcó el texto en la plantilla del blog, subrayó en negrita algunas frases, y finalmente publicó.

Ya estaba allí, un nuevo texto, en <www.confiroqueo.com>, el confidencial que había abierto hacía solo tres meses, desde que decidió volver a casa de sus padres, y que firmaba con el nick de Anona, un guiño a Anon, la persona-símbolo que aglutinaba el movimiento Anonymous. Tenía muchas ganas de hacer algo así desde hacía tiempo, un proyecto más personal y de guerrilla, bien trabajado, para nada un panfleto, sino un lugar con criterio, donde cada denuncia estuviera debidamente documentada. La perspectiva de centrar el foco en un enclave cercano, con una mirada casi local, le permitía abordar los temas con mayor conocimiento y propiedad. Los objetivos estaban claros, siempre lo habían estado: igualdad de género, empoderamiento femenino, derechos de los trabajadores, lucha contra la globalización, defensa de la verdad frente a los grandes intereses corporativos, corrupción política, maltrato animal, fomento de la diversidad y la interculturalidad; y medioambiente en todas sus variables: contra la especulación y los usos indebidos del suelo, contra la contaminación ambiental de la industria, contra la relajación en el cuidado de los recursos, contra la emisión de gases de efecto invernadero, contra la negación del cambio climático, contra la destrucción de espacios naturales. Siempre, en todo caso, contra algo. Porque de eso trataba en realidad el periodismo tal como ella lo concebía, un periodismo siempre escrutador, siempre militante, tomando partido. Les habían vendido que el

periodismo debía buscar la imparcialidad, la ecuanimidad, la equidistancia. Pero los nuevos tiempos exigían un nuevo posicionamiento del periodista, que ya no podía limitarse a contar, exigían ir más allá, rascar sobre la superficie, meter la cabeza en cada charco, tocar las narices, desconfiar. Toda esa desconfianza, todo ese espíritu de sospecha, estaba en el caso de su confidencial centrado en su entorno más inmediato. Era la manera más honesta de ejercer su militancia. ¿Qué sentido tenía escribir un post sobre el posicionamiento de España en relación con la situación del Sáhara occidental? ¿Para qué hablar de la desvergüenza de la Unión Europea en relación con el cumplimiento del compromiso de acogida a inmigrantes por parte de los países miembros? ¿Qué podía aportar al debate su insignificante opinión sobre el discurso supremacista del hombre blanco, anglosajón y protestante que representaba el cerdo de Donald Trump? Su mirada podía resultar más enriquecedora y productiva con un enfoque más doméstico. Y el Parque Natural del Roque era un lugar ideal para ello. Su trabajo en AMPIPA podía facilitarle mucho las cosas. Se trataba de andar con cuidado y no mostrar excesivamente sus cartas para no levantar sospechas. Aunque, bien mirado, resultaba un poco ridículo. ¿Quién mierdas conocía la existencia de su blog? La anterior entrada, en la que había denunciado la lamentable situación de los animales en una perrera perteneciente al ayuntamiento, apenas había superado las trescientas visitas. Y eso que había hecho un esfuerzo considerable por darle difusión. Desde su cuenta de Twitter, @Anonadada, que ya contaba con 516 seguidores —su principal logro hasta la fecha—, había difundido el post, consiguiendo dieciséis retuits. Uno de ellos había sido de la cuenta regional de Podemos, lo que le infundió esperanzas de una visibilidad más potente. Pero pasaron las horas y lo cierto es que el número de visitas seguía instalado en cifras raquílicas. Era un post bien trabajado, ella misma había visitado la perrera y tomado incluso un pequeño vídeo con su móvil de la situación de los perros en las jaulas. El post se limitaba a describir la situación de los animales que ella había presenciado con un nudo en la garganta. En una de las imágenes había captado cómo, en el interior de una celda, había un perro muerto, ante el que el resto de los compañeros se desenvolvía con absoluta indiferencia, por más que el cadáver estuviera plagado de moscas. Era un tema local y a la vez universal, puro periodismo humano, con gran potencialidad viral. Pero lo cierto es que se había comportado como una auténtica becaria al nombrar en uno de los tuits que compartían el post a *La Voz del Roqueo*. Esperaba quizá un retuit, o incluso que el medio le hubiera comprado el tema. Estúpida ingenua: ya nadie compraba nada, para qué hacerlo si era mucho más sencillo robarlo directamente. Aun así —nunca aprendería—, se sorprendió dos días más tarde al comprobar que en la edición digital de *La Voz del Roqueo* habían publicado un reportaje extenso sobre el estado de la perrera municipal, incluyendo un vídeo de su propia cosecha, por supuesto con una factura mucho mejor que la suya, y ofreciendo datos sobre la titularidad de la perrera, la empresa adjudicataria de la licitación municipal e incluso declaraciones de una de las principales asociaciones animalistas de la provincia. Y, por supuesto, ninguna alusión a su trabajo, el que había levantado la liebre del escándalo. Después de una docena de encendidos tuits dirigidos al medio, en los que los acusaba de robo, de falta de deontología, de desfachatez y, por último, de terrorismo periodístico, *La Voz del Roqueo* la bloqueó. Se sintió ultrajada, era como si después de salvar de la muerte a un bebé y devolverlo a su hogar, le hubieran arrancado de los brazos a la criatura y le hubieran cerrado la puerta en las

narices. Aquello le serviría para el futuro. Debía ser más práctica, aprender a valorar el alcance de cada paso, y sobre todo el nivel de dedicación. Tenía claro que no comería de su blog, era una cuestión de vocación, pero no podía permitirse que aquello la superara. A ella le hubiera encantado, en realidad, ser una hacktivista, pero le faltaban conocimientos tecnológicos y, siendo sincera consigo misma, voluntad real de renuncia. Ahí tenía a Julian Assange, convertido en un muerto en vida, enterrado durante años en una oscura embajada en Londres. En una de las charlas de Sol había conocido a uno de los hacktivistas responsables de un ataque a la web de la Policía Nacional. Llevaba una vida casi sacerdotal, como la de un agente secreto o un monje, y además en el más absoluto anonimato. Le resultó simpático, cautivador, pero también incompatible con su espíritu: su cabello coloreado, su dragón tatuado, su oreja tachuelada, sus llamativas camisetas importadas; toda ella era luminosa, necesitaba mostrarse, la vida gris y el claustro eran aspectos antitéticos con su personalidad. Esto quedaba restringido a su faceta como ciberactivista, a su avatar de Anona. Solo el tiempo diría si ese ciberactivismo le ganaría la batalla a su condición de mujer diáfana y aireada. Toda mujer, eso había leído en una extraña novela de Sherwood Anderson que le prestó en su día Anika, era una casa. La suya tenía los balcones bien abiertos, dejando entrar siempre la luz del sol y la corriente.

Bueno, el post ya estaba en la nube, ya no le pertenecía: debía aprender a desenvolverse solo. Ahora que lo veía allí colgado, Berta se sentía desanimada: tenía la insobornable sensación de haber perdido el tiempo. Volvió a recorrer algunas líneas, y el texto le pareció desastrosamente resuelto: la expresión, las reflexiones, los datos trillados... Aquello no iba a ningún sitio. Necesitaba algo mejor, una historia más potente que contar, al menos tan buena como la de la perrera, pero sin incurrir en los mismos errores. De repente lo vio. Le pareció, de hecho, estúpido no haberlo visto antes. Lo tenía ante sus ojos, lo había tenido todo el tiempo. Berta contempló la foto de Oilgas que había elegido para ilustrar su post, las imponentes chimeneas sobresaliendo de la enmarañada red de hierros y luces rojas y blancas de la planta. Un amago de sonrisa le cosquilleó la zona alta del vientre. Fue como si acabara de resolver un acertijo.

—Te traigo pañales, morito.

Desde el primer instante en que pensó en la forma de dar salida al género, tuvo muy claro que debía renunciar a la venta directa al cliente final. Era cierto que años atrás lo había probado con fortuna cuando consiguió colocar más de trescientas paletillas de jamón ibérico en poco menos de una semana; durante ese tiempo había cubierto un ambicioso circuito de mercadillos municipales, en los que vendía las piezas sin mostrarlas. Si el cliente respondía afirmativamente a su oferta susurrante («¿quieres paletillas? Ibéricas, de bellota, a veinte euros la pieza»), entretanto observaba los productos que mostraba en su mesilla de camping como señuelo —sobre todo, menaje, cuchillos y tablas cortadoras de jamón, todo también robado—, Lagartijo lo conducía hasta la camioneta, abría la puerta de atrás y mostraba discretamente su secadero improvisado al atónito visitante. Era raro que el comprador no adquiriera más de una paletilla, eran de Jabugo Cinco Jotas, además resultaba imposible resistirse al olor a bodega de la camioneta. Pero en dos ocasiones tuvo que salir tarifando, los municipales andaban al acecho, pidiendo permisos a los feriantes. En una de ellas tuvo que dejar su mesa muestrario, y cuando volvió, a las dos horas, después de vigilar el mercadillo agazapado tras unos coches, se dio cuenta de que le habían sisado la mayor parte del menaje y todos los cuchillos jamoneros. Aun así, había sacado bastante con aquella operación: en el almacén de la distribuidora en el que se había colado una noche para robar las paletillas tardaron varios días en darse cuenta del hurto, y cuando quisieron denunciarlo, todas las piezas estaban ya colocadas. El asunto apareció en los periódicos, y durante varios días Rafael estuvo sin salir de casa, temiendo en cualquier momento la llamada a su puerta de la policía. Pero fue astuto al elegir como mercado la provincia de Jaén, eso quedaba bastante lejos del radio de influencia de la unidad policial que se había hecho cargo de la investigación. No obstante le quedó un regusto extraño, cierta sensación de gravedad por haber acariciado un nivel de delincuencia que excedía al que estaba acostumbrado. Desde que cumplió condena, diez años atrás, había evitado operaciones demasiado llamativas. Prefería seguir instalado en la delincuencia menor, que para él no era verdadera delincuencia. Los delincuentes de verdad, Lagartijo lo sabía bien, estaban todos en la calle, vestían corbatas y nunca hablaban de negocios por debajo de los cuatro ceros. Su labor en el Banco de Alimentos no podía ser despachada tan ligeramente con esa palabra, al fin y al cabo su dedicación al proyecto era total. Participaba de forma activa en cada recogida, acudía a cada entidad donante en persona para recaudar el género, se encargaba del almacenamiento, e incluso coordinaba la recepción con las entidades

asistenciales a las que iban destinadas buena parte de los alimentos y artículos de higiene. La sustracción selectiva de artículos, que él acometía de forma discrecional y discreta, era una suerte de contraprestación a su labor desinteresada como voluntario. Porque era la primera vez en su vida que trabajaba en un lugar en el que no cobraba nada, y por tanto resultaba legítimo que él mismo se administrara la remuneración en especies. En todo caso, esa discreción implicaba no solo la racionalidad en el flujo de sustracciones sino también la articulación de canales de venta aparentemente invisibles. Es por ello por lo que desde el principio tuvo claro que él sería un intermediario. Y descubrió que la mejor salida para su material eran los bazares, esos maravillosos lugares que abundaban en todas las ciudades, donde se vendía de todo. Lo intentó en un inicio con un par de chinos, pero no se entendía con ellos. No era solo el idioma, sino su inflexibilidad, y también la mojigatería que mostraban en la negociación. Aunque él insistía en que era un distribuidor oficial, sospechaban del origen del género, y uno de ellos le había exigido incluso poder hablar con su jefe. Los moros no eran así, su forma de hacer negocios era igual de implacable —qué cansinos con el regateo—, pero más elásticos en relación con la trazabilidad del producto. Claro que la oferta ayudaba: las cajas de ciento veinte unidades que en el mercado se vendían a cuarenta euros, Rafael las ofrecía a diez, siempre que adquirieran todo el lote.

—¿Quieres pañales, morito?

Trabajaba fundamentalmente con tres bazares, localizados en tres municipios diferentes y separados entre sí por una distancia aproximada de treinta kilómetros. Eso complicaba la posibilidad de que formaran parte del mismo clan, aunque los puñeteros moros acababan conociéndose todos entre ellos. En cualquier caso, su consideración de *moro* era bastante genérica: en ella cabían también los indios y los paquistaníes. Los veía diferentes, un tono distinto de piel, otra forma de vestir, acentos más rebuscados, pero para él todo era un poco lo mismo, y no tenía ningún interés en salir del error. Con esos tres bazares satisfacía en la mayoría de los casos toda la oferta, y después regresaba a los Gusanos con el coche vacío y los bolsillos bien cargados.

—¿Cuántos tienes?

—Para ti, cincuenta cajas. Quinientos euros, morito.

El dueño del bazar estaba apilando en una estantería disfraces infantiles de vaquero. Maniobraba sin mirarlo.

—No tingo tanto dinero ahora. Compró vintisínco.

—Entonces te tengo que subir el precio por unidad, Mojamé. —Rafael los llamaba a todos igual: todos eran Mojamé—. Si son veinticinco, te salen a quince. 375, amigo.

El árabe —este sí lo era— se dio la vuelta repentinamente. Elevó el tono, blandiendo un disfraz de vaquero empaquetado. El envoltorio transparente estaba abierto, dejando que un pernil del pantalón de vaquero sobresaliese como una lengua gigante.

—¡Iso es sínco iuros más por paquete! ¡Mi istás ingañando, primo! Busca otro morito tú hacer trato.

Era lo desesperante de trabajar con esa gente: ahora tendría que regatear euros hasta el cansancio, incluso hacer el paripé de salir por la puerta y amenazar con no volver más.

—Trece euros unidad y no se hable más, morito. Y que sepas que lo hago porque eres tú.

—Dose. —La lengua del disfraz rebañaba lánguidamente el vacío—. Dose y ti compro treinta.

Lagartijo observó al árabe. Se miraron por un instante con seriedad. Finalmente, Rafael se llevó las manos al paquete y se lo refregó, como presa de un picor repentino.

—Putra madre de moro. —Sonrió, mirando a un lado—. Venga, no me marees más. A doce y zumbando.

El árabe también sonrió, mostrando su blanca dentadura.

—¿Ves cómo nos entendemos?

—No me vaciles, que todavía me voy.

Camino de la caja, el dueño del bazar se detuvo junto a él y le palmeó el hombro un par de veces.

—Buina gente, primo —pronunció.

Si los vecinos de las casas baratas se llevan el premio de los mosquitos y los hedores de la marisma, a diez kilómetros de allí, los de La Iruñuela no lo tienen mucho mejor con su proximidad a la terminal de Oilgas. La Iruñuela, el barrio, nació de hecho casi a la par que se construía la propia refinería, como una especie de broma macabra de un urbanista desquiciado. Porque hoy, la idea de levantar una zona residencial a menos de cuatrocientos metros de un polo industrial hubiera sido sencillamente demencial. Eran otros tiempos, aún los políticos no se reunían para analizar el cambio climático y el CO₂ aparecía solo en los libros de texto de Química. Quedaban algunos años para que el Roqueo fuera declarado parque natural protegido, e importaba, sobre todo, la generación de puestos de trabajo que un proyecto así supondría. En consecuencia, no había vivienda con vistas al mar en La Iruñuela que en realidad tuviera vistas al mar: todas daban a las chimeneas de Oilgas. Los vecinos se habían acostumbrado a su visión, pero costaba más hacerlo a los olores. De vez en cuando, el hedor a goma derretida y a queroseno resultaba insoportable. Especialmente en verano y cuando corría viento de Levante: el olor se filtraba por los pantalones y las camisas, y era como si estuvieran masticando todo el tiempo neumáticos quemados. Hacía algunos años, un estudio promovido por la universidad había advertido del riesgo de contaminación ambiental de la refinería. Pero en La Iruñuela había calado más bien poco. Realmente, le debían mucho a la fábrica, no solo por el hecho de que muchas familias vivían de ella, sino también por el modo en que Oilgas se había volcado con el barrio. A nadie, ni al propio alcalde, se le escapaba el hecho de que ninguna zona residencial de Pico Paloma contaba con un nivel de prestaciones y servicios como los de La Iruñuela. La zona cara, la del lujo, la preferida por el turismo extranjero —principalmente alemanes e ingleses, aunque con el *brexít*, para estos últimos ya se vería—, estaba a más de veinte kilómetros de allí, nada se podía comparar con las urbanizaciones privadas de Aljaraluz y sus flamantes campos de golf. Pero siendo un barrio popular, con viviendas protegidas que habían salido muy baratas, lo cierto es que en La Iruñuela no podían quejarse. La idea de estar siendo envenenados de forma silenciosa, lenta y sistemáticamente, por los fenoles y el queroseno de la terminal, resultaba totalmente tolerable si tenían en cuenta que no había zonas ajardinadas y espacios públicos mejor cuidados que los del barrio. El Deportivo Iruñuela era el orgullo del deporte local, y si había llegado a competir en Tercera Regional —su gran hito había sido ganarle al Atlético de Madrid en un trofeo de verano, salió en todos los medios—, era sobre todo gracias al apoyo que le brindaba Oilgas, y que ellos exhibían con orgullo en sus camisetas. Por no hablar de la verbena del barrio, una referencia

lúdica de primer nivel en Pico Paloma. ¿Qué verbena de España había conseguido ofrecer un concierto gratuito de los ganadores de «Operación Triunfo»? Los niños del CEIP La Iruñuela eran siempre los primeros en participar en el programa «Conoce tu refinería» que Oilgas promovía a nivel provincial. Y a los escolares de ningún otro centro se los agasajaba de ese modo: volvían de la excursión sonrientes, excitadísimos, con su nuevo macuto corporativo lleno de artículos de merchandising de Oilgas, pero sobre todo con su regalo adelantado de Reyes Magos, una tablet con el logotipo de la fábrica. Nadie había hecho tanto por la alfabetización digital de Pico Paloma como Oilgas, igual que nadie había hecho tanto por la promoción deportiva y por la cultura. Hacía solo dos años y medio que se había inaugurado el Centro Cívico, que además había sido bautizado con el nombre de Marc Rutherford, el alma máter de Oilgas International, en cuya memoria se había creado una fundación internacional que había promovido la construcción de edificios singulares en la mayor parte de las ciudades con presencia de la compañía. El Centro Cívico Marc Rutherford había sido construido nada menos que por el estudio Cruz y Ortiz, autores, entre otras obras, de la restauración del Rijksmuseum de Ámsterdam o del Pabellón de España en la Exposición Universal de Hannover. Tres años después de su construcción, el centro había sido rebautizado como el Centro Roquefort, mucho más cómodo de pronunciar, y también, en cierto modo, bastante más propio, ya que el edificio tenía una estructura de dado que recordaba a un bloque de mantequilla. La tonalidad verde de su sofisticado techo, que integraba hierro y hormigón, hacía el resto.

La contribución de Oilgas al bienestar del barrio respondía al firme compromiso de Oilgas con su entorno, más concretamente con la comunidad de cercanía, como evidenciaba su estrategia de Responsabilidad Social Corporativa. La comunidad de cercanía era uno de los principales *stakeholders* de la compañía, y con ella, Oilgas mantenía una línea de colaboración y diálogo estrecha, que se materializaba en el apoyo financiero a proyectos encaminados a cubrir necesidades específicas del barrio y también en la propia implicación ciudadana en el desarrollo cotidiano de la planta. Para eso existía, de hecho, el Comité Comunitario, una entidad liderada por la propia refinería, a través de su Dirección de Responsabilidad Corporativa y Desarrollo Sostenible, y formada por las principales organizaciones vecinales de Pico Paloma. Pero sin duda la más activa desde los comienzos había sido la Asociación de Vecinos La Iruñuela. Por su participación en el Comité, que mantenía dos reuniones anuales, los miembros recibían una gratificación económica que repercutía directamente sobre la asociación, pero no así los emolumentos computados como dietas y gastos de representación, que debían ser facturados aparte a título individual. Nadie podía negar que Diego Barragán, presidente de la Asociación de Vecinos La Iruñuela, llevaba un tren de vida mejor que aceptable. Todos habían podido ver su Porsche Cayenne negro recorriendo las calles de Pico Paloma. Pero Barragán, era la verdad, siempre había sido una persona con posibles. Fue alcalde socialista en los tiempos de Felipe González, y desde entonces su suerte no había cambiado demasiado, salvando el sonoro tropiezo que provocó su dimisión en 1998, en mitad de su tercera legislatura, cuando se vio implicado en el asunto de las licencias a dedo para construir la Fase 3 de Aljaraluz. Sin embargo era el perfil que convenía a la asociación. No solo por su buena sintonía con el director general técnico de la planta, sino también por sus excelentes relaciones con las administraciones local y autonómica. Y

por supuesto, cómo no decirlo, por su capacidad de empatía hacia sus vecinos. Era como si después de ejercer tanto tiempo como primer edil, una parte del espíritu de servicio propio del cargo se le hubiera quedado adherido al carácter. Normalmente, le costaba lo indecible llegar hasta su casa si venía de algún sitio andando: eran incontables las veces en que se veía obligado a detenerse para oír a un vecino, reírle las gracias a otro o preguntar por los achaques a un tercero. Y en todos los casos, se manejaba con la mejor de sus sonrisas. Había nacido para la política, pero los vecinos de La Iruñuela tuvieron la suerte de que se le cruzara por medio la corrupción. Porque no podían tener un mejor presidente. Lo del Porsche Cayenne era algo perfectamente disculpable.

Ahora un vecino de La Iruñuela estaba en coma. El accidente se había producido dos días antes en Oilgas. Él mismo había visitado ayer por la tarde a su mujer, Carmen. Ella recordó las partidas de dominó en la asociación, y por un instante se quedó callada. ¿Qué voy a hacer ahora sin él, Diego?, preguntó, con los ojos brillantes, y Diego le apretó la mano. Tranquila, Carmen, ya lo verás, va a salir de esta.

Esta mañana, el hedor a alquitrán es bastante penetrante. En realidad, en lugar de estar en la sala de reuniones de la sede de la asociación en el Centro Roquefort, parece que estuvieran en la trastienda de una gasolinera.

—¿Qué tal van las cosas?

—No podemos quejarnos. ¿Cuándo tenemos la próxima reunión del Comité?

—Para primeros de diciembre. Ya te confirmaré fecha.

Diego Barragán recordaba la última reunión con absoluta felicidad. Las reuniones del Comité Comunitario estaban diseñadas con mucho gusto. Había, sí, que reunirse, que afrontar una jornada de trabajo, con fastidiosas presentaciones de informes, debates, paneles de discusión, y a veces estúpidas dinámicas marcadas por la política de Responsabilidad Social Corporativa de Oilgas que les hacían parecer un poco niños. En la sesión del pasado mes de marzo, sin ir más lejos, habían tenido que formar dos equipos, rojo y azul, y vestirse con camisetas del mismo color para defender dos posicionamientos de actuación a partir de un supuesto crítico —episodio de terremoto en Pico Paloma—. Pero después, y eso era lo mejor de los encuentros, habían disfrutado de la parte lúdica y social de la reunión. Podían llevar a sus acompañantes, y eso a su mujer la volvía loca. Porque después de una travesía fluvial en barco habían acabado comiendo marisco con vistas al mar, y de remate los habían alojado en el Barceló Gran Resort. En Oilgas sabían cuidar los detalles, no cabía duda. Al llegar a su habitación, con el cuerpo saturado de cava y el ácido úrico saliéndole por las orejas, se habían encontrado con un ramo de flores en la cama, acompañado por una bolsa corporativa cuyo interior contenía sendos relojes, uno para cada uno, nada menos que de la marca Hublot.

—Ayer estuve en el hospital. —Diego entra en materia—. Al parecer, nuestro vecino está en situación crítica. No hay empeoramiento, pero tampoco mejoría.

—Lo sé. He llamado esta mañana.

—Es un golpe duro para La Iruñuela —explica el presidente—. Manuel Ángel es un vecino muy querido.

—Puedes estar tranquilo —responde Federico—. En cualquiera de los escenarios, sabremos

responder.

—No me cabe duda —contesta Diego Barragán. Por un instante, permanece en silencio, con una mueca arcana, a medio camino entre la sonrisa y la gravedad. Federico desea en silencio que no vuelva a pronunciar la palabra. Escuchar otra vez en su boca la expresión *vecino* le haría vomitar. Finalmente, el presidente suspira—. Bueno, a otra cosa. El mes que viene se celebra el vigesimoquinto aniversario de la Romería de la Virgen de la Ragua. Es una ocasión especial. Un acontecimiento aquí, en el Roqueo. Ya sabes que es una romería muy apegada a nuestro barrio. Y los vecinos —Dios, ahí está otra vez— quieren que este sea un año especial.

—Entiendo lo que me dices. Pero hay que buscar un formato adecuado. Patrocinar una cosa así, tal cual, no estaría bien visto. Hay que darle algún tipo de revestimiento, de contenido. Piensa en alguna actividad paralela, tipo jornadas temáticas, con presencia de expertos, alguna conferencia con ponente de prestigio, no sé.

Diego Barragán mueve la cabeza, asintiendo. Y aunque Federico cree que no podrá soportarlo otra vez, está convencido de que va a hacerlo de nuevo: es imposible que no lo haga, es como desear que una rata no rebusque en la mierda.

—Todos los esfuerzos nos parecen poco —dice finalmente—. Lo primero siempre, ya lo sabes, son los vecinos.

Aunque se ha duchado, aunque se ha tomado dos cuencos de muesli, y después doce rodajas de mortadela —iba a ser solo una, pero no ha podido resistirse a seguir cogiendo lonchas hasta acabar el paquete—, aunque ha puesto el disco de Toto y ha permanecido tumbado en la cama con el volumen a treinta y el equipo retumbando en todo el piso durante veinte minutos, hoy ha fumado demasiado y el vacilón no acaba de diluirse. Se le nota en los ojos, excesivamente cargados, y en la forma de hablar, como si masticara un interminable polvorón seco. Cuando aparece en el piso de Amanda, su compañera se percata al instante.

—Vienes fumado.

—Solo un poquito. ¿Dónde está el niño?

Nicolás está, como siempre, en su habitación. Mientras Amanda termina de vestirse —ha salido a abrirle envuelta solo en una toalla azul, con el pelo húmedo y el rostro enrojecido por el agua caliente; al avanzar tras ella por el pasillo, ha aspirado su fragancia y ha sido como caminar por una pradera—, Tana charla con el crío. Está empantanado, como de costumbre, con sus vídeos, pero hoy además escucha música. Se parece al reguetón, aunque también, un poco, al rap, y el niño se sabe la letra de memoria.

—Es *trap*, Tana. Lo que se escucha ahora.

A mí me gutta que te gutte mi paquete / Te lo meto tol día de cuatro a siete, dice la canción. Y el niño la tararea: Yo soy tu beibi / Y te llevo al paraíso / Tú pa mí / Y saltaremos presipisio.

—Madre mía, Nicolás. Esto es basura.

—Tenéis que renovaros, Tana. Meted alguna canción de Bad Bunny. Becky G lo está petando. Maluma le gusta mucho a la gente, pero a mí me parece demasiado comercial.

De repente, Tana siente como si el vacilón volviera a subirle, pero ahora en modo chungo, acompañado de fatiga y asco. Esa mierda de música, que está de moda entre los niños de once años como Nicolás, es un insulto. El canuto lo ayuda a construir la imagen en su cabeza: el bueno de Mike de pie, con su guitarra eléctrica, rodeado de focos. Entonces comienzan a escupirle desde distintos flancos. Al principio son escupitajos tímidos, en la solapa, sobre la guitarra, en el pelo. Pero en un instante se ve envuelto en una ducha de gargajos, le resbalan por la cara, convierten su chaqueta en una segunda piel de mocos y saliva.

Tienes un culito, mami / Que me seduse y me atrapa. / Quiero llenarlo, mami / Con mi surrapa. Nicolás canta y sonrío, ajeno a la ensoñación de Tana, mientras está montando las imágenes de su nuevo vídeo.

—¿Cuántos tienes ya, Nico? —Mejor cambiar de tema.

—¿Suscriptores? Mil quinientos o por ahí.

—¡Vaya!

—Qué va. Es una mierda. Tengo que dar un salto de calidad. Me falta diferenciación, conseguir algún vídeo de impacto. Estoy atascado.

—A lo mejor puedes cantar alguna de esas joyas que escuchas —contesta Tana. Justo cuando termina la frase, suena el estribillo: Dame tu surrapa / Yo te doy mi moreno / Trátalo con alma y dale besito / Ya sabes que es duro y bueno.

Ya montados en el coche, con Amanda en el asiento del copiloto, Tana enciende la radio. Por los altavoces se filtra la voz de Stevie Nicks cantando *Rhiannon*. Pero los Fleetwood Mac no son capaces de sepultar el soniquete de la deleznable música que acaba de oír en la habitación de Nicolás. Sigue allí, retumbando en sus tímpanos, como una mancha de una vomitera pretérita en un azulejo del aseo, imposible de desincrustar.

—¿Has escuchado la música que oye tu hijo?

—Por favor, no me hables. Está loco con eso.

Ni siquiera la deliciosa fragancia de Amanda aplaca su malestar.

—¿Qué haces? —pregunta Amanda al ver la maniobra de su compañero, que acaba de sacar un canuto del bolsillo interior de su chaqueta y se lo ha llevado a los labios. Es una pregunta y también una queja: lo ha sabido nada más abrirle la puerta, al contemplar sus ojos enrojecidos y su forma de andar. Cuando fuma demasiado, Tana es imprevisible sobre el escenario. Lo de que no siga correctamente las partituras es lo de menos, en realidad nadie se da cuenta de nada. Lo peor es cuando se engolfa con un tema y le da por prolongarlo con un solo en el piano. Puede llegar a resultar insoportable.

—Voy bien, tranquila —responde Tana—. Solo que, después de eso de ahí arriba, necesito un petardo.

En 2009, con toda la pena de su corazón, Salustio se vio obligado a apuntalar su local. Si no lo hacía, le aseguró el técnico municipal responsable de la inspección, el bar no tardaría ni un año en desmoronarse, y podría ocurrir una verdadera tragedia. El responsable civil sería solo él si una cosa así sucedía. De este modo, desde la fachada hasta el diminuto aseo, todavía con letrina de agujero en el suelo —era, siempre lo había sido, un bar de hombres—, toda la geografía del local se pobló de puntales de hierro amarillos, rematados por tacos de madera que los unían al techo. Sería algo provisional, hasta que las gestiones con el ayuntamiento se resolviesen; pero el hecho es que habían transcurrido más de cinco años y los puntales seguían allí. Los parroquianos no vivieron el proceso con miedo, ser clientes de Casa Salustio ya comportaba en sí mismo un riesgo, aquello era un plus de peligrosidad añadida al aguardiente de matarratas y a las tapas de chorizo enmohecidas con las que Salustio se dejaba caer cuando los clientes se ponían muy pesados reprochándole su tacañería. Más bien se convirtió en un nuevo aliciente para ellos mientras bebían esperando el advenimiento de una nueva cogorza. Hasta el punto de que las seis lanzas de hierro amarillas que apuntalaban el perímetro de la barra acabaron teniendo nombre: cada una de ellas fue bautizada con el nombre del cliente más asiduo que solía ocupar ese punto de la barra. Uno de ellos, el del extremo derecho, justo al lado del hueco por el que Salustio entraba y salía de la barra, pertenecía a Lagartijo.

Si se miraba con cierta distancia, lo cierto es que aquellos hierros le daban un carácter singular al local: así parecía un bar más auténtico, nada que ver con todos esos gastrobares de moda y esas falsas abacerías que habían florecido en algunos rincones de Pico Paloma al calor del boom turístico de Aljaraluz. Porque de otra cosa no, pero si de algo podían presumir en Casa Salustio era de autenticidad. Alguien más avisado no habría dudado en incorporar aquel antro a la ruta de los turoperadores que trabajaban la zona, en su variante de turismo espeleológico o de avistamiento de aves exóticas. Turismo zoográfico en su expresión más pura, pero de naturaleza antropológica.

Los especímenes que pululan por Casa Salustio pertenecen a una categoría única. Dentro del flamante muestrario de seres vivos singulares, Lagartijo no se queda atrás. Cabría decir, de hecho, que es uno de los miembros más destacados. Lleva allí, apostado en la barra, desde hace dos horas. Ha comenzado bebiendo aguardiente, como de costumbre, pero al poco se ha pasado al whisky solo. Salustio se lo sirve en vaso corto, a un euro el pelotazo, y tiene que servirlo hasta arriba, sin dejar espacio entre el líquido y el borde, colmado por completo; Salustio, no me dejes

corona, que para la bebida no soy monárquico, bromea siempre Rafael. Es imposible llevarse el vaso tan lleno a los labios sin derramarlo si no es inclinando la cabeza y sorbiendo directamente del borde. Así, en esa postura, Lagartijo parece un camello. Cuando vuelve a incorporarse, Rafael prorrumpe en un sonoro chasquido, y se limpia la boca con la manga. Cago en la puta, dice bien alto, mientras sonrío.

A Rafael solo lo llaman Rafael cuando la cosa se pone seria y toca discutir. Por ejemplo, cuando va muy pasado y quiere seguir bebiendo y Salustio o Juani, su mujer, ya están a punto de cerrar y le dicen ya vale, Rafael, estamos de recogida. O cuando aparece en el bar una pareja de la Guardia Civil y lo saludan secamente, qué hay, Rafael, sabiendo lo que tienen enfrente. Pero el resto del tiempo es siempre Lagartijo. Todos, empezando por él mismo, se sienten cómodos con el mote de reptil, aunque solo el propio Rafael, y quizá Juani, la mujer de Salustio, por alguna imprecisa noche de confianzas, conocen el origen del mote. Que tiene que ver poco con una salamanquesa y mucho con su nombre de pila y su cuna. Ya que Rafael había nacido en Lucena, pueblo de Córdoba donde residió hasta los once años. El padre, muy aficionado a los toros y de apellido Molina, después de casarse y tener un hijo con Carmelita Sánchez, quiso hacer la gracia, cumpliendo de camino con el santoral. Nacido un 22 de octubre, solo dos días antes de la fiesta del arcángel, casi era inevitable ponerle el nombre del custodio de Córdoba, pero lo que a Dimas, padre de Rafael, le había de verdad convencido es que se llamaría igual que aquel mítico torero de finales del siglo XIX del que solo había oído leyendas. Rafael Molina Sánchez, el Lagartijo, estaba considerado una de las mayores figuras del toreo cordobés, lo que ya era decir mucho en una tierra de grandes figuras, uno de los Califas del Toreo, junto a un reducido grupo del que formaban parte también Machaquito, Manolete o el propio Cordobés. Así que Rafael trajo el mote puesto de la cuna. Su carácter pendenciero y bravucón, oportunista y sibilino, no hizo sino reforzarlo a lo largo de los años, acercándolo al espíritu de otros animales como la rata, la culebra o el buitре. Con cincuenta y seis años, Lagartijo era un lagarto de oronda barriga, más bien un enorme sapo, un cuerpo adherido a un tonel de carne tan redondo como una pelota hinchable de playa. Pero él quería creer que seguía manteniendo un tipo de torero, especialmente cuando iba muy borracho. Por eso, le gustaba celebrar la llegada de nuevos miembros de la parroquia con un capote invisible, perpetrando una media verónica o una chicuelina, tras la que levantaba la mano como había visto hacerlo muchas veces a su padre, cuando imitaba a Curro Romero o al Cordobés. El torero era también, se decía Rafael, un filósofo, porque había que tener mucha filosofía para aprender a vivir con la proximidad de la muerte de manera tan quieta, tan inquebrantable. Pero eso era cosa de los toreros cordobeses, amamantados por las ubres de Séneca. Y él había bebido también de esa teta. En cierto modo, su vida había sido como la de un torero, solo que en su ruedo los toros habían sido sustituidos por hijoputas. Un hijoputa de juez y no un toro era el que lo había conducido, trece años atrás, a la cárcel, después de un juicio en el que un abogado incompetente, y no un toro, había sido incapaz de desmontar las acusaciones por la paliza que siendo vigilante de una discoteca le había propinado a un niñoato bebido. Ese niñoato borracho, de apenas veinte años, y no un toro, con el ojo derecho que perdió tras la paliza y la parálisis parcial que le quedó como secuela después de un coma de cuarenta y ocho horas, había sido el causante de su reclusión durante tres años en la cárcel de El Puerto. Y su exmujer, Menchu,

y no un toro, a la que tenía que recordar inevitablemente cada día, cada vez que se contemplaba el tatuaje del corazón morado en su antebrazo derecho, había sido la que lo había dejado en la puta calle, cuando todavía le quedaba medio año para salir de la cárcel. Vale que él no había sido bueno con ella, vale que en algunas ocasiones la había golpeado, resultaba especialmente doloroso el recuerdo de aquella vez que la había arrastrado por el piso tirándola del pelo, después de que la muy zorra le hubiera robado cuarenta euros de la cartera. Pero había que ser muy hija de puta para abandonarlo de la manera que lo hizo, durante una visita a la cárcel, sin posibilidad de que pudiera reaccionar. La habría matado allí mismo, de hecho, pero ella aprovechó el parapeto del metacrilato y la presencia de los funcionarios para soltarle toda aquella mierda. Y no era un toro, sino la soledad más pura, lo que encontró al salir por fin de la cárcel, ese puto sitio al que jamás volvería.

Desde entonces, Lagartijo se ha convertido en un torero experimentado. Un torero de la vida, acostumbrado a lidiar con las horas, acostumbrado a humillar al toro que asoma los cuernos cada puñetero día del almanaque. El mundo es de los fuertes, y él ahora se sentía más fuerte que nunca, jamás bajaría la guardia, ya nadie lo doblegaría. En la cárcel había aprendido muchas cosas, a comer sin necesidad de saborear, para evitar las náuseas, a dormir con un ojo siempre medio abierto, a pasar desapercibido, a saber acompasar su orondo cuerpo al flujo de la corriente, para fluir con ella, para salir indemne de los enfrentamientos y rehuir los desastres. Había roto con todo lo anterior, con el duro mundo de la noche, con los trabajos que le exigían roce y cuerpo a cuerpo. El nuevo Lagartijo era más caimán que nunca, su fuerza se había encauzado hacia la discreción. El mercadeo con los productos del Banco de Alimentos era sencillo, apenas comportaba riesgos, jugar a la solidaridad era apostar al caballo ganador. Lo mismo ocurría con el Roqueo F. C., un pequeño club de fútbol en el que había ido metiendo cabeza, aprovechando la senilidad del utillero, para poder abrir mercado, para detectar nuevas oportunidades. Todo lo de la camiseta firmada por los jugadores se le había ocurrido a él, igual que lo de usar a David Peña, el televisivo niño que necesitaba el trasplante de médula, como reclamo para recaudar fondos. El negocio era evidente, resultaba increíble que nadie lo hubiera visto: vender papeletas a dos euros para el sorteo de una camiseta del Roqueo F. C. firmada por toda la plantilla, cuyos fondos irían a parar al tratamiento del pobre chaval. Cuando utilizaba aquel argumento, la reacción era matemática, hasta la mujer más humilde acababa abriendo el monedero y soltando dinero. Lagartijo había sido listo al elegir el sorteo del Gordo de Navidad, cuyo horizonte le permitía un margen de maniobra de tres meses. Los cuatro últimos números de sus papeletas debían coincidir con el del Gordo para conseguir la camiseta, además de un pack de ropa deportiva del club. Ni la camiseta ni el pack le habían costado un duro, de hecho ni siquiera había tenido que informar de la iniciativa a la directiva del club, todo se lo había guisado Lagartijo y se lo comería él solito. El único inconveniente era la posibilidad, nada descabellada, de que David Peña muriera antes de diciembre, o que encontrara una médula compatible. A ver entonces qué podía alegar para justificar todo el dinero que estaba ganando con la bendita rifa. Por lo pronto, aquel sorteo le permitía costearse sus cogorzas en Casa Salustio, sin necesidad de retirarse antes del cierre. Hoy vuelve a ser una de esas noches en que Salustio y Juani lo llaman Rafael.

—Rafael, vamos a cerrar.

—Rafael, ya es tarde.

Se ha tomado, que recuerde, cinco aguardientes y al menos siete pistoleros de whisky. Ha discutido, que recuerde, tres veces con otros tantos parroquianos. Con el último casi llega a las manos, cuando se ha cagado en su puta madre y el propio Salustio ha tenido que salir de la barra para separarlos. En esta ocasión no habían hablado de política, siempre acababa haciéndolo cuando estaba muy pasado. La política no le interesaba lo más mínimo, simplemente se la encontraba como una pantalla cuando el alcohol le subía. Porque él no entendía demasiado, pero de algún modo el whisky en el que flotaba su cerebro acababa cociéndolo como un solomillo, calentándolo y haciendo fluir el vapor. Su vapor era el resorte que lo llevaba a defender que el mejor y el único presidente del Gobierno que había valido la pena en España era don Felipe González Márquez. Ahí empezaban y terminaban todos sus argumentos, que le servían, como un flexible comodín, para mantener cualquier debate. Por ejemplo, la cuestión de la independencia catalana —Felipe había sido el más listo, dando cancha a los independentistas con la financiación para evitar el choque—, la corrupción —Felipe había robado, como todos, pero ¿quién se había enterado?—, la crisis económica —¿alguien había superado el tiempo de progreso de 1982?—, y así con cualquier tipo de asunto que el resto de los parroquianos pusiera sobre la mesa. Hoy había discutido con vehemencia con el Bocachanca, uno de los asiduos, a cuenta del fútbol, por los nefastos fichajes del Madrid, y sorprendentemente Lagartijo había entrado en el debate sin usar su comodín. Pero su condición de adjunto al utillero del Roqueo F. C. le daba potestad para enfangarse en una discusión de la que ahora no recordaba más que a Juani reteniéndolo del brazo y diciendo vale ya, Rafael, es suficiente, Rafael. Ahora es la misma Juani quien cuenta las monedas sobre la barra, después de que le haya dicho que hoy no fía a nadie, y que mañana ya se verá. Lagartijo se ha echado la mano al bolsillo y con torpeza la ha hundido en el interior de la bolsa de tela en la que guarda la recaudación de las papeletas. Ha sacado un enorme montón y lo ha aplastado contra la barra. Hay de sobra para pagar la multa, pero aun así la Juani no accede a su balbuciente petición, que le sirva un último pistolero de propina. Ya estamos cerrando, mañana más, Rafael. Así que finalmente Lagartijo se echa a la calle. Desde la carretera, en el porche de salida, puede contemplarse el mar. La brisa le acaricia la cara, y al observar a lo lejos las luces de los barcos pesqueros, su corazón se vuelve marinero. Ahora mismo quisiera tomar su red y su cajón y meterse en el agua, dejar que su cuerpo se humedezca y se llene de sal mientras remueve el fondo a la búsqueda de coquinas. El mundo es de los fuertes pero de vez en cuando ofrece un respiro, deja que contemplemos su belleza mientras duerme. Le habría gustado ser capitán de barco, pero se tendrá que conformar con ser conductor de su cochambroso Renault 21. Podría volver caminando a casa, de hecho sería lo más conveniente, pero tardaría demasiado y en casa aún le espera la copa de postre, la de antes de irse a dormir. Entre tantas monedas, le cuesta encontrar la llave del vehículo, y cuando por fin entra en el R21 y se sienta parece que la carretera haya sido invadida por el mar. Todo se mueve, el coche no puede estarse quieto con las olas, la travesía hasta los Gusanos se prevé complicada. Lo más sencillo será, como de costumbre, dejarse llevar por la marea.

Amanda da las gracias por los aplausos, y entonces Tana se limpia el sudor con la toalla que siempre descansa junto al teclado, y aunque está colocado tiene la lista del repertorio cerca y sabe que toca un tema lento. Y ahora vamos, dice Amanda, con una canción muy especial, y sonrío en dirección a la mesa de Federico.

Ella es la *garota* de Ipanema, la chica de Tom Jobim, pero también una aparición, un milagro. «Que cuando pasa el mundo sonrío y se llena de gracia.» La otra noche dijo cosas ridículas, en este momento no las puede poner del todo en pie, y a lo largo del día se ha sentido inquieto, intentando calibrar si era posible que hubiera metido la pata con algún comentario inapropiado. El día no había sido bonito, pero hacía tiempo que ya no había días bonitos. Todo el mundo quería cosas de él, todo el mundo quería más, y a él sin embargo nadie le concedía los mil días. Mil días sin accidentes. Oilgas, mil vidas contigo, como había ideado Albertito Mesa. Y todo se iba al carajo por la torpeza de un empleado incapaz de enroscar una bombilla. Solo la *moça do corpo dourado* puede solucionar esto, solo ella y el arrullo del whisky descendiendo cálido y confortable por su garganta. Hoy Amanda lleva otra vez ese vestido plateado que baña de lentejuelas todo su cuerpo, como el mar pellizcado por el sol al amanecer. Por la mañana Federico había acudido al hospital, y a través de la ventanilla abierta del Maserati había aspirado el olor a mar. La visión del mar a esas horas era hermosa, deslumbrante: animaba a la trascendencia. En esta nueva visita a la sala de espera, la mujer del accidentado le pareció más consumida, más blanda y desgastada, como si en lugar de dos días hubieran transcurrido dos décadas. Que sepa, Carmen, le había dicho, sin abandonar su mano, que en Oilgas todos estamos muy preocupados, para nosotros la prevención de riesgos es una prioridad. El propio Manuel había superado, lo habían comprobado, el curso online para operadores, no le quedaba otra, era obligado para el puesto. Es algo que machacamos a menudo, la seguridad no es un cuento, es un aspecto que los trabajadores deben respetar a rajatabla. Pero es una pena que no todos los trabajadores compartan con nosotros las mismas cautelas, ese escrúpulo por la protección en su desempeño. Estamos con Manuel Ángel, había añadido, estaremos con él hasta el final, y entonces la mujer había inclinado la cabeza buscando su regazo. Instantes después, apareció por el hospital Carlos Soto, el del sindicato. A Federico le resultó desagradablemente sobreactuado. Quizá había llegado el momento de forzar su relevo. Por lo menos, hacerle entender que SIOG era parte de Oilgas, y que si ellos habían ayudado a que tuviera ese espacio, en detrimento de CCOO y UGT, era justo para que fortaleciera la paz social. Educación y Descanso, a ver si lo comprendía,

sindicato amarillo con todas las bendiciones de la estructura ejecutiva de la empresa, necesariamente discreto, aparentemente independiente, pero al fin y al cabo sostenido por la compañía. A ver qué coño se creía, a ver si tantos años como enlace lo habían confundido. Por supuesto, Federico, había dicho, estamos muy preocupados, no queremos ni imaginar que suceda lo peor, la gente espera un pronunciamiento por vuestra parte. Tranquilo, Soto, había contestado él, no es tiempo de eso, de momento mañana vamos a trasladar una nueva nota a los medios comunicando la situación. No hablo de fuera, Federico, había insistido el responsable sindical, sino de nuestro público interno, hay que tenerlo informado, es nuestra obligación. Público interno, ¿dónde había aprendido aquello aquel gilipollas? ¿Desde cuándo los sindicatos utilizaban esa terminología para referirse a los trabajadores? Federico se llevó las manos a la cintura y lo miró fijamente. La esposa del accidentado había abandonado por un instante la sala, y por fin estaba solo con el enlace sindical. No perdamos la perspectiva, Soto, le había dicho con seriedad. Es importante que todos tengamos muy claro dónde estamos. ¿Tú dónde estás, Soto?

La gente perdía la perspectiva. La gente perdía pie, se deslizaba por una superficie húmeda y resbaladiza, incapaz de soportar los envites de la corriente. Cada uno tenía su sitio, y no conocer la posición, no ser consciente de su perímetro de suelo, podía convertirse en algo extremadamente grave. Su suelo ahora estaba muy lejos, porque en realidad él levitaba, estaba flotando, abrazado a la cintura de la chica de Ipanema. Pero necesitaba subir más, necesitaba escalar hasta las nubes, trepar por las estrellas, saludar a los aviones que cruzan el cielo a diez mil metros en vuelos comerciales, y sonreír escanciando una botella de Moët & Chandon sobre el cuerpo plateado de ella, bebiéndola en cada recipiente formado por las discretas oquedades de su cuerpo. No tiene suelo ni tampoco tiempo, tiempo y espacio están ahora suspendidos, porque la chica canta. ¿Vendrás mañana?, le había preguntado ella, se acordaba de eso. Por supuesto, había contestado él. Estaré ahí cuando cantes mi canción. ¿Y me esperarás después?, había preguntado la chica, atusándose el pelo. Como avivada por un soplón, una llamarada había ardido violentamente en su pecho de súbito. Por supuesto, había contestado Federico. Toda una vida te estaría esperando.

Y así, en manada, las hilachas van ganando grosor, como si en el camino hacia el frente nuevos soldados se sumaran al ejército. Y poco a poco en el horizonte, si se mira bien, la brea brilla pellizcada por el sol, y es como un segundo sol refulgente, pero al mismo tiempo negro, como una gran amenaza al acecho, como un animal del inframundo que prefiriera permanecer camuflado.

Sin luz apenas es discernible. A su negritud suma la oscuridad de una noche sin luna, afilada y algo fría, que obliga a los pocos transeúntes que merodean por las calles a subirse el cuello del abrigo. Es octubre, de día hace mucho calor todavía, la gente sigue abarrotando la playa como si estuvieran en pleno julio. Pero por la noche, de repente, la brisa se ha vuelto desagradable.

—Cómo me gustas. Cántame, por favor, solo a mí.

En el 5.º B del bloque cuarto de la calle Diamantino García, en pleno corazón de La Iruñuela, una ventana permanece con las persianas levantadas y la luz encendida. Allí dentro está Berta, en pijama, delante del ordenador, acompañando su vigilia con una taza de tisana que poco a poco se vuelve tibia, mientras teclea con furia y susurra. Nunca ha sido capaz de escribir sin hablar, sobre todo cuando las frases le vienen solas, rodando, a borbotones. Está fresca, y a pesar de la hora, de los ladridos de los chuchos callejeros y de los silbidos del viento contra la ventana, no piensa parar. Las yemas de sus dedos se llenan de palabras, al igual que su lengua, porque ha dejado de ser Berta y en estos momentos es más Anona que nunca. Y por supuesto, lo va a contar todo sin dejarse nada en el tintero, el accidente de su tío, la falta de seguridad, la evidencia de que fue obligado a sustituir las luminarias sin el debido equipo de protección. Gracias a la bendita hemeroteca, además, podrá refrescar también el accidente ocurrido hace 978 días, que en este caso fue mortal —el de su tío está por ver—, cuando un empleado fue literalmente triturado por un montacargas, que cayó sobre su cuerpo accionado de forma fortuita. El empleado tampoco llevaba protección, pero un estúpido casco de polietileno tampoco lo hubiera salvado, la evidencia era que aquel montacargas nunca debería haber descendido, y menos aún con aquella brusquedad. Al final, lo de siempre: indemnización millonaria para los familiares, carpetazo al caso y ausencia absoluta de reconocimiento de culpa por parte de Oilgas. Habían pasado casi tres años, pero Berta volvería a hablar de aquello, incluso contactaría con los familiares, de hecho su tía conocía a la viuda, había hablado con ella a raíz del accidente. De momento, incluiría una alusión en su post, que antes de terminar ya tenía título: «Oilgas, factoría de accidentes».

—Dios mío, qué piel tan suave. No pares, canta —dice él, completamente desnudo, recorriendo su cuerpo en la penumbra, lamiendo su vientre con la lengua pastosa de whisky y

marihuana, incapaz de percibir, debido a la escasa visibilidad, que la piel de ella se engallina, que tiene el sexo humedecido, mientras susurra *moça do corpo dourado*, intuyendo por encima de los muslos de Federico la flecha enhiesta de su entrepierna. Es imposible que alguien los oiga. En el salón suena un disco de los Eagles, con un volumen muy discreto, mientras Tana ronca descuajaringado sobre el tresillo. En el ambiente huele a marihuana. Después de la actuación, el pianista estaba demasiado pasado. De hecho, cuando tocaba *El hombre del piano*, la versión en castellano del clásico de Billy Joel, Tana se descolgó con un solo de cinco minutos en el órgano, que había disuelto los ánimos de fiesta de la mayor parte de los clientes, y en el segundo bis con el que cerraban el concierto, *La Conga de Jalisco*, nadie saltó a la pista. Ya terminado el show, Tana se incorporó a la mesa en la que Federico y Amanda conversaban. Pero estaba tan ciego que no percibió, o quizá prefirió no hacerlo, el juego de miradas, insinuaciones y sobreentendidos que se traía la pareja. Los tres gintonics acabaron por rematarlo, incluso hubo tensión cuando en un momento de desvarío Tana recordó un viejo proverbio sioux, mientras Federico intentaba sin mucha convicción explicar en qué consistía aquello de la Responsabilidad Social Corporativa. «Cuando el último árbol sea cortado, el último río envenenado y el último pez pescado, solo entonces el hombre descubrirá que el dinero no se come», dijo, como pudo, trastabillando con la lengua al llegar al río envenenado, y tras la frase, que generó un silencio incómodo, Federico sonrió, tómate otra copa, anda, que todavía no te veo demasiado a gusto, soltó, y en ese momento Tana se encabritó, tenía la rala melena suelta y lo señaló, no necesito ser como tú, ¿entiendes?, dijo. Pero estaba muy borracho, y enseguida todo volvió a su sitio, no había por qué estropear nada; Amanda estaba preciosa y reaccionaba con receptividad a los comentarios de Federico, incluso mantuvo la mano quieta cuando el responsable de Oilgas arrastró la suya como una culebra hasta tocar con suavidad sus dedos. Ella sonrió, con un gesto de azoramiento que le provocó un empalme inmediato, y dio un buche a su ron con Coca-Cola.

La noche, claro, no había hecho más que empezar. Aunque para Tana parecía estar terminando. Estaba, definitivamente, demasiado borracho para coger su coche, así que, por sugerencia de Amanda, Federico se había prestado a llevarlo a casa. En la parte de atrás del Maserati, Tana parecía un garabato, incapaz de percibir lo que ocurría en la parte de delante, las sonrisas y los guiños de la pareja, la efervescencia del ambiente, la crepitante dulzura de cada comentario, de cada mirada, de cada gesto. No podía subir solo, necesitaba ayuda, así que Federico se lo echó al hombro y Amanda ejercía de capataz. Los tres compartieron un ataque de risa a las puertas del bloque, cuando una señora mayor con aspecto reglamentario de señora mayor asomó la cabeza desde el descansillo del primero, mientras Amanda maniobraba con los pantalones de Tana intentando extraer las llaves del piso. En el ascensor, por un instante, al pianista se le había aflojado el vacilón, pero con una deriva sentimental. Abrazó a sus dos lazarillos y los besó en la frente. Os quiero mucho, os quiero tanto, balbució, y mientras subían empezó a canturrear. Era el *Aquarius*, la canción del musical *Hair*; al llegar a la planta, la canción era un grito entusiasmado. Venga, joder, busco el disco y os pongo una copa. Un canuto, joder, no os vayáis, dijo, cuando los tres ya estaban dentro. Federico se encogió de hombros y Amanda sonrió. Les hubiera gustado largarse, pero era imposible: con una extraña agilidad, Tana había rebuscado en la cedetera y había encontrado el disco, que ya sonaba en el piso. No tenía White Label ni ninguna marca

decente, se disculpó, solo garrafón, y en tres vasos de agua arañados por el uso sirvió sendos whiskies de una marca que a Federico le pareció recién inventada. Aquello sabía a matarratas, pero qué más daba, estaban juntos, y Tana había cogido la caja de la marihuana de la estantería de mampostería que recubría toda la pared del salón y ya había encendido el canuto. Después de media docena de caladas, que convirtieron la estancia en un fumadero, Federico, sin pedir permiso, decidió cambiar de disco; tanto griterío hippy lo estaba matando. Optó por un doble de los Eagles, que Tana, desde el interior de la inmensa nube, celebró con un sí. Fue lo último que le oyeron: a los pocos minutos el tresillo parecía haberlo abducido.

La marihuana, el whisky matarratas y la humareda confluyeron como astros propicios. Y casi sin darse cuenta se están manoseando sobre uno de los sillones como dos adolescentes, buscando con urgencia la piel desnuda, el calor de la saliva contraria, la humedad. Y así, entre manoseos, hablando el lenguaje animal de los lamidos y los mordiscos, recorren el pasillo hasta encontrar la habitación de Tana. La cama está revuelta, parece una verdadera pocilga, hay ropa sucia en el suelo, un calcetín colgado sobre la lámpara de estilo tribal de la mesilla de noche, pero a ellos les da igual, en la penumbra solo les interesa el reconocimiento de sus propios cuerpos. Al fondo suenan los Eagles, pero él quiere su propia música, por eso le pide que cante, cántame, por favor, solo a mí. Y mientras ella susurra la *Garota de Ipanema*, él recorre con su lengua porosa la periferia de su ombligo, descendiendo hasta la entrepierna, para alojarse por unos instantes en el tacto sinuoso de su vulva. En la semioscuridad de la habitación, el perfil recortado de Federico es como el de un sátiro dibujado en una vieja ánfora romana, con el pene erecto y el cabello enmarañado. No está acostumbrada a eso, jamás nadie se interesó así por sus cosquillas, ese tipo de caricias siempre tuvo que buscarlas sola. En la sexualidad de su hoja de vida, ese sátiro retrepado entre sus nalgas hubiera buscado ya el dolor, clavarle con furia la estaca, hacer daño. Pero ella también está borracha, la marihuana que no acostumbra a fumar hace su efecto y solo puede entregarse, abrir aún más las piernas para que el demonio beba de su manantial.

Y entretanto, en silencio, ajenas a los besos y a las caricias, ajenas a la niña de cuerpo dorado, las larvas negras siguen reptando, sumando nuevas adhesiones a la manada.

Segunda parte
El compromiso social

Ser independiente tenía más ventajas que inconvenientes. Entre estos últimos uno de los más obvios, estaba claro, era el hecho de que para conseguir cualquier cosa, las llamadas a cada puerta debían ser más ruidosas y persistentes. No militar en ningún partido, ir absolutamente por libre, lo convertía en invisible para otras administraciones. En cambio, como gran ventaja, disponía de absoluta libertad a la hora de organizar recursos y gestionar sus presupuestos. Desde hacía dos legislaturas, Javier Peñuela ejercía como flamante alcalde independiente de Pico Paloma. Y la realidad era que, en aquellos duros años de la crisis y la poscrisis, el pueblo no había ido mucho a mejor, pero sobre todo, y eso era lo importante, no había ido a peor. Peñuela no le debía nada a nadie, porque lo único que le habían regalado, a espuertas, era resentimiento, cainismo y un anhelo permanente de verlo caer: la oposición siempre estaba nerviosa, dando palos de ciego, y eso lo beneficiaba, porque reforzaba su posición. No le debía nada a nadie salvo, eso sí, al propio pueblo, que hacía dos años lo había reafirmado al frente de la alcaldía. Y dentro del pueblo estaba comprendido también eso que a él le gustaba llamar la sociedad civil, esa tupida red de agentes sociales que conformaba la opinión pública que guiaba el sentir mayoritario en Pico Paloma. Instituciones como el Círculo Mercantil o el Club Deportivo Aljaraluz; asociaciones culturales como los Amigos de la Capa de Pico Paloma o la Sociedad Gastronómica del Roque; y representantes del tejido productivo como Supermercados Reche, Comestibles Riogrande o, por supuesto, Oilgas. Las empresas eran mucho más que sociedad civil, un motor de cambio y disrupción, una locomotora para el desarrollo económico, aliados de alto valor estratégico para el progreso social. Por eso Oilgas tenía siempre las puertas abiertas de la Casa Consistorial. Por eso cada visita de algún directivo de la multinacional al ayuntamiento era un acontecimiento que merecía toda la difusión posible. Solo en el último año, la inversión de la obra social de Oilgas en proyectos de dinamización y asistencia social había alcanzado los noventa mil euros. De cara al nuevo ejercicio, el montante comprometido era de ciento veinte mil euros. En ese importe iba incluido el patrocinio de la Feria Internacional del Agua, el International Water Meeting, el gran proyecto de Peñuela para la presente legislatura: una oportunidad, como se explicaba en el dossier de captación de inversiones (*investor deck*, según la empresa responsable de su elaboración), para situar a Pico Paloma en el mapa de las principales ciudades europeas con un turismo sostenible y de calidad, con un compromiso firme con el medioambiente y la conciencia ecológica que convertiría a la ciudad en un referente como gran proyecto urbano *smart* del sur de Europa.

Peñuela, no cabía duda, era un artista, un visionario. Que Oilgas aflojara el bolsillo no había sido difícil; lo habrían aportado incluso si se hubiera tratado de patrocinar un mundial de petanca. Lo extraordinario era que con aquel difuso proyecto, atiborrado de verborrea grandilocuente y vacua, el primer edil había logrado embaucar a la mismísima Unión Europea, que había comprometido una ayuda de medio millón de euros con cargo a los fondos FEDER. Hoy a Federico Castilla le tocaba visitar al alcalde para conocer algunos detalles más concretos. La firma del convenio de patrocinio ya se había suscrito hacía semanas a través de un intercambio de correos certificados, pero era el momento de avanzar un poco más en los pormenores de la iniciativa. Y aunque a Federico lo acompañaba Alberto Mesa, que era quien gestionaba toda la agenda institucional cuando le tocaba atender asuntos en Pico Paloma, nadie había hablado de comparecer ante los medios. Por eso a Federico le extrañó, al llegar al ayuntamiento, mientras esperaban en el hall de la alcaldía, que aquello estuviera plagado de *foteros*.

—No vamos a hablar con prensa, Alberto. No estaba programado.

—Descuida, Federico.

El director de Responsabilidad Corporativa de Oilgas no estaba para mucha foto. Aún tenía la cara hinchada, y a pesar de haber pasado por el hotel a tomar una ducha, las bolsas bajo sus ojos y sus propios ojos irritados evidenciaban que la noche no había sido tranquila. Eran detalles que pasarían desapercibidos para cualquiera que no lo conociera, por ejemplo, el nudo de la corbata, por lo general impecable, estaba peor rematado que de costumbre; su peinado, habitualmente muy cuidado, había sido perpetrado con escaso esmero; en el bolsillo de su solapa no comparecía ningún pañuelo. Todos aquellos detalles, sumados a sus ojeras, fueron los que impulsaron al responsable de prensa al comentario.

—¿Qué tal la muela? ¿Sigue doliendo?

La alusión a la muela pareció despertar en él a una bestia dormida. Era cierto, la muela, parecía mentira que se hubiera olvidado completamente de ella. Hacía dos días que no hablaba con Mamen, quien se había encargado en cada llamada, con esa tierna machaconería tan propia de ella, tan de madre amorosa, de recordárselo. Y ahora que Albertito Mesa lo hacía, intentó recrear mentalmente el dolor, como el tullido que intenta reproducir en su mente el movimiento de un miembro amputado. Definitivamente no había dolor, se había marchado. De alguna manera era como si se hubiera alejado de él, como si habitara a muchos kilómetros de distancia, al igual que Mamen y las niñas. Se sentía, en realidad, mucho más cerca del Aljaraluz Costa, de la piel y la saliva de Amanda, de su voz y la humedad de su entrepierna. La noche anterior estaba colocado, demasiado mareado para obrar con plenas facultades, pero había sido, sin lugar a dudas, un buen polvo.

—Querido amigo mío, ¡cuánto tiempo!

El alcalde lo abrazó con efusividad. Sin soltar su mano, lo observó de abajo arriba, concluyendo en sus ojos. Era un gesto campechano pero a la vez afectado: marca de la casa Peñuela, el alcalde cercano, pura humanidad enlatada.

—¡Qué bien te veo! —añadió, sonriendo, y Federico tuvo la impresión de que no era la primera vez en el día que el primer edil utilizaba aquella expresión.

De camino al salón de la alcaldía, sondeó a Federico sobre la posibilidad de la foto para la

prensa. Pero no era posible, recordó Albertito, quien caminaba por detrás de ellos junto al jefe de gabinete del alcalde. En media hora pensaban distribuir una nueva nota de prensa sobre la evolución del accidentado en la planta, preferían no mezclar las cosas. Ahí el alcalde se cambió la careta. Tocaba ponerse la de alcalde cercano en su modalidad de compromiso con la salud y la seguridad laboral. Algo había oído, ¿podían ofrecerle detalles? Fue el mismo Albertito quien se los aportó. Por el momento, explicó el responsable de prensa, todo está estable, pero no sabemos hacia dónde avanzará su situación.

—Vaya, comentó el primer edil. Pues ya sabéis —y esto lo dijo mirando a Federico, todos ya sentados en la impoluta mesa de roble del salón de la alcaldía, atiborrada de distinciones y trofeos, que exhalaba un considerable tufo a abrillantador— que podéis contar con nosotros para lo que haga falta.

Finalmente se decidió hacer una foto, pero la tomaría el fotógrafo municipal, para enviar un comunicado a los medios cuando la tempestad amainase.

—Nos interesa a nosotros, como forma de generar un nuevo hito mediático en torno al Water Meeting, pero también a vosotros, como evidencia de vuestro compromiso con Pico Paloma.

—¿Y cómo van los preparativos del evento, Javier?

—Todo se cuece lento, pero adecuadamente. Va a ser un acontecimiento, Federico. Estamos intentando, de hecho, que en la clausura participe Amina Mohammed, vicesecretaria general de la ONU. Fue ministra de Medioambiente en Nigeria, y está muy concienciada con la cosa medioambiental. ¿Te imaginas? Y lo de Al Gore está casi cerrado. Al Gore en Pico Paloma. Se van a dar patadas por estar en la foto, Federico. Pero no pienso permitir ningún intruso. La junta no ha querido estar desde el principio, y no va a apuntarse al carro al final. Ahí solo estaréis vosotros, los que habéis estado desde el principio.

Y dentro de un mes, el aperitivo. Nada menos que Daniel Barenboim, y una representación de la Staatsoper de Berlín. Interpretando, cómo no, a Beethoven, su especialidad. Espero que puedas venir, Federico. Habrá una cena posterior con el músico.

—Pico Paloma en el punto de mira mundial, Federico. Como espacio de referencia en materia sostenible y medioambiental. Intercambio de culturas. Perfil social de alto nivel. Cuando llegué aquí, jamás hubiera sido capaz de imaginar un proyecto así. Y lo vamos a conseguir, Federico, lo vamos a hacer.

El jefe de prensa del ayuntamiento trajo en una carpeta con sello del consistorio sendas copias del convenio de patrocinio. Entregó una a cada uno, acompañada de una pluma similar: plateada, de tono mate, con el emblema del ayuntamiento. Mientras, en un aparte, Alberto Mesa y el responsable de prensa municipal comentaban los detalles de la nota, el alcalde y Federico teatralizaron la firma ante el objetivo del fotógrafo de la casa. Tenía pinta de sucio aquel fotógrafo: la chaqueta de paño demasiado holgada, la camisa algo arrugada, y un pantalón vaquero desgastado en exceso para parecer limpio. Podría ser, pensó Federico, perfectamente, el novio de su hija, el podemita. El alcalde le pidió la mano sin dejar de sonreír, y los dos miraron a cámara con las manos entrelazadas. Pensó en el suficiente novio de su hija, en la última conversación que habían tenido, cuando despotricó contra la industria petroquímica por su falta de compromiso real con el objetivo 2020 de la Unión Europea y la agenda de Kioto. Tu novio es gilipollas, le había

dicho a su hija en la cocina, mientras recogían los platos. Ella se había mantenido callada, conteniendo en silencio su soberbia. Pero estaba convencido de que al marcharse, en el mismo coche de vuelta a casa, ella había llorado.

—Solo un segundo. ¡Sonreíd! —dijo el foterero, y por un instante más, el alcalde y Federico mantuvieron la sonrisa. Al apretar los dientes, Federico sintió un fagonazo nuevo en la encía, más bien una caricia, una especie de recuerdo amable de un dolor pretérito insufrible. Quizá, en realidad, era una advertencia: la muela seguía allí, le estaba diciendo, tan solo dormía.

Tanito, dice, con su boca sin dientes, detrás de sus ojos vítreos, con un resquicio de luz antigua, como una estrella muerta hace miles de años que sigue dando una lumbre tenue, insuficiente, sin vida. Y Tana la toma de la mano, esa mano pálida y flácida que no es más que una reunión de huesos finos, como de pájaro, envueltos en una piel casi translúcida. Estoy aquí, mamá, le responde, estoy contigo, pero enseguida ella se ha perdido otra vez, regresa a la espesura de su duermevela perpetua, allí donde ya no pueden hacer nada el donepezilo o la galantamina. Un pozo profundo y viscoso en el que su madre bucea sin más meta ni rumbo que respirar. Él ha aprendido a convivir con eso, esta es la última fase, en la que la enfermedad campa a sus anchas, sin respetar las funciones fisiológicas y motrices. Pero eso no quiere decir que no duela, que no se le abra en canal el pecho supurando centenares de polillas crueles. Tanito, ese es el último sortilegio, el último resquicio que la ata a la vida, a su existencia de mujer, esposa y madre: la pronunciación del nombre del hijo. Fue duro asumir que era la única solución, que no había otro camino posible que acabar aquí, en esta residencia poblada por la enfermedad y la decrepitud, donde lo único que aplaca su dentera es la marihuana. Cómo venir aquí cada semana sin fumar un poco, cómo soportar el vuelo de las inmundas polillas en su pecho sin la amortiguación de los canutos.

—Tanito, Tanito —lo llama, casi susurrante, de vez en cuando, como si la realidad la pellizcara por un instante para hacerla regresar, para volver a acariciar con timidez lo que una vez fue, lo que una vez tuvo: su hijo, su marido, su hoja de vida consciente, con alegrías, sorpresas, palpito. Mamá se está muriendo, se muere poco a poco, como una vela diminuta que avanza consumiendo débilmente la mecha. Y llamado por esa palabra, que es su nombre devuelto a la infancia, Tana persigue en los ojos desvaídos de su madre sus propios recuerdos. Sin ella, Tanito, nadie te contará, nadie relatará tu existencia, será como no haber sido nombrado nunca. Es bueno que le hable, le dice siempre la enfermera de pelo rubio que se parece tanto a Agnetha Fältskog, la rubia de ABBA, es bueno que le cuente cosas, hace que su cerebro se estimule. Le parece una gran crueldad, porque resulta evidente que allí ya no queda nada, que todo está hueco y reseco, que hace años que no hay vida en el interior de ese nido. Aun así, Tana habla. La toma de la mano, y le cuenta cosas de ella. Ya la conoces, le dice, es Amanda, quiere venir a verte un día, pero a ver si puede, porque su hijo, Nicolás, no está en la mejor edad. Y gracias a la marihuana sus palabras caminan solas, construyen un edificio de recuerdos deformados y de vivencias falsas en las que él ejerce de pareja de Amanda. Vivimos juntos en los Gusanos, no sé si recuerdas dónde es, junto a las marismas, hay muchos mosquitos pero nos hemos acostumbrado. Amanda es buena y cariñosa,

aunque a veces llora y se siente triste. Tendrías que ver nuestro piso, está decorado con mucho gusto, ella tiene bastante mano con la decoración, y además cocina estupendamente, su paella te encantaría. Y así Tana llena el vacío con palabras inventadas, dibuja un mapa de vivencias donde las reales se confunden con las imaginadas, y por un instante él mismo se muda a ese espacio, y como nadie le pide explicaciones, incluso introduce a su madre en su propia remembranza. ¿Te acuerdas de cuando viniste a casa aquella Nochevieja? Creo que fue la última vez que la viste, también estaba el crío, ¿recuerdas? Ninguna palabra, ninguna frase consigue que el brillo apagado de sus ojos se inflame, sus iris acuosos y cansados no reaccionan, pero en su boca se dibuja lo que a Tana le parece una sonrisa. Debe de ser, supone, por la familiaridad de su timbre de voz, aunque Tana prefiere imaginar que en realidad está recordándolo de veras, que ahora que le habla de aquella falsa Nochebuena con Amanda y Nico ella es capaz de evocar todo.

A las once y diez de la mañana, sale un email del Departamento de Prensa de Oilgas Pico Paloma, un comunicado dirigido a toda la base de datos de medios de comunicación de la provincia. «Continúa estable el trabajador que hace cuatro días se desprendió de la Sección 4 de las luminarias correspondientes al tanque BC2 mientras realizaba trabajos de restitución de componentes. Como ya se informó en el primer comunicado, remitido pocas horas después del incidente, el empleado, que responde a las siglas M. A. M., de 56 años, ingresó en el hospital Reina Letizia a las 12.15 de la tarde del martes 7 con un cuadro de lesiones múltiples que han requerido intervención por parte de la Unidad de Traumatología del citado centro, siendo su situación estable en estos momentos. El incidente pudo deberse a un descuido en la asunción de los protocolos de seguridad individual, aunque el equipo de Prevención de Pico Paloma está analizando aún las circunstancias y posibles causas del mismo. Desde Oilgas se ha trasladado tranquilidad a toda la plantilla, insistiendo en la necesidad de redoblar la prevención en los trabajos de altura y manipulación de componentes con riesgo de explosión. Oilgas Pico Paloma cuenta, en este sentido, con parámetros de siniestralidad que la sitúan a la vanguardia de estos indicadores dentro del grupo. Así, en 2015, la instalación obtuvo el sello Healthy & Security Excellence que otorga la International Oilgas Foundation, gracias a sus programas modélicos de seguridad y concienciación medioambiental.» Cuando han transcurrido apenas diez minutos desde el envío, las principales agencias ya han colgado su teletipo, reproduciendo coma por coma, como es costumbre, su contenido. A Albertito Mesa le basta con un único whatsapp para que *La Voz del Roqueo*, el medio provincial de referencia, incluya la información en su web, pero por supuesto no en la *home*, sino en la sección de Provincia, recatada, figurante, discreta, donde debe estar. «Manolo, necesitamos que trates con cariño esta info. Como verás, es delicada. Abrazote.» Manolo es Manuel Sierra, director de *La Voz*, a quien le falta tiempo para descolgar el teléfono y avisar a su redactor jefe de Provincia. Mañana, la noticia saldrá también en papel, dentro de su correspondiente sección, en un pequeño despiece en página par. La bahía de Pico Paloma ha cambiado mucho desde el punto de vista mediático. La crisis del sector favoreció en primer lugar la concentración, más tarde la destrucción masiva, y por último, de un tiempo a esta parte, la proliferación de pequeños medios atomizados y con escasos recursos que se buscan la vida. Medios como el *Pico Paloma Información*, el *Bahía Sur* o el *Ahora Paloma*, todos ellos online, mantenidos en el mejor de los casos por dos o tres personas, que ofrecen lo que pueden pero que agradecen como ninguno cuando arrecia la lluvia, siempre escasa, de la inversión publicitaria. Es

cierto que sus cifras de alcance resultan ridículas, pero a fin de cuentas son carne de indexación por parte de Google, en la segunda o en la tercera página de búsqueda por la palabra clave Pico Paloma siempre los encuentras, por eso no cuesta nada sacrificar un bocado de la inversión anual, lo suficiente para que el bozal no resulte molesto ni para ellos ni para las arcas de Oilgas. No son tan ágiles como los grandes, se llevan su tiempo para reaccionar, pero al final, cuando han pasado seis horas, la empresa de clipping que les presta el servicio de seguimiento ya recoge en alarmas de correo electrónico los impactos de todos ellos. El *Ahora Paloma*, el más distante de todos, por lo general descarnado y un tanto amarillo, abiertamente crítico con el ayuntamiento y todas las instituciones que cuentan algo en Pico Paloma, acaba siendo el más inteligente, ya que ha optado por omitir la información: como si no existiera. En la reunión anual con el medio, su director, que también hacía las veces de redactor, fotógrafo, editor audiovisual y comercial —el periodista humanista, sarcástico epíteto de los nuevos tiempos de la profesión—, se mostró amable con Alberto Mesa, sin abandonar en ningún momento el tono de periodista fiscalizador y correoso. Pero al llegar al asunto dinerario se desmoronó: esperaba encontrar una negativa o al menos cierta resistencia ante la oferta publicitaria anual —veinticuatro mil euros, pagaderos contra dos facturas semestrales, la primera de ellas al comienzo de la colaboración—, sin embargo el director de comunicación solo asintió y le preguntó que cuándo firmaban.

El sector de la comunicación, definitivamente, atravesaba tiempos desquiciados. Muchas bocas que alimentar y muy poco dinero en liza. Las administraciones públicas ya no repartían el juego como en otro tiempo. Se limitaban a dar de comer a los grandes, incapaces de soportar la situación sin las milagrosas e inútiles campañas institucionales. Hundidos, deprimidos, desesperados, descontextualizados, sin rumbo, no era difícil que a los profesionales de la comunicación se les pudiera ir la pinza. Es imposible, Alberto Mesa es consciente, controlarlo todo. Por eso se siente inquieto cuando, ya de noche, mientras zapea en el salón, después de haber visto las noticias locales de Onda Roqueo, más concretamente la pieza en la que la voz en off de una periodista, con imágenes de recurso de la refinería, reproducía de forma milimétrica parte de su comunicado, y entretanto su novia se ducha, recibe una nueva alerta de correo electrónico en su móvil procedente de la empresa proveedora del clipping. Es la primera vez que recuerda haber leído algo de ese confidencial, confiroqueo.com. Su apariencia es amateur, de estilo desaliñado, con bastante tendencia a la adiposidad y un enfoque muy tendencioso. Y no incluye ni una palabra, eso es lo más grave, de su comunicado. Empezando por el titular, que lee dos veces en pantalla, sin dar crédito, como si recibiera un inesperado sopapo: «Oilgas, factoría de accidentes».

«Oilgas, factoría de accidentes.» Y encabezando la información, una imagen panorámica de la refinería, pero no en su versión más bucólica, la nocturna, con todas las luces encendidas y al fondo, por encima del mar, una oronda luna llena plateada, sino una imagen más vulgar, con el cielo gris incluso, y un aspecto de la instalación que a Albertito le parece algo sucia. Ha visto decenas de veces esa misma imagen, pero nunca le ha resultado tan ordinaria. Será, seguro, por el hecho de verla acompañada por ese titular, «Factoría de accidentes», por ese texto que le está pegando patadas en la boca.

«Hasta hace solo cuatro días, Oilgas Pico Paloma, perteneciente a la multinacional Oilgas, presumía internamente de su baja siniestralidad.» Así arranca la información, que recurre, como está tan de moda ahora entre los confidentiales, a subrayar palabras en negrita. «Se les ha olvidado muy fácil que el último accidente, acaecido hace menos de tres años, implicó la muerte de un trabajador que fue literalmente despachurado por una máquina tractora. Aquel empleado no utilizaba, como se comprobó en la investigación posterior, los equipos necesarios de seguridad. Pero la verdad es que no le habrían servido para nada. La cuestión es que hace cuatro días se ha vuelto a producir un accidente, y este confidencial está en condiciones de asegurar que el perjudicado tampoco llevaba los necesarios equipos de protección.»

Ha pasado un día, ya es por la mañana, y Albertito Mesa, desde su despacho en Oilgas, vuelve a abrir el archivo del clipping y a revisar todos los impactos, ya con los que se han publicado hoy incorporados en la recopilación. Ninguna nota estridente, nada se sale del guion salvo la información de ese confidencial, que esta mañana, en una nueva lectura, le parece todavía más tendenciosa y rematadamente mal escrita. Al preparar el correo con la recopilación de impactos en PDF, que debe remitir a todos los directivos, se ve obligado sin embargo a acompañarlo de un comentario. «Todos los impactos están en una buena línea. Salvo un post de un blog desconocido que se sale del tiesto. Habrá que seguirle la pista. Saludos, buen día. A. M.»

«En la información difundida hoy por la refinería», continúa el post, «se achaca el accidente a un descuido en los protocolos de protección. Es decir, incluso reconociendo que Oilgas está analizando la casuística, se deja caer ya por delante que la culpa es del trabajador. Una oportunidad perdida —otra más— de poder ser referencia de verdad en materia social, como ellos defienden siempre y se les llena la boca. ¿O es que acaso en el Roqueo no todo el mundo sabe los tejemanejes que se trae la refinería con las asociaciones y colectivos, e incluso ayuntamiento? Un repaso a las últimas memorias de Responsabilidad Social Corporativa de

Oilgas, que se pueden encontrar en su web, afirma estos conceptos. Solo en 2015, la refinería invirtió en apoyos vía patrocinio tres millones de euros en asociaciones deportivas, culturales y entidades diversas de Pico Paloma. ¿No hubiera sido lo mejor y más adecuado que hubieran invertido ese dinero en protección de trabajadores?»

Federico recibe el email en su móvil, mientras se está vistiendo. Le queda un largo día hoy: revisar el borrador de la memoria, analizar los acuerdos de patrocinio de Birmingham, ir preparando la reunión del Comité de Dirección del próximo mes. Y también, claro, lo de aquí. La firma con el Banco de Alimentos ya tiene fecha, como le avanzó ayer Alberto, será mañana. Debe intentar cerrar todas las cuestiones de agenda y concentrarlas en pocos días, aún no sabe cuándo le tocará marcharse. Después de cenar con el director de la fábrica y con la gestoría que los ayuda con los asuntos fiscales en un restaurante que no conocía, y al que seguro que no volverá — demasiado condimento, demasiada sazón; qué manera de cargarse la nobleza de un rodaballo—, decidió prescindir de la visita al piano bar. Se sentía muy cansado, solo le apetecía dormir. Pero antes de hacerlo, habló por teléfono con Mamen. Preguntó, como de costumbre, por las niñas. Edurne, la mayor, estaba de viaje con su marido arquitecto, un viaje a Dublín para revisar las obras del apeadero en el que trabajaba su estudio. Arancha, la pequeña, estuvo almorzando en casa. Había ido sola, sin su adorable novio rastafari. Y había preguntado por él. ¿Cómo está papá? Tengo ganas de verle, le había confesado a su madre. Y ahora su madre se lo contaba a él. Mientras se desnudaba, sentado en la cama, Federico correspondió con cansada sinceridad: yo también a ella. Quiso ser piadoso, e inmediatamente añadió: y también a ti, cariño.

Está casi vestido, solo le falta anudarse la corbata. Mientras escucha la radio, abre en su móvil el correo de Albertito Mesa y se descarga el clipping. Un blog desconocido que se sale del tiesto. Y ahora tiene ese blog en pantalla.

«Porque revisando las mismas memorias de actividad que Oilgas publica en su web», continúa el post, «un@ tiene acceso a información sobre prevención de riesgos, y más exactamente del programa que la empresa denomina “cero accidentes”. En las últimas cinco memorias se ofrece la información sobre inversiones en este elemento. Y da pavor comprobar que la inversión ha caído precisamente entre 2010 y 2015... ¡Un 40 por ciento! Sí, querid@s lector@s, un 40 por ciento menos de inversión en protección. Y la empresa sigue sacando pecho en 2015 por lo que sin duda solo es atribuible a la buena suerte. Porque en 2010, 2011 y 2012 se contabilizan un total de siete accidentes, dos de ellos mortales. Con el nuevo accidente, son ocho en total. Es decir, haciendo la media, un accidente al año. Preciosa estadística para un programa llamado “cero accidentes”, ¿no creen?»

El dedo gordo de Federico, mientras hace *scroll* sobre la pantalla de su iPhone Plus 8, se congela al llegar al último párrafo. «Esto es lo que nos ofrece Oilgas», concluye el post. «Una gran mentira, como una montaña de Venus, que sirve para tapar una gran vergüenza. Una gran mentira construida con millones de euros, y maquillada por la engañosa estética de la Responsabilidad Social Corporativa. ¿Hasta cuándo aguantaremos, ciudadan@s de Pico Paloma? ¿Hasta cuándo?»

El nudo de la corbata no le sale bien hoy. Lo prueba hasta cuatro veces, pero es imposible, en cada nuevo intento le parece que la seda tiene una caída excesivamente mustia. Al terminar, antes

de salir de la habitación, llama a Albertito Mesa.

—¿Quién coño es?

—No lo sé. El estilo, ya ves, es penoso.

—¿Podemos averiguarlo?

—Tenemos que mirar. No es tan fácil. Hay que verlo.

—Hay que verlo. Hay que verlo hoy. Por cierto, ¿qué coño es la montaña de Venus?

Aunque la refinería cuenta con una amplia sala comedor con máquina de café, dispensadores de bollería y mesas corridas, la gran mayoría de los trabajadores de Oilgas prefiere salir del recinto y desayunar en el Miami. El Miami es todo lo que cabe esperar de un bar de trabajadores: servicio de desayuno por la mañana y menús del día en el almuerzo; cafés con leche, cubatas y dulces de cuatro a siete, y a las ocho, salvo el fin de semana o días excepcionales, a cerrar.

En el bar, donde se impone la cuota masculina, todo el mundo se conoce. Las pocas mujeres que trabajan en Oilgas —solo un trece por ciento, y en tareas administrativas, recuerda Berta haber leído en la memoria de 2015— están bastante fichadas, y desde luego ninguna tiene un aspecto tan singular como ella. Por eso, cuando entra de la mano de Manolito, toda la parroquia la observa caminar hacia la barra. En contraste con la palidez del entorno, su pelo amarillo oxigenado parece un fuego vivo. Una chupa de cuero violeta esconde el tatuaje de su brazo derecho. Violeta son también sus labios y las uñas de los dedos de su mano derecha —las de la izquierda son negras—. El pantalón vaquero, holgado, le cae ligeramente de la cintura, dejando al descubierto parte de las bragas, donde se identifican trazos de grañas chinas. Si el ruido ambiente no fuera tan fuerte, se podrían oír los cuchicheos que provoca el avance de Berta. Adónde vamos a llegar: es el comentario de los más viejos, padres de familia que bien pudieran acabar —Dios no lo quiera— teniendo una hija como ella. Madre mía, qué morbazo, piensan los más jóvenes, que se codean con la sensación de estar avistando un ave exótica perdida. Pero no está perdida, Berta sabe bien a lo que viene. De hecho, hacerse acompañar por Manolito no es una casualidad. Es el señuelo perfecto para propiciar acercamientos.

Y enseguida ocurre. Cuando ya se han sentado y Manolito acaba de abrir su sobre de ColaCao para echárselo a su vaso de leche, mientras Berta espera a que el té se diluya en su taza, un parroquiano de edad intermedia se acerca. Hombre, Manolito, dice, pero qué grande estás, me cago en la leche. Manolito tiene muchas ganas de meterle mano a un Bollycao, aún envuelto, pero responde sonriente al comentario, aun sin conocer al que habla. El hombre, extremadamente peludo, refriega con su enorme manaza, con dedos como tubérculos, el cabello de Manolito, y después le palmea la espalda. Cada vez te pareces más a Manuel, me cago en Dios. Acto seguido observa a Berta, con cierto reparo, sin fiarse del todo, esperando una aclaración. Berta extiende la mano, Berta Vela, soy sobrina de Manuel Ángel, estamos echando un cable estos días. La enorme mano de oso se aferra a la suya, hay pelos en cada tramo de dedo, pelo abundante en torno a los nudillos, el pelo apenas permite atisbar la piel. ¿Cómo está la cosa?, pregunta, ahora que Berta se

ha levantado y el niño ha reanudado su maniobra con el sobre de ColaCao. Sigue igual, estable pero sin avanzar. Es lo último que sabíamos, contesta el hombre. Quiero pasarme por el hospital esta semana para darle una vuelta a Carmen. Cómo anda ella. Ahí va, tirando, explica Berta, pero la conversación no da para más, como ella quisiera. Porque enseguida el hombre se despide y dice adiós a Manolito con un nuevo restregón de pelo. Quizá no haya medido bien la maniobra, piensa Berta ahora, quizá hubiera sido preferible no venir con el niño. Habría resultado más complicado, pero seguro que más productivo. Porque durante los siguientes minutos se acercan a la mesa dos, tres, cuatro compañeros más de su tío, y la dinámica es prácticamente similar. Todos saludan al niño y después se preocupan por el padre, dando recuerdos a su tía y encajando las últimas novedades con suspiros o alguna maldición. Ningún recoveco posible para dejar caer alguna pregunta sin que resulte forzada. Ninguna crítica abierta a Oilgas que le permita abrir camino.

La operación, pues, está siendo un chasco. Pero no para Manolito. Le agrada saberse el centro de atención, y además Berta ha accedido a comprarle un segundo Bollycao. Pero es nuestro secreto, ¿eh?, le ha dicho a Berta mientras lo abría, pensando en que el asunto pudiera llegar a oídos de su madre —últimamente está muy pesada con lo de comer tanta bollería—. Tranquilo, ha contestado ella, dando un sorbo a su té. Entonces se ha percatado de que aquel grupo de jóvenes de la barra, con sus monos azules de Oilgas, la estaba observando de forma descarada.

De repente, en uno de los laterales del bar se ha formado un revuelo. ¡Es un premio gordo, prima!, ha dicho el niño, con los carrillos llenos, arrasando la mesa de perdigones de Bollycao. ¿Premio gordo?, ha preguntado Berta; en ese momento estaba distraída, establecía conexión visual directa con uno de los mirones del grupo. El joven, de aspecto fornido, tenía un peinado algo peculiar: completamente rasurado en los lados, y en la zona central, desde la frente hasta la nuca, una lámina de pelo engominado, brillante y liso como el tobogán de un parque acuático. ¡Voy a verlo!, grita el niño, y sale corriendo para contemplar de cerca el espectáculo, una máquina tragaperras vomitando incontinentemente cientos de monedas.

—¿Qué tú hace, mi rubia?

Al levantar la vista del móvil, lo tiene allí plantado, de pie. Es el muchacho fornido con el tobogán de pelo, luciendo una sonrisa tan brillante que casi le hace daño en los ojos. Quizá, piensa Berta, mientras sonrío al joven, no todo está perdido.

—¿Me puedo sentar? —pregunta el chaval, y sin esperar respuesta arrastra una silla y toma asiento, mientras mantiene sus ojos clavados en Berta. Seguro que espera que ella diga que es un descarado. Seguro que piensa que reaccionará con nerviosismo al movimiento. Seguro, también, que en la barra el resto de su grupo está observando el acercamiento con interés, como si vieran un documental de animales, uno sobre el ritual del cortejo en la sabana. Pero ella sabe a lo que ha venido, no piensa amilanarse. Por más que el joven, ahora que lo tiene delante, le parezca un rematado engreído, con muy mal gusto para elegir su propio perfume —huele a ascensor de hotel— y unas maneras de matón de barrio que la ponen de los nervios.

—Yo te estaba viendo, mi rubia, y estaba disiendo: que se ha abielto el sielo y no man avisao. Berta sonrío, fingiendo azoramiento por el halago.

—Qué poeta. —No le sale otra cosa—. No eres de aquí, ¿verdad?

—Soy del mundo, mi rubia.

—No te fies. Es teñido.

El comentario provoca una sonora carcajada del chaval, que exhibe hasta la campanilla.

—Cómo es que yo no te vi nunca pol aquí, corasón.

—No sé cómo has podido soportarlo tanto tiempo.

—No me vasiles, rubia, que me paltés el alma.

Dominicano. De San Cristóbal, una ciudad situada a treinta kilómetros de Santo Domingo. Una ciudad de bonitas playas, mi rubia, con su playita de Najayo, o la de Palenque, nada que ver con esta birria sucia de Pico Paloma. Vino hace cinco años con su familia, más concretamente con su mai, que se separó del viejo, porque él era tremendo cabrón. Mai tenía unos primitos aquí y vinimos a vivir con ellos.

—Me llamo Francisco, pero todo el mundo me llama Quico. Quico Paredes. Pero en el *trap* todo el mundo me conoce como Quico King.

Porque canta trap. ¿Que tú no conoces, mi rubia? El trap es la vida, habla del corasón, romántico pero no azucaroso. Te revuelve, te lleva al paradais.

Ahora que el chaval se ha abierto, y que sabe que trabaja en Oilgas, le toca el turno a ella. Es rubia ahora, pero ha sido pelirroja, peliverde e incluso estuvo rapada. Prefiere que no la llame rubia, sino por su nombre, Berta. La presentación justifica los dos besos. Al darlos, Berta tiene la sensación de refregar la cara por el suelo alfombrado de un ascensor. Tiene ocasión de observar con el rabillo del ojo cómo el grupo de amigos que sigue la maniobra desde la barra celebra el acercamiento. Pero Quico Paredes quiere ir rápido. Por eso, tras los besos, atrapa su mano y pretende mantenerla agarrada mientras le habla:

—A mí mas matao, Belta. Trabajo en supervisión externa, en la terminal de la refinería. Te llevo a dal una vuelta en la lancha y te enseño las estrellas. Y si te gustan, nos casamos, Belta.

Arrancar la mano de los dedos del chaval es como descorchar un vino con el tapón podrido. De repente, el suelo del ascensor del hotel se vuelve pegajoso. Menos mal que Manolito acaba de regresar de la barra.

—Encantado de conocerte, Quico. Lo de la lancha suena bien, un poco mejor que lo del matrimonio.

Ya se han levantado de la mesa, pero el chaval vuelve a la carga.

—Dime qué tengo que hasel pa que me des tu teléfono.

Berta contempla de cerca el *looping* de cabello empotrado en su cabeza. Imagina por un instante a su propio primo Manolito deslizándose como una croqueta por él. El chaval no tiene la culpa de resultar tan desagradable. Además, no es desde luego nada reservado. Un ejemplar único para conseguir lo que se propone. Porque seguro que es un bocazas con buena predisposición a hablar.

—Dame tú mejor el tuyo, Quico. Y te llamo.

—Cuándo.

—Con el próximo tinte de pelo.

—A mí me gustan así. Me inspiras. Te voy a dedicar mi próximo tema. Un tema de amol. Igual lo llamo «Te quiero, mi rubia».

Mientras Berta paga en la barra, el muchacho regresa un instante con su grupo de amigos. Cuando por fin le devuelven el cambio, el chaval está otra vez allí, pegado a su cogote.

—Aquí tú tiene, mi rubita —de nuevo el olor a ascensor de hotel—. Pero no me voy hasta que no vea que me apuntas en agenda.

Toma el papel del muchacho e introduce el número en la agenda de su móvil. Mientras teclea los dígitos, se oye un revuelo junto a otra de las tragaperras. Alguien está en racha: de nuevo el sonido de un torrente metálico evidencia otro premio especial.

—Ahora solo falta que me llames. —Quico es un guerrero infatigable, de eso no hay duda—. Un ring nada más.

—Tranquilo —contesta ella—. Ya has conseguido lo más difícil.

—Te espero entonces. Pero dame dos besos, ¿no?

Al acercarse, el chaval posa su mano robusta en el brazo de Berta. Debe de ser por la textura de su chaqueta, pero le parece que es un sonido pringoso.

—Te espero. Me has matao, mi amol.

Berta camina hacia la salida. Al escuchar el comentario, se da la vuelta y sonrío.

—Pero no te me mueras todavía, ¿eh? —dice—. Me tienes que cantar esa canción antes.

Muy bueeeeeenas a todos, aquí Dj Gamer una vez más, trayéndoos un nuevo vídeo de mi canal. Espero que la semana esté siendo divertida, por lo menos un poquito más que la mía. Con este nuevo vídeo, piensa mientras lo edita, tiene que conseguirlo. Lleva varios días sin comprender muy bien lo que le está pasando, con una sensación de decaimiento, de tristeza inexplicable. Quizá se ilusionara demasiado con lo del canal, quizá pensara que todo iba a ser más fácil. Porque no hay manera de remontar el vuelo, de superar esa miserable cifra de suscriptores —1459, por favor, qué crecimiento más ridículo—, a pesar de que es obvio que la factura de sus últimos vídeos está mejorando. Lo más doloroso, además, fue comprobar que el puñetero canal de su compañero Ramón, *aka* JamiroK, ya se acercaba peligrosamente a los 4000 suscriptores. Y, mierda, que baje Dios y compruebe si lo que él hace no es una mierda. El infierno está en canales como el suyo, a partir de 5000 todo empieza a ser más sencillo, pero qué puede hacer con 1500 suscriptores. Si tuviera realmente algún *hater*, alguien que lo troleara de manera sistemática —las críticas que cosecha son esporádicas, y siempre con un tufo condescendiente—, podría haber publicado un *Roast Yourself Challenge*: una canción conocida con la letra cambiada, incorporando las frases dedicadas por sus detractores. Habría elegido, sin duda, alguna de Bad Bunny, o quizá de J Balvin, un buen trap punzante. E igual que sus haters, tampoco sus seguidores eran demasiado constantes, por sus comentarios uno notaba que estaban de paso. Por eso tampoco podría grabar un vídeo de *Love Yourself Challenge*, reuniendo los mejores piropos de sus fans en una canción. En cuanto a otros formatos que le gustaría abordar, todos encontraban la resistencia más obvia e infranqueable: la falta de liquidez. El *Unboxing*, abrir ante la cámara paquetes de cartas de fútbol o de cualquier tipo de objetos coleccionables, era un formato que le encantaba, siempre estaba atento a las novedades de DjMaRiio o de SoccerMan. Pero estaba claro que ellos tenían barra libre con los sobres, se los mandaba la propia marca fabricante, igual que las casas de videojuegos les mandaban gratuitamente los juegos o las demos exclusivas. Él probó a hacer un día un *Unboxing* con un puñado de sobres que le había sacado a Tana, el compañero de su madre. Pero al verse grabado se sintió ridículo, inexperto, un burdo calco de las maneras de SoccerMan, incluso en el empleo de sus coletillas. Así que decidió no subirlo a su canal. De todos modos, habría sido incapaz de sostener financieramente la serie. Por lo que respectaba a otros formatos, los había cultivado casi todos: había hecho rankings con los diez mejores villanos de videojuegos, los diez mejores youtubers *videogamers*, o las diez cosas por las que el *FIFA16* era mejor que el *PES16*. También había publicado algún *Storytime*, una experiencia personal contada a modo de

testimonio. En concreto, había hablado de los mosquitos, de lo horroroso que era vivir rodeado de ellos todo el tiempo. Había sido un vídeo divertido, porque mientras se grababa al menos había matado a un par de mosquitos que sobrevolaban su habitación. «Mosquito Land», había rotulado, así, en letras grandes, mientras emitía un grito a cámara que había congelado, poniendo todo su empeño en componer un gesto divertido. Vivo, queridos amigos, en la capital mosquitera, el puto reino de los chupópteros, estos sí que son vampiros y no los de Transilvania. ¿Cómo no he muerto aún después de tantas transfusiones, madre mía? *Fucking Mosquito Land!*, había gritado finalmente. Su catálogo de formatos de YouTube era, pues, bastante extenso. Había grabado algún *Review* (resumen de películas) sobre Iron Man, del que era fan, también un *Tag* personal, preguntas y respuestas que él mismo se hacía, a la manera de un cuestionario sobre asuntos curiosos de su vida cotidiana. Pero aún había un formato que se le había resistido. Y era, además, un formato potentísimo, quizá el más potente de todos, por su carga de acción, por su componente de osadía. Se trataba del *Challenge*, la grabación de un reto. Y hoy, por fin, iba a ser el día. Es cierto que el reto planteado no era nada sencillo, pero llevaba encima muchas horas de ejercicio y creía estar en condiciones de poder lograrlo. *Bottle Flip Challenge*, todo un clásico, con una larga tradición en YouTube, pero aún con espacios para la innovación. Había visto algunos realmente buenos, gente que era un verdadero prodigio de malabarismo, aunque lo cierto es que en el colegio nadie conseguía tantos aciertos como él: cuando arrojaba la botella cerrada con poca agua y la soltaba en el aire, camino de la voltereta, siempre podía saber, por alguna sutil evidencia —la forma en que la botella describía la curva en el aire, la fuerza con la que era propulsada, la intensidad de la marea en el interior del recipiente—, que el proyectil caería de pie. Y en los últimos tiempos, se había convertido en el Puto Amo, *the Fucking Master*, del *Bottle Flip Challenge*. YouTube estaba saturado de retos con la botella, pero el suyo iba a ser un verdadero *Extreme Bottle Flip*: la arrojaría desde el pasillo balconado de su planta, un segundo, y por tanto, con una distancia del suelo de al menos diez metros. Y para añadirle más sazón a los preparativos, algo que gustaba mucho —adornar bien los prolegómenos de un Challenge era casi tan importante como el reto en sí—, llenaría la botella con una solución de yemas de huevo en lugar de agua. Aquello introducía un indudable elemento de complejidad, ya que la densidad del líquido influía sobre el peso e incrementaba las probabilidades de yerro. Aprovechó que su madre dormía —había llegado por la mañana, cuando él de hecho se levantaba, en principio con intención de marcharse al colegio; como ayer acabó tarde, dijo, se quedó a dormir en casa de Tana, pero la verdad es que había dormido poco y mal— para preparar el tinglado. Tenía vía libre en la cocina y el salón, así que pudo componer toda la escenografía con detenimiento. Como la boca de la botella era estrecha y no había dado con el embudo, malgastó tres huevos, pero eso había quedado simpático, con toda la encimera y el suelo manchados de huevo y él maldiciendo entre gritos de *LOL* y *what the fuck*. Bueno, queridos, esto ya está preparado, aquí tenemos la botella de mi reto extremo, pero antes haremos una prueba aquí. Y se vino arriba al conseguir que en la primera toma la botella cayera de pie. Es cierto que pesaba más, y que la curva que describía la botella al dar la vuelta de campana resultaba algo irregular, pero la verdad es que cayó perfecta sobre el suelo del salón, revolviendo el líquido amarillento y espeso en su interior. Después de fregar sin excesivo rigor la cocina, tomó el móvil y el palo selfie y, pertrechado con la

botella, salió al pasillo de la planta.

El día había salido gris, y como de costumbre los hedores provenientes de la marisma se condensaban en el húmedo ambiente, supurando un denso olor a agua estancada. Eran las diez de la mañana, todos los niños estaban ya en el colegio, pero había que tener cuidado con el trasiego de las amas de casa camino del supermercado. Se asomó a la balconada y comprobó que en ese momento no pasaba nadie. Así que pulsó el botón de REC en su palo selfie y comenzó a grabar.

Con este nuevo vídeo, piensa cuando lo revisa, apenas diez minutos después de la grabación, mientras su madre todavía duerme, y un poco atemorizado por la posibilidad nada descabellada de recibir una indeseada visita, con este nuevo vídeo, está seguro, va a petarlo por fin. Porque el azar concede regalos insospechados que pueden aportar más valor a un *video Challenge* que la propia pericia o una ejecución impecable. Esos obsequios del azar son los que realmente convierten en viral una pieza. Observa la imagen en que él está a punto de arrojar la botella, cuando grita *Extreme Bottle Flip Challenge!*, y entonces se sorprende de su propia habilidad al seguir con la cámara del móvil el movimiento de la botella en el aire, la parábola que el proyectil describe sobre el cielo de los Gusanos, y la manera vertiginosa en que el recipiente se desploma. La última parte de la grabación es más abrupta, la cámara tiembla cuando la botella cae sobre el soportal de la planta baja, pero a pesar de ello se identifica que desciende inclinada, no lo bastante recta como para concluir en una maniobra exitosa. Lo que sí se percibe con claridad es el cuerpo del hombre orondo introduciéndose insospechadamente en el plano, sintiendo a apenas medio metro de sí el estallido del proyectil, las salpicaduras amarillas, como los estertores de un volcán, cuando la caída propicia el desprendimiento del tapón. Y lo mejor, lo que da verdadera categoría de viral a la grabación, no es el plano en sí, que se repliega justo en el momento en que la cabeza del hombre gordo maniobra con la intención de mirar hacia arriba, hacia el origen de la propulsión, sino el sonido: un salvaje grito de me cago en la hostia puta que trepa por el bloque como un trueno destemplado, como un temblor de la tierra, como si al mundo le hubieran pisado por descuido el dedo meñique del pie.

Levanta ligeramente la cabeza, cree al menos que la levanta, para dirigir la vista a su vientre, donde la mata de pelo gris y recio está instalada. Toca su cabello, cree acariciarlo mientras debajo del pelo siente las caricias húmedas sobre su sexo, el músculo de él recorriendo sus meandros, deteniéndose en la zona superior, haciéndole cosquillas, allí donde se activa el mecanismo del hormigueo que recorre sus extremidades. No conoce esa sensación, no al menos de ese modo, realmente ni siquiera lo quiere, a ella la acostumbraron al temor, por eso casi siente alivio al comprobar cómo la textura del cabello cano va mutando en sus manos, adquiriendo cierta densidad grasienta, cierto apocamiento, como si perdiera contundencia, y así hasta adquirir el tacto que recordaba, el pelo de rata. El temor ya la ha cubierto, ya lo tiene puesto, cuando la cabeza se eleva y sus ojos de asesino refulgen en la oscuridad. Es una alimaña, un buitre, un carroñero, y aunque quiere no puede cerrar los ojos para evitar el asedio: las manos huesudas, deformes, aferrándose a su cuello, apretándolo mientras su sexo es invadido abruptamente por el dolor de cizalla del monstruo. Ya está encima, le aprieta el cuello, mientras le cincela el bajo vientre, nota la espesa lengua recorriéndole la cara, y ella inmóvil, incapaz de activar sus brazos, estrujada contra las sábanas como una presa que solo espera la dentellada final. Quiere morir pero también que ese dolor no acabe nunca, que la alimaña siga allí sobre su cuello, percutiendo su sexo como una broca resquebrajando el cemento. Quiere acabar con todo pero al mismo tiempo no dejar de oír el jadeo del perro que la hoya, que la rebaja hasta anularle la conciencia, hasta transformarla en una pieza de carne embutida, una fría cosa, un alimento, una existencia muerta, una no existencia. Escucha su voz, no una promesa, no la amenaza de una muerte pronta, como le había gritado la última vez que se vieron, cuando salía esposado de casa después de haberle pateado el estómago y haberla dejado hecha un garabato sanguinolento en el suelo, sino el cumplimiento de su plan, te estoy dando lo que mereces, perra, guarra, para que no huyas más de mí. Pero es al recibir el guantazo sobre la mejilla, un golpe seco, muy cerca del ojo derecho, cuando su cuerpo finalmente reacciona y regresa de súbito a su habitación a oscuras. Por un instante observa el punteado de luz en los listones de la persiana, el sonido de las gaviotas a lo lejos, la plácida quietud de su habitación. Palpa por encima del camisón su entrepierna, y se sorprende al no encontrar en él ni rastro del dolor infligido en su sueño. Intenta respirar, pero en lugar de ello la invade el llanto. Lloro en silencio, sintiendo cómo las lágrimas fluyen y se pierden río abajo por detrás de sus orejas. En un momento determinado, se sobrepone, los hipidos cesan. Pero es extraño, como si el depósito estuviera mucho más lleno, como si solo hubiera abierto por

un segundo las compuertas pero el pantano siguiera rebosando.

No lo ve venir, ni siquiera se sobresalta cuando la botella cae a un palmo de sus pies. Dentro de su cabeza hay un regimiento de culebras revolviéndose, puede sentir las trasteando en sus pensamientos, destartalándole el equilibrio, aliñándole la fatiga. Esta mañana, al abrir los ojos, ha querido morir. Todo el asco del universo ha venido a incrustarse en su lengua, y en sus ojos alguien ha hecho un estropicio: cristales triturados, heridas profundas, mucho dolor. Esta mañana se firma el convenio entre el Banco de Alimentos y Oilgas, así que tiene que estar y tiene que estar bien. Vendrá la prensa, y el idiota de Arturo Albiñana lo obligará como un mono de feria a precisar alguna información cuando hable a los medios. ¿Cuántos kilos de legumbres, Rafael?, preguntará, y él tendrá que estar despierto para leer con precisión el cuaderno de los apuntes, sin que nadie se percate del mal cuerpo, del sudor frío, del temblor de sus manos. Es esa imagen, la de sus manos temblando, la que sin duda lo impele a incorporarse en la cama. Las arcadas son instantáneas, pero prodigiosamente logra llegar al baño sin trastabillar y reclinarsse sobre el váter, evitando que nada salga fuera. Es un vómito limpio, rotundo, un caño furibundo y torrencial sin réplicas. Al mirarse al espejo, con los ojos sanguinolentos y el rostro entumecido, no tiene ninguna duda: la mayor parte de las culebras ha abandonado su cuerpo.

Pero está equivocado. Lo descubre al salir de la ducha, mientras se afeita, incapaz de dominar el temblor de sus manos, también cuando rebusca entre las camisas y por fin se decanta por la menos arrugada. Solo acertar con el encaje del botón de la manga le parece un esfuerzo inhumano. Aun así se atiborra de colonia, el olor del Varón Dandy lo reconforta, le recuerda a su padre y a las mañanas de domingo de su infancia. Ese olor, piensa, lo llevará en volandas hasta Casa Salustio, y allí el aguardiente, finalmente, obrará el milagro. Todo volverá a su sitio con la copa matutina, no existe mejor remedio contra las culebras.

De manera que no lo ve venir, porque al abrir la puerta y recibir la invasión de la luz de la mañana, acompañada del hedor a comida descompuesta de la marisma, el asco vuelve a retrepar por su garganta. Le fabrica un casco invisible de cardos borriqueros, de grumos desagradables, como si hubiera introducido la cabeza en el ano de una bestia. Así que ni siquiera se sobresalta cuando a sus pies una botella pequeña de agua estalla y de ella sale disparado un chorro desmadejado de algo amarillo y espeso, un cuajo que le salpica el pantalón, algunos dedos desnudos bajo sus chanclas y, lo peor, la zona baja de la camisa menos arrugada de su fondo de armario. Es la camisa con la que compareció puntualmente cada dos semanas ante los juzgados durante el periodo de la libertad condicional, la camisa azul de Calvin Klein que le regaló la puta

de su exmujer en uno de los vis a vis, antes de que la muy golfa lo dejara, la misma con la que acudió a la primera entrevista con Arturo Albiñana, la de las ocasiones especiales, con el azul cian algo desgastado después de tantos lavados, pero que sigue disimulándole de forma efectiva los flotadores de los costados. Y que ahora, me cago en la hostia puta, está manchada de goterones espesos, igual que el pantalón, igual que el puñetero dedo gordo del pie derecho. Me cago en la hostia puta, grita, al mirar hacia arriba, sorteando el deslumbramiento de una mañana que gasta una luz de panza de burra, de manteca blanca, e identificar el repliegue de una silueta que, juraría, proviene del segundo piso. Con el índice tembloroso, Lagartijo recoge un goterón de su camisa y se lo lleva a la nariz. Huele a huevo, parece huevo, en efecto es huevo lo que mana de la botella tumbada en el suelo y abierta a dos metros de sus pies como un cráneo reventado.

Te vas a cagar, grita, con la voz más enérgica que le permite la resaca, mientras abre la puerta del edificio. Observa los buzones buscando los que corresponden al segundo. En esa planta viven una vieja solterona, un par de parejas jóvenes sin hijos, Tiburcio, el anciano viudo, y la puta que siempre viste de fiesta con el crío. Piensa en Tiburcio, ese anciano con la piel de pergamino y las sienes traslúcidas, que muestran un escaparate de venas como una medusa transparente. El viejo es desagradable, algunas mañanas tose y desde el patio interior le llegan los sonidos de sus esputos matutinos; además es un puñetero quisquilloso con la basura. Una vez llamó al timbre para recriminarle que hubiera dejado la bolsa de basura en la puerta, en lugar de acercarla al contenedor. Lagartijo estaba muy borracho y no tenía espíritu, al día siguiente la llevaría. El viejo llamó al timbre y empezó a sermonearle, aquello era intolerable, ya era suficiente con el tufo de la marisma. Márchese ahora mismo, abuelo, o le parto la cabeza, había zanjado Rafael, sumando así a un nuevo enemigo en el bloque. Pero desde luego un ataque anónimo no era su estilo, por eso, mientras subía con sofoco la escalera, lo tenía claro. Había sido cosa, seguro, del niñato del segundo, del hijo de la mujer que se vestía como una madama, Javier, o Íñigo, definitivamente Nicolás.

Si Nicolás lo hubiera observado por la mirilla, avanzando decidido por el pasillo, la lupa deformándole el cuerpo, habría tenido oportunidad de ponerse en guardia, al menos de pedir silencio a su madre, prometiéndole que una vez concluido el asedio le explicaría todo con calma. Sin embargo el arranque de Lagartijo lo pilló justamente discutiendo con su madre, que acaba de percatarse, al cruzar su habitación camino de la cocina, recién levantada, con el camisón de satén gris aún puesto, el pelo desmarañado y la cara sin lavar, que su hijo ha vuelto a faltar al cole. Qué puñetas haces aquí, ha dicho, qué mierda haces que no estás en el cole, ha añadido, y entonces las palabras de Amanda se han precipitado sobre la habitación de Nicolás, que ha minimizado en su ordenador la pantalla de edición de vídeo por precaución, adquiriendo cada vez más consistencia y volumen, hasta transformarse en una verdadera bronca, perfectamente audible desde la calle. El único que no la oye es Lagartijo, que anda tan encabronado y fuera de sí que solo atiende al sonido del timbre de la puerta, replicando machaconamente en la planta, su dedo gordo hundido en el botón como si quisiera clavarlo en la pared. Está a punto de pasar al segundo estadio, palmeteo en la puerta hasta echarla abajo, cuando esta queda abierta de par en par, para mostrar el rostro, también enfurecido, de la fulana.

—Pero ¡¿qué coño es esto?! —grita Amanda—. Va a cargarse el timbre.

—Voy a llamar a la policía. —Lagartijo no puede resistirse a la radiografía. En realidad, la fulana parece desnuda. El satén le cae sobre los hombros como una gasa ligera. Los botones de sus pezones son dos clavos, dos piquetas, remates del techo de una jaima—. Mire, mire cómo me ha dejado la ropa.

—¿Quién? ¿Qué?

—El niño. Su niño. Que en vez de estar en el cole anda mamoneando a los vecinos.

—¿Mi hijo? ¿Qué ha hecho ahora? —Los pechos se agitan como dos pomelos bajo el satén. Para Lagartijo, a pesar del cabreo monumental, a pesar de la resaca, a pesar de que empieza a hacerse demasiado tarde, es imposible no bajar la guardia, no rebajar el tono ante la imponente presencia cítrica de la fulana.

—Vamos, que es un niño y lo puedo entender. Pero mire cómo me ha puesto la ropa. Ha tirado una botella por la terraza o yo qué sé, y me ha llenado entero.

A partir de ese momento, la tensión va perdiendo fuelle, se deshace hasta desvanecerse, especialmente cuando la mujer le da la espalda para buscar su bolso con objeto de ofrecerle dinero para que lleve la camisa a la tintorería y Lagartijo puede contemplar a sus anchas el contoneo de su culo entangado bajo el satén. Vuelve con un billete de veinte euros, pero él no puede aceptarlo, no, por favor, mujer, no se trata de eso, ni mucho menos. Sí, sí, acéptelo, dice ella, hágame caso, qué menos, insiste, y en el forcejeo sus pomelos se mecen como dos maracas, atravesando de calor el pecho de Lagartijo.

—Mejor otro día me invitas a una cerveza —sugiere.

—Cójalo, por favor. —Amanda está decidida—. Para una cerveza siempre hay tiempo.

Lagartijo ya lo ha imaginado: una cerveza fría cayendo sobre sus pechos desnudos, y él lamiéndolos con avidez y secando con su lengua cualquier rastro húmedo. Hace siglos que no se empalma así, de manera instantánea, sin un estímulo más explícito. Las erecciones matutinas pertenecen a otra época, a otro tiempo. Pero viendo ahora a la mujer, siente que le va a estallar la bragueta. Es una hembra poderosa, más fuerte que un toro bravo pastando en un prado. Y además le está ofreciendo dinero, e incluso la puerta abierta a una cerveza. Ojalá todas las mañanas lo recibieran con un baño de huevo, piensa.

—Vale —concluye, tomando el dinero—. Te lo cojo. Pero me quedo con lo de la cerveza, ¿eh?

—Sí, sí, claro. Y lo dicho, disculpe. No volverá a ocurrir —dice ella, mientras encaja la puerta, después de comprobar cómo la mirada del desagradable sapo sigue fija en sus tetas.

Se va a cagar, piensa Amanda. Dos meses sin ordenador, tres meses, un año por lo menos. Además, sudará con trabajos domésticos para recuperar hasta el último céntimo de los veinte euros que acaba de perder. Fregar los baños, limpiar la cocina, tirar la basura, barrer el salón. Se va a cagar.

Dentro de la habitación, con la puerta encajada, Nicolás lo ha escuchado todo. Por eso ha tenido tiempo de minimizar la ventana del programa de edición. El vídeo acababa de exportarse, y solo ha hecho falta un clic de Enter para subirlo al canal. Mientras su madre grita su nombre como una histérica desde el salón, mientras escucha sus pasos camino de su habitación, se prepara para el rapapolvo. Más que la intuición, tiene la certeza de que pasará muchos días sin frecuentar YouTube.

—¿Sabemos algo?

La calima cae a plomo sobre las ventanillas del coche, obligando a Federico a encajar los ojos. Es una luz desagradable, hiriente. Junto al taxista viaja Alberto Mesa, que porta una docena de carpetas con los dossieres informativos y una bolsa de papel con el logo de Oilgas. En la bolsa, otros tantos artículos de merchandising: relojes digitales, smartwatches customizados con la imagen de la marca, lo último de lo último, un caprichito caro pero por el que los periodistas se vuelven locos. Incluso en los tiempos de recorte más severo, Federico Castilla siempre lo había tenido claro, perder el obsequio para la prensa significaba perder demasiado, era demostrar una clara señal de debilidad. Los medios, más caninos que nunca, agradecían sin aspavientos pero en lo más profundo estos gestos, o habría que decir más bien los periodistas. Para un periodista cubrir una rueda de prensa de Oilgas, aunque fuera una milonga como aquella, carne de becario, era todo un aliciente.

—Nada, todavía. Estamos rastreando la posible autoría. Pero es difícil. Sí parece clara una cosa: es alguien de aquí.

Menudo descubrimiento, piensa Federico. Pero en lugar de decirlo en voz alta, emite un suspiro. A su lado viaja Martín Muniera, director técnico de la planta. Flaco como un látigo, peinado con escrúpulo de Primera Comunión, y una cara instalada en la eterna adolescencia, Martín es el prototipo de ingeniero industrial: aparentemente distraído, normalmente distante, sus ojos solo brillan cuando toca hablar de cosas que conoce. Entonces puede volverse loco, enseguida uno pierde el hilo y tiene la sensación de estar escuchando a un marciano. Federico prefiere a los directores técnicos así. En otras plantas hay directores de perfil más institucional, con aspiraciones ejecutivas, que se creen demasiado el cargo. Enseguida se consideran con autoridad para intervenir sobre la agenda, estableciendo interlocución directa con las administraciones, adquiriendo compromisos con entidades de su entorno con las que al final el departamento de Federico tiene que lidiar. De un tiempo a esta parte, la compañía parece haber aprendido, todos los nuevos nombramientos de responsables de refinería son de perfil técnico, profesionales en lo suyo, en lo que deben serlo, en saber controlar la producción y mantener a raya los riesgos. Para directores técnicos como Martín Muniera este tipo de actos con la prensa eran un trámite fastidioso, de hecho cada vez que se producía alguna llamada de algún medio le faltaba tiempo para desviarlo a su Departamento de Prensa, todo quedaba en manos de Alberto Mesa, como debía ser. Si lo traía hoy a la rueda de prensa del acto de firma de convenio con el

Banco de Alimentos era solo porque saliera en la foto y sobre todo por si se producía alguna pregunta imprevista de tipo técnico a la que ni Albertito Mesa ni él supieran contestar. Al fin y al cabo, era preferible que tuviera esa falta de espíritu, otros directores técnicos con mayores pretensiones institucionales y de notoriedad se hubieran subido por las paredes al leer el post de aquel confidencial de procedencia desconocida, a buen seguro que habrían querido intervenir. Muniera, en cambio, se había limitado a encoger los hombros, mostrando una deportividad rayana en la indiferencia.

—No es del todo inexacto —había concluido, tras leerlo en su móvil por sugerencia de Federico, mientras levantaba la vista hacia la ventanilla, observando el carrusel de fachadas camino de la Cámara de Comercio.

—Hay que saber quién está detrás. —Federico, en cambio, sí estaba nervioso—. Puede ser incluso alguien de dentro. La gente de Comisiones, alguien descontrolado de alguna asociación. Tenemos que averiguarlo.

—Tranquilo, Federico. —Albertito Mesa miró hacia atrás y le dedicó un gesto que lo llenó todavía más de incomodidad: le guiñó el ojo y sonrió—. Nadie va a preguntar por eso aquí.

La sala de prensa ya está llena de periodistas cuando ellos llegan. La entidad anfitriona, la Cámara de Comercio, solo cede la sala; aun así, los recibe el secretario general, un tipo con pinta de comercial de colchones con la corbata anudada de forma desastrosa y con una imperdonable barba de cuatro días que se muestra desmesuradamente cordial, y que les traslada sus disculpas por la ausencia del presidente. Está fuera de España, en una misión comercial en Toulouse, dice, y antes de abandonarlos en la sala de espera, sugiere una ristra de opciones —café, té, agua con gas, sin gas, quizá un refresco— con la diligencia de una camarera ansiosa por concluir su turno. Enseguida llega Arturo Albiñana, el presidente del Banco de Alimentos. Disculpado, dice, entrechocando las manos, he tardado algo más porque estaba esperando al encargado de logística, quería venir con él porque conoce mejor los detalles técnicos, pero al final me he cansado. No quería hacerles esperar más, dice, y a Federico le commueve el aspecto impecable del presidente, su chaqueta azul marino cruzada, el pisacorbatas dorado, el pin del Banco de Alimentos en el ojal, su aspecto genuino de abuelo que estrenara traje en el día del bautizo de su nieto.

—Cuando queráis. —El vendedor de colchones asoma la cabeza—. Ya está toda la prensa.

Son diez medios. Entre ellos, *Bahía Sur*, *La Voz del Roqueo*, *Pico Paloma Información*, *Paloma Ahora*, los de EFE y Europa Press. Algo bastante insólito, teniendo en cuenta que, con tan escasos recursos, y siendo día de Pleno municipal, lo habitual es que esperen el comunicado y la foto. Y tampoco es que se vaya a anunciar nada del otro mundo. Seguro que Albertito había dejado caer lo de los smartwatches durante el *checking* telefónico. De otra manera, resultaba incomprensible. Primero, como de costumbre, hacen el paripé de la firma, que rematan con un enérgico apretón de manos, con los brazos entrelazados y las sonrisas congeladas, como dos muñecos de cera. A continuación, las intervenciones. Arranca Federico: el acuerdo, como lee en las notas que le ha preparado Alberto, mejora las condiciones del convenio del pasado año. Se compromete a una aportación de ocho mil euros, en dos abonos semestrales. «Porque nunca como hoy ha sido tan necesaria la labor asistencial y solidaria de entidades como el Banco de Alimentos, con el que Oilgas está firmemente comprometido», explica, y a continuación ya no le

hacen falta las notas de Alberto Mesa, porque esa parte del discurso se la tiene completamente aprendida. «Crecer sin el entorno no es un crecimiento sostenible. La única forma legítima de crecer para una empresa es hacerlo de la mano de las entidades que desarrollan su actividad en su zona, contribuyendo también al progreso social de la comunidad, favoreciendo la mejora de la calidad de vida general de su territorio de implantación. Es así como entendemos la Responsabilidad Social Corporativa en Oilgas.» Cuando concluye, al observar al becario que está en primera fila, tiene la sensación de que el chaval está a punto de aplaudir. Todos son demasiado jóvenes, solo hay uno que es ligeramente mayor, y es de hecho el que mantiene una pose más descreída, no tiene por qué disimular que solo ha venido a por el regalo. Cuando Arturo Albiñana toma la palabra, enseguida Federico deja de prestar atención. El responsable del Banco de Alimentos habla como un cura, pero no de la modalidad exaltada, sino de la mística y reflexiva. Es difícil que no lo invada el sopor. Mientras Albiñana suelta su retahíla, se ve superado por el sueño, y en ese estado se siente voluptuoso, sensual. Como una caricia le vuelve el recuerdo de hace dos noches en casa del músico gordo, con la habitación en penumbras y el cuerpo de Amanda desnudo. En las yemas de sus dedos puede reconocer el tacto terso de la piel de las caderas de Amanda, la chica de Ipanema, una piel que al principio es fría pero que pronto se vuelve cálida. El roce de la gomilla de las bragas descendiendo por sus muslos tibios, su sexo desnudo y enseguida el olor a crustáceo que le inunda la boca como si saboreara agua de mar. Está empalmado, dolorosamente empalmado, y ese ímpetu lo acompaña en el momento del turno de preguntas de la prensa. La primera va dirigida a él, y proviene del periodista veterano. ¿Qué novedades hay en el caso del accidente?, pregunta, pero Federico se ha venido arriba, lo acompaña la voz sensual de la garota de Ipanema, el recuerdo de la espesura de algas de su entrepierna, sus gemidos placenteros reconociendo su pericia. Se siente joven, más joven que nunca, tiene todas las respuestas, por eso afronta la contestación con brío, todo sigue igual que hace tres días, explica, estamos esperando una evolución favorable, y entretanto continuamos en contacto estrecho con la familia. El periodista parece satisfecho con la respuesta, o más bien habría que suponer que le da bastante igual, porque anota como un autómatas mientras asiente. La segunda pregunta va dirigida a su compañero, y la hace un periodista muy joven que dice provenir de *La Voz del Roqueo*. ¿Cuántos kilos de producto distribuyen al mes, aproximadamente, y con qué criterio? Bueno, contesta Arturo Albiñana, el criterio está muy definido, hay una labor previa de análisis de perfiles ciudadanos y colectivos sociales con especiales necesidades, tenemos detectadas a más de quinientas familias y a más de veinte entidades de naturaleza social o asistencial. Después tenemos instituidos días específicos de recogida, el segundo jueves de cada mes. En cuanto a las cantidades, ahora mismo el dato exacto no lo tengo, y cuando el responsable del Banco de Alimentos dice esto se oye una voz al fondo de la sala, una voz grave, destemplada, animal.

—Cuatro mil kilos al mes.

Los periodistas se dan la vuelta, y por detrás de la cámara de televisión de Onda Roqueo se deja ver la figura rotunda del responsable de Logística y Almacén del Banco de Alimentos.

—Depende del mes. Hay meses que diez mil. Navidades, sobre todo. Pero más o menos, cuatro mil kilos al mes.

El aspecto de Lagartijo es desastroso. No es solo que la camisa esté arrugada y tenga el color azul desvaído, sino que además está groseramente manchada. El tambor de su vientre realza aún más los manchurroneos, como si un bebé le hubiera escupido los restos de un potito. El periodista joven que ha hecho la pregunta lo observa con un gesto extraño, entre sorprendido y admirado, como si acabara de asistir a la entrada de un extraterrestre. A su lado, una joven periodista no puede contener la sonrisa.

—Mucha legumbre. También geles y champús y eso. Pero más que nada garbanzos, lentejas. Tomate triturado, eso mucho.

También Federico sonrío. Incluso le cuesta aguantar la carcajada cuando, a su lado, escucha la voz susurrante de Arturo Albiñana diciendo madre mía de mi alma, por Dios del amor bendito.

Y otras veces, como hoy, porque se siente triste y cansado, porque Amanda vuelve a complicarse la vida, con un idiota que solo busca aprovecharse de ella, que le arrancará el corazón y se lo dejará de nuevo hecho jirones, otras veces, como hoy, Tana recurre a la música para intentar atraer a su madre a este mundo. Esta mañana no tiene ganas de hablar de su vida falsa, ni siquiera desea nombrar a Amanda, el núcleo irradiador de potencia de Aries y Cáncer se ha desbarajustado, por eso viene a ver a mamá con su viejo discman. Normalmente salta a la sexta o séptima canción, es un problema del reproductor, pero ya no hay quien se lo arregle, todo se reproduce ahora en formato digital, el MP3 y Spotify han convertido los CD en una reliquia. Pero nada suena como su discman, lo ha comprobado mientras venía andando, porque hoy ha preferido dejar el coche en casa y caminar un poco, y después, mientras se fuma un canuto junto a la entrada de la residencia. Hoy no trae a Mike, sino un disco de Alan Parsons Project. Quizá debería habérselo pensado mejor, porque la tercera canción, ahora que había encendido el canuto, era *Old and Wise*. Y no era precisamente el canuto, mierda, lo que le estaba haciendo llorar.

Quién contará su historia, quién escribirá su relato si mamá ya no vive atada a este mundo, si merodea por rincones a los que no llega la luz. Si Amanda quisiera, juntos contarían su historia, la historia que los dos están construyendo cada día. Hoy mamá ni siquiera encuentra la palabra que le sirve de liana, lo observa con extrañeza, como a un desconocido. Soy Tanito, mamá, dice él, mientras la enfermera que se parece a la rubia de ABBA le ajusta la almohada en los riñones, soy tu hijo, ¿cómo te encuentras hoy? Le toma la mano, le acaricia el pelo, está limpia, huele a niño pequeño recién bañado, sin el hedor agrio de costumbre. También le viene muy bien escuchar música, le había dicho uno de los enfermeros, solemos ponérsela a los internos que padecen el mismo cuadro. La música les ayuda a recordar. Con el mismo efecto, piensa Tana con pesimismo, que sus palabras, que sus relatos inventados de hogar feliz. Pero hoy la prefiere, prefiere que sea la música de Alan Parsons quien trabaje por él, porque se siente sin fuerzas, con Amanda ha vuelto a perder otra vez. Toma, mamá, verás qué bonita, escucha, le dice, y con suavidad le coloca los auriculares en sus delicados oídos; al principio ella parece resistirse, pero por fin pulsa el play y deja que la música entre en ella. Los ojos de su madre reaccionan con sorpresa, como si de repente alguien hubiera llamado a la puerta de su enfermedad, pero mantienen el tono opaco de costumbre. Están en silencio, y al otro lado de la ventana, más allá del decrepito salón que huele a col hervida y a pañal, la luz de la mañana estalla alegre, recordándole que la vida sigue allí. Después de la sorpresa inicial, el gesto de su madre ha vuelto a su condición de muro. Tana toma

uno de los auriculares y se lo coloca en su oreja derecha. Busca otra vez Old and Wise, de algún modo necesita hacerse daño. Ningún canuto te prepara para esto, qué duro resulta el invierno de mamá mientras él camina solitario por su otoño. Quién te contará, Tanito, si la memoria de todo lo que fuiste se apaga, encerrada en una carcasa, incapaz de reaccionar a ningún estímulo. ¿Todo bien?, pregunta la enfermera rubia al pasar por su lado, y él asiente sin perpetrar ninguna excusa, no, no se le ha metido nada en los ojos, es solo dolor, nada más que llanto.

«Muy buenas», le había escrito ella por whatsapp la noche anterior. Remató antes un par de textos para confiroqueo.com, uno, sobre el deficiente estado de la carretera que conducía al puerto deportivo, y que con sus escandalosos socavones cada vez se parecía más a la superficie de la luna, y otro, sobre la lamentable programación del Centro Roquefort de La Iruñuela, sin ahorrarse ninguna acusación contra la asociación de vecinos, descaradamente untada por el ayuntamiento y sobre todo por Oilgas. Pero los había enlatado, dejándolos maquetados y en borrador en el panel de administración de la web. Porque sobre Oilgas había cosas mucho mejores que contar. Así que, después de ducharse, se había tumbado en la cama y había buscado en la agenda de su móvil el número del chaval, decidida a pescar. «Muy buenas», le había escrito, tirando la caña. Y no habían pasado ni dos minutos cuando el muchacho mordió el anzuelo. «Kien ere tu???», había contestado. Enseguida se sintió cómoda y entró en el juego. «Sabía que te olvidarías pronto de mí», escribió. «No tengo este number guardao», respondieron al instante. Berta había abandonado el móvil durante un par de minutos sobre la cama, con la seguridad de que eso acrecentaría el nerviosismo del chaval. Al tomarlo nuevamente, en efecto, el tal Quico Paredes había escrito seis líneas, cinco con iconos de caritas desesperadas y una de parco texto: «Contesta. Kien ere tu???». Sonrió mientras escribía; aquello era como jugar a un videojuego previsible. «Estoy esperando mi canción», dejó caer, y la contestación tardó en llegar apenas nueve, diez segundos: «Hola mi rubita. Se que tu no kiere te llame asi sabia q tu era desde el principio. Por fin me contactas. Espero no te haya cambiado el look». «Tendremos que quedar para comprobarlo», escribió ella, y de este modo habían cerrado la cita para el día siguiente. Nada de cena, ni de paseo en lancha, como había propuesto el chaval, una cita de café cuando él saliera del trabajo, pero no en el Miami, mejor en el Lennon, el pub cafetería que quedaba en el centro, cerca de la Alameda. Allí estaba ella ya, en una de las mesas con sofá esquinero empotrado, prácticamente sola, con la excepción de una pareja y del camarero, que repasaba aburrido la vajilla con una bayeta. Berta recordaba el Lennon de otros tiempos, antes de marcharse a estudiar a Madrid, pero no lo hacía tan deprimente. Era un establecimiento con ínfulas de pub irlandés, que se había quedado a medio camino, limitado por la inversión o quizá por la falta de gusto. Había retratos de John Lennon de diferentes formas y estilos: Lennon en lienzo expresionista, Lennon en dibujo minimal, Lennon en foto arquetípica de portada de *Imagine*, encamado con Yoko Ono, dibujado sobre cristal, incluso comparecía en un busto, bastante vulgar e irreconocible, que hacía más bien pensar en un Woody Allen perpetrado por un escultor borracho. Lennon sonaba todo el tiempo y a todas horas, y a

pesar de eso, al contrario de lo que habría pretendido el dueño, el local resultaba absolutamente impersonal. Si alguien, de repente, hubiera desmantelado todos los objetos memoriales de Lennon y los hubiera sustituido por retratos, por ejemplo, de Charles Chaplin, uno tenía la sensación de que todo habría seguido igual, que el ambiente no se resentiría. Producía una dolorosa ternura comprobar los esfuerzos que habían hecho por acondicionar el local, fruto seguro de una mala digestión tras una visita a un Hard Rock Café. Sin duda, el Lennon habría merecido entrar en el catálogo de los pubs de provincia más relevantes de España, dentro de la categoría de Locales Deprimidos.

Cuando el muchacho entró por la puerta, Berta acababa de pedirse un té verde. Lo vio avanzar hacia ella, decidido, sonriente, y al saludarlo con dos besos comprobó que el chaval se había acicalado a fondo para la ocasión; venía de Oilgas, pero al salir, antes de acudir a la cita, se había duchado y vestido con sus mejores galas. Llevaba una camiseta de manga larga ceñida y con unos cordones incongruentes en medio del pecho que no anudaban nada, en cuyo centro se leía BAD BOY, y un pantalón vaquero teñido e igualmente ajustado que le marcaba el paquete como un saco de algarrobas. El olor a ascensor de hotel era más fuerte que el que Berta recordaba, pero ahora adquiría matices de montacargas fregado con lejía. Al saludarlo, el chaval había sido rápido cogiéndole la mano, y la mantuvo agarrada ridículamente hasta tomar asiento. Con la excusa de dar un sorbo a su taza de té, Berta logró cercenar la maniobra.

—Me dijiste que me llamarías cuando tuvieras un nuevo color de pelo. Me alegra que no hayas esperado a eso.

—Ya.

Sonaba *Power to the People* cuando el camarero vino con el pedido de Quico: White Label con Red Bull.

—Qué mielta música, mi amol. Este sitio es pa dinosaurios. Te tengo que llevar a los buenos sitios. Pa bailar su trap, su *twerk*. ¿Sabes lo que es el *twerk*, mi rubita?

Le sonaba, pero no tenía mucha idea. Quico dio un profundo buche a su bebida, y tras encajar los ojos y componer un gesto de haber lamido la pared de un baño público —caraho, sí que lo alían fuerte aquí—, se puso de pie y la obsequió con una mini clase magistral que nadie había pedido. Seguía sonando *Power to the People*, pero a Quico Paredes, transformado en Quico King, no le importaba. El *twerk* es perreo fino, mi amol, *grinding*, *booty dancing*. Es seducción, rubita, y se baila así, como haciendo cosquillitas con la sinturita, y mientras explicaba, se había levantado la camiseta, dejando al descubierto su fibroso vientre, y balanceaba las caderas como si buscara la mejor postura para aliviar un escozor de culo. Entretanto la miraba, con un gesto sugerente, pretendidamente sensual. Berta echó de menos en silencio no haber pedido también una copa, o mejor un bidón de aguardiente, para poder superar con naturalidad aquel trance. Qué bien, dijo, e incluso aplaudió, mientras Quico, feliz y sonriente, volvía a su sitio. Otra vez la tomó de la mano, pero esta vez la besó. Berta sintió la humedad de sus labios, como el rastro de un molusco sobre su palma.

—Te tengo que llevar, rubita. Te va a encantar. Eres muy joven pa pudrilte en estos sitios de viejo.

—Bueno, y de mi canción, qué.

Quico se carcajeó; se estaba gustando. La lámpara de techo que iluminaba la mesa caía verticalmente sobre el tobogán de su cabeza, dándole el aspecto de un implante, de un postizo: aquella carretera descendente estaba tan fabulosamente ejecutada que no parecía humana.

—Te voy a cantar una canción, o dos, o las que quieras. Pero lo haremos bien, en mi garaje, donde tengo mis equipillos, mi mesa de mezcla, y le puedo metel *autotune*. El autotune es la leche, rubita. Mira, mira, escucha.

Power to the People había terminado, y sonaba *Love*, una nueva canción de Lennon mucho más sosegada, que permitió que la escucha del tema que Quico King proponía en su móvil fuera más precisa. La base rítmica era muy simple, Berta había escuchado aquel mismo ritmo muchas veces en decenas de canciones, pero enseguida el ritmo era contagiado por un soniquete machacón, como un pitido de bocina, como un maullido seco y repetitivo, y por los ojos brillantes de Quico, que la observaba excitado, supo que ya venía la letra.

Yo te robo el corazón / Yo te quito las legañas / Te mastico las entrañas / Soy tu flow, baby flow. / Yo te llevo al firmamento / Te meto los pelos padentro / Y me pongo bien contento / Soy tu flow, baby flow. Y en el estribillo, Flow, baby flow, la voz se distorsionaba, como los gallos al hablar provocados por una excesiva mucosidad en la garganta.

—Ese es el autotune, mi rubia. Ese efetto guapo.

—Los pelos padentro.

—Las canciones de trap tienen que ser sensuales, mi niña, atrevidas, que le den salsa al cuelpo, que te la roben. Tú tiene que salseá conmigo, Quico King te va a llevial al paradais.

—¿Tú conoces al hombre que ha tenido el accidente en Oilgas? —Berta no estaba dispuesta a perder más tiempo.

—No muyo. De vista, y de las comidas de Navidad. Con los viejitos no tengo trato, nosotros estamos en la unidad de supervisión externa. Un viejito güevón y descuidao, pero no deberían haberlo mandao allí arriba. Eso tiene que sel pa gente más joven.

La Unidad de Mantenimiento, explicó Quico, tenía una media de edad demasiado elevada. A partir de los cincuenta y cinco ningún operario debería estar asignado a tareas de cierto riesgo, a trabajos de altura. Sin embargo, el sesenta y cinco por ciento del equipo de esa unidad superaba la edad. Un disparate, mi rubia.

—¿A qué tú hace esas preguntas? ¿Conoce tú al viejo, acaso?

Sí, lo conocía. Era su tío, marido de la hermana de su madre. Quico cambió el semblante de inmediato. Compuso un gesto compasivo, demasiado forzado y teatral, incluyendo levantamiento de cejas y fruncimiento de labios. Estiró la mano y la posó en la mejilla de Berta.

—Ay, mi rubia, no sabía nada, corasón.

Berta tuvo ganas de abofetearlo de repente, pero se conformó con tomar la mano y retirarla, menos bruscamente de lo que en el fondo hubiera deseado.

—No te me pongas así, mi rubia. Los viejitos son fuertes, tranca de hombres, están hechos de otra pasta.

—Entonces —Berta contraatacó—, ¿mi tío no tenía que estar ahí?

—Yo no sé, mi rubia, solo es lo que se dice allí dentro. Ya tú sabe, poca rotación y poca promoción. ¿Qué hace un viejito con cincuenta y pico haciendo trabajos de altura? Tu tío tendría

que haber estado ya en oficinas, o por lo menos en trabajos más tranquilos.

—Dicen que no llevaba arnés.

—Los alneses son una mierda, mi rubia. Los equipos son penosos. Más antiguos que la tele en blanco y negro. No renuevan equipos desde el año dos mil lo menos. Oxidados, con la tela vieja. Casi mejor no ponérselos. Yo hubiera hecho lo mismo que tu tío.

Quico debió de intuirlo en la mirada perdida de Berta; en sus ojos acuosos, en el crecimiento desmesurado de sus pupilas, perdidas en un punto indeterminado del Lennon. Porque enseguida reculó.

—Pero yo no te he dicho nada, ¿eh? No es cosa mía y no quiero ningún problema. Que no está la cosa pa truqueos.

Aquella mirada fría continuó instalada en el rostro de Berta. Estaba bonita así, pensó Quico. Por una mujer como ella podría perder no solo el tiempo, sino también el sentido. Nuevamente repitió la maniobra: acercó la mano a su mejilla y la acarició. Esta vez, Berta no reaccionó con crispación. Fue un pellizco, pero dulce: en su cabeza, como un friso, como un rótulo ardiente, un neón escandaloso visible desde kilómetros de distancia, se le dibujó el titular: «Seguridad obsoleta y deficiente para los trabajadores de Oilgas».

Al escuchar la anécdota contada por Amanda, no pudo reprimir la carcajada. En el sofá contiguo, Nicolás también sonrió ligeramente, agradeciendo la aprobación de Tana, pero enseguida su madre lo reprendió. No tiene ni puta gracia, Tana, es una fechoría que roza la delincuencia. Estoy hasta las narices de tanta desobediencia, de tanto ganduleo. Vas a convertirte —y ahora miraba a su hijo muy seria— en un trozo de carne sin futuro, sin capacidad de desenvolverte en la vida. No es lo que quiero para ti, no he luchado tanto para llegar a esto. A continuación, se dio la vuelta y se marchó a la cocina. En el sillón, contemplando el canal 24 Horas como quien observara los movimientos de los peces en un acuario, quedaron Tana y el niño. Donald Trump descendía del *Air Force One*, con la corbata fuera de sí, aleteando como un rabo desquiciado.

—La tienes muy cansada, Nicolás.

Pero el niño no estaba para soportar la chapa de Tana. Cambió de canal, hasta encontrar uno en el que emitían vídeos musicales. Era una canción antigua, de los noventa al menos, resultaba muy cándida, pura estética MTV.

Tana estaba duchándose en casa cuando Amanda lo había llamado por teléfono, sin éxito. Ya seco y todavía desnudo, con la música de Boston de fondo —sonaba *More Than a Feeling*—, había devuelto la llamada a su compañera. Su voz se oía triste y alicaída al otro lado del teléfono. Estaba en uno de aquellos días que Tana conocía tan bien. Bastaba con oír su timbre de voz, desganado, apenas audible, romo, como si las palabras fueran fantasmagorías ajenas al cuerpo que las profería. Qué tal todo, cómo vas, había preguntado Amanda, y después de contestar que todo estaba bien, un silencio se había instalado entre ellos. Qué pasa, qué te pasa, Amanda, dime que todo va bien. Ahí había sido cuando, como Tana esperaba, ella se había echado a llorar. No puedo, Tana, no puedo con todo. Dos días atrás ella le había confesado lo que había ocurrido en su piso, cuando él se había quedado dormido en el sofá. Y si cerraba los ojos, era capaz de recordar los dolorosos acordes de la canción de The Alan Parsons Project. Veía a su madre, con la mirada vacía, mientras la música entraba en ella, intentando derribar los gruesos muros de su empantanada conciencia, y él a su lado, recreándose en su dolor, en el amor propio otra vez lastimado, pensando sin quererlo en Amanda. Sin embargo al hablar con ella por teléfono no le salía otra cosa que palabras de ánimo, era incapaz de manifestarle su rabia, no podía traspasarle su resentimiento. Ella solo dijo el niño, el puñetero niño lo hace todo más difícil. Se sorbió los mocos y por fin dejó de llorar. Voy a hacer paella, Tana, dijo. Sé que te encanta. Por favor, ven.

Así que veinte minutos después, perfectamente acicalado, con un canuto de marihuana en el

estómago y un par en el paquete de tabaco preparados para el postre, dos litros de cerveza y una barra de pan, se había presentado en los Gusanos, y mientras pulsaba el timbre del portal había sido invadido por una nube de mosquitos furiosos, que iba escupiendo mientras el ascensor subía.

—Camiseta amarilla. A quién se le ocurre.

—Buenos días, Amanda.

Aunque iba cargado con el pan y las cervezas, el cuerpo de ella se aflojó, como esperando su regazo, así que la abrazó. Tana sintió su cuerpo cálido y tierno dentro de él, y fue un momento agradable. Lo hubiera prolongado hasta el fin del mundo, si no fuera porque una vecina abrió la puerta y Amanda salió de su guarida para cerrar la suya y evitar el indeseable saludo matinal. Es una puta vieja alcahueta, dijo, seguro que se ha enterado de todo. Todo, ¿qué todo?, pregunto Tana, y entonces, ya en el salón, donde Nicolás, en pijama, seguía aburrido las imágenes del canal 24 Horas, le contestó que se lo preguntara mejor al niño.

Ahora veían un vídeo musical muy antiguo, un grupo noventero que Tana no era capaz de reconocer, pero cuya cantante tenía un aire a Madonna. Chaquetas con hombreras, pelos escardados y tupés imposibles, guitarras eléctricas como de juguete y colores saturados.

—Esto debe de ser de tu época, ¿no? —preguntó el niño, y lo miró con insolencia y chulería.

—Cualquier mierda de mi época es mejor que esa porquería con la que maltratas tus tímpanos —contestó él. El niño se levantó con desgana y suficiencia, y al pasar por su lado, de camino a su habitación, le dio una palmadita en el hombro.

—Vale, campeón —dijo—. Sigue así, fiero.

Tana, una vez más, no pudo evitar sonreír. Se levantó y fue a buscar a Amanda a la cocina. El espacio era estrecho, una suerte de zulo con apenas capacidad para una persona, así que Tana permaneció en el umbral. Observaba cómo Amanda picaba pimientos rojos y cebolla. Ella se percató de su presencia y se dio la vuelta.

—¿Otra vez?

—No, Tana. —Sonrió—. Ahora es por la cebolla.

Amanda tenía esos raptos. La tristeza la orillaba, más o menos igual que a cualquiera, solo que con ella se permitía más licencias. Y una mañana la ola imprevista venía fuerte, como un pequeño tsunami, invadiendo su playa. Vista así, de espaldas, el cuerpo de Amanda resultaba tan frágil, tan desprotegido... Son demasiadas cosas, empezó diciendo, y tras su hombro Tana comprobaba cómo el temblor se iba apoderando de sus manos mientras troceaba verduras. Manos huesudas, ajadas, desgastadas, tan frágiles como su cuerpo. Tengo cuarenta y cuatro, Tana, y mírame, ahí sigo, de cabaretera, dando tumbos, siempre con miedo, siempre al borde. Él prefirió no profundizar en la crueldad involuntaria de la observación, en la simetría con sus propias circunstancias. Prefería oírla a ella, dejar que desparramara todo su dolor. Era su terapia, sabía qué pasos dar, la conocía.

Al igual que para aquel discurso, Tana había servido de refugio para todos los anteriores, como réplicas de un terremoto mil veces padecido a través de innumerables variantes: la edad, la desprotección, la sensación permanente de intemperie, la falta de seguridad y de futuro, su condición de autónoma con pagos en B, la descabellada idea de la jubilación, pero sobre todo el futuro de él, de Nico, su gran fuente de desvelos; la amenaza constante al abrir la puerta, al tomar el coche, al regresar sola a casa; la posibilidad siempre presente de volver a encontrarse con el

demonio, sufrir un nuevo zarpazo, el dolor intempestivo y extemporáneo; y por último, su desconfianza, la posibilidad de un nuevo desengaño, su patológica incompatibilidad con el amor. Para este último problema era para el único que Tana tenía la solución. Porque en él, ella siempre encontraría la madriguera, la comprensión, el perdón. Ahora que en el salón el canal de los vídeos musicales les regalaba el *Purple Rain* de Prince, el nudo en la garganta obligó a Tana a abrazarla, ella todavía de espaldas, y a hundir la cabeza en su cuello. La apretó con fuerza, y en su cerebro las vetas de marihuana, aliadas con la voz de Prince, lo convencieron de que era posible: si resistía ahí unos minutos, si lograba aquietar los temblores de llanto de Amanda, si conseguía que ella dejara de decir no puedo, no puedo más, su cuerpo, el de Tana, acabaría convirtiéndose en corteza, toda su piel se endurecería como una infranqueable armadura, capaz de conseguir que el daño, el dolor, el sufrimiento, no la traspasaran nunca más.

Como quien arroja una moneda al aire, Alberto Mesa marcó el teléfono de la tarjeta. Hacía dos semanas que el chaval había estado allí presentando su empresa, y lo cierto es que le resultó un tanto fatigoso: demasiado acelerado, demasiado entusiasta, cargante. Aun así, aunque no estaba seguro, quizá podría ayudarlo. Federico estaba cada vez más nervioso con el asunto, y por sus propios medios iba a resultar imposible averiguarlo. Así que se decidió por esa opción, aunque no estaba para nada seguro de que fuera la mejor. Aparte de todos los reparos, había uno más pedestre, que tenía que ver con el ridículo. ¿Cómo dirigirse a él por el nombre que indicaba su tarjeta?

—¿Monchi? ¿Monchi Valiente?

—El mismo.

—Hola, Monchi. Soy Alberto Mesa, de Comunicación de Oilgas Pico Paloma. Estuviste por aquí hace un par de semanas presentando tu empresa.

—Claro. Qué alegría que me hayas llamado. ¿Sabes que he soñado que algo así ocurriría hoy?

El nombre, el espíritu, todo formaba parte de lo mismo. Alberto había decidido darle una oportunidad, así que sería cuestión de acostumbrarse. Quince días antes, había accedido a recibir a aquel proveedor. La chica que había gestionado la cita por teléfono le pareció simpática. Lo llamaba de Postula, Searching & Content Media. Una nueva empresa que estaba dándose a conocer en la zona, especializada en comunicación estratégica. A Alberto le pilló la hora tonta, las dos de la tarde, con el estómago vacío y algo de modorra, así que le dio por hacerse el gracioso. ¿Postura? ¿Pústula?, preguntó. Al otro lado del teléfono, la secretaria, una tal Carolina, rio exhibiendo un tono propio de chiquilla. Aquello lo convenció. Dile que venga el lunes, tengo hueco a las once y media, concluyó.

A las once y media del lunes, el señor Valiente se presentó en recepción. Como volvía del desayuno, Alberto se pasó a recibirlo. Cuando le dio la mano, creyó oír Monchi, pero solo quedó corroborado al sentarse en su despacho y cotejarlo con la tarjeta que el visitante le extendía. Postula, Searching & Content Media era un nombre enrevesado, pero el diseño del logotipo no era feo del todo. Quizá un tanto minimalista, sobre todo algo incongruente con el carácter de su CEO, como figuraba en la tarjeta, el tal Monchi Valiente, que le pareció exuberante como un pavo real. Un pavo real con corbata, pelo lacio cayendo continuamente sobre la frente y maneras nerviosas, desquiciadas. Durante los veinte minutos de la entrevista, no dejó de moverse en su silla, atusarse el flequillo rebelde y rascarse la nariz.

Postula, dijo, era un nuevo proyecto centrado en comunicación avanzada basada en Big Data y gestión del conocimiento. Mucho más que apoyo en comunicación, mucho más que mantenimiento de perfiles Social Media y de *content management*. Se trata de trabajo de microsegmentación de perfiles, y sobre todo de estrategias de posicionamiento con contenido que favorece el *engagement* y con influencia real en la esfera pública. Nada de lo que Alberto Mesa escuchaba le sonaba a nuevo, empresas proveedoras de servicios en Internet había hasta debajo de las piedras, por no hablar de aplicaciones que le prometían el Santo Grial de la monitorización más perfecta. Big Data era el nuevo mantra, valía para todo. Pero Monchi no hablaba de eso: iba más allá.

—Donald Trump es un cernícalo, un animal que se lo está cargando todo. Pero eso no le quita mérito a la estrategia. Ahora se ve sucio, porque está por medio Rusia. *Fake news*, uf, solo el nombre da yuyu. Pero si salimos del ámbito de la geopolítica, hay una interesante línea de trabajo ahí en un territorio más doméstico. Es ahí donde estamos. Y hemos aprendido de los mejores.

Porque Postula venía a cubrir un nicho inexplorado en España: el del contenido cualificado capaz de generar opinión y posicionamiento. Contenido adaptado a cada segmento, a cada perfil de público, mediante el trabajo subterráneo en buscadores y, sobre todo, en redes sociales. Jim Messina, ¿te suena? Es el hombre que ayudó a Obama en su reelección de 2012. También estuvo en las elecciones españolas, con Mariano Rajoy, en 2016. Desde entonces hemos tenido oportunidad de colaborar. Hasta que, a finales del pasado año, decidimos dar el salto y volar solos. Somos una startup de conocimiento, pero del conocimiento que verdaderamente aporta, porque influye en las decisiones. De voto, de compras, es lo mismo. La cuestión es la influencia.

—No lo llares fake news. Llámalo *fiction stories*. Contenidos no exactamente veraces, pero creíbles, capaces de concitar adhesiones, de mover montañas, porque apelan a las motivaciones más elementales y profundas de los usuarios. Pero no solo ficticias, también reales. Es el *storytelling*, ocupando espacios, acaparando el posicionamiento, desactivando o desvirtuando la información crítica.

Funcionaba bien, dijo, en el caso de personas con nombres y apellidos. Ya conocerás la famosa frase de Warren Buffett: Hacen falta treinta años para construir una buena reputación y solo cinco minutos para arruinarla. Es en esa parte de la ecuación donde se centra nuestra fontanería. No puedo dar nombres, pero hemos llevado el caso de un empresario que se estaba volviendo loco por un asunto de un supuesto abuso a una empleada. La empleada saltó a los foros y era incapaz de desincrustar la mancha de los buscadores. Si ponías su nombre en Google, salías con la impresión de que el tipo era poco menos que Harvey Weinstein.

—Tendrás que ver los resultados de búsqueda ahora. —Monchi no dejaba de atusarse el pelo —. Creo que está a punto de que lo canonicen.

A Alberto aquella visita le había dejado exhausto. Como haber accedido a montarse en una montaña rusa sin ninguna gana; demasiadas subidas, demasiadas curvas, una experiencia indeseada, innecesaria. Sobre todo, porque aquel personaje había resultado excesivamente insistente con la oportunidad que sus servicios suponían para empresas con una actividad sensible como la de Oilgas. Queremos ser aliados de las grandes corporaciones en la construcción de su reputación, estamos convencidos de que podemos ayudar mucho a Oilgas, había dicho.

Ahora que lo tenía al teléfono, Alberto volvía a recordar aquella fatiga de hacía dos

semanas. Aquel entusiasmo esquizofrénico lo ponía nervioso, podía recrear perfectamente el gesto del tal Monchi atusándose el pelo, moviendo los hombros, cruzando las piernas, picoteándose la nariz con los dedos.

—No me preguntes por qué, Alberto, pero lo he soñado. Y me he dicho: hoy va a ser un día increíble.

—Me alegro. Verás, lo que necesito es algo muy específico. De todo lo demás ya hablaremos. Se trata de una búsqueda por Internet. Detectar a un usuario a partir de un blog y un perfil de Twitter. ¿Podrías hacerlo?

—Postula es tu empresa, Alberto. Tenemos todo lo que necesitas. *All that you need.*

El mundo es de los fuertes, pero qué bonito cuando baja la guardia y se levanta a medias la falda y muestra sus muslos. Son hermosos los muslos del mundo, tienen forma de mar indómito, de manto de estrellas inflamadas, de cuerno de luna plateando la piel del Mediterráneo. Dentro del mar, más allá de las sonrisas de las olas de barba blanca, lejos de las luces del paseo marítimo y de las viviendas, donde la soledad solo se rompe cuando algún pez nervioso salta mostrando su lomo como una estrella fugaz, es imposible no sentirse marinero, es inevitable subirle la falda al mundo y libar su quintaesencia. Incluso el monstruo de Oilgas, a lo lejos, con sus luces de colores, con su presencia de gigante contrahecho, resulta hermoso desde aquí, es un animal mítico, un cíclope herido que ha venido a morir a la orilla del mismo mar que lo vio nacer y que construyó durante generaciones su relato. Hoy Lagartijo ha tomado menos aguardiente que de costumbre, solo cinco pistoleros, pero fue la sangre quien se lo pidió, fue ella la que como un sopapo le exigió venir esta noche a la playa, tomar los aperos y hundirse en el mar. Coger coquinas es mucho más que pescar, es entrar en contacto con el mar y la tierra, es hacer surcos en el lomo submarino mientras el agua te cubre hasta la cintura y la brisa culebrea por el cuerpo como haciéndote compañía. Una labor sistemática, concienzuda, de labriego, de artesano: cribar el suelo con el rastrillo, agitando furiosamente el palo adelante y atrás para remover la tierra, y filtrar el lodo revuelto con el cedazo para atrapar las piezas. Como buscar pepitas de oro sedimentadas en el río, solo que estas pepitas se venden bien temprano en el paseo marítimo a diez euros el kilo, se preparan tan solo con ajo y sal, y la cocción también debe ser esmerada, como su propia recolecta. Desde hace años la práctica está muy perseguida, son habituales las multas, pero no, como aseguran, porque el producto escasee, sino porque conviene, Lagartijo está seguro de ello, que ningún intruso acceda al negocio. Es mentira que el nivel de toxicidad sea alto, como advierten en los carteles, es falso que haya peligro de extinción, la puta verdad es que entre unos pocos se han montado un tinglado y no interesa que nadie lo desmonte. Él lleva años cogiendo coquinas, no necesita ninguna licencia municipal para hacerlo, y si se supone que mariscar por la noche es un problema, para él es perfecto. Porque no hay nada más bello que internarse en el agua a estas horas, sintiendo cómo lo envuelve la sensación de eternidad, de infinito. Todo se vuelve inmenso, inasible, trascendente, incluso tiene ganas de llorar mientras agita el rastrillo y afloran las coquinas, a su lado salta un enorme pez con el lomo brillante como un cuchillo, el viento acaricia la superficie del mar poblándolo de esquirlas, es como si la uña de la luna espolvoreara su confeti de plata celebrando una fiesta en la que él es el único invitado. El mundo es de los fuertes, pero qué bonito es saber

que a veces baja la guardia y se deja amar, es en estas noches cuando Lagartijo se siente poeta, este mar le pertenece, es su Mediterráneo, lo lleva en la sangre, le corre por las venas e incluso le hace llorar. Y es bonito pensar, entre paletada y paletada, que el mundo en realidad no está lleno de hijoputas, que vive engañado y no todo es como piensa, que la vida, a pesar del frío, de las decepciones, de los comemierdas, es un regalo maravilloso.

Esta noche la nota triste. El vestido blanco que ha elegido hoy no la favorece tanto como el plateado, pero resulta igualmente atractiva; sin embargo no se trata de su aspecto, sino de su mirada, más mate, más opaca, sin brillo. También se nota en su voz, en su forma de cantar, como si fuera un mero trámite. Cuando mira hacia su mesa, es evidente que hace un gran esfuerzo para sonreír, pero Federico tiene la sensación de que es una sonrisa incompleta, forzada.

No es el mejor remate para un día como el de hoy. No es, desde luego, el remate que esperaba. Por la mañana había atendido a cuatro videoconferencias, una de ellas con el cretino de Irigoyen, de Controlling, quien había vuelto a reclamarle la Memoria de Responsabilidad Corporativa. Antes de la segunda, había aprovechado para llamar a Arancha al móvil. Por suerte, la había pillado en el momento del descanso del café, eso le permitió explayarse, cosa que no solía ocurrir cuando le cogía el teléfono en el bufete. Desde hacía medio año, estaba realizando una pasantía en el despacho Atencia Peláez, a la que había accedido gracias a su intercesión —era un bufete de confianza de Oilgas, y personalmente tenía bastante trato con Luis Atencia hijo, el sucesor natural del despacho—. Muchas horas de trabajo, remuneración insignificante y escasa visibilidad, pero a cambio se estaba curtiendo y cogiendo oficio. Tu niña es buena, le había dicho Luis en una de sus conversaciones telefónicas, es despierta y sabe ver los casos, creo que tiene futuro en la abogacía. Y ella, eso era lo importante, estaba muy ilusionada; a veces le sorprendía comprobar cómo se desenvolvía cuando cambiaba el registro en un contexto doméstico, como una abogada analítica, seria, implacable. Merecía la pena el desembolso mensual que estaba realizando, esos mil euros con los que Federico contribuía al sostenimiento del proyecto de emancipación de su hija, es como si él corriera con el coste de las prácticas. Porque Federico también lo veía, Arancha tenía carácter y madera de letrada, solo era cuestión de tiempo que se hiciera un hueco en el bufete, o bien que emprendiera su propio proyecto; él por supuesto estaría ahí para acompañarla, pero antes era necesario que se fuera soltando, que tropezara quizá con las mismas piedras varias veces, para que su vuelo como titular de un despacho resultara impecable, con todas las lecciones bien aprendidas. Todo, en fin, era muy prometedor, salvo el hecho de que en su proyecto de independencia sufragada no estaba sola, la acompañaba Ginés, su novio. ¿Cómo os van las cosas?, había preguntado Federico, apesadumbrado por la renuncia impuesta que suponía la utilización de aquel pronombre personal, y ella había contestado que bien, pero que Ginés seguía agobiado porque le estaba costando encontrar un trabajo digno. Desde hacía un mes trabajaba como repartidor de comida para Glovo. Él ponía la bici de los repartos, e incluso le habían

obligado a comprar la bolsa con la que transportaba la comida. Se pasa todo el día en la bici, de aquí para allá, haciendo las entregas. Y cuando vuelve a casa está completamente deslomado, sin ganas de nada más que de ducharse y dormir. A Federico aquel cuadro lumpenproletario le habría llenado de compasión si no hubiera sido porque se trataba de Ginés, y porque con ese ritmo de vida se reducían sensiblemente las horas de convivencia y de contacto entre ambos. Estaba convencido de que aquella relación, tarde o temprano, acabaría. Aun así se apiadó de ella: qué lamentable, dijo, eso no hay quien lo aguante. Ya sabes, papá, dijo ella, si te enteras de algo, por favor, avísanos, estoy intentando que deje esa mierda, y que podamos vivir más holgadamente. Claro, mintió él, estaré muy atento. ¿Has llamado a mamá?, preguntó Arancha. ¿Cuándo vuelves? No, no había tenido ocasión, esperaba volver pronto, había un asunto aquí que estaba demorando el regreso.

Muy pronto, volvería a casa muy pronto. La situación con el trabajador hospitalizado podía eternizarse, y él tenía muchas cosas que resolver fuera de allí. Todos sus compromisos, todas sus obligaciones fuera de Pico Paloma, eran como un arsenal de lanzas rodeándolo, sus afiladas puntas señalando su cabeza. Cada vez más cerca de su rostro, cada vez más próximo a su piel. Tenía que moverse, pensar en su regreso.

A mediodía, para despejarse un poco, decidió ir caminando hasta el restaurante del almuerzo. Aunque había quedado con Alberto en ir juntos, lo llamó para avisarlo, tenía ganas de caminar, eso le aclararía la cabeza. Como ya no iban a hablar hasta el almuerzo, Albertito aprovechó la conversación telefónica para ponerlo al día y consensuar la postura de cara a su encuentro con el director de *La Voz del Roqueo*. Quería renegociar la colaboración, le había advertido, dice que nos quedamos cortos, seguramente nos quieren vender algún suplemento. *La Voz* era el medio con más alcance en Pico Paloma, y también el que concentraba mayor volumen de inversión. Aun así, Manolo Sierra resultaba insaciable. A Federico la idea de un almuerzo plañidero le revolvió el estómago, por eso, como llegó temprano al restaurante, decidió preparar el cuerpo tomando cuatro cervezas sin más acompañamiento que un par de aceitunas. Cuando por fin llegó el director de *La Voz del Roqueo*, que coincidió en la entrada con Alberto Mesa, se sentía más apaciguado y conforme, más predispuesto a la tolerancia.

Manolo Sierra tenía un ojo descarriado. Padecía un estrabismo extremo, que le permitía focalizar sobre dos puntos distanciados a la vez, a las doce y a las doce y cuarto. Pero cuando estaba escuchando con atención y encajaba alguna información o comentario que resultara de su interés, el ojo extraviado regresaba por un momento a su posición natural, y uno no podía sustraerse a la maniobra de aquel ojo díscolo. En cuanto hablaba, el ojo se retiraba de nuevo a sus campamentos de invierno, donde permanecía acechante, al quite de todos los movimientos que se salían del plano frontal. Probablemente, pensaba Federico con la quinta cerveza en sus manos, ya sentados en el reservado del restaurante, era ese, el ojo inquisidor, el alentador de su insaciabilidad, el resorte que animaba a su cerebro a pedir siempre más.

Todo se condujo, como imaginaba, de manera muy previsible. Y también poco elegante. Entre gamba y gamba, Manolo Sierra había sacado del bolsillo interior de su chaqueta un papel. Al desdoblarlo, resultó ser el apunte de toda la inversión publicitaria de Oilgas en *La Voz* en los tres últimos ejercicios. En 2016, esta inversión había caído un 20 por ciento, sumando una cifra final

de 89.710 euros.

—No te voy a contar, Federico, porque lo sabes ya, en qué situación se encuentra el sector. —Manolo Sierra le dedicaba su mirada central, mientras que la oblicua estaba reservada a Albertito Mesa—. Nosotros, a trancas y barrancas, estamos resistiendo. Después de los ajustes del año pasado, este año estamos viendo un poco de luz. Pero necesitamos más apoyo de los grandes anunciantes. El proyecto de Internet se está llevando mucho dinero. Estoy seguro de que vamos a salir reforzados. Pero sin vosotros este viaje no es posible.

Federico usó su comodín: los precios fluctuantes del petróleo, la crisis en Irán, lo raro que se estaba poniendo el mercado por los movimientos en Oriente Próximo. Y a fin de cuentas, ellos también estaban en un proceso de reconversión: el problema del carbón, la concentración en el mercado de las renovables, los proyectos de eólicas en los que estaba embarcado el grupo, que frenaban la inversión en las instalaciones tradicionales. Pero Manolo Sierra, que tenía una habilidad impresionante para hablar y a la vez dar cuenta de todos los entremeses —no cabía duda, el jamón le estaba gustando—, venía bien pertrechado para hacer frente a todas las posibles resistencias, porque en el reverso del folio con las anotaciones de las inversiones publicitarias de Oilgas traía manuscritas, a modo de receta, varias ideas de suplementos anuales monográficos en los que la compañía podía entrar con publicidad.

—Publicidad y, sobre todo, buena cobertura de vuestros proyectos —había dicho, golpeando con su índice grasiento de jamón las primeras líneas de su receta—. Un especial sobre I+D, otro sobre Desarrollo Sostenible, otro sobre Responsabilidad Social.

Pero Alberto lo cortó. Era un criterio absolutamente consensuado, inflexible, Oilgas no estaba interesada en ese tipo de formatos, no aportaban nada, era tirar el dinero. Los ojos del director de *La Voz del Roqueo* habían vuelto a alinearse: estaba prestando mucha atención.

—Podemos valorar una subida —había dicho al final Federico—. Pero buscando otros formatos más propicios. Por ejemplo, ¿por qué no el patrocinio de un foro? Algo potente, elegante, que genere prescripción y prestigio en la zona.

Lo del foro había entusiasmado a Manolo Sierra. Y con esa presa entre los dientes, por fin se había relajado. Su capacidad para mantener la verborrea y comer al mismo tiempo había adquirido la categoría de prodigio durante el almuerzo, a lo que había que sumar la ingesta de dos botellas de Vega Sicilia cuya añada había sido seleccionada por Manolo Sierra, porque el almuerzo, por descontado, corría a cargo de *La Voz del Roqueo*. En los postres, para acompañar a los pastelitos, se habían decantado por unos gintonics. El ojo rebelde estaba descocado por completo en el momento de la sobremesa. Sierra había levantado su vaso solicitando un brindis: por nuestro foro, había dicho, y al alzar el vaso Federico había preferido levantar también la vista y clavarla en el techo para evitar poner el foco sobre aquella danza delirante de su mirada.

Por fin había vuelto al Aljaraluz Costa, con la intención de descansar un poco, pero al desprenderse de su ropa y quedar en calzoncillos sobre la cama, con el ruido de fondo del canal Historia, le dio por cerrar los ojos y el sueño vino a su encuentro. No le ocurría a menudo, pero se había quedado completamente dormido, con un sueño compacto, solo enturbiado en el tramo final por algunas imágenes inquietantes, la sensación de ser perseguido, un rostro amenazante entre la multitud, finalmente algo extraño en su boca, un par de dientes desprendiéndose de sus encías,

desmoronándose sobre su lengua. Lo despertó el sonido del teléfono móvil, que lo devolvió a una habitación ya anochecida, solo iluminada por las imágenes en blanco y negro de los soviéticos entrando en Auschwitz en la televisión. Dudó en cogerlo cuando vio el nombre de Mamen, pero al final atendió la llamada. No fue una buena decisión, porque su cuerpo no se había despertado aún y porque Mamen tenía un tono claramente beligerante. Maica y Paco, sus compadres —eran padrinos de Edurne y amigos de toda la vida—, los habían invitado al cabo de dos fines de semana a su casita de El Jerte. Mamen no había contestado aún, pero claro, daba por hecho que no podrían, porque Federico estaría fuera, no habría vuelto o quizá volviera, pero solo para coger nuevas camisas e irse a otro sitio. Parezco una viuda, Federico, todo el día montando mi agenda como una soltera de veinte años, sin saber de ti más que lo que me cuentan nuestras propias hijas.

—Pensaba llamarte, cariño. —Federico se incorporó—. Hablé con Arancha y tenía intención de llamarte después a ti, pero al final me lie en una gestión. Y dile a Maica que sí, que iremos a verlos al Jerte, pero déjame que te concrete dentro de un par de días.

Mamen necesitaba cariño. Y sus reproches eran totalmente razonables. Pero el primero que se sentía incómodo por aquel ritmo era él. Su cuerpo empezaba a resentirse de tanta trashumancia, de tanto trasiego. Necesitaba bajar el balón, clavar la pica en tierra firme, que todo fuera más lento, que el ritmo se tranquilizase.

El balance, pues, del día no era demasiado favorable. Y el remate, piensa, mientras observa a Amanda cantar *El ritmo de la noche*, no parece que vaya a ser mucho mejor. A pesar del humo de colores, a pesar de la bola de espejos que gira festiva salpicando el salón de luces, a pesar de que media docena de parejas de ancianos se contorsionan sonrientes en la pista, el tono de Amanda sigue siendo lánguido, alicaído. En el descanso de la actuación, cuando ella va a saludarlo y se sienta junto a él, tiene ocasión de corroborarlo.

—Mi chica de Ipanema.

—Mi caballero andante.

—Estás triste hoy, ¿verdad?

—No ha sido un buen día. Un día raro.

Amanda agacha ligeramente la cabeza y se masajea el cuello. Es un ángel herido, piensa Federico; un ángel caído del cielo.

—Se te ha roto un ala.

—¿Qué? —De repente, la sonrisa le pellizca el rostro cansado. Los ojos de Amanda brillan, quizá sorprendidos por la intromisión de una sonrisa que no esperaba.

—Un ángel con el ala rota —dice él, extendiendo su mano hasta la de ella—. Un ángel lastimado que necesita que lo llenen de besos.

La sonrisa de Amanda pierde fuelle.

—No juegues conmigo, por favor. —Sus ojos se ven tristes ahora.

—¿Por qué no jugar siempre, a todas las horas del día? Cuando dejemos de jugar, estaremos muertos.

Ella reacciona tomando el vaso de Federico. Ya de pie, apura el contenido de un trago. Todo su rostro se contrae.

—¿Me esperarás? —dice, después de chascar la lengua y con los ojos humedecidos.

—Ya lo sabes —contesta él—. Toda una vida.

Aquello era una minucia, *peccata minuta*, pero había que ver, siempre, el lado positivo. No era el mejor modo que hubiera imaginado de meter cabeza en una multinacional, sin duda había otras muchas formas de poder lucirse, aunque quejarse no serviría de nada, de lo que se trataba es de impresionarlos ahora con un trabajo fino, bien hecho, a la altura. Había, sobre todo, que aprender a ver cada reto, cada debilidad incluso, como una oportunidad. A fin de cuentas —y esa era una de las principales enseñanzas del MBA cursado el año anterior—, esa capacidad visionaria era la que lo diferenciaba de cualquier otro trabajador y lo alejaba del espíritu mediocre del funcionario, la que lo convertía, en definitiva, en un verdadero emprendedor. La actitud, como decía Churchill, esa pequeña cosa que marca una gran diferencia.

Monchi Valiente nunca tuvo espíritu de funcionario. Su apellido lo había guiado por la vida como una señal, como una estrella que marcaba sus pasos. Un camino que no había sido fácil, pero nada lo era para un emprendedor. Lo cierto es que, echando la vista atrás, aunque solo tenía treinta y cinco años, su hatillo de experiencias estaba tan cargado como el de un hombre de sesenta. Y ahora, con Postula —qué maravilla de nombre, no dejaba de asombrarse a sí mismo por tamaño hallazgo—, era como volver a empezar. Siempre era como volver a empezar. Porque, como decía Einstein, «una persona que nunca cometió un error, nunca intentó algo nuevo».

Suerte que su padre siempre había estado ahí. Sin él, y sin su comprensión y sobre todo su capacidad financiera, este sueño jamás se hubiera cumplido. En el caso de Postula, había asumido íntegramente la inversión inicial para montar la nueva sociedad, para contratar el diseño del logotipo, para los primeros meses de alquiler del módulo que empleaba como centro de operaciones, pero también había estado ahí, respondiendo económicamente, en todos los proyectos anteriores, y por supuesto también en la financiación del máster y de los distintos cursos de posgrado realizados. Los Valiente eran una familia próspera, adinerada, él nunca había conocido la penuria. Pero también demasiado acomodada. Por eso, desde muy pronto, Monchi había sentido la llamada del riesgo, el deseo de construir por sí mismo. Era muy legítimo que sus hermanos, Juanchu y Melele, decidieran vivir de las rentas, no haciendo nada —Melele— o bien continuando el negocio familiar —Juanchu—. Pero lo cierto es que el arrendamiento de parcelas y la explotación ganadera nunca habían sido lo suyo. Todo aquello formaba parte de la economía tradicional, la economía vieja, de la tierra, no la del conocimiento. Lo tuvo muy claro desde el principio, y el hecho de ser el benjamín lo libró del yugo de la responsabilidad familiar. A fin de cuentas, esa posibilidad siempre estaría ahí. De modo que se matriculó en Empresariales,

dispuesto a fajarse como un verdadero empresario. La experiencia, sin embargo, resultó desoladora. Allí no había más que proyectos de burócratas, estudiantes con vocación de opositores, carne acomodaticia con anhelo de trabajo de ocho a tres. Además de eso, muy pronto se le atragantó la teoría. No entendía la Estadística, y especialmente la Econometría le resultaba arcana. Faltaba sangre en aquella facultad, porque los propios profesores se desenvolvían como funcionarios, sin una pizca de espíritu emprendedor, mediocres teóricos que se refocilaban en la ampulosidad de sus materias como cochinos en una charca. Al concluir el primer curso, habiendo aprobado solo una asignatura, lo tuvo claro: su futuro no estaba allí. Estaba en la calle.

El ciclo de charlas que se celebró aquella primavera en la facultad fue decisivo, epifánico. Bajo el nombre de «Emprender hoy», una serie de emprendedores acudieron a lo largo de un mes al Salón de Grados para presentar sus testimonios y contar en primera persona sus casos de éxito. Fue lo mejor de aquel periodo formativo inicial, lo que verdaderamente despertó en él el espíritu de innovación, y le marcó un camino: algún día, él acudiría a aquella facultad para contar su propio caso de éxito.

Los libros, por supuesto, también lo habían ayudado. Pero no los estúpidos e inservibles manuales de Macroeconomía o de Teoría del Presupuesto y el Gasto Público, sino los libros de management aplicado. Clásicos como *Empresas que sobresalen* o *El dilema del innovador*, por supuesto Warren Buffett y *Los secretos del management*, pero también casos prácticos como *El desafío Starbucks* o *El modelo Google*. La biografía de Steve Jobs era una biblia, la tenía subrayada y recurría a ella en los escasos momentos de pérdida de la fe emprendedora. Y qué decir de *Los 7 hábitos de la gente efectiva* o de *Piense y hágase rico*, esos libros que sabían dónde tocar, llegar al tuétano, además sin adornos, con un lenguaje directo, práctico, comprensible. Últimamente leía menos, pero cuando un buen libro caía en sus manos era incapaz de abandonarlo, vivía instalado en él. Le estaba pasando ahora, con Josef Ajram y su *Pequeño libro de la superación personal*. Cuánta sabiduría contenía aquel libro, qué cantidad de hallazgos en tan pocas páginas. En aquellos libros encontraba un refugio, el abrazo comprensivo que no encontraba en el implacable ejercicio del día a día, donde se imponía la dinámica del «perro come perro». Y ese aire se respiraba en su oficina, cuyas paredes estaban empapeladas, a través de pósts, de las frases inspiradoras que más le habían cautivado, que habían logrado pellizcar con mayor eficacia su talante emprendedor. «Las oportunidades grandes nacen de haber sabido aprovechar las pequeñas.» Esa frase era de Bill Gates, y aparecía bien visible en un pósit verde limón, junto a su escritorio. Y él tenía que aprovechar la oportunidad que le brindaba Oilgas. Por eso, al llegar a su oficina tras el café, después de la llamada telefónica con el responsable de comunicación, y una vez preguntado a Carolina, su secretaria, si había llamado alguien —más bien si había sonado el teléfono en toda la mañana—, se encerró en su despacho a manejar las opciones. Se preparó una generosa raya de cocaína, convencido de que después de la loncha lo vería todo más claro. Y tras el tiro, se concentró en el retrato de san Steve, que lo observaba de frente orlado de pósts. Él solía guiarlo, le ayudaba a encontrar las respuestas, aunque todas estaban en realidad en su cabeza. Porque era el único atributo, el único patrimonio de Postula. Todo empezaba y acababa en él. Nadie tenía por qué saber que en aquella oficina, rotulada de forma tan impecable con la marca de su nuevo proyecto empresarial, solo estaban él y la

secretaria, a la que tenía contratada de nueve a dos, sobre todo para que le llenara la agenda de visitas. Eso era lo verdaderamente fabuloso de la Economía del Conocimiento, todo estaba en la mente, como había aprendido en aquel libro, *Los secretos de la mente millonaria*, de Harv Eker. La mente era una máquina de crear riqueza, pero solo desde una buena actitud. «Cuando te estás quejando te conviertes en un imán viviente para la desgracia», qué bien sonaba aquella frase de Eker, una de sus favoritas, ahora que se sentía eufórico, imparabile, mejor que nunca. En la Economía del Conocimiento lo verdaderamente importante eran las buenas ideas y los buenos contactos, lo demás venía solo. Aunque es cierto que muchas veces no basta con eso, también se necesita otro ingrediente incontrolable, la buena suerte. A su primer proyecto empresarial le había faltado precisamente, y sobre todo, ese ingrediente. Todavía hoy le resultaba incomprensible, porque aún le seguía pareciendo una idea brillante. Por aquel tiempo se hablaba mucho del *networking*, todo el mundo lo hacía, reuniones profesionales para establecer contactos comerciales, las relaciones públicas orientadas al *win to win*. Cualquier seminario, cualquier jornada técnica, cualquier charla empresarial acababa en un *networking*, pero Monchi había llegado a la conclusión de que el término se utilizaba con demasiada indulgencia. Tomar canapés al final de una charla no era *networking*, el *networking* de verdad precisaba de implicación, de voluntad real de interacción, más allá del superficial intercambio de tarjetas. Por eso había creado el Club Network XXI, encuentros profesionales entre ejecutivos de carácter multisectorial en los que los participantes debían adquirir el compromiso de colaboración mutua, de manera implicada, sobre un plan de trabajo específico, poniendo números. Cualquiera podía entrar en el club, para ello debía abonar una cuota y sobre todo garantizar que iba en serio. El arranque había sido muy potente, con veinte empresarios, y una dinámica que aparentemente solo podía conducir al éxito: encuentros en una sala de hotel, una vez cada dos semanas, siempre de seis a ocho de la mañana, antes de comenzar la jornada laboral. En cada encuentro, una empresa presentaba sus servicios, se establecían dinámicas de interacción, detección de oportunidades de negocio conjuntas, y por último cada empresa ponía sobre la mesa cinco empresas clientes con su correspondiente perfil para que el resto, con la intercesión de la empresa que las presentaba, pudiera realizar prospección comercial, evitando la indeseable puerta fría. El ambiente de las primeras sesiones había sido excelente, casi todas eran empresas muy jóvenes y con escaso recorrido, es cierto, pero se respiraba ambición, hubo incluso momentos de euforia, como cuando tocaba anunciar algún acuerdo cerrado gracias al *networking*. Pero enseguida, casi sin darse cuenta, el ánimo fue aflojándose, hasta el punto de que a una de las reuniones solo acudieron tres empresas. Pero eso no fue lo peor, ni siquiera la rebaja que suponía que los primeros ejecutivos comenzaran a delegar su participación en sus responsables comerciales. Lo más grave era que, al tratarse de empresas jóvenes, a muchas les costaba pagar, con lo que la deuda fue acumulándose. Al final echó el cierre al proyecto, fue su primer batacazo, pero la sensación de abatimiento duró poco. Él había fallado, pero había soñado a lo grande. «Sueña a lo grande y atrévete a fallar», era otra buena frase, de Norman Vaughan, y él no estaba dispuesto a dejar de soñar. Y en esos momentos, el nicho estaba en la economía colaborativa, Airbnb, Deliveroo, Uber, Amazon, era la *gig economy*, la industria de los pequeños encargos, nuevos nichos de mercado capaces de conectar con la nueva sensibilidad social del empoderamiento y la cultura urbana. En una charla sobre Pensamiento

Positivo, había conocido a un ingeniero con experiencia en el desarrollo de Apps. En las Apps estaba el futuro, le había dicho aquel ingeniero, el problema era encontrar buenas ideas. Así que un buen día, cuando bajaba de su Audi y vio venir a un aparcacoches con evidente aspecto de toxicómano —desdentado, ojeroso, consumido—, se le encendió la bombilla. La ciudad estaba atestada de individuos como aquel, zombis que afeaban el paisaje y que ejercían impunemente la extorsión. Ni la zona azul ni los parkings habían podido con aquella lacra. En el momento en que rebuscaba en su bolsillo para darle una moneda a aquel andrajoso, de repente pasó por su lado un *rider* de Glovo, que bicicleteaba acelerado con su característico hatito corporativo en dirección a cualquier domicilio hambriento. Las oportunidades no pasan, las creas, había dicho Chris Grosser, pero aquella oportunidad pasó por su lado en forma de asociación visual, todo un prodigio escénico, un mapa. ¿Por qué no una App para aparcacoches? Una aplicación que detectara, utilizando Google Maps, los aparcamientos libres en la ciudad a través de mapas de calor. Por cada euro recibido, el aparcacoches debería abonar, en concepto de uso de la aplicación, un treinta por ciento. Ese mismo día contactó con su compañero ingeniero, que si bien no se entusiasmó con la idea le confirmó que era viable. Ya había, de hecho, bastantes aplicaciones de geolocalización, él mismo había participado en el diseño de una que identificaba los controles de alcoholemia. Su padre, una vez más, estuvo a la altura. Y ahí comenzó el nuevo sueño, Parking Valet. Un proyecto urbano, *cool, trendy*, basado en la economía colaborativa y en el empoderamiento ciudadano, porque, como en el caso de Uber con el transporte, o como en el de Airbnb con el alojamiento, Parking Valet suponía una apertura del juego a nuevos actores, en este caso ciudadanos transformados en emprendedores, con ganas de aprender y con espíritu positivo, preferentemente jóvenes, higiénicos, aseados, y por supuesto bien identificados con el polo corporativo de la empresa. Era una verdadera conquista del espacio público y también una oportunidad para erradicar las prácticas mafiosas de los yonquis y de los sinvergüenzas que se habían apoderado de las calles. Ya no habría más aparcacoches, ahora todos serían *parker valets*, igual que los repartidores de comida en bicicleta se llamaban *riders*. Un decisivo cambio cultural y una evidente audacia, al nivel de los más grandes emprendedores: Zuckerberg, Bezzos, Gates, Roig, Mario Conde, Monchi Valiente, en sus mejores momentos de exaltación cocaínica era capaz de imaginarse en la portada de *Forbes*, por lo menos en la de la revista *Emprendedores*. Durante varios meses, trabajó duro en la coordinación del proyecto. Alquiló un módulo en un espacio coworking, buscó a colaboradores no solo en el ámbito de la programación, donde su colega ingeniero marcaba el criterio, sino también comerciales, diseñadores gráficos e incluso un Dircom. La primera tentativa fue plantear una política de honorarios orientada a resultados, pero nadie entró al trapo. Así que se comprometió a pagar un adelanto a todo el equipo, eso sí, todo en B. En el negocio de su padre, especialmente en el ámbito ganadero, el dinero negro era bastante corriente, de manera que no había otro remedio que tirar de él. Esto, por supuesto, cambiaría en cuanto el proyecto empezara a dar resultados, Monchi era un firme defensor de la ética en los negocios.

Al tercer mes de trabajo, Parking Valet tenía una bonita identidad corporativa, habían producido unas preciosas tarjetas personales con todos los cargos en inglés, como la suya —por supuesto, de CEO—, y con códigos QR que daban acceso a la web del proyecto. Pero la App

seguía programándose, y después del primer abono en negro nadie del equipo había vuelto a ver un céntimo. Su compañero ingeniero, y todo su equipo, entró en una espiral de chulería y oposición callada al proyecto, que se traducía en absentismo, impuntualidad y una demora calculada en el desarrollo de las distintas fases de programación. Pero de momento no había más dinero, y el talante positivo de Monchi había perdido su capacidad de contagio. De manera que al final Parking Valet se había convertido en un proyecto fantasma, cuyo certificado de defunción lo firmó un puñetazo: el que le propinó uno de los programadores cuando entró en el despacho del CEO y descubrió a Monchi esnifando una carretera de farlopa tan larga como la Autovía de la Plata. De manera que para pagar nóminas no había, pero sí para meterse por la nariz medio Polo Norte, le dijo aquel niñato, antes de que cupiera cualquier explicación, solo segundos antes de que soltara el brazo y le atizara con eficaz puntería en medio de la cara, partiéndole la nariz. Parking Valet había sido su segunda muesca, pero como le recordaba aquella otra frase mítica de Babe Ruth, «no puedes vencer a alguien que nunca se rinde». A través de los ingenieros que habían colaborado en Parking Valet se había familiarizado con algunos conceptos sobre la cultura 2.0. Después del boom de las puntocom, la euforia de las redes sociales había aflojado, y en ese momento se alegraba de no haber invertido, como pretendía, en una nueva startup centrada en la gestión Social Media. Tras la desilusión de Parking Valet sufrió un periodo de zozobra, de desnortamiento, hasta el punto de que, comprobando el flujo desatado del grifo financiero, con toda probabilidad asesorado por su contable, su padre le planteó seriamente la posibilidad de que se incorporara al negocio familiar. Porque aquella indecisión, aquella ausencia temporal de brújula, incrementaba su ansiedad, y eso favorecía un mayor consumo. Era raro el día que no llegaba a los dos gramos, y apenas dormía, se sentía todo el día irascible, insoportable. Virgi, su novia desde hacía un año, una estudiante de modelo que había hecho sus primeros pinitos en publicidad en un anuncio de pintura de uñas —no salía ella, pero sí sus manos: por algún sitio había que empezar—, lo acabó abandonando, porque su obsesión con la coca, le había dicho, había dejado de ser divertida. Menuda hija de puta, con la de juergas que aquella farlopa les había proporcionado, con la de afters que habían cerrado bien de mañana durante ese año gracias a sus gramos. Yo quiero una vida, le reprochó ella, una vida en serio. Fueron meses malos, y un domingo, en casa de sus padres, durante un almuerzo familiar, mientras cortaba su lomo de atún, y entretanto su hermana Melele los ponía al día sobre el viaje previsto con sus amigas a Vietnam para ese verano, el plato de Monchi comenzó a llenarse de sangre. Era su nariz, que no dejaba de gotear, y que también le había manchado la camisa. No era nada, le había ocurrido en alguna ocasión, no necesitaba ir al médico, era normal. Su hermano Juanchu, que lo acompañó al baño y que lo conocía bien, le había dedicado su gesto más grave para sugerirle que tenía que cortarse un poco.

Hasta que un día acudió a una jornada organizada por la Asociación de Jóvenes Empresarios, de la que él era miembro, sobre «Las oportunidades empresariales del Big Data». Y allí asistió a la conferencia de Isabelle Wright, ejecutiva de TMG (The Messina Group), agencia especializada en servicios estratégicos de comunicación y opinión liderada por Jim Messina, conocido como *The Fixer*, el Reparador. Messina y su agencia habían sido los responsables de los triunfos electorales de Obama y también de otras campañas como la del *brexit* en el Reino Unido. Y

concretamente, Isabelle Wright había gestionado la estrategia del Partido Popular en las elecciones de 2016. Su ponencia en aquella jornada lo revolvió, hacía mucho tiempo que alguien no le volaba así la cabeza. Y no porque la tal Wright resultara especialmente brillante. Porque lo brillante, lo cautivador era el negocio de TMG: la utilización de las redes sociales para influir de forma directa sobre los usuarios a través de contenidos específicos dirigidos a ellos. Contenidos segmentados en función de los intereses del público. Al finalizar la conferencia, consiguió acercarse a Wright, y en su inglés incompleto pero eficaz le trasladó su fascinación. Él era un emprendedor, le dijo, y estaba interesado en mantener contacto comercial con su empresa. Wright le proporcionó su tarjeta, y también a otro joven que, como él, se deshacía en elogios hacia la ejecutiva. Los dos compartieron su fascinación en la sala de conferencias, ya casi vacía, y siguieron compartiéndola por el pasillo, al llegar a la calle, y luego durante un café en el que llegaron a la conclusión de que él, Monchi, con su capacidad financiera y su espíritu visionario, y él, Sanchís, con su *background* y su conocimiento del Big Data, eran capaces por sí solos de crear un proyecto empresarial que ofreciese lo que ofrecía TMG por la mitad de precio y de forma seguro que mucho más implicada, flexible y personalizada. Aquel fue el germen de su nueva idea empresarial, Postula, Searching & Content Media. Era verdad que había cierta sobrecarga de marcas con denominación neutra, Acciona, Impulsa, Innova, Integra, y que el tono imperativo estaba algo manoseado, pero «Postula», alumbrado durante una de sus madrugadas de after y consensuado con varias compañías eventuales mientras compartía unas rayas en su Audi, sonaba especialmente bien, porque es lo que iba a hacer su nueva startup: postularse como una nueva manera de hacer empresa desde el 2.0, una nueva forma de gestión Social Media, basada en contenidos con vocación de influencia. Sanchís, que formaba parte de otros proyectos, trabajaría como asesor técnico y coordinador de los servicios, mientras que él se dedicaría, sobre todo, a tareas corporativas y de marketing, además de ejercer de inversor principal y, por tanto, de CEO. De momento, ya tenían sede, secretaria y logotipo. Y sobre todo, lo principal: la idea. Porque, como decía Mark Twain, «un hombre con una nueva idea es un loco, hasta que esta triunfa». Pero como también afirmaba Scott Belsky, «la cosa no va de tener ideas, va de creer en que sucedan». Y eso estaban haciendo ahora, con el encargo de Oilgas: propiciar que Postula sucediera.

Sanchís era más que un *partner*, un socio cualificado. Él controlaba como nadie de algoritmos, sabía cómo pelearse con los *bots* para favorecer el posicionamiento, convertir un contenido en notorio. Pero para el encargo de Oilgas se necesitaba mucho menos talento. Y eso era lo bueno del trabajo en red, de la filosofía cooperativa, que había muchos colaboradores dispuestos a arrimar el hombro. Para este trabajo, después de que al otro lado de la mesa, en la pared, san Steve Jobs le diera su aquiescencia, tenía el perfil ideal. Llamaría a Germán Romero, que había estado un par de meses en Parking Valet como becario, el tiempo suficiente para que Monchi se hubiera percatado de que era un chico despierto. Además había desaparecido antes de la debacle. Era el mejor candidato para aquel encargo.

—Claro, Monchi, yo te lo hago. Creo que no es difícil. Se trata de buscar la IP y hacer rastreo.

—Considéralo como una prueba. Si sale bien, a partir de ahora vendrán muchos más encargos, todos pagados.

Hubo unos instantes de silencio al otro lado del teléfono. Pero Monchi no se perturbó. Es

posible que Germán Romero también lo tuviera: el espíritu emprendedor, la predisposición al sacrificio, la capacidad de ir más allá, la visión.

—De acuerdo —dijo el chaval finalmente—. Si va a ser así, os hago el favor.

—Sabía que estarías a la altura, Germán.

Sintió como si una corriente fresca le acariciara la cara. Como la ventisca que corona una montaña con increíbles vistas. Postula empezaba a suceder.

—Vamos a hacer cosas grandes —añadió. En cuanto colgara, se prepararía una raya bien gorda.

En la noche, el monstruo de hierros y humo se sabe dueño y señor de Pico Paloma. Da igual lo que esté sucediendo en su orilla, no importa que su hedor infecte la madrugada de La Iruñuela, penetrando por cualquier resquicio de las ventanas entreabiertas. Él es el rey, todo el Roqueo es su gobierno, y como cualquier gobierno, tiene comisarios, colaboradores, rebeldes y esclavos. Gobernar implica también sacrificios, Oilgas se construyó con ellos, como cualquier otra gran catedral se erigió gracias al sudor y la sangre de personas anónimas que dieron la vida por hacerlo realidad. Por eso cada instante nocturno en que el monstruo muestra su fortaleza, allí, plantado a los pies del Mediterráneo, mirándose en su propio reflejo en el mar, con todas sus luces parpadeantes como venas eléctricas, con los rígidos tentáculos de sus altas chimeneas abrazando el cielo, merece ser celebrado. Los habitantes de Pico Paloma se lo deben todo, la nómina de cada mes, los parques en los que corretean sus hijos, las carreteras para desplazarse, la propia vida. Ese monstruo está adherido a ellos, lo llevan incrustado en la sangre, e incluso en ocasiones toca morir por él. Normalmente de forma silenciosa, poco a poco, haciendo especial daño en los pulmones de los habitantes con mayor predisposición genética, hasta hacerse visible en las radiografías, hasta dotarse de angustioso nombre en las consultas hospitalarias de los oncólogos. Pero otras veces de forma violenta, como un ser monstruoso dando cuenta de un sacrificio de forma apresurada, hambrienta, insaciable. Esta noche, Carmen, la mujer de Manuel Ángel, ha preferido quedarse en el hospital. Eran las dos y media de la mañana, y en medio de su duermevela, cuando la cabeza se le inclinaba ligeramente a un lado, ha sentido un súbito zarandeo, un sopapo invisible, un aviso. Ha abierto los ojos, y las pupilas se le han manchado de la luz blanca y a la vez sucia de la sala de espera. Por un instante ha mirado hacia la puerta de Urgencias, la que da paso a la UCI, y en medio de su recuperada pero endeble vigilia ha imaginado que recorría el largo pasillo, que llegaba hasta la habitación, que alcanzaba la cama de su marido. Pero él ya no estaba, solo quedaban los aparatos y la huella arrugada de su cuerpo sobre las sábanas. Y aunque no ha encontrado a ningún enfermero que le diera la respuesta, ella lo ha sabido con la seguridad que proporcionan los sueños nítidos: el monstruo se había llevado a su marido entre las fauces.

A la habitación 302 del Aljaraluz Costa no llegan los ronquidos del monstruo. Allí se imponen otros sonidos. Esta noche Amanda no canta, solo se deja acariciar por Federico. En la penumbra de la habitación, el cuerpo del hombre adquiere una textura vegetal, el vello de su pecho es como la mala hierba de un páramo. Su propia piel resulta algo seca, árida, terrosa, nada que ver con la

piel hidratada de ella. Estaba renuente, lo estuvo buena parte de la velada, costó convencerla de que viniera a su habitación, ni siquiera la helada botella de cava y el plato de fresas consiguieron aflojarla. Había llorado, de manera desconsolada se había desahogado entre sus brazos, y aquella ternura había fortalecido la excitación de Federico. A través de los besos y las caricias el cuerpo de ella se había ido abriendo como una flor.

En el imperio del monstruo caben más ronquidos. Los de Lagartijo hacen temblar los Gusanos. Hoy ha vuelto de mariscar pero no ha pasado por lo de Salustio. Prefería beber en casa solo. Ha puesto en remojo los dos kilos de coquinas y se ha servido un generoso vaso de aguardiente. En la radio emitían su programa favorito, uno de testimonios telefónicos de los oyentes, la gente llamaba para contar sus miserias y otros lo hacían para mostrar su solidaridad. Aquellas historias resultaban divertidas, esperpénticas, tristes, pero sobre todo cálidas. Lo ayudaban a aplacar su soledad, lo hacían sentirse en compañía. El mundo estaba hecho para los fuertes, pero qué bonito, pensaba otra vez, cuando se sube la falda y enseña sus muslos.

Donde no se ronca es en La Iruñuela. Porque Berta Vela, Anona, vuelve a tener un buen tema entre manos. «Seguridad obsoleta y deficiente para los trabajadores de Oilgas», ha titulado, y el texto ha salido casi solo. Porque estaba en una de esas noches inspiradas. Poco importa que, como de costumbre, la sintaxis resulte por momentos descabellada, que haya términos usados impropriamente, que sea incapaz de entender, por más que el corrector de Word lo subraye en rojo, que entre la palabra y la coma no puede haber espacio. Porque lo importante es el contenido, el meollo, el objeto de la denuncia: «Según ha podido saber este confidencial», ha escrito, «los dispositivos de seguridad de Oilgas tales como arneses, etc., están anticuados, como ha podido saber este confidencial según fuentes trabajadoras que prefieren permanecer en el anonimato. Desde el año 2000, los equipos no se renuevan, presentando claros signos de deterioro, como óxido, mecanismos que no funcionan, etc. Esta es se supone la manera que la terminal tiene de cuidar la seguridad de sus trabajadores y de hacer valer su proyecto se supone que de seguridad, del que más presumen, el más emblemático. Cero accidentes lo han llamado. ¿No sería mejor llamarlo Invitación a la muerte?».

Enseguida es fácil rendirse nuevamente al sopor. La intención sigue estando ahí, la imagen del monstruo ignominioso cargando a su marido entre las garras, arrastrándolo por el pasillo, o bien abriendo la ventana y echando a volar con sus enormes alas de murciélago. Pero puede más el cansancio, la necesidad de regresar al sueño, allí donde habita la quietud, el olvido, esa agradable tregua que saltará por los aires pocas horas más tarde.

En la penumbra de la 302, Federico ya no se entretiene entre las caderas de Amanda. Ha entrado en ella y la mantiene aferrada entre los brazos, buscando que el movimiento de sus pelvis se alinee, persiguiendo la cadencia. Mientras lame su cuello y le propina pequeños bocados, los jadeos de ella tienen un tono quejumbroso. Amanda le acaricia la nuca, pero bajo su pecho, Federico puede sentir que algo no va bien. En cierto modo está cerrada, aunque su miembro la recorra internamente y perciba la húmeda espesura abrazando su glande, aunque su cadera intente en vano acoplarse al ritmo que Federico Castilla le propone. Te gusta, pregunta él susurrante, antes de pellizcarle el lóbulo de la oreja izquierda con sus dientes. Pero ella no contesta, no al menos de momento. Las manos de Amanda recorren la velluda espalda de Federico hasta su

trasero, y allí hace presión con sus manos hacia dentro. Dame fuerte, dice ella ahora, pero no es un susurro, sino una orden desesperada, con su mano derecha busca ahora la mano izquierda de Federico y se la lleva a su propio cuello. Cuando la tiene allí ella lo mira de frente. Es una mirada doliente, desesperada, de animal acorralado. Y utiliza el mismo tono de voz apremiante, imperativo, que hace unos segundos, pero no para pedirle más contundencia, sino algo más atroz. Pégame, le implora, golpéame; en el temblor de las embestidas Federico juraría que Amanda está llorando mientras suplica por favor, pégame, aprieta, hazme daño.

Los sonidos matutinos de las gaviotas merodeando las azoteas parecen gritos de niños jugando a la pelota en el recreo. Su alegría, tan de mañana, resulta extemporánea, desmesurada. Porque dentro de las habitaciones todavía es muy temprano para atender a la rutinaria pirotecnia de un nuevo día abriéndose a la luz. Solo los pescadores, que ahora ya están más bien de regreso, atienden a la celebración mientras sus barcos, cargados de pescado, se acercan al puerto bajo una nube de aves hambrientas y chillonas.

En la cama de la 302 del Aljaraluz Costa hay dos cuerpos desnudos. El de ella, en el lado izquierdo, acurrucado sobre sí mismo, cubierto a medias por la sábana. El de él, abarcando la mayor parte de la zona central, despatarrado bocarriba. Antes de dormirse, se le olvidó silenciar el móvil. Por eso, aunque dio indicación en recepción de que no le pasaran ninguna llamada, es inevitable que lo ataquen por ese flanco. Aun así, al sonar el teléfono, tarda en reaccionar. Es ella quien, después de un murmullo soñoliento, palmea el hombro de él hasta permitir que un pedazo de conciencia penetre en su sueño hasta regresar a la habitación. Con la mirada borrosa, la boca seca y una legión de alfileres punzando su cráneo, toma el móvil y atiende la llamada.

—Quién —pregunta, la voz espesa rebozada todavía de champán.

—Alberto Mesa —escucha al otro lado—. Perdona que te moleste a estas horas. Pero acaba de llamarme Carlos Soto, de SIOG. Manuel Ángel Mendieta ha muerto esta noche.

Pico Paloma sabe cómo enterrar a sus muertos. Eso se nota en la altura de la ceremonia, en el pedigrí de la parroquia y, sobre todo, en el número de las coronas de flores. Ayer la viuda pudo intuirlo, ya que la jornada en el tanatorio fue un no parar de visitas, muchas de familiares y amigos, pero la mayor parte de desconocidos que la abrazaban y le trasladaban sus condolencias y palabras de ánimo.

A las nueve de la mañana, el cuerpo de Manuel Ángel Mendieta fue trasladado desde el tanatorio de la esclusa hasta el cementerio Virgen de la Ragua, el cementerio municipal de Pico Paloma. A las once, en la capilla, se ofrecería el sepelio, y a las doce sería la cremación. La habitación de los familiares se había transformado en una floristería fúnebre, pero el altar de la capilla, minutos antes de iniciarse la ceremonia, no era muy distinto. Las coronas parecían competir en tamaño, aunque había dos que claramente lo hacían entre sí: la del ayuntamiento de Pico Paloma, rematada por una enorme leyenda, VECINO MANUEL, visible desde la última banca de la capilla, y la de Oilgas, que incluía el propio logotipo de la compañía. A Federico le parecía excesivo aquel detalle. Estaba bien mantener el principio de homogeneidad corporativa en todos los formatos, pero ese extremo resultaba un poco ridículo. De hecho, fue lo primero que le dijo a Alberto Mesa, cuando vio la corona junto al féretro. ¿El logo era necesario?, susurró. Lo hemos hecho siempre, respondió Alberto, que se sintió visiblemente contrariado por el reproche. Es más limpio y elegante. Junto al logo, habían optado por la leyenda OILGAS NO TE OLVIDA. Esta mañana, Federico había amanecido muy temprano. Se afeitó, se dio una ducha breve, se vistió con rapidez y en el bufet del desayuno se decantó por un escueto café con leche y media tostada con aceite de oliva. Estaba nervioso, crispado. Al dar un bocado a su tostada, una gota mínima había saltado del pan para incrustarse en la zona alta de su corbata de Hermès, una de sus predilectas, azul marino, seda cien por cien, regalo de aniversario de Mamen. Y ahora la gota de aceite viajaba en ella, como un lunar sucio, una mancha impropia. Si la hubiera descubierto en alguno de los espejos de la cafetería del hotel habría subido a cambiarse de inmediato, pero ahora que la identificaba mientras se examinaba el mentón en el espejo del Maserati, cuando ya había aparcado junto al cementerio, era demasiado tarde ya. La estúpida gota quebró de algún modo su ánimo, no salió del coche tan resueltamente afligido como habría querido, como exigía una situación así. Había dejado en manos de Albertito Mesa su colocación estratégica en los asientos de la capilla, pero el idiota solo había conseguido reservarle un hueco en la sexta bancada. Era imposible, se había excusado el responsable de comunicación, todas las filas delanteras estaban ocupadas por

familiares. ¿Y el alcalde, qué?, le había reprochado Federico. Porque las coronas del ayuntamiento y Oilgas estaban al mismo nivel de grosería, pero en el protocolo el primer edil le había ganado con holgura. Allí estaba, en la primera fila, a muy pocos metros de los familiares, muy cerca de la viuda, con su mejor pose de representante de la comunidad y vecino consternado. Incluso Diego Barragán, el presidente de la Asociación de Vecinos La Iruñuela, estaba mejor situado que él, en tercera fila. Barragán se dio la vuelta y lo saludó con seriedad. Antes de que se uniera a la ceremonia, el saludo de Carlos Soto, el enlace sindical de SIOG, también había sido muy serio, casi desagradable. No quiero ninguna marranada, hay que andarse con ojo con este, susurró Federico a Alberto Mesa, después de un apretón de manos con el responsable del sindicato que le pareció excesivamente descuidado, huidizo.

Medio pueblo está ahora en la capilla ardiente de Manuel Ángel Mendieta, quedan muy pocos que pinten algo en el Roqueo que no estén allí. De los familiares directos del finado, solo hay dos que no participan en las exequias, su propio hijo, Manolito, y su sobrina Berta. A ella le han encomendado este último favor, ocuparse de su primo durante el entierro, es demasiado pequeño y no entendería nada. De hecho, Manolito aún no sabe que su padre falleció anteayer, y que ahora va camino de convertirse en cenizas. Sí le dirán, cuando pasen unos días, que a su papá lo incineraron y que sus cenizas las arrojaron al Mediterráneo, en la misma playa en la que él se remoja cada verano. Así papá siempre estará contigo, podrás disfrutar de él con cada baño. Pobre Carmen. Berta la había visto muy mal cuando acudió al tanatorio, un cuerpo desecho por los temblores, el sudor y el llanto. Verla así la desarmó, estaba prevenida pero no preparada para encajar un dolor tan desnudo. La abrazó durante minutos y le besó el pelo. Antes de que su madre se lo propusiera, ella misma se ofreció: se quedaría con su primo al día siguiente, el tiempo que necesitase. Y lo cierto es que, más allá de la profunda pena que debía soportar en silencio, aquel encargo no estaba resultando difícil. Para Manolito la tablet era como un interruptor de activación del modo automático. Mejor así, no habría sabido cómo reaccionar ante la tesitura de ver al cretino de las patillas canas acercarse a su tía para darle, con pomposidad y flema, su sentido pésame en nombre de Oilgas. Es posible que se lo encontrara más tarde, si finalmente se le ocurría acudir a la ceremonia de despedida de su tío que los compañeros y amigos le brindarían en el Miami.

Federico no ha prestado atención a las palabras del párroco. Se dejaba mecer por el eco de su voz. Siempre le había ocurrido así, durante toda su vida le había resultado imposible enfrentarse a cualquier tipo de oficio religioso sin ser invadido por el sopor. Con la música era distinto. Incluso cuando sonaba, como era el caso, algo tan ordinariamente tópico como el Adagio de Albinoni. La música escuchada en la iglesia tenía siempre un componente mortuorio, que en esta ocasión era obvio. Observó las cabezas que atendían en silencio a la ceremonia, y le sorprendió encontrar lucidez en aquella reflexión tan primaria: todos ellos, incluido él, morirían en algún momento, formarían parte de una ceremonia similar, encajonados en madera y maquillados para ser presentados con sus mejores galas ante la muerte. La muerte era el gran misterio, y también lo peor de su trabajo. Era el único aspecto no negociable, lo único que de verdad no podía atenuarse a cambio de dinero. Él tenía cincuenta y cuatro ahora, se conservaba bien, el último chequeo de hacía un año solo había evidenciado un valor un tanto elevado de colesterol, y en ciertas partes de

la cabeza el cabello había comenzado a ralear. Pero cada vez que la muerte se cruzaba en su pensamiento cerraba mentalmente la puerta a ese desvelo. Y nada mejor que pensar en la vida para contrarrestarlo. La vida estaba cerca de allí, en el cuerpo de una mujer, que ahora se llamaba Amanda, y mañana quién sabe. Acaso había mejor arma contra la muerte que amar, que acariciar, que sentirse querido. Todos estamos heridos, que tire la primera piedra quien no haya sangrado, todo es un perpetuo desalajo, una mudanza para esquivar el fin definitivo de la conciencia. Pero qué difícil era amar sin hacer daño, al final querer provocaba dolor, porque el amor se construía sobre heridas en carne viva. Era preferible no pensar más que en vivir como quien abre puertas, buscando la sorpresa constante, la nueva caricia, el espejismo de la epifanía permanente. Recurrir al *Adagio de Albinoni* para un funeral resultaba de una zafiedad aplastante, pero recordaba a Mamen, a sus hijas, y a la vez a Marisa, a Kate, a otras muchas relaciones fugaces con las que había vivido finales inevitablemente infelices, y a pesar del mal gusto, qué música tan dolorosa, cuánto daño hacía.

Ella es así, mamá, le dice, mientras enfilan el bulevar ajardinado, él conduciendo la silla de ruedas en la que va ella, poniendo algo de distancia con respecto a los grupos de familiares de otros internos. El bulevar está muy bien conservado, hay claveles y rosas y buganvillas que dan al jardín un aspecto muy colorido. Su antigua pareja le hizo mucho daño, y yo creo que aún no se ha repuesto del todo. La golpeó en varias ocasiones, incluso delante del niño, fue horrible, una pesadilla. Avanzan hasta uno de los bancos, y ahí Tana detiene la marcha y se sienta junto a su madre. Pero ahora estamos bien, le dice, nos queremos, nos respetamos. Trabajamos juntos, muchas veces comemos juntos, era normal que ocurriera. La mañana es hermosa, el cielo es de un color azul muy intenso y el canto de los pájaros parece fabricado para acompañar a sus palabras. Viajan solas otra vez, como ocurre a menudo, olvidando la causa por la que son pronunciadas, y entonces Tana parece adherirse a su recuerdo inventado. La semana pasada fuimos juntos a la playa, parece mentira, vivimos al lado del mar y nunca lo hacemos, pero el otro día nos preparamos unos bocadillos y pasamos allí el día. Nicolás tenía interés en volar una cometa que le habían regalado por su último cumpleaños y aún no había estrenado, así que esa fue la excusa. Ella iba guapísima, mamá, llevaba un vestido estampado que la hacía parecer más joven, en verdad parecía una niña. Mientras Nicolás volaba la cometa, nosotros estábamos tumbados sobre unas toallas. Ella se levantó a coger conchas, y yo la observaba tumbado. Y en ese momento, mamá, pensé que era muy feliz, y que ella y yo podíamos ser perfectamente papá y tú de jóvenes. Porque yo también te recuerdo así, mamá, en un día de playa, con un vestido parecido, y con aspecto de niña feliz, mientras yo correteaba por la orilla.

Y ahora Tana desearía que ella lo confirmara, que por un momento la enfermedad que la atenaza le diera un respiro, para permitirle salir a la superficie por un instante, para que su boca se llenara de palabras. Sí, Tanito, lo recuerdo, querría que dijera. Fuimos mucho a esa playa, éramos felices, y a ti te encantaba chapotear en la orilla, en verdad eras un desastre porque siempre acababas mojado y después, de regreso a casa, el salitre te provocaba escoceduras que te molestaban mucho y prometías que ya nunca más volverías. Comíamos los bocadillos que yo preparaba, los de melva con pimienta que a ti te gustaban tanto, aunque algunas veces, sobre todo si era a principios de mes, optábamos por algún restaurante. Y papá se bebía una botella de vino él solo acompañando la comida, y después acababa durmiéndose sobre la toalla. Entonces tú y yo caminábamos por la orilla, buscábamos las mejores conchas, te abrazaba y te besaba en la cabeza, no podía haber mejor regalo para mí que tenerte. Lo recuerdo todo, Tana, en realidad estoy en esta

silla y finjo que he olvidado hasta cómo se come porque no quiero ser una carga para ti, porque ya sufriste bastante con la muerte de papá y no quiero que sigas haciéndolo conmigo. Tienes una vida, Tana, este es tu momento.

Adónde van los recuerdos que se pierden. Quizá se diluyan en el polvo cósmico, mezclados con las conciencias que se evaporaron, que fueron arrebatadas por la enfermedad. Es posible que esos recuerdos perdidos convivan también con los recuerdos inventados, que el espacio sideral esté poblado de playas donde los niños hacen volar sus cometas y las mujeres visten bonitos vestidos estampados.

—Tanito —dice, recuperando por un instante el viejo fulgor, y Tana la toma de la mano, apretándola con delicadeza, intentando imaginar por un instante que esos pechos ajados y resecos, aunque parezca mentira, una vez le sirvieron de alimento, que en muchas ocasiones su cuerpo fue su guarida frente al frío y el desconsuelo. Tanito, repite, una y otra vez, y él no siente ganas de llorar, porque de algún modo sabe, tiene la certeza de que ella está caminando con los pies desnudos por su playa.

Justo están saliendo del piso cuando Lagartijo viene a verla. De hecho titubea al encontrarse con ella y con el crío en el descansillo, mientras Amanda se queja porque Nicolás vuelve a entrar en el piso para recoger la gorra. Estás más guapo sin ella, le grita la madre. En realidad, le produce un poco de vergüenza ajena que el niño salga de casa con esa estúpida gorra que utilizan los cantantes y youtubers que le gustan, y no solo por el diseño hortera de la propia gorra, toda llena de tachuelas y de adornos dorados, sino también por la forma en que se la calza: sin ajustársela en la cabeza, simplemente sobre ella, como un ridículo champiñón de tela. Amanda está gritándole que aligere, que tienen que hacer muchas cosas todavía —ir al súper, pasar por la tintorería, pedir cita para la revisión del dentista de Nicolás—, cuando aparece en el descansillo el gordo que vive abajo, el del percance con la botella. Rafael se siente aturdido al verla en la planta, esperaba retomar el aliento y pensar bien lo que iba a decir antes de llamar al timbre. Y ahora podría haber optado por una excusa, pero qué sentido habría tenido subir al segundo y, sobre todo, para qué hacerlo con la bolsa transparente llena de coquinas metidas en agua.

—Ah, hola, buenos días. —Amanda no recuerda el nombre.

—Rafael. Pero puedes llamarme Lagartijo.

Ella no lleva el camisón de satén, como en el último encuentro, pero el pantalón de chándal azul, rematado por las zapatillas deportivas de color amarillo chillón, le queda muy bien. Además, se nota que acaba de ducharse, porque tiene el pelo mojado aún y sobre todo un olor fresco que le recuerda a un patio recién regado.

—Lagartijo. —Amanda sonrío—. Muy bien. ¡Vamos, Nicolás!

—Yo venía a traerte esto. —Rafael extiende el brazo y le ofrece la bolsa.

—Coquinas, ¡qué ricas! —Al recogerse el pelo tras la oreja derecha, Amanda no puede camuflar su azoramiento. El rubor le invade el rostro—. Gracias pero no, no puedo aceptarlo.

—Cómo que no. Coge.

Nicolás acaba de salir con la gorra puesta. En efecto, la facha es infame: como si se hubiera colocado en la cabeza un pedazo de corcho, un enorme trozo de poliespán. Al ver al gordo, se retrae. Pero con la mano libre, Lagartijo le toca el hombro y lo zarandea en una versión libre de caricia.

—Así que este es el artista —dice, y aunque no puede mirarla, Nicolás siente que es una mano robusta, desmesurada: la mano de un trol de videojuego. Su propia cara es como la de un ogro; no le faltan siquiera los pelos de la nariz. Enseguida vuelve a la carga con su madre—. Anda, toma.

Amanda está nerviosa, entre seguir forcejando o decir sí, finalmente, opta por lo segundo. Bien, vale, de acuerdo, pero de verdad, no tenía por qué. Y como la puerta está abierta todavía, Amanda vuelve a entrar en el piso para dejar la bolsa en el frigorífico. Ni ella ni mucho menos Nicolás esperan que Rafael la siga hasta la misma cocina, entrando en casa sin ninguna reserva.

—Bien, ya está. Ya me voy —es lo único que se le ocurre para espantar esa visión, como un desagradable espejismo: el hombre gordo plantado delante de la puerta de su cocina, sonriendo, expectante ante nadie sabe qué.

—Bueno —dice Lagartijo. Su sonrisa es más sucia ahora—. ¿Y esa cerveza cuándo?

Menos mal que el gordo la sigue. Menos mal que secunda su maniobra de salir fuera de su piso, y así ella puede cerrar de un portazo su casa. Pero la sonrisa de Lagartijo no se ha marchado de su rostro.

—Ya lo vemos, ¿vale? —El mechón de pelo rebelde vuelve a descolgarse sobre su frente, y ella vuelve a colocarlo tras su oreja con nerviosismo—. Otro día, con más tranquilidad.

Ni siquiera esperan al ascensor, madre e hijo descienden aceleradamente por la escalera. Al llegar a la calle, Amanda suspira, al tiempo que busca en su bolso un cigarrillo. Siempre lleva un paquete de emergencia, al que recurre solo en momentos contados.

—Tú y tus estúpidos inventos, Nicolás —dice, mientras da lumbre a su pitillo—. ¿No podrías haberte quedado quietecito?

Al niño no le gusta verla fumar, de hecho ella casi nunca lo hace. Pero prefiere no poner más nerviosa a su madre, todo lo que diga será estropear más las cosas. Por eso evita mencionar que el montapuercos del Clash Royale, el desagradable orco del Warcraft, sigue allí, en la segunda planta, apoyado en la barandilla, como custodiando el castillo, observándolos.

Durante toda la tarde, los trabajadores de Oilgas han ido llegando al Miami. Como es un día especial, y Manuel Ángel era compañero, los cubatas tienen precio reducido, a dos euros y medio, siempre que nadie se vuelva loco y empiece a pedir marcas caras. Todos los compañeros de Oilgas han hecho piña, especialmente sus colegas más veteranos. Beben en una esquina de la barra mientras pelan cacahuetes y mastican, evitando así que la mandíbula permanezca quieta y sensible a la tentación del llanto. Han brindado con la primera ronda, y ahora, casi sin darse cuenta, lo hacen cada vez que un comentario o recuerdo del difunto se desliza hacia el terreno sentimental. Qué cabezón que era el cabrón. ¿Te acuerdas de cuando se le metió en la cabeza que teníamos que descargar todo el camión de cableado antes de irnos a casa? Nos tuvo allí el hijoputa hasta las doce de la noche. Un brindis por Manuel, joder. También se acuerdan de Carmen, la pobre, tan afectada en el funeral, cómo va a estar, y de Manolito, el niño, huérfano tan jovencito. Me cago en la puta madre de Oilgas y todos sus muertos, dice alguien, y la frase tiene textura de ladrido, pero el resto lo encaja como un estornudo, un arranque inevitable pero pasajero, para no tenerlo en cuenta, porque por allí anda Carlos Soto, el del sindicato, y ya le está faltando tiempo para venir a meter las narices a ver qué se cuece. Marcelo, que es quien acompañaba al finado en el momento de la caída y sin duda uno de los más afectados, ya se lo había transmitido a Carlos Soto y al mismísimo Martín Muniera, el director de la planta, un instante antes de comenzar la misa: Más os vale que hagáis lo que tengáis que hacer para que a la viuda le quede lo máximo. Por supuesto, había contestado el director, no te quepa duda. El quid, el meollo, la cuestión clave estaba justo en la delimitación de «lo máximo». Qué era lo máximo en estos casos, hasta dónde cabía llegar por parte de la compañía, qué expectativas tenían los familiares, qué había que esperar de Oilgas. El acuerdo amistoso, sin duda, era la mejor opción, la opción menos traumática para todos, pero un acuerdo que ni siquiera tuviera necesidad de ser firmado, sino simplemente sobreentendido, como son las cosas naturales, sin forzar. Oilgas no te olvida, aquello era algo más que una leyenda fúnebre, era un compromiso, una manera de entender la responsabilidad con el empleado, verdaderamente el cliente interno de la compañía, el stakeholder más crítico de la organización. Políticas de motivación, sistema de retribución por objetivos, concursos anuales de ideas, incentivos extraordinarios, línea de microcréditos preferentes, adelanto de nóminas, todo eso formaba parte de la responsabilidad corporativa con el empleado, pero esta no podía acabar con la muerte. Oilgas había amamantado a Manuel Ángel, lo había convertido en el hombre que era, formaba parte de su familia, igual que está incrustado en el paisaje del Roqueo, en la esencia y el

ADN de sus gentes. Y en la familia las cosas se resuelven con cercanía, tacto, sensibilidad, sin descender a la miseria de los números, a la vulgaridad de los documentos certificados y los bufetes de sanguijuelas encorbatadas que solo buscan sacar tajada. Federico hablaría con Carmen, le había dicho al oído después de un prolongado abrazo tras el sepelio, ante el féretro de su marido. No te vamos a abandonar, vamos a estar contigo hasta las últimas, le había susurrado Federico, apretándole bien fuerte los hombros. Te llamo con tranquilidad pronto y nos vemos, pero da por sentado que miraremos por ti. La pobre viuda había hundido su cabeza en el pecho de él y lo había rodeado con sus brazos. Gracias, había oído, muchas gracias por todo.

Desde luego, piensa Federico ahora, mientras se dirige en coche al Miami, ella no se resentiría económicamente por la pérdida. La pensión de viudedad, estaba dispuesto a lucharlo hasta el final, se la complementarían del modo que fuese para que estuviera lo más cerca posible de la retribución del fallecido. Verían el modo, los de Jurídico siempre tenían fórmulas para todo. Y lo harían así, de forma suave, natural, sin aspavientos. Había que cerrar cuanto antes la crisis, empezar a construir de nuevo. Oilgas, mil vidas contigo, ese volvía a ser el objetivo. A fin de cuentas, la campaña encargada por Albertito Mesa ya estaba pagada. Al cabo de tres años, con sus convenientes actualizaciones, la misma campaña valdría. Había que empezar a levantar otra vez los cimientos, y por supuesto había que trabajar el ánimo de los empleados, reforzar el sentido de orgullo de pertenencia con algún programa extraordinario, lo hablaría con Rodrigo Tena, el director de Recursos Humanos de la planta. En cuanto a la imagen exterior, Albertito había estado diligente, como siempre. A la salida del funeral, le había extendido un folio con la propuesta de comunicado. Oilgas lamentaba el fallecimiento de M. A. R. después de no haber superado su estado crítico y trasladaba sus condolencias tanto a sus familiares y allegados como a toda la comunidad de ciudadanos de Pico Paloma. Glosaba someramente la trayectoria del finado en Oilgas, reconociendo su dedicación a la empresa. Y por último, destacaba los esfuerzos de Oilgas en materia de prevención de riesgos laborales, en el contexto del compromiso con la seguridad laboral de sus empleados y las políticas de Recursos Humanos basadas en la motivación y la búsqueda permanente de la excelencia. Impecable, reconoció Federico, y el responsable de comunicación aprovechó el espíritu que había propiciado tan feliz juicio para mostrarle en su smartphone el último post de confiroqueo.com. En las muecas de Federico, conforme leía la entrada, Alberto Mesa identificó las distintas fases de la masticación de una guindilla picante. Su puta madre, concluyó, antes de dar un buche a su café solo. Descuida, comentó Alberto, palmeándole el brazo —estaba demasiado cabreado para reprocharle aquella familiaridad—: estamos muy cerca de saber quién es.

Berta suspira profundamente al oír la cerradura de casa. Eso significa que sus padres por fin han vuelto, pero no se esperaba que viniera también su tía. El pequeño Manolo corre por el pasillo al distinguir al fondo la silueta empequeñecida de su madre. Desde el salón, el abrazo de los dos en la penumbra del pasillo se le antoja a Berta una escultura incompleta, como si a esta le faltara un fragmento. Se impone la voz alegre del niño, por encima del tono apagado de la madre. Ay, mi niño, eso sí se oye, ay, mi pequeño, dice, y su hermana acude en su auxilio, para evitar que la escultura incompleta se desmorone. Manolito se percata de que su madre no está bien. Qué pasa, mamá, pregunta, por qué lloras, suerte que Rodolfo está allí para liquidar el interrogatorio,

proponiendo un viaje al quiosco para comprar chucherías, límite un euro. Los dos abandonan el piso, que queda en absoluto silencio.

La viuda no quiere nada, solo descansar. Pero también desea volver cuanto antes a su casa, rehacer su vida, retomar los hábitos y las costumbres cotidianas. El niño, impone Toñi, se quedará todavía un par de días en casa; ella volverá a la suya para descansar, sin ajetreos, y mañana ya se vería. Delante de una manzanilla humeante y una magdalena, que permanecerán intactas hasta el final de la tarde, la viuda va hundiéndose en el sofá. Sus hombros cada vez están más caídos, siguiendo la misma dirección que todo su cuerpo y que sus propias cejas. Solo emite suspiros apuntalados por desesperantes ays. Es el único sonido que se impone al de las agujas del horrible reloj que Berta recuerda en la misma pared de su casa desde que tiene uso de razón.

Sabe que no es el momento, pero la sobrina no puede evitarlo. Después de escuchar decir a su tía que la capilla estaba abarrotada, que no se cabía, que le resultaba imposible recordar la cantidad de gente que la había saludado y dado el pésame, Berta no puede resistir la tentación de preguntar por Oilgas, por la versión de la empresa, por su posicionamiento. Qué te han dicho de la compañía, imagino que te habrán dicho algo, ¿no?, pregunta, midiendo bien la intensidad y el tono, evitando ser excesivamente punzante o agresiva; pero por toda respuesta Berta solo encuentra un hondo suspiro y una mirada gacha. ¿No te han dicho nada, tía?, vuelve a preguntar, aprovechando que su madre está en la cocina, y su tía por fin responde, bueno, el hombre elegante del pelo medio blanco, uno que manda mucho, me ha dicho que tenemos que hablar, pero que no me preocupe. No puede evitarlo tampoco ahora. No es el momento ni el lugar, no es lo que su tía necesita en este instante, pero le sale de las entrañas. Tienes que ir a por todas, afirma Berta, buscando la mirada de su tía, una mirada que la viuda no le devuelve porque sus ojos están en otro sitio, observan hacia dentro, auscultan en las grutas subterráneas de su soledad, de su tristeza, de su miedo. Nada me va a devolver a mi marido, Berta, dice finalmente, ahora sí mirándola a los ojos, con una entereza nueva, con un orgullo terco, incompatible con el tono doliente que ha marcado su deriva en las últimas horas. Tienes que luchar por lo que es tuyo, tía, insiste Berta, sabiendo que acaricia una superficie demasiado frágil. Carmen vuelve a la fatiga, al cansancio, al duelo. Cierra los ojos y suspira. Detrás del humo de la manzanilla, cada vez más débil, su tía la mira por última vez. Sus ojos dibujan lástima y desconsuelo al proferir la frase: Manuel nunca hubiera querido que yo le hiciera daño a Oilgas.

Estúpida carne triturada, estúpida carne muerta mezclada con conservantes y aditivos, y después mezclada con otra carne, recortada y envasada al vacío. Estúpida carne etiquetada y vendida en packs, transportada en tráileres, distribuida racional y eficientemente para dar de comer al monstruo. Qué es, qué era su tío sino carne de cañón, tuerca, ficha, número, una mera unidad sin capacidad de dañar, ni siquiera con su propia muerte, ni siquiera después de ser liquidada. Berta sale del piso superada por la rabia, quiere llorar pero también gritar bien fuerte, quiere golpear paredes hasta hacer sangrar sus nudillos, quiere contagiar al mundo entero de su ira, por un momento ha sentido ganas de levantarse y zarandear a su tía, lo suficiente para despejarle la mente nublada, lo necesario para que despertase de su letargo. La carne, tía, puede hacer daño, la carne tiene derecho al veneno. Al alcanzar la calle los suspiros no la consuelan, las fachadas están llenas de suciedad y el aire contiene hiel, necesita correr, saltar, revolcarse,

aplacar con cansancio esta sensación de odio que la anega, que puede con ella, que la destroza por dentro. El dragón Lac Long Quan es un dragón noble, símbolo del yang, la plenitud serena, pero ella ahora necesita ser dragón venenoso, serpiente bíblica, animal mordiente. Y antes de que este día concluya, Berta va a morder.

La llegada de Federico al Miami, junto a Martín Muniera, director técnico de la planta, viene acompañada de una ola de silencio. Uno de los empleados jóvenes estaba jugando a la tragaperras, y al observar la entrada de ambos directivos, se ha sentido impropio, inadecuado. Las conversaciones vociferantes que se desparramaban por el local han perdido fuelle. Pero poco a poco el ambiente va asimilando la irrupción de los dos nuevos visitantes, y como una ola que se lleva por delante un castillo de arena igualando la superficie de la orilla, los dos directivos de Oilgas han sido absorbidos por la corriente. Fue Carlos Soto quien los introdujo en el núcleo duro, el grupo de los empleados más veteranos, y ayudó al acoplamiento el hecho de que en ese momento estuvieran contando chistes. De hecho Federico celebró con una generosa sonrisa, aunque sin llegar a carcajada, el chiste que ya estaba iniciado en el momento de su incorporación, si bien no había tenido ocasión de llegar a tiempo para captar su sentido. Ante la petición de una nueva ronda, al contrario que el director de la planta, que se decantó por una tónica —ah, los ingenieros—, él se adhirió a la petición más secundada, un DYC con Coca-Cola, a pesar de que el refresco le parecía repugnante y el DYC, una marca de estibadores. Pero es lo que tocaba hoy, como le había trasladado a Rodrigo Tena, responsable de Recursos Humanos, es necesario estar junto a ellos, empatizar, que te vean como uno más, compartiendo su dolor. Rodrigo Tena es quien debería estar de hecho ahora allí, junto a los empleados, bebiendo aquel deleznable *aguachirri*; ninguna reunión ni cita podía suponer una excusa en esos momentos, porque aquello también iba en el sueldo. El proceso de selección para un nuevo perfil en el Departamento de Administración que se había sacado de la manga para excusar su presencia en el Miami le había parecido inconsistente, aun así lo dejó estar, el ingeniero y él darían la cara por Oilgas, y brindarían por Manuel Ángel con aquel mediocre whisky, y reírían cada chiste de pollas y tetas con su sonrisa más convincente, y también palmearían las espaldas de los empleados, asentirían a cada remembranza del empleado muerto, incluso se referirían a Manuel con familiaridad, lo llamarían Manolo, como si alguna vez en sus vidas hubieran cruzado más de dos palabras con él. Todo por Oilgas; todo por el buen clima laboral, esto y no otra cosa era tener oficio. Habían sido días difíciles, la muerte de un trabajador siempre lo era. A las llamadas del Comité de Dirección se habían sumado las necesarias gestiones con el alcalde, las asociaciones, los directores de medios. En todos los casos, la consigna había sido similar: Oilgas, como siempre, sabría estar a la altura. Rematar el día en el Miami no era una opción, sino el único final posible. Cuando tocaba enfangarse, no había que prestar atención a las manchas de la chaqueta, ni al hedor a sudor mezclado con alcohol que flotaba en el ambiente, ni al deprimente aspecto del propio local, empezando por el propietario, al que no por casualidad llamaban El Porquero.

Caminaban por terreno pantanoso, con el suelo plagado de minas, en cierto modo no dejaba de ser territorio enemigo. Y además los ánimos están algo excitados, es un día de nervios desnudos, los compañeros igual se abrazan y se prometen amistad eterna que pueden acabar dándose una paliza. Con cada hora que pasa, con cada ronda, el ambiente del Miami va mutando, cada vez hay

más familiaridad, no se miden las distancias, la madeja se va enredando, todo cobra la apariencia de una sucia acuarela. Berta, la sobrina del fallecido, acaba de entrar por la puerta. Los que se han percatado de la llegada no han prestado mucha atención, quizá los más borrachos hayan pensado que se trataba de una aparición. En medio de la acuarela, su pelo amarillo es como una estrella. Camina decidida, seria, y junto al Porquero es la única persona sobria en el local. Quico Paredes también está en el Miami, pero no la ha visto llegar: en ese momento está comentando con sus compañeros un vídeo que acaba de compartir en su grupo de amigos solteros de whatsapp, en el que una negra fornicaba con un enano de falo desmesurado. La carne triturada y envasada al vacío, la carne completamente muerta también tiene derecho al veneno, y su dragón quiere morder. Berta se apoya en la barra y pide un gintonic. Está muy cargado, lo descubre demasiado tarde, cuando le da el primer buche y tiene la sensación de que un lanzallamas le recorre el esófago. Está sola en ese hueco de la barra, y es la única mujer del bar. Quico Paredes aún no se ha percatado, porque sigue riéndose y glosando las excelencias del enano del vídeo —menudo caballo, papito, tremendo cacharro—, pero sí muchos otros compañeros, que se codean mientras observan el trasero de Berta embutido en un vaquero agujereado. Apenas tienen tiempo de contemplarla. Porque, enseguida, ella apura el cubata y golpea con furia el vaso vacío contra la barra. Ni siquiera recoge el cambio de los cinco euros: camina decidida hacia el grupo de empleados veteranos, en el que ha identificado al cretino de las patillas canas.

—Hola —dice, después de que Federico se dé la vuelta; tiene, como el resto, los ojos reblandecidos y la mirada cansada—. ¿Me recuerdas?

Federico, más alto, la observa desde arriba. Enarca las cejas, rebuscando en el desordenado trastero de su memoria. El tatuaje de su brazo derecho lo ayuda a situarse.

—Claro. Los dragones. AMPIPA —dice finalmente, y cuando se agacha dispuesto a darle un beso, dispuesto a pedirle que por favor le recuerde su nombre, siente un chasquido en su mandíbula. Berta acaba de propinarle un manotazo, tan fuerte y tan seco que Federico se desliza hacia atrás, trastabilla y está a punto de caer al suelo, si no es porque algunos compañeros de reunión le sirven de colchón. El vaso de Federico se derrama sobre su americana. Qué, cómo, qué, hay un instante de zozobra y confusión, pero enseguida se imponen los gritos. Son de Berta, cuya presencia se hace grande en medio de la pintura desvaída de siluetas torpes y balbucientes.

—Sois unos asesinos, ¿lo sabes?! —grita—. Lo habéis matado, habéis acabado con él.

Federico tiene la intención de enfrentarse a la joven, pero es retenido por sus compañeros. Tiene la parte inferior del rostro colorada, y por primera vez el pelo revuelto. Qué es lo que quiere esta puñetera cría, dice, ¿sabe con quién está hablando?

—¡Vete a casa! —chilla Federico, después de que uno de los empleados veteranos acabe de decirle que es sobrina del fallecido. Otro de los compañeros va a acercarse a Berta con intención de contenerla, pero no tiene ocasión de hacerlo. Tranquilos, dice ella, ya me voy, mientras camina de espaldas hacia la puerta.

—Sois unos asesinos. Matáis a la gente y después tenéis la indecencia de venir aquí a brindar por vuestras víctimas. Sois mierda. Sois una puta mierda. Oilgas, fábrica de pienso humano.

Bueno, ya está, ya vale. Uno de los compañeros ha intentado aferrar a Berta del brazo, pero ella se ha deshecho del amago con un fuerte tirón. Tranquilo, Federico, le dicen, palmeándole la

espalda. Cosas que pasan, la chica está superada. Pero Berta no se ha ido todavía. Antes de abandonar el bar, tiene tiempo de darse la vuelta y gritar bien fuerte, esta vez en dirección a todo el local: Disfrutad del banquete, carroña.

—¿Quieres que suba contigo? —le pregunta Tana, al estacionar junto a la escalera que conduce a su bloque. Pero ella está convencida de que no es necesario. Cuando va a salir del coche le da un beso en la cara, que él transforma en un intenso abrazo. Tana huele a sudor, pero qué importa, él nunca podrá estar verdaderamente sucio. Antes de la actuación de esta noche, le había contado la anécdota con el vecino gordo, la forma en que se había colado en su piso entrando hasta la cocina, el modo descarado en que la miraba. ¿Te ha dado miedo?, ha preguntado él. Y ella se ha frotado los brazos con sus manos, como para ahuyentar un acceso repentino de frío. No, no, qué va, ha dicho, sin convicción. En otras ocasiones había sido la misma Amanda quien le había sugerido a Tana que subiera para tomar algo, pero ni siquiera la posible amenaza del extraño vecino la anima a ello hoy. Quería estar sola, descansar, estaba agotada. A estas alturas, ella no iba a engañar a Tana. Él se había acostumbrado a interpretar los colores de su voz. Sabía reconocer perfectamente cuándo alguno de ellos no brillaba con la intensidad necesaria. Durante la segunda parte del bolo, había sentido que un anzuelo se le clavaba en la garganta al escucharla cantar *Island*, del bueno de Mike. Su voz había sonado especialmente desgarradora, demasiado sincera, dolorosamente auténtica. En cambio, los temas más movidos los había cantado con absoluta desgana. La conocía, sabía perfectamente que las cosas en su cabeza no iban bien.

—Vale —dice él—. Pero tómate una de estas.

Era un Trankimazin. Tana funcionaba como una verdadera farmacia ambulante, siempre tenía pastillas para todo. Era el único terreno en el que su naturismo entraba en barrena. Nada de valerianas ni de tisanas ni de soluciones de herboristería. En casa del Rey de las Cartas Astrales, se imponía bien fuerte la química. Había acabado comprendiendo, después de diversas expediciones inútiles por la homeopatía, que en último término la química era la única manera de recomponer los cuatro temperamentos (Fuego, Aire, Agua y Tierra) del signo zodiacal. Y ella, Amanda, con su ascendente en Aries, signo de fuego, lo necesitaba especialmente.

El Seat Ibiza de Tana todavía esperaba en la calle cuando ella ha salido del ascensor. Desde el corredor balconado de la segunda planta, ha levantado la mano para indicarle que ya se podía marchar. Ha preferido no pensar en nada mientras introducía la llave en la cerradura y por fin ha entrado en el piso. Suerte que Nico, para variar, se ha ido a dormir temprano hoy. Eso le permite relajarse. No aguarda siquiera a ducharse para tomarse la pastilla. Tana, es cierto, la conoce bien. Esta noche esperaba nuevamente, sin fortuna, la llegada de Federico. En el momento de la *Garota de Ipanema*, imaginó que con su voz conseguía invocar su presencia. Pero, en su mesa habitual,

solo había hoy un matrimonio de ancianos. Concluyó aquella canción con ganas de llorar. Definitivamente, una vez más, lo había echado todo a perder. Pégame, recordaba haberle dicho, y también la sorpresa de él, que no había sido capaz más que de apretarle el cuello. Después de correrse, Federico se había echado a un lado, y había estado poco comunicativo. Ella le había acariciado el brazo, pero él había correspondido con un ligero palmeo patéticamente paternal. Y a pesar de su aturdimiento, Federico se había quedado completamente dormido. A Amanda le había costado mucho más hacerlo. Enfrentada al techo, con los ojos abiertos, había imaginado que trepaba por un escarpado desfiladero de angustia. No quería, no podía enfrentarse a aquella abominable realidad: el dolor impuesto, la sensibilidad atrofiada que había gobernado su relación pretérita, la relación con el monstruo, la había acostumbrado al daño, la había introducido en su sensualidad, en sus ritos sexuales, en la intimidad del propio contacto carnal. Era terrible conjeturar siquiera con la posibilidad de que ella fuera portadora del virus y necesitara aquel dolor para sentirse completa.

Después de ducharse, con un vaso de leche fría, se ha sentado en el sillón y ha encendido el televisor. Y aunque era tarde ya, tras navegar entre anuncios de teletienda y echadores de cartas, se ha detenido en una película que ha visto decenas de veces. Era *Oficial y caballero*, con el guapo de Richard Gere vestido de uniforme. Poco a poco el alprazolam ha ido haciendo efecto, y en el momento final de la película, mientras Richard Gere avanzaba por la fábrica de cartones con su uniforme blanco a la búsqueda de Debra Winger, cuando después de besarla él la tomaba en brazos y la sacaba entre besos de la fábrica, Amanda se ha imaginado que era ella quien era conducida en volandas hacia la libertad y el amor. Ha tarareado incluso la canción de Joe Cocker, por qué no se les habría ocurrido incluirla en el repertorio, era una canción preciosa, y ahora ella cantaba a dúo con el mismísimo Joe Cocker, y todo tenía una textura gaseosa, como en las películas de los ochenta, y Amanda llevaba el gorro del oficial Zack Mayo mientras cantaba de la mano de Cocker, y de repente la canción ha sido interrumpida por unos golpes, como taconazos fuertes contra el suelo, como martillazos, como repiqueteos en la puerta. El espeso sueño se ha diluido, y en la tele ya no seguía *Oficial y caballero* sino una nueva película imprecisa, mientras en la puerta continuaban los golpes. Ha mirado el reloj de pared, las dos y media, y un reflujo de angustia, superviviente al Trankimazin y la duermevela, ha ascendido de súbito por su garganta. Deprisa, a oscuras, ha entrado en la cocina y ha tomado un cuchillo, uno grueso y largo, que precisamente encargó en la teletienda alguna noche de angustia similar a esta. Con el cuchillo en la mano derecha ha ido acercándose a la puerta, dando lentos pasos para atenuar el sonido de sus pies sobre el suelo. Apenas acertaba a respirar cuando por fin ha asomado el ojo por la mirilla.

—Qué susto, Federico.

Le tiemblan las piernas cuando abre la puerta. Si tuviera una silla a mano, se habría sentado para reponerse. Y si Federico viniera más entero, se habría abrazado a él. Pero su estado es lamentable: el pelo desaliñado, la corbata mojada y arrugada y el cuerpo zozobranante, como una bandera rota con los hilvanes despedazados por el viento.

—Sé que es tarde —balbuce—. Sabía que vivías aquí, y te he buscado en los buzones. No he tenido tiempo de llegar al hotel para ver tu actuación.

Amanda lo hace entrar y lo conduce al sofá. Al sentarse, está a punto de tropezar y caer al

suelo. Ella, de pie, duda en proponerle una copa, pero al final se contiene. Detrás de las dos puñaladas sangrantes que son sus ojos, Federico la mira.

—Mi chica de Ipanema —dice—. No podía dormirme sin escuchar tu canción.

—Pero ¿qué tú has hecho, tremenda loca? ¿Estás juquiá o qué tú hace?

Berta camina acelerada, quiere poner tierra de por medio, dejar bien atrás ese repugnante nido de carroña. No había contado con él.

—¡Rubia, chiquita, espera!

Soportar un nuevo encuentro con el tal Quico Paredes le parecía un remate demasiado cruel para aquella velada. Estaba fuera de sí, quién sabe si sus nervios podrían aguantarlo.

—Espera, joer, rubia. Para ahí.

Se frena cuando nota la mano de él sujetando su brazo. Enseguida, como una ola pestilente, su denso perfume la rebasa.

—Qué tú quiere, liándola ahí dentro. Estás totalmente pallá, rubia.

Berta suspira profundamente mirando al cielo, al suelo, al otro lado de la calle. A cualquier lugar menos a Quico Paredes, que ahora la observa bien cerca, clavando la mirada en sus ojos escurridizos.

—Lo siento mucho, rubia. Lo de tu tío. Te busqué en el funeral, pero no te vi. Ven aquí, puedes llorar tranquila —dice, intentando atraerla contra sí. Berta es una flecha de acero, aun así afloja un poco, lo suficiente para que el chaval la rodee con sus brazos. Es más bajo que ella, así que la cabeza de Berta queda ligeramente por encima de la de Quico. Siente arcadas al aspirar el olor a perfume de su pelo, pero también tiene unas poderosas ganas de llorar. Lo único que se lo impide, de hecho, son las palabras de Quico (tranqui, mi rubia, tató, mi amol), y las palmaditas que le propina en la espalda. Su mano derecha desciende como una culebra por sus riñones hasta su cintura. Está a punto de bajar hasta su trasero, cuando Berta se despega.

—Vale, vale. Ya estoy bien —dice.

—Tú sí eres fuerte. Menudo galletito le ditte al corbatilla. —Sonríe. Los ojos húmedos de Berta emborronan, hasta convertirla en barro, la pista de cabello brillante que lame su cabeza; es como si llevara plantado un trozo de césped—. Tú lo que necesitas es compañía y hablar con el loco Quico.

La ha cogido de la mano. Se percata ahora, que por fin ha respirado y vuelve a tener control sobre sus nervios. Y de hecho la ha levantado y se la está besando. Ahora que lo tiene cerca, percibe un nuevo olor entreverado con el perfume de ascensor de hotel. Huele a alcohol.

—Vente conmigo, mi rubia. Necesitas despejarte de todo esto.

El chaval es insoportable. Pero la idea de volver a casa ahora le produce náuseas. Tarde o

temprano, sus padres van a enterarse. No tardará demasiado en correrse la voz. Le fatiga la tesitura de tener que dar explicaciones. Al menos esta noche. Así que rematarla con un idiota no le parece definitivamente la peor opción. Le ha advertido que no lleva dinero, pero que necesita una copa. Lo del dinero no es ningún problema, a Quico acaban de ingresarle una deuda atrasada. Además mañana es sábado, no hay trabajo, así que esta puede ser una gran noche loca, mi amol. Allí mismo tiene el coche, un Seat León de color amarillo chillón y totalmente tuneado, con luces azules en los bajos, y pegatinas en la parte posterior que dibujan rayos y signos tribales. Es como tus tatús, mi rubia, todo puro fuego, dice, y Berta prefiere imaginar que está a punto de montarse en una atracción de feria, en un coche loco. No va descaminada: dentro, Quico ha instalado una discoteca. Diez mil vatios subwoofer, amplificador de ocho canales, modelo Beat Pilot, una pasada, rubita, me la puso un pana que tiene un taller. Y para que todo el mundo lo oiga bien, no solo ellos, Quico baja la ventanilla y pone música a todo trapo. No vamos lejos, ¿verdad?, grita Berta. Necesito una copa. Aquí mismo, mi rubia, contesta él, permitiéndose la licencia de posar una mano en su pierna. Ella reacciona con rapidez, atiende al tráfico, anda, y no te confundas de palanca. Quico conduce con violencia, acelerando al llegar a las curvas para tomarlas con aspereza, adelantando sin guardar distancias de seguridad, apurando al llegar a un semáforo en ámbar, frenando secamente. Berta no acierta a saber si es así de idiota o es solo que quiere impresionarla. Menos mal que acaban de llegar al sitio, y no ha tenido tiempo de ponerle una de sus maquetas, como ha prometido. Le han bastado cinco minutos de exposición a un tema deleznable, en el que un cantante con acento chicano, a través de alaridos simiescos, abordaba cien formas diferentes de «clavar la estaca», mientras que Quico celebraba los ocurrentes versos con carcajadas y calambres en la cintura. Un tema así es lo que yo necesito, rubia, una vaina que me lance de verdad, con un ritmo loquísimo y una letra caliente, sabrosa.

—¿Salimos ya?

Evidentemente, esta noche elegía él, y no iban a acabar en un sitio como el Lennon. El local se llamaba Salsaya, y a Berta le pareció como si hubieran montado una fiesta en el Túnel del Terror. En la pista, muchas parejas bailaban, todas de forma procaz. Sonaba, cómo no, música trap, del estilo de la que Quico le había puesto en el coche. Las mujeres pegaban el culo a la cintura de los hombres, y lo movían como si batieran un huevo con sus nalgas. Se agachaban y movían el trasero arriba y abajo, y también lo hacían sin la necesidad de hombres, como hembras en celo, agitando el culo en el vacío. Aquellas mujeres tenían todos los elementos para producirle excitación, sin embargo lo que Berta sentía era más bien desolación, tristeza.

—Me encanta el twerk. ¡Qué luhuria! —Sonreía Quico King, quien no podía reprimir sus deseos de baile.

Se movía como Berta recordaba haberlo visto en el Lennon, levantándose un poco la camiseta y agitando la cintura. Ven conmigo, mi rubia, propone, pero ella necesita algo de beber. Mientras observaba a los jóvenes que bailaban —casi todos, sudamericanos—, y entretanto Quico pedía las copas, Berta intentaba a duras penas relajarse, pero la música era un serio impedimento. La canción que sonaba ahora, y que provocaba euforia entre las parejas que bailaban, proponía: Trágate la crema / Que está bien rica. / Tiene vitaminas / Y así no salpica. Había pedido un gintonic, y por un instante, casi por casualidad, volvió ligeramente la vista hacia la barra. El

tiempo suficiente para comprobar que, justo después de pagar las consumiciones, Quico sacaba de su bolsillo algo inidentificable y se lo echaba en su bebida. Eso la puso en alerta, pero estuvo ágil. Como el chaval también había pedido un gintonic, haciendo una excepción en su régimen alcohólico habitual, el whisky con Red Bull —voy a tomar lo mismo que tú pa acompañarte, mi rubia—, esperó el momento propicio para perpetrar el cambiazo. Fue cuando él le pidió que sostuviera su copa mientras iba al servicio. En ese momento, con las dos copas en la mano, se le acercó un joven fornido y con el pelo rapado, a excepción de dos truenos perfilados a tijera en sendas sienes. El joven le sonrió, y Berta, algo aturdida, correspondió como pudo. Pero en lugar de iniciar una conversación, se situó tras ella y empezó a rozarle el culo con su paquete. Pero ¿qué coño haces, tío?, se volvió Berta súbitamente. Aquel gesto, que el chaval no esperaba, lo espantó, pero ella pudo escuchar con claridad que la llamaba puta estrecha.

Definitivamente, aquella perrera no era su sitio. Tomó el cubata de Quico y le propinó un generoso buche. El alcohol le produjo dentera y le acorchó la lengua, y lo peor, no se sintió mejor. Aun así, siguió bebiendo, y cuando Quico volvió ya no quedaba ni rastro de su bebida. Caraho, mi rubia, sí que tú tienes sed hoy, dijo sonriendo. Él se ofreció a pedirle la siguiente, pero Berta prefirió ir sola. Aceptó el billete de diez euros que Quico le extendía, gesto que remató con un beso pegajoso en la cara, muy cerca de sus labios. Tomó el billete y se largó a la barra. Mientras pedía, lo pensó: se tomaría la copa y se marcharía de aquel repugnante sitio sin despedirse.

No podía sustraerse de la sensación de estar siendo observada como un apetitoso pedazo de carne. Había muchos hombres esperando su consumición en la barra, pero el camarero, un mulato con una camiseta de rejilla que dejaba mostrar sus morenos pezones, la atendió de inmediato. Pidió otro Seagram's con tónica, y desde su zona de la barra observó la pista. Las mujeres seguían restregando sus traseros de flan contra las piernas de los chavales, mientras que otras bailaban solas o entre ellas, con los culos pegados como parejas de perros incapaces de separarse después de la cópula. Había algo tribal en aquel baile, una suerte de ritual degenerado de canto al falo y de anhelo por el sellado de los orificios; seguro que Anika, de la que tanto se acordaba últimamente, habría tenido una explicación simbólica para aquella ceremonia. Y en medio del ritual estaba Quico, sonriente, moviendo el culo como un perro sin cola, seguro que feliz por la expectativa de hundir su polla en ella, cuando previsiblemente hiciera efecto la burundanga o la puta mierda que hubiera echado en su vaso, y que se estaba tragando él sin saberlo. Al apurar su bebida, la tentación de enfilear la calle y dar carpetazo a la noche perdió fuelle. Sentía una insana curiosidad por conocer cómo acabaría la velada. Por eso regresó junto a Quico, que acababa de terminarse la copa, para decirle que necesitaba un poco de aire fresco, que la fatigaba aquel ambiente tan cargado. Perfecto, sonrió él, además así podrían fumarse un porro.

Corría una ligera brisa al salir del Salsaya. El cielo estaba saturado de estrellas y parecía limpio, como recién estrenado. Berta se sintió bien al salir, los cubatas y sobre todo abandonar aquella madriguera la habían animado. Caminaron entre los grupos de jóvenes que se arracimaban alrededor de la discoteca hasta llegar al coche. Allí, sentados sobre el capó, Quico King se trajinó el porro. Estaba muy locuaz, sin perder en ningún momento la sonrisa. Qué bonita está la noche, ¿verdad, rubia?, y pensal que tú quería amargártela por el corbatilla. Cómo tú ta, ¿va bien tú, mi rubia?, preguntó, mientras la observaba, como un veterinario que contemplara a una yegua después

de aplicarle anestesia. Fenomenal, contestó Berta, venga, dale candela a ese porro. Esto lo animó todavía más, lanzó un grito, una especie de aullido lobuno, y antes de encender el canuto abrió el coche y puso música. Era, claro, su música. Un tema romántico, llamado *Amor 247*. Berta se aferró al porro con ansiedad, lo que fuera por tener la boca ocupada y evitar el escrutinio de Quico, que después de la primera estrofa ya le estaba preguntando qué le parecía. La letra era una exhibición de tópicos, la luna, la playa, el llanto, los cuerpos desnudos. Pero el estribillo era lo peor. Tu saliva me da la vida / Estoy sangrando por tus besos / Ya no tengo tus caricias / No me puedes hacer eso. No me puedes hacer eso, repetía, con la voz deformada proyectando gallos, y de vez en cuando soltaba un beibi. Ese efetto, ¿lo oyes? Es el autotune, mi rubia, dijo, y se sumó a tararear el estribillo. Berta estaba mareada, pero no lo suficiente, necesitaba sentirse todavía más ciega para liberarse de esa sensación de vergüenza ajena. Ojalá que nadie los estuviera observando, aquello era demasiado. ¿Te gutta, mi rubia?, preguntó, pegándole la cara. Ten cuidado, se deshizo ella, no te vayas a quemar. Qué tú eres tremenda viciosa, mi rubia, cómo te gutta el porro, dijo, volviendo a la carga. Ya tenía encima los labios de Quico, eran como un molusco grande y gelatinoso. Le concedió la boca, quería probar si algo así la excitaría. Pero la lengua del chaval rebuscaba en su interior como un expedicionario torpe, como un bombero en prácticas. Era imposible dejarse llevar, demasiado rudo y violento. Ella le acarició el pecho y entonces él le bajó la mano hasta su entrepierna. Estaba muy excitado, y parecía bastante gorda, pero ella tenía la sensación de estar tocando el pene de un animal grotesco. Se manejaba con ansiedad, enseguida les echó mano a las tetas, y se las restregó como si quisiera abrir una caja fuerte sin saber la clave. Las ascuas del porro, que ya expiraba en sus dedos, vinieron en su auxilio, y así ella pudo justificar la separación. Tate, mi rubia, que todavía no te he contado lo mejor, tengo una sorpresa que te va a guttar, dijo, mientras entraban en el coche. La burundanga no había aplacado su violencia al volante, ni sus ganas de masacrarle los tímpanos: volvió a ponerle aquella canción que habían escuchado en el móvil el día del Lennon, aquello de los pelos padentro y del flow baby flow. Ahora, de hecho, lo encontraba aún más nervioso, la miraba en cada curva y sonreía con sus labios viscosos y su dentadura impoluta. El coche se conducía nada menos que a Oilgas, a la zona portuaria restringida para la planta. Abrió la cancela de entrada, de la que tenía llaves, y entraron en una zona oscura, solo iluminada por la luz plateada de la luna. Al abrir la puerta, sin la repugnante música a todo trapo, solo se oía el rumor del mar. Junto al puerto, el cuerpo extendido de la planta, rematado por sus chimeneas como cornamentas de un alce majestuoso, dormitaba ajeno a las corrientes del Mediterráneo.

—Ven, mi rubia —susurró, dándole la mano. Había tomado del maletero una botella medio empezada de un licor inidentificable bajo la tenue luz. La condujo más allá de las calles ocupadas por los montacargas y las grúas, hasta llegar al pequeño pantalán, donde había tres lanchas neumáticas atracadas con el logotipo de Oilgas—. Te prometí que te llevaría en barquito, y esta es la noche ideal.

Te voy a llevar al paradais, dijo, y volvió a pegarle la boca, rebuscó nuevamente con su lengua entre los dientes y le magreó el culo.

Berta se siente excitada, y también libre. El motor del fueraborda lo llena todo, así ella no tiene que escuchar a su acompañante. Él viaja junto al motor, y ella en la proa, dejando que la

brisa nocturna le dé en la cara y le arranque lágrimas. Lo había leído en un libro que Anika le había prestado, de un tal Curzio Malaparte. Era un libro complicado, de hecho no había llegado a entender muchos de sus capítulos, sin embargo una frase se le había quedado clavada en la memoria: «Ni siquiera la libertad transmite la idea de libertad tanto como el mar». Porque así era, se sentía libre, mientras la lancha rodeaba al gigante de hierro y acero, que dormitaba pero nunca llegaba a dormirse del todo. Sus luces parpadeaban, como un pulpo que tuviera bombillas en cada uno de sus tentáculos, emitía sonidos intermitentes, expulsaba humareda como los gases fétidos de un gigante en medio de una siesta inquieta tras un copioso almuerzo. Una vez rebasado, al fondo se extendía el mar.

Se siente excitada, se siente libre, tan excitada y tan libre que ha olvidado algo muy importante, un aspecto que debió pensar antes de aceptar la proposición de la excursión. La burundanga, el cristal, el ansiolítico o lo que mierda le hubiera echado aquel cretino a su bebida navegaba internamente ahora por las venas del chaval. Y ahora que ha detenido el motor del fueraborda, acompañados exclusivamente por los sonidos húmedos del mar besando la cubierta, se le nota. Permanece al otro lado de la lancha, con la mano apoyada en el timón, los ojos brillantes pero sin rastro de sonrisa.

—Ya llegamos, mi rubia —dice, y su voz suena lánguida, cansada; nada que ver con el tono eufórico de hace poco rato.

—¿Estás bien? —pregunta Berta, con la mano hundida en el agua, y contemplando, a espaldas de Quico, la mostrenca y enrevesada estructura de aceros de la planta de Oilgas.

—Estoy cansado —susurra, y su cabeza se mece con suavidad, como una galleta reblandecida por la leche. Berta avanza con lentitud por la barca, intentando mantener el equilibrio, hasta llegar a Quico. Está derrotado, absolutamente fuera de juego. Aun así, mientras lo inclina sobre uno de los asientos, todavía tiene ocasión de extender la mano y tocarle una teta.

Berta regresa a la proa. Es justo lo que necesitaba esta noche. No siente miedo, sino una inmensa paz. La botella medio llena de Quico resulta ser de Pacharán. La beberá sola, libre, enfrentada al mar. Nunca hubiera imaginado que un día tan nefasto pudiera acabar tan bien.

Nada cambiaría mientras el muchacho no se desprendiera de aquel aspecto de *nerd*. Tenía de su parte el conocimiento, también las ganas de encontrar su hueco, pero su apariencia era desastrosa. ¿Es que de verdad nadie le había dicho que, cuando no tenía la densidad suficiente, era preferible no dejarse bigote? Y qué decir de aquellas largas barbas. ¿Acaso pensaba abrir una *Barber shop*? En cuanto a la camiseta presuntamente chistosa sobre el miembro sexual de Boba Fett, mejor dejarlo.

—Buenos días, Monchi.

—¿Qué tal todo, Germán?

La secretaria había salido a desayunar, así que el mismo CEO le había abierto la puerta de la oficina. Al exbecario le gustó el logotipo de la entrada. Postula, tiene fuerza, dijo, e inmediatamente Monchi Valiente sugirió salir a tomar café, pero el chaval declinó la invitación, ya había tomado, muchas gracias. El despacho no estaba muy católico, bastante revuelto, pero a Germán le impresionó la enorme cantidad de pósits amarillos, verdes y rosa que trufaban las paredes.

—Madre mía —dijo, y aquel comentario podía abarcar muchas cosas, desde sorpresa hasta vergüenza ajena, pasando por miedo: había visto muchas películas de psicópatas, y aquel escenario podía pasar perfectamente por la madriguera de alguno de ellos.

—Son ideas, flashes, píldoras —explicó Monchi, mientras despejaba la mesa—. Me ayuda a tener la cabeza siempre despierta.

—Y Steve —añadió el exbecario, al contemplar el retrato frente al escritorio.

—San Steve.

No tenías necesidad de haber venido, comenzó Monchi. Podíamos haberlo resuelto por teléfono. Pero Germán no era así, le gustaba la formalidad, hacer las cosas bien. Por eso le había traído su informe en persona. El chaval le extendió una carpetilla blanca. Al abrirla, había un puñado de folios encuadernados: se lo había currado a conciencia. Mientras pasaba las hojas, comprobando el alcance del informe, Monchi ladeaba la cabeza y asentía.

—Esto es muy bueno, Germán.

Era sencillo. A través de la IP y un poco de rastreo, fue fácil sacarlo. También su actividad en redes sociales. Lo bueno fue descubrir que la chica gestionaba también el perfil de una asociación medioambiental. Suponía que aquello conllevaría implicaciones mayores.

—Claro, claro —afirmó Monchi—. Es un trabajo cojonudo.

A Germán se le notaba azorado ahora. Seguía teniendo espíritu de becario. Había mejorado sensiblemente en oficio, era un trabajo muy profesional. Pero le seguía fallando el carácter, la necesidad de arrojo. Le estaba costando horrores decir lo que quería decir. Finalmente, como Monchi temía, se arrojó.

—Sé que me dijiste que el primer trabajo era un poco de prueba. Pero me sabe muy mal no cobrar algo, aunque sea simbólico. Solo venir hasta aquí me ha costado dinero. Es... Es una cuestión de principios.

Puto nerd de los cojones. Ahí estaba el problema, que no era solo de él, sino de todos los milenials, sin distinción. La necesidad de gratificación inmediata, la falta de asunción de riesgos. Es lo que tenía haber crecido entre algodones, con la falsa creencia de estar tocados por la varita mágica de «lo especial». Todos eran unos genios, todos necesitaban continuos golpes en la espalda. No sabían sufrir.

—Bien. Vale. —Monchi cabeceó. Quería acabar con aquello cuanto antes: se metió la mano en el bolsillo y, entre los billetes doblados, decidió jugársela. Ganó: consiguió extraer el billete de diez euros—. Toma. Aquí tienes.

El billete cayó doblado en medio de la mesa como un gorrión muerto. El chaval lo observó y su cara se ruborizó, pero ya no de apuro, sino de indignación. Sostuvo el rictus serio por un instante, quizá se trataba de una broma.

—Llévatelo, Germán. —No, no lo era—. No necesito factura.

Amanece sobre el Parque Natural del Roqueo, y los ruidos de la planta son como el canto del muecín desde el alminar musulmán invitando a la oración. El mundo despierta, y Oilgas es el oráculo, la brújula, el reloj que hace despertar a la comarca, que hace rodar el mundo. Aunque hoy sea sábado y la mayoría no trabaja, la planta está allí, lavándose la cara en el mar, rodeada de gaviotas escandalosas picoteando su pellejo. Aunque es un despertar incómodo, siempre es una araña en los comienzos, hilachas renegridas que van cobrando forma de tumor, como la radiografía de un canceroso.

Lo primero que siente, antes de abrir los ojos siquiera, es un agudo dolor en el cuello. El dolor lo asedia, y enseguida se ramifica por sus sienas hasta abarcar todo su cráneo como un pesado casco. El dolor del cuello es por la mala postura, pero la sensación de que su cabeza va a explotar es por la resaca. Abre poco a poco los ojos y toda la luz de la estancia, aún en penumbra, se filtra por ellos como un sumidero. Quiere morirse al abrirlos del todo y percibir la capacidad de daño de la luz mañanera. Está reclinado sobre algo blando, y ya con los ojos abiertos, tras sobreponerse a la luz, comprueba que sobre él gravitan unos pechos cubiertos por una camiseta de pijama, y más arriba está la cabeza ladeada de Amanda. Qué hizo, cómo acabó aquí, con un esfuerzo sobrehumano consigue incorporarse, alcanzando la verticalidad sobre el sofá. Todo se revuelve dentro de él, en su cabeza, pero también en sus tripas. Siente ganas de vomitar, pero la idea de correr por el piso buscando el servicio le parece una maniobra titánica, inabordable. Permanece unos instantes sentado. A su lado, Amanda, con la boca abierta, duerme profundamente. Busca su teléfono móvil en la chaqueta, que permanece doblada sobre el brazo del sofá. Son las ocho y diez de la mañana, y menos mal que es sábado. Aun así, no soporta su propio olor, y nota la boca amarga y pastosa. Necesita salir de allí, necesita respirar aire fresco, quién sabe si vomitar a sus anchas sobre un arriate.

Al levantarse, el tiovivo de su cabeza acelera peligrosamente. Tiene que apoyarse un instante en una silla. Pero la puerta está cerca. Con todo el sigilo que le permite la resaca, abre la puerta y sale del piso. La luz allí fuera es aún más insoportable, pero al menos el aire, a pesar del hedor que proviene de la marisma, resulta más respirable. Su única meta, su máximo anhelo concebible en estos momentos, es llegar al coche y cubrirse los ojos con las Ray-Ban que guarda en la guantera. Es lo único que le permitiría acercarse a la condición de ser humano, salir del estadio de mero despojo en que se encuentra ahora. Las arcadas lo acompañan durante el descenso en ascensor. Y al llegar al Bajo es recibido por una turba de mosquitos que le taladran la cara. Agita

torpemente las manos, pero aun así los mosquitos siguen allí. Al otro lado de la nube está su coche. Y dentro, en la guantera, sus gafas. Están tan cerca, y sin embargo por momentos le parecen inalcanzables.

—Los mosquitos aquí son tremendos.

La voz se cuele dentro de la nube de insectos. Por un instante, Federico incluso piensa que proviene de su propia cabeza. Pero no. Pertenece a un gordo vestido con un horrible chándal que está junto a él y que le resulta muy familiar. Aun así, no responde, sigue empantanado con los manotazos en el aire, resistiéndose a la invasión. Por fin consigue llegar al coche. Le tiemblan las manos al tomar el mando y accionarlo. Ya se ha puesto las gafas, mientras escupe mosquitos y arrastra hacia el suelo los que consiguen adherirse a su arrugada y pestilente corbata. Así, con las Ray-Ban puestas y el sol más apagado, se siente mucho mejor.

—¿Qué? —Se había olvidado del gordo. Pero lo tiene a la espalda—. ¿Le ha dado a probar las coquinas?

—¿Cómo? —Ahora que lo tiene tan cerca, le resulta mucho más familiar. Lo ha visto, además, recientemente. Rebusca en su desvencijada memoria, tiene que dar con él.

—A la chica del segundo. Le regalé coquinas. Viene de allí, ¿no? Lo oí llegar anoche y dije: este viene a tomar coquinas.

—Le conozco, ¿verdad? —pregunta Federico; al hacerlo, un mosquito se cuele en su boca.

—Claro, hombre. Banco de Alimentos. Rafael Molina, para lo que precise.

La mano del gordo es grande y peluda, como de cochino. Mientras se la extiende, acerca su cuerpo al de Federico. La siguiente frase pretende tener un tono confidente:

—Está buena la hembra, ¿no?

—¿Perdone?

—La muchacha es un pibonazo. Comprensible. Con una yegua así, cualquiera se contiene.

Va demasiado resacoso para conseguir que la ira aflore como se merece el comentario. ¿Qué coño dice usted? ¿De qué narices me conoce? ¿Sabe quién soy yo? Son las palabras que se le ocurren, pero todas quedan amordazadas por su propia fatiga.

—Me va usted a comprar estas papeletas. Con ellas estoy ayudando a David Peña, el chaval que seguro que ha visto en la tele. Necesita un trasplante de médula compatible, y con esto echamos un cable. Tome.

En medio de la humareda de mosquitos, el gordo le extiende una ristra de papeletas fotocopiadas. Siente ganas de darles un manotazo, igual que a los mosquitos, pero se conforma con negar con la cabeza.

—No, ahora no. Tengo prisa.

Está intentando introducirse en el coche, pero Rafael lo agarra del brazo.

—Venga, vamos, hombre. La responsabilidad corporativa esa, todo eso de lo que hablaba el otro día en la rueda de prensa. ¿Qué es lo que pasa?

Estaba resacoso, era cierto. Pero ¿de verdad que aquello estaba sucediendo?

—¿Qué es lo que pasa de qué? —Federico intenta ponerse firme—. ¿Qué es lo que quiere, oiga?

—El chaval necesita una médula. Es solidaridad. Y también le beneficia a usted. Usted ayuda

al muchacho y yo le ayudo a usted. Aquí no he visto nada.

—¿Que no ha visto nada? ¿A qué se refiere?

La sonrisa del gordo es grotesca, como un oso maltrecho lamiendo un panal de miel.

—La guayaba de arriba. A la que le ha comido las coquinas. Usted tiene derecho a esas cosas. Y también derecho a que no se sepa.

No puede ser verdad. Esto no puede estar ocurriendo.

—¿Me está extorsionando, amigo?

—¿Extorsio cómo? —El oso se refocila: es goloso, le gusta la miel—. No saquemos las cosas de madre, es un *qui por cuo*. ¿Se dice así?

—Vamos a hacer una cosa. Yo le doy para sus papeletas, pero lo hago para que me deje en paz y porque tengo muchas cosas que hacer. Pero no estoy pagando nada, ¿me entiende?

—Por supuesto. —Ahora la mirada del gordo se afila; su boca dibuja una mueca que a Federico le parece irónica—. Esto es solidaridad.

Federico busca en su billetera y toma dos billetes de cincuenta euros.

—Tome. Deme los que me correspondan. Tengo prisa.

—Maravilla —dice el gordo—. Se va a llevar cincuenta números, esto es muy generoso. Espérese por favor aquí, que los cojo del piso. Encima no llevo tantos.

Dios santo, esto tiene que acabar ya. Federico abre la puerta del coche y cierra apresurado. Arranca el motor y acelera. Necesita llegar al hotel, ducharse, tumbarse en la cama, quizá vomitar. Al acelerar, con la ventanilla bajada, deja que el aire le dé en la cara. Por fin una buena sensación.

Es un despertar incómodo para Federico. Pero no tanto para Berta. Anoche, había vaciado la botella de Pacharán. De manera lenta y agradable, la borrachera la había ido cercando hasta invadirla. Era placentero apoyar la cabeza en el borde neumático de la lancha, y contemplar desde allí las estrellas, escuchando de fondo el rumor del mar y el chapoteo del agua contra el casco. Sola, en el mar, a la deriva, en otro tiempo pudo haber sentido pánico, pero esa noche no. Que el mar se la llevara a donde quisiera, era libre, y su cuerpo estaba hecho de olas y estrellas.

Ahora su cuerpo está hecho de sol, sed y dolor de cabeza. La despiertan los alaridos de las gaviotas. El sol ha salido y masajea con sus rayos incipientes la superficie del mar. Al otro lado de la lancha, continúa el cuerpo desmadejado de Quico, que bajo la luz matutina resulta todavía más guiñapo. La barca se ha alejado algunos metros de la planta, y la corriente los ha conducido un poco hacia la derecha. Pero desde esta perspectiva, la vista de la mancha es perfecta. Al principio era una araña de patas finas, que se va condensando en hilos cada vez más densos, como venas negras, como surcos de lodo. Así es siempre en los comienzos, hasta transformarse en una masa alquitranada, en barro negro, que aflora como una caries infecta, como un humor enfermo. Es una mancha gigantesca, que salpicada por el sol adquiere un tono pálido, como el rostro de un moribundo.

Berta sonríe. Es desolador, pero no puede evitarlo. Sonríe hasta la carcajada. La noche anterior, después de un día aciago, había concluido maravillosamente. Pero hoy, de tan nefasto, no puede comenzar mejor.

Saca su móvil del bolsillo. Por suerte, todavía queda batería. Nadie creará algo así sin las

fotos.

Tercera parte
El desarrollo sostenible

Refrescó hasta tres veces la página porque no se lo creía. Su número de suscriptores había dado un salto más que considerable desde que hacía poco menos de una semana su madre lo había castigado sin el ordenador. Espectacular sería una palabra más precisa, si no fuera porque en términos objetivos todavía seguía siendo una cifra discreta. Pero de los 1758 de la última vez había pasado a 5312. No solo había duplicado con creces la cifra, sino que había superado el umbral psicológico de los cinco mil. La cara que pondría Ramón, el imbécil de Sexto, cuando se enterara. La causa de aquel vertiginoso incremento estaba, claro, en el vídeo del *Bottle Flip Challenge* fallido que había sido el origen del monumental cabreo de su madre. Porque tenía 26.000 likes, y subiendo. También refrescó la página del vídeo, no podía creérselo. No solo por los likes, sino también porque acumulaba cincuenta y seis comentarios. Y uno de ellos era del propio Ramón, *aka* JamiroK, que le decía simplemente TA WENO EL VIDEO, pero eso ya significaba mucho. Era un reconocimiento tácito a su ascenso de división, a su debut en otra liga. La mayor parte de los comentarios, salvo dos o tres muy despectivos y algunos incomprensibles, eran muy positivos. Muchos emojis sonrientes y muchos :) e incluso :))), señales indiscutibles de que había gustado. Se la estaba jugando al coger el ordenador, pero su madre, que todavía no le había levantado el castigo, roncaba en el salón. En una postura, por cierto, muy simpática, echada hacia atrás sobre el respaldo del sillón, con la boca abierta como una tortuga sedienta. El flash le vino de inmediato. Se sentía inspirado, fresco, creativo. Era un salto de calidad indudable, pero había que apuntalarlo cuanto antes, sacarle rendimiento. Y la frecuencia, como había aprendido de los grandes, lo era todo. La postura de su madre estaba pidiendo a gritos un vídeo. Así que no se lo pensó dos veces, encendió la webcam y grabó. Bueeeeenos días, amiguitos, ¿qué tal todo, mundo? Bienvenidos a un vídeo más de mi canal, al habla Dj Gamer. ¿Cómo estáis, chicos? Por aquí todo bien. Si me escucháis hablando bajito no es porque ande mal de la garganta, sino porque tengo un poco de miedo. Sí, amigos, miedo del grande. No os lo vais a creer, pero en mi salón está durmiendo una tortuga gigante. Se sentía locuaz, las frases le venían con facilidad a la lengua, era como si nadara con una corriente propicia que apenas le requiriera ningún esfuerzo para avanzar. Todo fluía con naturalidad, incluso se veía a sí mismo simpático, se gustaba, había que aprovechar el momento. Inició la grabación con su móvil, sostenido por el palo selfie, y activó la luz del flash. Bueno, chicos, espero que no os asustéis, y os agradecería alguna receta de sopa de tortuga o algo, porque imagino que tendré que comérmela, aunque sea gigante. Shhh, silencio, allá voy. Caminando de espaldas, contemplando su careto en el móvil, fue recorriendo el pasillo hasta

llegar al salón. Allí continuaba su madre, como la había visto Nico al acudir al servicio, sentada en el sofá con la cabeza ladeada y el codo apoyado en el respaldo, la boca abierta como un nido de pájaros vacío. LOL, susurró sonriente, aquí está, mirad la tortuga. Y con su palo selfie se acercó a su madre; enfocó con el objetivo a la cara, la boca seca, sus ojos cerrados, y quiso ir todavía más allá. Es lo que habían valorado en el vídeo del *Bottle Flip Challenge*, el atrevimiento se premiaba. Así que, con sigilo, se sentó junto a la madre y acercó ligeramente su cabeza. Venga, un selfie con la tortuga, susurró. Pero no estuvo ágil al pasar por alto que los ojos cerrados de Amanda acusarían la invasión del flash. Porque después de un ligero fruncimiento se entreabrieron de súbito. Fue un acto reflejo, como sus palabras, todavía anegadas por el sueño. Pero qué mierda, apaga la luz, dijo, y acto seguido movió la cabeza, y con ella todo su cuerpo, zafándose del foco. A toda prisa Nicolás plegó velas, se levantó con rapidez, sin dejar de mirar al objetivo y dibujando morisquetas y gestos cómicos, como había visto hacer a sus maestros. Sonriendo, caminó hacia la cocina. Le pareció un remate natural. ¿Habéis visto a la tortuga, chicos? Es grande, ¿eh? ¿Cuál creéis que es, Donatello, Michelangelo o Leonardo? Buscó en el cajón de los cubiertos y tomó el cuchillo grande, uno de los que su madre había comprado meses atrás en la teletienda. Era un cuchillo fantástico, ideal para una película de terror. Así que Nicolás compuso el tipo. Ahora estoy asustado, dijo, mirando a cámara con el cuchillo. ¿Creéis que vendrá a por mí? ¡Tengo miedo!, exclamó, y acabó componiendo la mejor cara de terror que supo.

Cuando despertase, a su madre le dolería horrores el cuello. De hecho, debería haberla despertado para que se marchara a la cama, o al menos para forzarla a un cambio de postura. Sin embargo, eso hubiera dado al traste con su nueva pieza. Porque ahora que comprobaba la grabación en el ordenador, tenía que reconocer que había quedado estupenda. Sonreía mientras la editaba. Ya tenía título: «Hay una tortuga ninja en mi salón». A ver qué decía de este nuevo vídeo el idiota de Ramón.

Podía ser muchas cosas: un tramposo, un liante, un mentiroso, pero no un caradura. Y tampoco le gustaba recibir limosnas. Más o menos limpios, más o menos legales, todos sus trajines habían implicado siempre un intercambio, una transacción. Eso de recibir cien euros sin dar nada a cambio le parecía impropio, totalmente inadmisibile. Así que cuando volvió a la calle con los cupones, al descubrir que el tal Federico se había evaporado, lo tuvo claro, tenía que encontrarlo y entregárselos. Que después tocaran o no, eso ya era otro tema; para qué narices querría aquel petulante una camiseta del Roqueo F. C., si la misma camiseta llevaba ya el logotipo de Oilgas como patrocinador y al tipo le bastaría con hacer una llamada para conseguir media docena. Pero el gesto era importante, y había algo que a Lagartijo le ponía muy nervioso: la absoluta facilidad con la que el ricachón se había desprendido de los billetes. Aquella billetera parecía voluminosa, insondable.

Tomó su Renault 21 gris y se puso en camino. El coche necesitaba con urgencia un buen lavado. Vale que el jabón no restituiría la pintura del capó, despellejado como la piel de un niño sin protección solar, pero al menos conseguiría ver bien, y no esta sensación de estar avanzando por entre las dunas del Sáhara. En el interior, la mierda no era menor. De hecho, en el suelo de la zona trasera habían empezado a crecer algunos hierbajos autóctonos inauditos, como si el vehículo fuera un vivero portátil. Bajó la ventanilla y carraspeó, forzando un gargajo que cayó sobre el asfalto como un pegote de cera derretida. Quizá debiera haberse cambiado de ropa, el chándal negro y naranja fosforescente no era la alternativa más discreta para aquella búsqueda, a pesar de que indudablemente fuera la más cómoda: ningún otro pantalón como aquel era tan respetuoso con su cintura y le dejaba tan liberados los testículos.

Era sábado, así que Casa Salustio abría más tarde. Empezar el día sin su café y su carajillo le resultaba doloroso, pero lo primero era lo primero. De forma que se dirigió a Oilgas, seguro de que, a pesar de no ser laborable para la mayoría, allí sabrían orientarle sobre el paradero del tal Federico. Federico Castilla, menos mal que recordó su apellido al trasladárselo al responsable de seguridad que vigilaba el acceso a la planta dentro de su garita. El guardia no estaba autorizado a proporcionar aquella información, pero al observar el aspecto desastroso del coche y la pinta del gordo no le cupo ninguna duda de que sería por un buen motivo. Los mandos directivos, le dijo, cuando vienen por Oilgas, suelen hospedarse en el Aljaraluz Costa.

Menudo hotelazo, tenía que ganarlo de fábula el tal Federico, porque aquel lugar parecía un verdadero palacio. Estaba, además, pegado a la playa, a la playa más potable de toda Aljaraluz.

Aparcó fuera del recinto, para no llamar demasiado la atención, y entró caminando en el hotel. A las puertas, un taxista cargaba varias abultadas maletas en el maletero. Las maletas pertenecían a dos guiris jóvenes de piel sonrosada y cabello claro. Las chicas llevaban grandes gafas de sol, y una de ellas vestía una corta falda que dejaba al descubierto unos generosos muslos, bastante tostados. Lagartijo enfiló sus piernas y su trasero, al tiempo que se alisaba la zona superior del chándal, sin olvidar un tiento a su paquete. Menudas hembras, se dijo, arrepintiéndose de no haber tomado las gafas de sol para acometer una observación más precisa. El hall del hotel era amplio, de techos altos como los de una catedral. Se notaba bastante trasiego, mucha gente extranjera. Dos niños rubios de anuncio jugaban en un sillón con sus consolas portátiles, mientras que sus padres, igual de rubios y publicitarios, hablaban entre sí de pie. Un grupo de jubilados, también extranjeros y disfrazados de golfistas, parloteaban muy animados junto a la recepción en un idioma que, a pesar de las sonrisas, a Rafael le parecía malhumorado. En el hilo musical, sonaba una imprecisa musiquilla que se encargaba de rellenar los escasos silencios.

La chica a la que se dirigió en la recepción también estaba apetitosa. Joven, con unos ojos de color castaño intenso, y unos labios que invitaban directamente al mordisco.

—Buenos días.

—Buenos días, señor.

—Busco a Federico Castilla. Me dijo la habitación, pero no la recuerdo.

La recepcionista escaneó al recién llegado. A ningún mensajero se le ocurriría llevar semejante chándal. Tenía barba de diez días y el pelo grasiento. Por no hablar de su boca, la saliva blanca se acumulaba en sus comisuras.

—Tengo que darle esto —añadió el gordo, extrayendo un sobre doblado del pantalón. El sobre parecía abultado. Era reciclado, de ventana, con un membrete de la Caja Rural.

Al ver el sobre, la joven se tranquilizó. También al ver la mano del gordo, los abundantes pelos que cubrían sus dedos, y sobre todo sus uñas, llenas de mierda, como si las hubiera hundido en una maceta. Un jardinero o un profesional de mantenimiento, dedujo.

—Puede dejarlo aquí, o si quiere llamamos a su habitación —sugirió.

—Venga —aceptó el gordo.

La mujer tomó el teléfono y marcó. En ese momento, un turista anciano se acercó al mostrador. Rafael lo observó con descaro: su piel pellejosa, medio albina, exudaba dinero. Llevaba un reloj de cadena dorada, y un polo que le recubría la enclenque osamenta con la suficiencia de Burberry. Los zapatos parecían caros, y seguro que también la dentadura postiza rutilantemente blanca e incongruentemente perfecta que adornaba su sonrisa, ahora que lo miraba sabiéndose observado, quizá esperando algún tipo de comentario.

—Qué hay, hombre.

La chica colgó sin haber obtenido respuesta, pero al ver al viejo priorizó su atención antes de explicárselo al gordo. El anciano empezó a hablar en el idioma enfadado con el que se comunicaban los guiris disfrazados de cadis. Al hablar, a pesar de la dureza del acento, sonreía.

—¿Qué le han dicho? —interrumpió el gordo. A ver qué coño se creía el viejo aquel. Pero la muchacha, por toda contestación, sin mirarlo, levantó la mano un poco y achicó los ojos. También ella empezó a hablar con el viejo, sin echarle ni cuenta, y enseguida llegó otro compañero, y este

compañero manejaba el idioma enfadado del viejo con soltura. Asentían y cabeceaban, y el nuevo compañero, vestido de manera impecable con chaqueta y corbata, con un tipo que a Rafael le pareció propio de torero de nueva escuela —delgadito, de cintura estrecha, guapito, refinado: un blandito—, le pidió a la joven que fuera a buscar los pases *Green Free* del grupo de alemanes que había dejado la agencia allí para ellos. La muchacha se levantó y ni siquiera se dignó a mirarlo para excusarse.

Lo trataban como a un mierda, como a un puto mindundi. Estaba enojado, pero se contuvo. Caminó unos pasos hacia el interior del hotel. Al fondo, una enorme cristalera mostraba la piscina, ya ocupada a aquellas horas por bastantes turistas tumbados en las hamacas como lagartos al sol.

En medio de la piscina había un chiringuito, donde un camarero preparaba desayunos, que iba acercando a las tumbonas de los turistas, de manera solícita y a la vez envarada. En aquel sitio se respiraba dinero. Torció por el pasillo, rodeando la piscina central. Desde su posición, se identificaba, más allá del chiringuito y de los impecables parterres, la lámina azul del mar. Observó las tumbonas, e identificó a una mujer con un bikini blanco que se aplicaba crema bronceadora sentada en su tumbona. Estaba maciza, aquella hembra, y contemplar cómo se aplicaba la crema lo puso muy verraco, especialmente cuando se masajeaba el vientre y la zona alta de las rotundas tetas. No era joven, pero aquella mujer le pareció explosiva. Igual había venido aquí en busca de alguna aventura, de un poco de carne autóctona. A la derecha, al fondo del pasillo, como una invitación, estaba la cafetería. BREAKFAST FROM 7.00 TO 11.00, anunciaba el cartel situado junto a la puerta. Empezaba a sentir calor, pero debajo llevaba una camiseta de propaganda —FERRETERÍA HERMANOS PIEDRA— con la que podía llamar demasiado la atención. Caminó hacia la cafetería guiado por los irresistibles olores que manaban de aquella puerta. Había iniciado el día sin su preceptivo café y su carajillo, pero igual todavía podía ponerle remedio. Así que no se lo pensó y entró decidido en la cafetería. Un joven igual de trajeado que el de recepción, aunque con menos hechuras de torero, lo abordó.

—Perdone, señor. ¿Habitación?

—Ciento once. —Se la jugó. El hombre buscó en su papel durante unos segundos, y finalmente anotó. Hoy sin falta, pensó Rafael, tenía que echar la Primitiva. Sin mirar atrás, caminó por el salón. Delante de él se desplegaba una larga mesa atiborrada de propuestas de desayuno, que incluso daban para almuerzo, merienda y cena. Antes de iniciar la maniobra, ocupó una de las mesas y observó. La gente se levantaba con las manos vacías, tomaba platos y empezaba a llenarlos de comida.

Hizo lo propio. En primer lugar, buscó la bebida. No tomaría café, porque también había cerveza. No del todo fría, pero lo suficiente. De modo que cogió un botellín de Heineken de un tercio y lo llevó a la mesa. Le propinó un generoso buche, hasta consumir la mitad. Sus ojos lloraron y lo hicieron sentirse mejor en cuestión de segundos. El joven de la entrada estaba en sus quehaceres, igual que el resto de los camareros, cada uno iba a lo suyo, así que él también lo haría.

Fue paseándose por las mesas y llenando el primer plato con todo lo que se le antojaba. Se le fueron los ojos tras las alubias, pero rehusó finalmente. Cogió un puñado de calamares fritos, el

primero con las manos, pero los siguientes ya con las incómodas tenazas, como hacía todo el mundo. También con las tenazas, después de tirar un par al suelo, tomó siete lonchas de jamón. No se veía de excesiva calidad, pero tampoco iba a quejarse por eso. Completó el plato con un revuelto de huevos y beicon, que tenía una pinta estupenda. Pero ya con el plato lleno, comprobó que había también beicon con patatas, incluso mini chistorras. Depositó el plato lleno en su mesa y aprovechó para rematar el botellín. De manera que al regresar a la zona de autoservicio fue lo primero que tomó, otra cerveza, esta vez Carlsberg, para variar. Mientras llenaba el segundo plato, pensó que quizá se estuviera exponiendo al ser tan indiscreto, pero fue contemplar a una pareja de guiris gordos y enormes que llenaban sus platos y se le evaporó la inquietud. Allí la gente comía, no paraba de comer y de levantarse para llenar sus platos. El segundo lo culminó con las deseadas alubias, y se arrepintió de no haber elegido un plato hondo; las judías sobresalían por el borde, salpicando el suelo.

Los guiris sabían vivir, se dijo. Comenzó por las alubias, precisamente, para achicar. Después siguió con las mini chistorras. Las tres últimas las introdujo en un pan, improvisando un bocadillo, con un chorreón de ketchup añadido. Para bajar el beicon, que le pareció algo seco, tuvo que recurrir a un tercer botellín. El siguiente plato requirió un cuarto. Tampoco pudo resistirse a transformar en bocadillo los calamares. De todo, lo más decepcionante fue el jamón, aun así había sido educado para no levantarse de la mesa mientras hubiera restos en el plato, de manera que vació toda la comida en su estómago. Buscó el consuelo de la pareja de guiris gordos, pero su ángulo no le facilitaba la visión. Desde su sitio tenía vistas a una mujer con su hijo de unos diez u once años. Ella llevaba gafas de sol, le parecía atractiva, aunque no de las de volverse por la calle. El niño no dejaba de mirarlo. Lo hacía fijamente, con atención, como si estuviera contemplando los movimientos de un animal inaudito.

Se había llenado, estaba en paz consigo mismo. Pero ahora sentía ganas de ir de vientre. Salió por la puerta trasera de la cafetería, que daba a un pasillo interior del hotel. Siguiendo las indicaciones de los carteles, después de varias maniobras infructuosas, dio finalmente con un aseo. Qué limpieza, qué tranquilidad, qué lujo. Las toallas eran de algodón, olía maravillosamente bien, y los váteres, qué decir de ellos. Aquí el hilo musical era más intenso, lo que favorecía una descarga más abstraída y relajada. Todo estaba pensado para el confort. Los guiris, qué cabrones, se reafirmó, sabían vivir.

Al salir del aseo, tras caminar por el pasillo, una indicación le mostraba la dirección de la Piscina climatizada/Sauna. Fue al observar el cartel, el pulcro icono de un bañista sumergiéndose en el agua, cuando lo decidió: se quedaría en el hotel hasta el almuerzo, seguro que a esa hora Federico bajaría al restaurante para comer. Así le entregaría personalmente el sobre. Es posible que el contacto personal favoreciera alguna nueva oportunidad de negocio. Y de camino, disfrutaría de aquel lujo imprevisto. Que todo no iba a ser trabajar.

Cuando lo vio allí, tumbado sobre una hamaca de la piscina, con unas bermudas de estilo hawaiano y una copa de balón en la mano, como si fuera su primo rico, pero indudablemente él — a pesar de cierta presbicia, la edad seguía siendo indulgente con su vista—, se quedó bloqueado, no supo qué hacer. Llevaba la toalla de baño colgada del hombro, y los auriculares inalámbricos puestos; el bañador y las chanclas, y el cuerpo pidiéndole a gritos un baño refrescante. Es lo que necesitaba después de haber dormido desde que llegó, y tras haberse levantado todavía con algo de resaca. Al mirarse en el espejo del aseo de su habitación, se notó hinchado. En lugar de darse una ducha, optó por bajar directamente a la piscina, el agua fría le vendría bien a su piel. Observó el móvil, que había silenciado al tumbarse en la cama, y tenía varias llamadas: de Mamen, de su hija Edurne, de Amanda —tres llamadas— y de Albertito Mesa. También tenía varios mensajes de whatsapp. Pero prefirió no contestar a ninguno, o más bien demorar la lectura hasta haber tomado el preceptivo baño. Al entrar en la piscina, se sintió bloqueado. Estaba convencido de que era él, el gordo desagradable de esa mañana, el de las puñeteras papeletas, y estaba allí tumbado, con la oronda barriga al descubierto y los ojos cerrados, tomando una copa.

Automáticamente se replegó. Fue rodeando la piscina a través del corredor interior, y por los anchos ventanales lo observó. El gordo se levantó, parecía una caricatura, con el enorme tonel de su barriga sostenido por dos pequeñas patas. Tenía mucho pelo por todas partes, y las bermudas hawaianas le apretaban la cintura como un embutido colorista. El gordo se acercó al bordillo y saltó al agua. Fue una imagen muy cinematográfica, una bomba atómica estallando en alta mar.

Necesitaba un baño antes de comer. Así que no tuvo más remedio que optar por la piscina cubierta. No era lo mismo, el agua estaba más cálida y apenas se podía nadar, pero al menos la ducha estaba fría. Permaneció debajo del chorro durante un par de minutos, y después se hundió en el agua. Igual, pensó, ahora que se sentía más calmado, no era la misma persona sino alguien muy parecido. A veces ocurría, gente muy parecida a otra gente. Es cierto que se había sentido algo nervioso al despertar en casa de Amanda, y sobre todo al enfrentarse a aquel tipo, al que había aflojado dos billetes de cincuenta euros. ¿Cómo era posible? No le gustaba ser tan pusilánime, tan apocado. Se veía a sí mismo como una persona resolutiva, a veces incluso implacable. Iba implícito en un puesto como el suyo, tan sensible, tan expuesto a la toma de decisiones críticas. Al pensar en el día anterior, recordaba también el momento de la humillante bofetada. ¿Qué narices se creía aquella niñata? Por supuesto, llamaría a Javier Utrera. Lo de AMPIPA pasaba indiscutiblemente al cajón de las prioridades en revisión. Cortar el suministro, eso nunca. La

asociación había sido una importante aliada en todo el proceso de construcción del tejido asociativo favorable a la planta. Teniendo en cuenta que era una asociación medioambiental, esto tenía un valor mucho mayor. Pero igual treinta mil euros resultaba excesivo. Le pondría la cara bien colorada a Javier Utrera. En treinta años de matrimonio, ni siquiera su mujer había osado nunca ponerle una mano encima. Por el camino de la mano, llegó a Amanda. También le resultaba áspero, oscuro, ese recuerdo: sus manos abrazando el cuello de Amanda, mientras follaban y ella repetía por favor, hazme daño, pégame.

Después de demorarse en la piscina cubierta un buen rato, llegó la hora del almuerzo. Se secó, se vistió y se dirigió al restaurante. Tenía mucha hambre. Antes de entrar, no obstante, decidió llamar a Mamen. Esta vez ella estuvo cariñosa. Qué tal, cuándo vuelves, preguntó. Diles a los compadres que sí o sí nos iremos la semana que viene a su campo, contestó. El lunes termino de cerrar un par de detalles aquí y vuelvo. Miércoles, jueves, como mucho. Qué bien, contestó ella. Empezó a contarle la idea que tenía para el jardín, plantar varios frutales y reservar la zona trasera más alejada para un pequeño huerto. Su amiga Teresa lo había hecho y este verano había recolectado los primeros tomates. No tenían nada que ver con los que se compraban en el supermercado. Mientras la escuchaba hablar, Federico hacía esfuerzos por rastrear en aquella voz los resquicios de ternura que una vez lo habían llevado a considerarse enamorado de aquella mujer. Era posible, haciendo esfuerzos, recuperar aquel rastro, hundirse en él para refundar dicho cariño y volver a instaurar un amor con apariencia sincera. Ella era la madre de sus hijas. La mujer con la que había crecido y fundado un hogar. Ella era la casa a la que siempre volvería. Después de escuchar su relato, Federico decidió concluir. Te quiero mucho, cariño, estaremos muy pronto juntos, dijo, con la mayor ternura que le permitió el hambre. Ya había entrado en el restaurante cuando un hombre trajeado y con un pinganillo en la oreja se le acercó.

—Señor Castilla, ¿tiene un momento?

Claro que sí, lo tenía. ¿De qué se trataba? El hombre lo condujo hasta un anexo del restaurante, próximo a las cocinas, y se lo explicó. Un individuo se había colado por la mañana en el hotel. Utilizando el número de habitación de otro cliente, más concretamente la 111, había accedido al desayuno bufet, donde había dado generosa cuenta del servicio. Más tarde, había accedido a la zona de sauna y piscina cubierta. En los vestuarios, había sustraído unas bermudas a otro cliente que en esos momentos disfrutaba del servicio de sauna. El cliente, un alemán muy asiduo del establecimiento, con tarjeta Fidelity y, por tanto, de Categoría Oro, había denunciado la sustracción de forma airada en recepción, provocando un pequeño escándalo que por fortuna habían logrado reconducir. El tono llamativo de las bermudas sustraídas había ayudado a dar con el infractor, que fue localizado en la piscina, donde el individuo había consumido dos coñacs Napoleón, apuntándolos, una vez más, a la 111. Tras realizar las indagaciones oportunas —la 111 estaba ocupada por un jubilado viudo que desde el día anterior convalecía en su habitación con manzanillas y dieta blanda, por un cuadro de gastroenteritis severo—, lo habían desalojado de la piscina, en principio con pretendida discreción, finalmente con inevitables forcejeos. Lo habían conducido a una sala, donde se encontraba retenido en esos momentos. Al ser interrogado, y una vez reconocidos los hechos, cuando pretendían dar traslado e interponer denuncia ante la Policía Nacional, el individuo, de nombre Rafael Molina, había deslizado el nombre de Federico Castilla,

a quien aseguró que había venido a ver. Se trataba de un malentendido, había dicho, el tal Federico se lo aclararía todo.

Tenía mucha hambre. También sed. De manera que la imagen que sus ojos le habían mostrado al entrar en la piscina era cierta. Era el mismo gordo de la mañana, el del Banco de Alimentos. Federico no sabía dónde meterse. Porque en el rostro del responsable de seguridad leía con claridad que lo que en realidad esperaba es que no conociera a aquel desgraciado. Su conexión con alguien así resultaba simplemente increíble. Pero sí, lo conocía. Y él, de acuerdo, se haría cargo de los gastos generados por el sujeto. Con decepción y azoramiento, el responsable de seguridad procedió a comunicar a sus compañeros a través del pinganillo que había que soltarlo. Pero, esperaba que el señor Castilla lo comprendiera, aquel hombre tenía que abandonar de inmediato el establecimiento, y de cara al futuro su entrada al local estaría vedada. Por supuesto, era completamente lógico y comprensible. Y por favor, trasladen al caballero de la ciento once, y también al cliente de las bermudas sustraídas, mis más sinceras disculpas.

Tenía hambre, también sed, pero solo le pedían unos segundos más. Debía acompañarlos hasta el lugar donde el sujeto seguía retenido para rellenar un parte interno y hacer registro del cargo sobre su habitación de los gastos generados por el susodicho. Federico demoró el encuentro con Lagartijo. Antes, rellenó sin mirar los papeles que otro de los miembros de seguridad le extendía. Solo prestó atención a la suma de todos los gastos, ciento sesenta y tres euros. Hemos excluido, le indicó quien le entregaba la hoja, los gastos del servicio de sauna y el uso de la piscina exterior. En el pasillo, por fin, Federico se encontró con el gordo. Este lo saludó con una familiaridad desmesurada, incluso tuvo la tentación de abrazarlo, pero Federico lo retuvo; varios miembros del equipo de seguridad lo estaban observando. Gracias, pueden marcharse, yo lo acompaño hasta la puerta, dijo Federico. Tenía que sacarlo de allí.

—Cómo se ha liado la cosa, ¿eh? —dijo el gordo—. Yo solo venía a traerle esto —añadió, mostrándole el sobre. Federico lo tomó apresuradamente y se lo metió en el bolsillo de su bañador.

—Pero a quién se le ocurre, por favor.

—No lo encontraba, y me he dicho: voy a conocer un poco esto.

Federico esperó a estar fuera del hotel para elevar el tono.

—Esto es intolerable. Inadmisible. No entiendo cómo alguien puede llegar a hacer algo así.

El gordo, insospechadamente, bajó la cabeza.

—Su broma me ha costado más de ciento cincuenta euros. A lo que hay que sumar los cien euros que le he dado esta mañana.

—¿Ciento cincuenta euros por eso? ¿En serio?

—Si vuelve a acercarse a mí, esté seguro de que lo denunciaré.

El achantamiento del gordo terminó ahí. Era lo máximo que estaba dispuesto a admitir.

—No creo que haya que llegar a eso —dijo—. Lo de la hembra buenorra está saldado. Pero ahora yo estoy en deuda con usted.

—Váyase. Es suficiente. —Qué hambre. Cuánta sed.

—Escuche —dijo, agarrándolo del hombro, cuando Federico ya se daba la vuelta; este se deshizo de la mano con firmeza—. Uno no sabe cuándo puede tener un problema. Y le estoy

diciendo que le debo una. Y se lo digo en serio. *Qui por cuo*. Usted me ha dado el *qui* aquí, en su hotel. No soy tonto, sé que si no llega a ser por usted acabo en el trullo. Ya he estado allí y sé lo que es. No quiero volver. Pero ahora yo tengo que darle el *cuo*. Conozco el Roqueo mejor que nadie, lo sé todo, quién anda, quién no anda, quién gatea, quién se arrastra. Solo tiene usted que chistar y el Lagartijo estará allí como un perro. ¿Me entiende? Deme el sobre.

—¿Qué?

—El sobre de los cupones. Démelo.

Federico lo sacó de su bolsillo y se lo extendió. Con sus peludas y regordetas manos, le dio la vuelta. Allí estaba su número de teléfono, y debajo su apodo.

—Lagartijo, solo para los amigos. Para servirlo.

El gordo le extendió la mano al devolverle el sobre con intención de estrechársela. Pero eso ya era demasiado. La dejó colgada en el aire, mientras Federico se daba la vuelta.

—Es suficiente —dijo, caminando ya hacia el interior del hotel.

El gordo esperó a que el directivo de Oilgas desapareciese tras la puerta giratoria.

—De momento —susurró.

El saludo lacónico, más bien esquivo, de Perico el secretario al llegar a la sede de AMPIPA la puso en alerta. Buenos días, Perico, dijo ella, y el otro solo se dignó a decir qué hay, sin levantar la vista de *La Voz del Roqueo*. Sabía que se enterarían, era cuestión de tiempo, pero la sorprendía que hubiera ocurrido tan pronto. Solo eran las diez de la mañana del lunes, y aquello había ocurrido el viernes por la noche. La puerta del presidente estaba cerrada, y dentro se oían voces, estaba reunido, seguro que con otros miembros de la junta directiva. Es probable que su salida se acelerara, así que obró con rapidez. Encendió su ordenador y buscó en la carpeta de los convenios de patrocinio la propuesta del acuerdo con Oilgas. También recuperó, porque estaba allí guardado, el convenio correspondiente al periodo 2014-2015, este escaneado. Inmediatamente dio a imprimir los dos archivos y se situó junto a la impresora. A Perico se lo notaba nervioso, aturdido, es probable que hubiera recibido indicaciones de impedir que Berta realizara ningún movimiento al llegar a AMPIPA. Tomó los papeles de la impresora y los dobló, introduciéndolos en su mochila.

—¿Hoy mandamos la nota de las coquinas, Perico? —preguntó Berta. Era un comunicado elaborado hacía varios días, el posicionamiento de AMPIPA en relación con el marisqueo ilegal de coquinas, que estaba produciendo un preocupante esquilmo del suelo marino y un perjuicio considerable para la continuidad de la especie en esa zona del litoral. Javier Utrera había alabado la redacción. Muy bueno, Berta, la mandaremos la semana que viene, le había dicho.

—No sé —contestó Perico, con los ojos clavados en la sección deportiva del periódico. Entonces se abrió la puerta del presidente. De ella salió Juan Méndez, el tesorero, y un par de miembros más de la junta que solo aparecían por la sede esporádicamente. El último en asomarse fue Javier Utrera. Apoyado en el quicio, se dirigió a ella.

—Por favor, Berta —dijo.

El presidente la hizo pasar y cerró la puerta tras de sí. Al tenerlo frente a ella, supo que se habían cruzado llamadas, que Federico y él habían tenido una conversación seria, que podía recoger sus cosas en cuanto saliese y marcharse.

—En primer lugar —explicó—, sentimos mucho lo de tu tío. Todos sabemos que era una persona muy querida en Oilgas. Y lo que le ha pasado es una gran desgracia. Que se haya marchado tan joven es muy triste.

El sillón de cuero del presidente estaba muy desgastado en la zona superior; su aspecto blanquecino recordaba a unas hombreras llenas de caspa. Detrás del presidente, una enorme

fotografía panorámica mostraba un paisaje del Roqueo. Se veían jaramagos, la playa, gaviotas en el cielo. Sin embargo, los colores de la imagen habían perdido intensidad con el paso del tiempo, estaban desvaídos. En las esquinas, la foto amarilleaba.

—Pero lo que ocurrió el viernes noche en el Miami es imperdonable. —Javier Utrera entraba en el asunto—. Nosotros llevamos treinta años de lucha medioambiental, y nunca, en ningún caso, ante ninguna circunstancia, hemos recurrido a la violencia. El asunto de la agresión al responsable de Oilgas nos ha repugnado. Desde la empresa nos han trasladado su indignación. Es, sin dudarlo, algo intolerable. Espero que comprendas que no podemos permitirlo.

Berta dirigió la vista al mueble que cubría el lateral izquierdo del despacho. Era un mueble viejo, propio de piso de alquiler para estudiantes. Estaba cubierto por anuarios, revistas y libros relacionados con el medioambiente, y también había algunas fotos enmarcadas. En una de ellas, aparecía el propio Javier Utrera dándole la mano al rey de España, cuando seguramente todavía era príncipe.

—Por favor —dijo—. Coge tus cosas. Perico procederá a hacerte un certificado de prácticas por las semanas cubiertas.

Berta prefirió no hacer ningún comentario. Ni un vale, ni un hasta siempre, nada. Simplemente se levantó de su asiento y salió por la puerta. Al volver a la oficina, los miembros de la anterior reunión esperaban en corrillo junto a la mesa de Perico. Reían estruendosamente. Solo Perico, el secretario, se acercó a ella.

—¿Qué tal? —preguntó con cautela. Berta estaba tomando los objetos personales que le quedaban sobre la mesa y los metía en su mochila. Lo hacía a toda prisa, como si salvara sus objetos más preciados antes de que el edificio se viniera abajo.

—Bien. No te preocupes —contestó.

—¿Te esperas y te imprimo el certificado? —preguntó.

—No me hace falta. —Berta ya había recogido todas sus cosas y se había echado la mochila al hombro—. Me sobra papel higiénico en casa.

Después de colgar el teléfono, se sintió mucho más tranquilo. Despejado, en paz consigo mismo. Lo tenía claro desde el mismo segundo en que se levantó con la descomunal resaca tras el día del entierro, en cuanto llegara el lunes a Oilgas, llamaría a AMPIPA y les pondría las cosas claras. Exigiría de inmediato la cabeza de aquella niñata que lo había puesto en entredicho y avergonzado delante de media plantilla. Seguro que hoy, en el desayuno, no se hablaría de otra cosa. Lo siento muchísimo, le dijo Javier Utrera. Yo lo siento más, créeme, le había contestado Federico, midiendo cada una de sus palabras, y consciente de que tenía la sartén por el mango. No sé qué incidencia va a tener esto sobre nuestra reputación de marca, había añadido, pero es evidente que introduce un elemento de ruido en nuestras relaciones que, inevitablemente, tendrá reflejo en los términos de nuestra colaboración. Es una persona en prácticas, Federico, no forma parte de AMPIPA, matizó el presidente. Por supuesto, cuente con que hoy mismo saldrá de aquí, pero espero que se haga cargo de que no forma parte de nuestro proyecto. Cualquier persona que ofrezca sus servicios en vuestra asociación representa a vuestra asociación, replicó Federico. Esas cosas deberíais tenerlas muy en cuenta antes de reclutar a vuestros perfiles de prácticas. Tengo que pensar, había concluido Federico, dejando al responsable de AMPIPA en vilo, como había buscado. La sensación de incertidumbre era la que más le convenía.

Pero la siguiente gestión no podía esperar ni un minuto. Porque era tan sensible o más que la primera, debía hablar con la viuda del finado, rematar el asunto de la indemnización. Su gabinete jurídico ya había estudiado el asunto. En el momento del accidente, como había quedado evidenciado, y como había certificado la propia inspección de Trabajo a través de su informe, Manuel Ángel Mendieta no llevaba puesto el equipo de seguridad reglamentario. Era cierto que los equipos estaban en proceso de renovación conforme a la nueva normativa de calidad, y que en el momento del accidente su disponibilidad estaba limitada, aun así el empleado podría haberse negado a realizar el trabajo hasta disponer de equipo. Por tanto, al no seguir los protocolos de seguridad, la empresa responsable de la cobertura del seguro de Responsabilidad Civil no asumía el siniestro. Era culpa exclusivamente del trabajador. Pero el centro de trabajo, y por tanto los protocolos de prevención y control, eran responsabilidad de Oilgas, le había matizado el gabinete jurídico. La compañía es quien debiera haber procurado que el empleado no realizase el trabajo sin la debida protección, ya que en caso de iniciarse la vía penal era posible que la empresa pudiera ser considerada responsable, con las implicaciones que ello tendría. Era un matiz importante a considerar a la hora de negociar con la familia. Pero en eso Federico no debía entrar.

Su misión era simplemente tranquilizar a la viuda y trasladarle que la compensación sería favorable para ella. Teniendo en cuenta que tenía cincuenta y seis años en el momento del fallecimiento, y que por tanto le quedaban nueve para la jubilación, el cálculo que había realizado la compañía para indemnizar económicamente a la familia era de 56.159 euros. Aparte de ese montante, la viuda cobraría su correspondiente pensión, a lo que había que sumar la partida correspondiente al plan de pensiones del finado, ninguna cantidad para tirar cohetes pero sin duda un buen pellizco adicional. Con la hipoteca ya pagada, invirtiendo parte de ese importe en un plazo fijo o algún otro producto de ahorro, la viuda no debería tener problemas para proporcionar una educación de calidad a su hijo. Pero él debía evitar entrar en estos pormenores. Su cometido era otro, representar a Oilgas ante la viuda y trasladarle su espíritu de colaboración, ganar su adhesión y simpatía, neutralizar la posible amenaza de un giro crítico de los acontecimientos.

—¿Cómo está usted, Carmen?

—¿Cómo voy a estar, hijo? Mal, estoy mal.

—Normal. Está usted empezando a andar sola.

—Me lo veo en todos lados. En el salón, en el baño, en la cama. A veces lo escucho hablar. Esto es muy duro.

—Tiene usted que ser fuerte. En Oilgas lo echamos mucho de menos.

—Claro. La empresa lo era todo para él.

—Lo sabemos. Y como le dije, no le va a faltar a usted de nada. No se nos ocurre mejor modo de preservar su memoria que garantizando su seguridad y la de los suyos. Ya hemos cerrado los términos de la indemnización, que le trasladará el gabinete jurídico. Se pondrán en contacto con usted hoy mismo. Como verá, los términos son muy favorables.

Al otro lado del teléfono, la viuda suspira.

—Ay, hijo —contesta—. Todos me hablan. Todos opinan. Mi sobrina y otra gente me dice que tengo que ser dura, que si los arneses y que si los protocolos, pero eso no es lo que mi marido hubiera querido.

—Son momentos críticos. Es normal que surjan dudas y que busquemos culpables, objetivos en los que concentrar nuestra rabia. Pero la única realidad, Carmen, es que Manuel ya no está con nosotros, y eso no lo va a cambiar ninguna reclamación ni ningún impulso desairado. Debemos procurar que Manuel se mantenga en nuestra memoria impoluto, un trabajador comprometido, un hombre de su familia y de sus amigos, jovial, vitalista, así, como todos lo conocimos en vida.

—Ay, hijo —repite la viuda. Al instante, su voz se rompe. Al escuchar su débil quejido, y a continuación su silencio, Federico suspira, es como si hubiera llegado por fin a la meta después de un largo y fatigoso recorrido.

—Un buen hombre —remata, exultante. Lo ha conseguido—. Era un buen hombre, Carmen. Quedémonos con eso.

—Pero ¿qué haces, Amanda?

Porque ha estado a punto de dar un buche al vaso de plástico con agua que Tana está utilizando para echar las cenizas de su cigarrillo, en lugar de hacerlo a su cerveza.

—¿Qué pasa contigo? —Tana la toma del brazo y se inclina sobre ella. Intenta identificar sus ojos en medio de la pantalla negra de sus gafas de sol.

Como siempre, Tana había acudido a su encuentro tras su llamada de auxilio. Era sábado, tenía que ir a comprar algo de ropa para Nicolás, ¿por qué no los acompañaba al centro comercial? Ella lo invitaría después a unas tapas. En menos de media hora, lo que había tardado en ducharse y prepararse media docena de canutos, Tana estaba llamando al timbre de su piso. No tuvo ni que subir, ella enseguida bajó con el niño. Durante el trayecto en coche hacia el centro comercial, Tana había bromeado con Nicolás. El niño lo obligó a sintonizar una emisora de radiofórmula que solo emitía canciones de trap y música dance. Nicolás tarareó íntegramente, sin apenas titubeos, una canción que glosaba las excelencias de los hombres mayores, frente a los jóvenes de cuerpos atléticos y más fogosos en el catre, pero poco experimentados en el arte de la vida. Al escuchar el estribillo, Tana no pudo reprimir la carcajada. ¿Estás escuchando esto, Amanda?, preguntó. Pero ella estaba en otro sitio, tenía la mirada perdida en el paisaje que se deslizaba por su ventanilla. Asintió y dibujó una sonrisa mínima, la suficiente, dedujo Tana, para que la dejara en paz. Preciosa letra, dijo Tana, y Nicolás defendió que no era la mejor de aquella cantante. Esto es bazofia, Nico, dijo Tana. No tienes ni idea, chaval, replicó el niño.

Amanda se perdió con Nicolás por las tiendas del centro comercial. Tana los esperaría arriba, en la zona de terraza de los bares. Pero antes de subir, en el aparcamiento, se fumó un canuto. Al día siguiente visitaría a su madre. Pero esta vez no le hablaría de su falsa convivencia familiar con Amanda. No le contaría su último día de playa, ni aquella vez en que habían llevado a Nicolás al zoológico y el niño se había entusiasmado con los gorilas. Esta vez le contaría simplemente la verdad. A fin de cuentas, qué más daba, era como conversar con una pared. Le hablaría, sí, del tipo de Oilgas. De lo ridículo que resultaba pensar que de verdad Amanda tenía algún tipo de posibilidad con él. De cómo, desde hacía tres días, los que hacía que aquel estafador de traje caro no aparecía por el piano bar del Aljaraluz Costa, Amanda se mostraba intranquila, hipersensible, como si no estuviera. De que había que estar muy ciega o ser estúpida de remate para no darse cuenta de que aquel galán de saldo tendría familia, esposa feliz e hijos, y ella no era más que un divertimento. Demasiado previsible y de manual para que Amanda hubiera quedado prendada. El

ascendente en Aries tenía ese gran problema, emocionalmente apasionado, lanzado y ardiente. Sin embargo, en Amanda había algo que fallaba, que no casaba con su signo: Aries era autoconfiado, enérgico, y en ella esa energía era irregular, espasmódica, se dejaba conquistar por la desesperanza.

Mientras Amanda y el niño terminaban de hacer las compras, Tana se bebió dos jarras de cerveza de medio litro acompañadas por un plato de patatas bravas. Las patatas estaban acorchadas, eran sin duda precocinadas, y la salsa industrial, de bote. Aun así, la marihuana le disparaba el hambre, y cuando Amanda por fin llegó junto al crío cargada de bolsas apenas quedaban restos en el plato. Venía algo agobiada, el niño era imposible para probarse ropa, dijo, y además solo quiere ropa macarra, gorritas, chaquetas acolchadas, zapatillas deportivas de suela gorda, cosas así. Al final había conseguido comprarle un par de sudaderas, otras tantas camisetas y un vaquero. Pero el niño le había sacado una gorra, que ya llevaba puesta. La gorra era parecida a la otra que solía usar, solo que esta, en lugar de incorporar adornos dorados, estaba revestida de una tela aterciopelada de leopardo. ¿Por qué no se la ajustaba a la cabeza? No, mamá, decía el niño, se lleva así, simplemente apoyada. Igual que las lengüetas de las Nike Air se llevan por fuera del pantalón. Tú no entiendes, mamá.

—Qué bonita la gorra, Nicolás. —Tana pidió dos nuevas cervezas y para el niño, una Coca-Cola—. Además, lo bueno es que no te pierdes. Se te ve venir de lejos.

—A ti te pasa igual, pero sin gorra.

El niño dio un buche a su Coca-Cola, y enseguida empezó a inquietarse. Abajo había una tienda de videojuegos, ¿podía ir él solo a echar un vistazo? ¿Podía, podía, podía?

—Anda, toma. —Tana sacó un billete de diez euros—. A ver qué te dan por esto.

—Gracias, crack.

Quedaron los dos solos, pero en realidad únicamente estaba Tana. Amanda seguía en otro sitio. Él sacó de su chaqueta el paquete de tabaco. Allí guardaba los porros y también media docena de cigarrillos. Encendió uno y Amanda le pidió otro. ¿Y eso?, preguntó Tana. No era muy habitual verla fumar. De hecho, siempre que la había visto hacerlo era en circunstancias de extremo nerviosismo. Amanda fumó con la vista perdida detrás de sus gafas ahumadas. Fue entonces cuando quiso darle un buche al vaso de las colillas.

—¿Qué pasa contigo?

—Nada, Tana. No es nada.

—Es por ese tío, ¿verdad?

El temblor en la boca de Amanda le indica que ha dado de lleno.

—Tendríamos que incorporar a nuestro repertorio *Family Man* —dice Tana.

Es un comentario hiriente, cruel, impropio de Tana. Los dos habían escuchado más de una y de diez veces aquella canción de Mike Oldfield. Meses atrás, habían discutido si incluirla en el repertorio. El inglés de Amanda era casi tan malo como el de Tana, pero él siempre hacía un sobreesfuerzo cuando se trataba de Mike. Por eso sabía que era una letra que hablaba de un padre de familia tentado por una mujer fatal. Toda la canción era una réplica de la mujer seductora al feliz padre de familia durante la seducción. Su alusión en ese momento a aquel tema era una pulla evidente.

—Qué hijo de puta eres, Tana —contesta Amanda. Él hace el amago de acariciarle la espalda, pero ella se revuelve como si le hubieran arrojado una manta sucia sobre los hombros.

Tana pide dos nuevas cervezas, pero todo ese tiempo se mantienen callados. Cinco, ocho, diez minutos, hasta que Tana vuelve a romper otra vez el silencio.

—Si quieres, me marcho.

—Haz lo que quieras.

—Perdona lo que te he dicho. Pero es que me jode verte así. Por un gilipollas despreciable que no te merece.

Amanda parece revivir con el comentario. Es una resurrección abrupta, llena de ira.

—¿Tú sabes lo que yo me merezco, Tana? ¿Tú acaso sabes si yo merezco algo?

Suerte que en ese instante aparece Nico. Tiene el rostro algo colorado, y está sudando.

—¿Qué tal, Nicolás? —pregunta Tana.

—Muy bien —contesta el niño. Se sienta con violencia en su silla de aluminio; está a punto de tirar las bebidas. Mira hacia la puerta de la terraza con inquietud, y después le da un prolongado buche a su Coca-Cola. Con la misma violencia, golpea la mesa con su vaso vacío, dejando que los hielos medio derretidos bailen como los dados dentro de un cubilete.

—¿Qué te has comprado?

—Mira qué virguería —contesta Nicolás—. Es un joystick, un mando para la PS4.

—Vaya —dice Tana, tomando la caja entre las manos—. ¿Solo diez euros?

—Sí —dice el niño—. Una ganga.

Se lo quita de las manos con celeridad. Pero Tana, a pesar del canuto y de las cuatro jarras de cerveza que lleva encima, llega a tiempo para ver la etiqueta del precio en uno de los laterales. En efecto, como indica la pegatina, el producto está de oferta. A 39,90 euros.

Estaba rabiosa, furiosa, superada por la indignación. Acababa de colgar con su tía, después de que esta hubiera hablado antes durante media hora con su madre. Al tomar el teléfono, Berta, sin preámbulos, le había preguntado por el asunto de la indemnización. Los de Oilgas acababan de marcharse de su casa. Habían sido muy amables, explicó Carmen, se los veía muy apenados por la situación. Antes de eso, el directivo que había estado encima de ella todos estos días la había llamado por teléfono, y se había mostrado, como siempre, muy cercano y cordial. Berta se hacía cargo de la situación, pero apremió a su tía para que fuera al grano. ¿Qué te han ofrecido?, preguntó. Le planteaban una indemnización de 56.159 euros. Es el cálculo que hacían en función de una tabla estándar para baremar los accidentes, donde tenían en cuenta la edad de su marido y los años de matrimonio, así como la edad de su hijo. Ella no entendía, pero al parecer el seguro no cubría nada porque en el accidente su tío no había usado el correspondiente arnés de seguridad. Para entenderlo, a la viuda le había sido muy útil la analogía con la garantía de un electrodoméstico, solo quedaban excluidas las roturas y los accidentes ajenos al funcionamiento del dispositivo. Ahí Berta estalló, qué poca vergüenza, dijo, qué hijos de la gran puta. ¿Sabes, tía, que más de la mitad de los arneses estaban viejos? ¿Sabes que los estaban sustituyendo? ¿Sabes que, por edad, el tío no debería haber estado asignado a esos trabajos? ¿Por qué no vamos a por ellos?, preguntó al final, elevando ostensiblemente la voz. Pero al otro lado se hizo el silencio. La sobrina aprovechó para ahondar en el asunto. Estoy convencida de que es posible meterles mano. Porque aunque el tío no llevara puesto el arnés, podemos probar que hubo negligencia. No te conformes con eso, por favor, tía. La única respuesta que encontró fue un sonoro suspiro y una escueta frase, con la que daba carpetazo a la conversación: Estoy cansada, Berta.

Ella también estaba muy cansada. De sinvergüenzas y comemierdas y maltratadores con apariencia de osos achuchables. Otra vez iban a ganar, otra vez se saldrían con la suya. Después de colgar se marchó a su habitación y se encerró. Todos los dragones de los distintos pósteres, afiches y diminutas estatuas que abarrotaban su habitación la miraban con expectación. Hubiera deseado echar fuego por la boca, saltar desde el pretil y rociar de llamas todo el Roqueo, y por supuesto también Oilgas.

Dos días atrás, lo primero que había hecho al regresar de su travesía marítima nocturna junto al cretino de Quico había sido descargar las fotos de su teléfono. Por suerte, el chaval no se había puesto muy pesado al devolverla a la terminal. Caraho, mi rubia, no sé lo que me ha pasado, te aseguro que es la primera vez que me duelmo con una hembra, había bromeado, con la boca aún

pastosa y la voz algo afónica. Pero estaba muy nervioso, seguramente veía peligrar su propio puesto de trabajo, por eso fue rápido al regresar al pantalán. Ya fuera del puerto, propuso un café con tostadas, pero ella adujo que sus padres estarían inquietos y que debía volver cuanto antes a casa. Ni siquiera tenía que llevarla, volvería caminando a La Iruñuela, quedaba muy cerca. No, no, para nada, eso es una descortesía, Quico insistió hasta el aburrimiento y la acercó en coche al barrio. Al despedirla, por la ventanilla del Seat León amarillo, le prometió que la próxima vez no se dormiría. Te llamo pronto, dijo. Todavía te debo una canción, mi rubia. Ya en casa —por suerte, sus padres aún dormían—, descargó las fotos del vertido en su ordenador. Al verlas en pantalla, se desmoronó: las fotos eran muy malas, en ninguna de ellas se percibía con claridad la enorme mancha de brea que había contemplado con sus propios ojos. Ilustrar una información sobre una fuga descontrolada de hidrocarburos con aquellas fotos le restaría a la noticia toda la credibilidad. Ahora se sentía como si hubiera visto pasar una carroza atestada de oro sin haber tomado ni una moneda, como haber llegado tarde a coger un flamante tren con destino al paraíso. Pero la mancha, se durmió esperanzada pensando en ello, seguiría allí mañana.

Ahora estaba enojada. Necesitaría más datos para escribir un post sobre las deleznable condiciones que le habían ofrecido a su tía. Pero entretanto, volcó su indignación en Twitter a través de su cuenta, @Anonadada, con un hilo en el que, sumariamente, relataba los términos de la propuesta de acuerdo. «Indignante es poco al conocer la propuesta de indemnización que Oilgas», aquí mencionaba la cuenta de Twitter de la multinacional, «le ha hecho a la familia del reciente fallecido en accidente laboral. Dentro hilo.» Con el ánimo fortalecido por el anonimato, no se cortó a la hora de soltar pestes de Oilgas. «La empresa no se hace responsable de la muerte de un trabajador, a pesar de que es sabido que no se daban las condiciones de seguridad adecuadas», decía uno de los tuits. «Con poco más de 55.000 euros despachan la vida de un empleado con más de treinta años de dedicación y se van de rositas», decía otro. El último era el más duro y directo. «En Oilgas la muerte se vende muy barata. Y, por supuesto, siempre es culpa del trabajador@.#STOPAsesinos», remataba. Después de desfogarse, era el momento de volver a su blog. Si había impreso los convenios de Oilgas con AMPIPA, había sido para algo. Lo de la mancha de fuel sería el post definitivo, pero entretanto no tuviera las imágenes adecuadas, lo dejaría estar. Porque el nuevo post desvelaría los tejemanejes que Oilgas se traía con la asociación medioambiental más antigua del Roqueo, de la que acababa de salir humillada, por la puerta de atrás. De manera que se puso manos a la obra.

Dos horas más tarde, cuando ya oscurecía, y en la calle la luz del sol daba paso a la de las farolas, el post ya estaba concluido y colgado en confiroqueo.com. «Oilgas y AMPIPA: historia de un soborno», decía el titular. Berta contemplaba su obra en pantalla con cansada satisfacción. Le había salido, creía, un post bastante redondo.

«Soborno», comenzaba el texto: «Dícese, según la RAE, dar dinero o regalos a alguien para conseguir algo de forma ilícita. Pues bien, eso, solo y justo eso, es lo que ha estado haciendo Oilgas con AMPIPA desde hace décadas. Soltando dinero de manera indecente para acallar las bocas de quien debiera ser el principal foco crítico con esta refinería que tanto daño medioambiental ha hecho al Roqueo. Si echan un vistazo a la colaboración de ambas entidades, veremos que en el convenio 2014-2015 Oilgas financió con 28.000 euros a esta asociación, en

concepto de patrocinio. ¿Habrás visto alguna vez más disparate que una entidad medioambiental financiada por una empresa que objetivamente es foco contaminante de la naturaleza y de la salud de sus gentes? Así se entiende que en todos estos años, y también hasta el presente, desde AMPIPA no haya habido siquiera una denuncia pública o crítica o comunicado que ponga el foco sobre Oilgas. Ni por accidentes laborales, ni por emisión de hedores —que les pregunten a los vecinos de La Iruñuela— ni por nada de nada. ¿Porqué? Porque están, simplemente, untados. Untados de mierda hasta el cuello. Pero eso no es todo. Porque este blog está en condiciones de informar que en estos momentos la asociación está negociando precisamente un nuevo convenio de colaboración con Oilgas para financiar las actividades conmemorativas de su Treinta Aniversario por un montante de 30.000 euros.

»Atrás han quedado los tiempos en que las asociaciones medioambientales velaban por el ecologismo y la sostenibilidad del espacio público. En su lugar, AMPIPA se ciñe a hablar sobre cuestiones insustanciales para salvar la cara pero no entran en los temas más complicados y críticos, los que producen verdaderos problemas al Roqueo. Y mientras tanto, sus directivos se dedican a hacer pasillo y asomar la cara para salir en las fotos, olvidando sus principios.»

Federico acababa de leer el informe de Postula, Searching & Content Media. Los mil doscientos euros que había pagado por el informe, le había asegurado Albertito Mesa al extenderle la carpeta, lo valían. ¿Me marchó, me quedo?, había preguntado Alberto. No, no, por favor, siéntate, contestó Federico. Vaya si el informe lo valía. Allí estaba todo. Berta Vela Miranda, con IP geolocalizada tanto en la sede social de la asociación medioambiental AMPIPA como en La Iruñuela, barrio de Pico Paloma. Administradora del blog confiroqueo.com, y de las cuentas @AMPIPA y @Anonadada en Twitter. 2311 visitas a la página en el último mes, con un ratio de 78,3 por ciento de visitas recurrentes, y una duración media de las visitas de 30 a 45 segundos. Alta tasa de rebote. Perfil de los visitantes: eminentemente locales. Fuente de tráfico proveniente fundamentalmente de redes sociales (Twitter) y, sobre todo, buscadores. Escaso nivel de indexación en Google. Principales palabras asociadas a las búsquedas: *medioambiente, medio ambiente, Roqueo, Pico Paloma y contaminación*. Me cago en mi puta madre, dijo Federico mientras leía el informe. Sabes quién es esta hija de puta, ¿verdad? Al otro lado de la mesa, Alberto asintió. Pero lo hizo automáticamente, sin prestar demasiada atención. Porque en ese momento, a través de su móvil, había entrado en el blog de Berta/Anona y estaba leyendo la nueva entrada.

«El Roqueo», decía el texto, «vive un momento de oscuridad. Oilgas se ha convertido en un señor feudal que hace y deshace a su antojo, cobrándose derechos de piesnada, actuando como la autoridad en la sombra pero la verdadera autoridad de todo. No hay nadie que pueda pararlo, porque todo lo compra. El colmo son ya las asociaciones medioambientales. AMPIPA es una vergüenza, pero no es ni mucho menos la única. Todos sirven al señor feudal.»

Federico tenía que leerlo. Tomó el móvil de Alberto y hundió sus pupilas en el post. No paraba de moverse en su silla mientras leía. Al mismo tiempo, cabeceaba. Entre párrafo y párrafo, colaba un hijo de puta. Fue la expresión con la que culminó la lectura, un hijo de puta grave y profundo como un trueno seco, y a continuación arrojó el móvil sobre la mesa, como si se deshiciera de una granada de mano sin anilla a punto de explotar.

—Es penosa —dijo—. Encima la muy hija de puta no sabe ni escribir.

—No va a parar —comentó Alberto, tomando el móvil de la mesa; por suerte, la pantalla seguía intacta.

Federico se inclinó sobre la mesa, tapándose la cara con las manos. Claro que iba a parar. Claro que aquello iba a terminar. Apretó bien fuerte los dedos contra el rostro, y entonces sintió cómo regresaba. Volvía de nuevo, pero no mansamente, como un aviso, como en otras ocasiones. Estaba convencido, porque estaba programado para ser inoportuno. Venía a por él en el instante peor, en el momento más crítico. Se desperezaba en el último tramo superior de su encía, podía sentirlo al pasar la lengua por la zona. Era la maldita muela del juicio. El dolor estaba en camino.

Se retiró las manos de la cara y miró a Alberto. Intentó que sus palabras fueran lo más precisas y contundentes posible. Al igual que su mirada.

—Quiero que ese blog desaparezca —dijo—. Que deje de existir.

Había muchos sitios mejores donde acabar la noche. Pero ese tipo de reuniones resultaba imprevisible. Hacía tiempo que Amanda no sufría una. Fue en el receso de su actuación, antes del segundo pase, cuando entraron en el piano bar. Quizá solo fueran una parte rezagada de la reunión. Además era martes, día extraño para una cosa así. Eran siete en total, incluido el novio. Todos con ridículas camisetas de color rosa fucsia, en las que se leía A MULEY SE LE ACABA EL ROLLO, y con faldas hawaianas sobre los pantalones, salvo el novio, que iba embutido en un disfraz encarnado integral, con rellenos en el pecho y bikini, emulando las formas de una mujer. Completaba el tipo con una peluca rizada de color amarillo. Entraron en el piano bar dando gritos y riendo estruendosamente, y por el tono destemplado de sus voces se veía a leguas que iban muy borrachos.

—No los soporto —dijo Tana, que estaba junto a ella en la barra, tomando un gintonic.

El barman suspiró. Tendría que esperar a ver los movimientos del grupo, igual habría que llamar a seguridad, como en otras ocasiones. Los jóvenes alcanzaron la barra, y con la misma indiscreción con que habían irrumpido en la sala pidieron las copas. Había uno que parecía enano. Con los ojos saltones inyectados en sangre, y la camiseta fucsia incapaz de ocultar su ombligo debido a lo abultado de su tripa, era una especie de mascota del grupo, y también el que iba más mamado. Lo llamaban Flipi, y al tomar las bebidas todos habían comenzado a jalearlo para que bebiera su cubata de un tirón. ¡Flipi, Flipi, Flipi!, gritaron, y el enano, rodeado por el resto, bebió hasta vaciar su vaso, con todo el hocico manchado de alcohol. El grupo prorrumpió en un aplauso, lo que provocó que llamaran la atención del resto de los clientes de la sala, en su mayoría guiris, como de costumbre. Entonces uno de ellos sacó de no se sabía dónde una muñeca hinchable. La muñeca tenía escrita en la frente la palabra *Virtu*. El que la llevaba la levantó por el brazo y empezó a ondearla como una bandera.

—¡Esta Virtu cómo mola, se merece una ola! —gritaban los del grupo, y fue ahí cuando el barman se inclinó sobre el miembro que tenía más cerca para decirle que en ese sitio no podían hacer eso, que o bajaban el tono o llamaría a seguridad.

—Tranquilo, coño, Padilla. —El camarero llevaba su nombre inscrito en una pastilla en la solapa—. Que estamos de recogida.

El barman sonrió igual que le podría haber escupido. Al otro lado de la barra circular, Tana los miraba con desprecio. Tanto más cuando algunos de ellos estaban observando sin ningún recato y con mirada golosa a Amanda, que esta noche había optado por un traje corto y ceñido de

una sola pieza de color rosa. Amanda también lo notaba. Pero como todo el día, como todo el fin de semana, su cabeza estaba en otra cosa. Después de la espantada del sábado en su casa, Federico no había vuelto a aparecer por el piano bar. Lo había llamado por teléfono infructuosamente en varias ocasiones. El sábado por la noche, tras regresar de las compras con Nicolás, después de que Tana los hubiera dejado en casa, desesperada, había recurrido al whatsapp. «¿Estás vivo?», había preguntado, y después de dos horas, un doble *check* evidenciaba que el mensaje había sido leído. Pero el resto del fin de semana se arrepintió de haber sido tan expeditiva. Cuando Tana la recogió el martes, este comprobó que su charla del sábado había servido para bien poco. De camino al hotel, el pianista había encendido un canuto, y ella le había pedido un par de caladas. Tana pensó reeditar la broma: ¿Por qué no cantamos *Family Man* esta noche?, había imaginado que le decía. Pero prefirió callarse y disfrutar de la compañía, aunque fuera silenciosa. Porque esta noche, a pesar de los nubarrones de su cabeza, Amanda estaba espectacular.

En ese momento la estaban mirando con descaro. Incluso hablaban entre sí de ella, y el enano, que no tenía acceso al objeto de los comentarios desde su perspectiva, rodeó con decisión parte de la barra para poder contemplarla a sus anchas. Vaya mojino, dijo con claridad el gnomo: Tana lo leyó perfectamente en sus labios desde el otro lado de la barra. Apuró el resto de su gintonic de un sorbo para olvidar el comentario.

Tubular principió su segundo pase. Al iniciar *I Want It All* de los Queen, varios miembros del grupo de la despedida se vinieron arriba, empezaron a bailar con torpeza, chocándose entre sí y derramando los cubatas. La mascota se adelantó al resto. Tomó a una guiri madura que andaba desprevenida y empezó a bailar con ella, girando sobre su cuerpo con las manos encadenadas y dando saltitos como en una danza tirolesa. La mujer, que también iba algo puesta, sonrió animada y se prestó a la chanza, pero al final se zafó de su compañero de baile y dejó que este concluyera su actuación solo, aplaudiendo al ritmo de la música mientras refulaba. El enano se tiró al suelo para regocijo de su troupe. Allí comenzó a dar vueltas sobre sí mismo, como una caricatura de un baile de breakdance de los ochenta. El fin de la canción lo pilló todavía en el suelo. La canción fue muy celebrada por el grupo. Tana buscó con la mirada al camarero, era hora de que avisara de una vez a seguridad. Porque enseguida varios de ellos empezaron a merodearlo, con una intención más que previsible: convertir su actuación en un karaoke. *Paquito el Chocolatero* no la llevaban en el repertorio, tampoco Alaska y Dinarama, disculpadme, estoy trabajando. Así había conseguido zafarse de las interrupciones del grupo entre canción y canción. No pudo declinar finalmente la propuesta del más irritante de todos ellos, del que más gritaba, que le pedía por favor que le dedicara unas palabras al novio. Así que Tana aprovechó el último cañonazo de humo después de una canción para sugerirle a Amanda una felicitación para el tal Muley. Y esta canción, dijo ella, con toda la sangre fría que daba el oficio, va dedicada a Muley, que disfrute junto a sus amigos de su última escapada antes de ingresar en la Comunidad del Anillo. El grupo remató sus palabras con una sonora ovación, mientras Tana iniciaba los acordes de *La chica de ayer*. Cuando el tema concluyó, el novio, con su disfraz de mujer en bikini, salió al escenario y dio dos besos a Amanda. A continuación el repertorio abandonaba ligeramente la senda de la caspa e iba tirando a los ritmos lentos: Sinatra, Jobim, Simone. Y esto, por suerte, dio resultado.

El grupo se amansó, aparentemente. Pero en el momento del *Imagine*, que era la penúltima canción del repertorio, el enano volvió a la carga. Salió de la oscuridad y de repente, como un pedazo de carne rodante, se pegó a Amanda, pidiéndole que le inclinara el micro para cantar a dúo. «*You may say I'm a dreamer*», cantaba Amanda, y la mascota también lo hacía, pero sin micro, con el ombligo al descubierto al igual que toda la zona baja de su cintura, y sus ojos saltones como dos huevos duros encajados. «*But I'm not the only one*», gritaba el enano, inclinando su cabeza sobre el cuerpo de Amanda a la altura de sus pechos. Esta se vio en la tesitura de concederle un instante de gloria, entonces el enano, que se sabía la letra, cantó al micrófono «*I hope some day you'll join us*», y al llegar al «*And the world will be as one*» su voz se convirtió en un aullido. El enano extendió su brazo y pellizcó a Amanda en el culo. Con la música sonando, Tana abandonó el piano y tomó a la mascota por los hombros con firmeza, despegándolo del micro y del cuerpo de su compañera. Fue un movimiento brusco, que casi hizo caer al enano. La canción continuó sin letra, solo con la base rítmica del órgano en modo automático, porque Amanda se echó hacia atrás. El enano, ya repuesto, recriminó a Tana su maniobra, y enseguida se formó un gran revuelo. Los amigos irrumpieron en el escenario, y también varios camareros, hubo forcejeos acompañados de algunos gritos. Me cago en tu puta madre, te voy a rajar, hay que saber beber, este no es el sitio. Enseguida llegaron dos miembros de seguridad del hotel y el revuelo fue aquietándose, pero estaba claro que para Tubular la noche había acabado.

No para Amanda. En compañía del barman, los dos miembros de seguridad se aplicaron a conciencia en templar los ánimos del grupo de la despedida, ejerciendo como intermediarios en la tensa discusión entre Tana y el enano, que se llevaba a cabo en una de las mesas más apartadas del piano bar. Amanda se colocó el abrigo y antes de ponerse en camino, tomó su móvil. En efecto, como intuía, Federico no había dado señales de vida. Así que salió del salón y se dirigió al ascensor. Pulsó el botón de la planta tercera y subió.

De todas las maniobras expeditivas e imprudentes, esta era la más temeraria de todas. Sentía desprecio por sí misma, la percepción de estar rebajándose, pero al mismo tiempo clarividencia: tenía que rendirse a la evidencia de que se encontraba desarmada, de que necesitaba desnudarse de esa manera tan ingenua y pueril. Llegó hasta la puerta 302 y llamó. Qué le diría, qué le explicaría, cómo justificaría aquel movimiento que Federico podría interpretar como muestra de su desequilibrio y ansiedad. Enseguida todos sus desvelos se desvanecieron, al igual que su ira. La compasión lo inundó todo, al observar, en la semioscuridad de la habitación abierta, el rostro hinchado de Federico en pijama.

—Hola, angelito.

—Madre mía, Federico. ¿Qué te ha pasado?

Tenía la zona derecha de la cara tan hinchada que hasta le desfiguraba la mirada. No parecía él, ni siquiera su voz.

—La muela. La puta muela del juicio otra vez.

Quiso acariciarle la cara, pero se contuvo. Y aunque era evidente que estaba sufriendo, Amanda sintió un enorme alivio, euforia, alegría. De modo que el silencio tenía justificación.

—Vaya por Dios. Me marchó —dijo ella.

—No, por favor, pasa —contestó él. Definitivamente la voz parecía de otra persona—. Si quieres, puedes quedarte a dormir con el Hombre Elefante.

Esto iba viento en popa. Por fin había llegado el momento de dar el salto. Postula estaba en racha, así que después de la llamada del responsable de Oilgas, y aprovechando que Carolina, su secretaria, había bajado a desayunar, se preparó una generosa raya, que esnifó en tres tiempos, observando en los intervalos el rostro sereno y a la vez avisado de Steve. «Quiero dejar mi marca en el universo» era una de las frases de san Steve que mejor definían cómo se sentía ahora. Porque el primer trabajo para Oilgas, como acababa de reconocerle por teléfono el tal Alberto Mesa, les había impresionado. Y por eso tenían algo nuevo que encargarle, pero era una cosa más fina y también más delicada, que no podían despachar por teléfono. Tampoco era adecuado que se vieran en Oilgas ni en sus instalaciones —a Monchi le hizo gracia el término—, por eso cerraron el encuentro en una cafetería. Sería solo unas horas más tarde, ¿Monchi podía? Bien, eh, bueno, ahora que miraba su agenda, tenía un par de cosas, pero no había problema, Alberto, me hago cargo de que urge, así que las atrasaré. Al colgar con el responsable de Oilgas, había gritado con un sonido agudo, como un vaquero sobre un potro mecánico, y enseguida Carolina había acudido corriendo. ¿Todo bien?, preguntó alarmada, y él contestó: mejor que nunca, cielo. La secretaria volvió a su mesa. Ojalá, pensó la chica, fuera verdad. Así le pagaría de una vez las dos nóminas atrasadas que venía reclamándole cada vez que su jefe entraba por la puerta.

Esto empezaba a rodar. Enseguida, muy pronto, le pagaría a Carolina las dos nóminas atrasadas, e incluso una propina adicional por los esfuerzos. Y también pagaría a la inmobiliaria los retrasos en el alquiler del módulo, y al proveedor responsable del trabajo de interiorismo, y definitivamente el segundo cargo por el trabajo de diseño del logotipo. Cada día le gustaba más, no podía dejar de observarlo como se contempla el sueño plácido y perfecto de un recién nacido. Ahora, en su dossier corporativo, tendrían que incluir la marca de Oilgas entre las empresas clientes. Eso le daría sin duda un plus de excelencia a su portfolio. Y por fin algo de veracidad, no se sentía a gusto llevando en su dossier referencias de empresas para las que nunca había trabajado, pero que quedaban bien, con sus correspondientes logotipos. Era una forma de generar confianza, y también de imprimir un estilo a la propia Postula. Allí estaban los logotipos de Telefónica, del BBVA, de Inditex, los pata negra del puto IBEX. Y ahora también estaría Oilgas.

«Tu trabajo va a llenar gran parte de tu vida», decía Steve. «Por eso la única manera de estar realmente satisfecho es amar lo que haces. Como todo lo que tiene que ver con el corazón, sabrás cuando lo hayas encontrado.» Y él lo había hecho, vaya que sí. Entró en su Audi y antes de sacarlo del parking se preparó una buena loncha. Necesitaba lucidez, estar muy despierto, aquel nuevo

encuentro con Oilgas podía resultar decisivo. De camino al encuentro, con el manos libres, llamó por teléfono a Sanchís, su socio.

—¡Las diez y media y aún no te has comido el mundo! —gritó.

—Qué tal, Monchi. —La voz de su compañero sonaba desganada.

—Aquí estamos, levantando España. ¿Cómo va todo?

—No sé. Cuéntame tú —dijo el otro. Últimamente, su socio andaba bastante bajo de moral. Es cierto que después de la inversión inicial que había hecho de dos mil euros, aún no habían facturado apenas nada. Pero ¿qué eran esos dos mil euros, comparados con lo que él había aportado? La suerte iba a cambiar, tenía que tener paciencia, le había dicho días atrás. Al comienzo, todos los negocios son lentos. Después de transcurridos unos días, Monchi comprobaba que el ánimo de Sanchís seguía deprimido.

—Voy a ver a nuestro nuevo cliente —anunció—. Se llama Oilgas. Igual te suena.

—¿Ah, sí? —le contestó de manera escéptica.

—Me han citado en media hora. Me pidieron una cosilla hace unos días. No te llamé porque era algo menor. Pero esto de ahora parece importante.

—Bueno, hombre. Me alegro. No te voy a mentir: empiezo a tener dudas sobre este proyecto.

—Venga, joder. Cuando todo parece ir en tu contra, recuerda que el avión despega contra el viento. —Esta era de Henry Ford.

—Vale. Cuéntame después. Te tengo que dejar —dijo el otro.

Siguió conduciendo, evitando mentalmente ser asediado por las dudas. ¿Era Sanchís el socio más adecuado? Aunque había manejado ese concepto en los inicios, ahora, definitivamente, prefería usar el término *partner*. Si él quería bajarse del carro, Monchi volaría solo. ¿No lo había hecho decenas de veces? Aquella frase era de Ray Kroc, fundador de McDonald's: «Si no te gusta asumir riesgos, debes salir corriendo del negocio». Y en este estado, él no podía permitirse el pensamiento negativo. El «No» no formaba parte de su diccionario.

Le costó trabajo encontrar sitio. Era importante que aparcara cerca de la cafetería. Ante la hipotética posibilidad de que el responsable de Oilgas lo acompañara hasta su coche, era un valor añadido que el tipo viera que conducía un Audi A6. Un coche de directivo, pero de directivo moderno, nada ostentoso, sino sencillo, funcional, smart. Pero fue imposible, entre otras cosas, porque la cafetería quedaba en una calle peatonal. Aquello era una minucia, algo que no le estropearía la mañana, que no rebajaría ni un ápice su espíritu positivo. Y aunque ya iba bien despierto, antes de dejar el coche en un parking público cercano, se hizo una tercera raya, esta bastante más escueta, como una especie de recordatorio de una vacuna.

Nada lo amargaría, aunque todo se le estaba poniendo en contra para conseguirlo. En ese momento, a apenas doscientos metros de la cafetería, el infortunio cobró la forma de una mierda de perro, de un mojón espeso con apariencia de barro que la suela del zapato izquierdo de Monchi se llevó por delante, manchándose hasta las trancas toda la planta e incluso un tramo superior de la suela a la altura del tacón. Hubo de ejercitarse en el bordillo de un arriate, ayudándose de varias hojas secas de un naranjo, para retirar los residuos de mierda más recónditos, y ni siquiera hundiendo la suela en un charco consiguió que los restos se marcharan del todo. Fue un evidente contratiempo, pero nada ni nadie podría quebrar su ánimo esta mañana.

—Hoy es el día —dijo sonriente, al dar la mano a Alberto Mesa, que lo esperaba acodado en la barra.

—¿Perdona?

—El día en que cambia nuestra vida. ¿Y sabes qué es lo maravilloso? —El responsable de Oilgas lo miraba con atención y un punto de inquietud—. Que este cambio se produce cada veinticuatro horas.

Se sentaron. Alberto había pedido un cortado, y Monchi un zumo de naranja.

—Huele mal, ¿no? —preguntó Alberto, antes de entrar en materia.

—No sé. Solo huelo a vida —contestó Monchi.

Por fin comenzó a hablar. Lo había citado en un espacio aséptico porque el nuevo encargo, al que Monchi tenía que poner cifra, requería de absoluta discreción. De hecho, Oilgas no podía aparecer ni siquiera en la factura. El trabajo se gestionaría a través de una sociedad participada de la que ya le proporcionaría los datos fiscales. Tampoco tenía muy claro si, de hecho, Postula cubría ese tipo de servicios en su oferta. Si no era así, quizá podría ayudarlo a buscar algún perfil. La cuestión es que necesitamos *tumbar* —esa fue la expresión que Alberto Mesa utilizó, bajando la voz, casi en tono susurrante— el sitio web de confiroqueo, en el que se había centrado la investigación de Postula. Monchi se reclinó sobre el respaldo de su silla. Inmediatamente sintió la vaharada pestilente que manaba de sus pies. La desagradable peste le ayudó a afinar el tipo, compuso su gesto más circunspecto, más sobrio y afilado.

—Eso costará dinero. Pero creo que podremos hackearla.

Bien, sí, estupendo, asintió el responsable de Oilgas. Porque se trataba de eso. Con Twitter quizá fuera más complicado, pero el principal problema estaba en el blog.

—Por supuesto, esto no puede salir de aquí. Nosotros nunca nos hemos visto ni, claro está, os hemos pedido siquiera presupuesto para este trabajo.

Monchi pensó en el logotipo de Oilgas en su dossier corporativo. Desde luego, lo mantendría. Había que pensar en este trabajo, simplemente, como un trampolín para ir a más. Un trabajo, una vez más, fino, de guante blanco.

—Cuenta con ello. No más tarde de mañana tienes una oferta.

—A mi email personal, por favor —le dijo Alberto, mientras lo escribía en una servilleta.

Monchi dio un buche a su zumo de naranja. Al reclinarse en su silla, volvió a sentir el hedor intenso de la mierda. Alberto Mesa le extendió la servilleta. Entonces lo observó fijamente, con seriedad. Quizá también la estuviera oliendo, asqueado, como él. Y se hubiera dado cuenta de que la peste provenía de su zapato. Pero eso no era lo que estaba mirando. Contemplaba cómo una gota oscura estaba a punto de caer desde su nariz hasta su vaso de zumo.

—Límpiate —sugirió—. Estás sangrando.

Cómo volver sin dejar de ti un poco, un trozo al menos, un pedazo de eso tan etéreo o tan místico que llamamos alma. Cómo volver a recomponer las piezas al regresar a casa, y dar el beso de rigor a Mamen, antes de mostrarle el regalo que le trajiste, siempre un detalle, una ceremonia obligada, un acuerdo tácito para certificar tras cada nuevo regreso de un viaje de trabajo, como un sello, su compromiso, no solo con ella y su cuerpo cansado y sus ganas desgastadas de mantener esta convención que les sirve de techo, sino también todo lo que han creado juntos: el chalet, las dos hijas con sus respectivas vidas hechas, fines de semana en el club social, catálogos de agencias de viajes para planificar las futuras vacaciones de verano, en lo posible a destinos exóticos y no excesivamente trillados. Pero sobre todo cómo rellenar los huecos que se han quedado en otro sitio, esta vez en Pico Paloma, pero hace dos años en Birmingham, con la guapa de Kate, con la buena de Kate, con la dulce y paciente Kate, y la delicadeza con que se desenvolvía a la hora de pasear las bandejas de canapés durante el servicio de cóctel, y sus miradas cómplices mientras le acercaba la bandeja, sabiendo que después los brazos que la sostenían y su cuerpo y en general toda ella sería suya. Fue bonito con Kate, pero igual que con Amanda le había quedado la sensación de estar viviendo una réplica, una repetición de aquellas sensaciones de hacía casi dos décadas, en 2000, cuando él aún no era siquiera director de Responsabilidad Social Corporativa sino responsable del Departamento Comercial de EOLIC, división de renovables de Oilgas. Toda la vida los aguardaba aún por delante, todos los sueños estaban por cumplirse, todas las hojas estaban en blanco y los informes médicos eran impolutos e inmaculados, sin reproches de colesterolemia en sangre. A Marisa la había conocido en el viaje de incentivos de EOLIC a Cayo Coco, era un viaje sin compañía y desde el instante en que se habían visto por primera vez, allí, de noche, en el pub tropical del hotel, los dos habían sentido algo muy fuerte. Ni expediciones para avistar delfines, ni el safari por la selva, ni la visita a la colonia nativa de tucanes, todo el tiempo, durante los dos días siguientes, lo había pasado con Marisa en la habitación de su hotel. Nadie lo había follado como ella, era una sensación intensa, como joder con la misma tierra. Morena, racial, con un fuerte olor humano que el alcohol y el calor potenciaban hasta la embriaguez, en lugar de hacer el amor era como hundir el sexo en la Pachamama. Sus cabellos eran ramas arrancadas del subsuelo, igual que la mata crepitante de su entretierna, como flores silvestres que solo crecieran en ese lugar del mundo. Su hablar era cálido y quedo, a veces grosero y procaz, como su propio espíritu, como su cuerpo con vocación de cueva. En Amanda, antes en Kate, y quizá en otras muchas, en realidad todo el tiempo había

estado buscando siempre a Marisa.

Con los ojos abiertos en la habitación a oscuras, mientras Amanda dormía a su lado, notando cómo el tibio dolor de la muela iba rearmándose de nuevo en su encía después de la tregua de la última Enantyum, intentaba reconstruir sobre las palabras y las caricias de Amanda, primero, el recuerdo de Kate. Aún era suficientemente cercano para poder establecer analogías. Pero el de Marisa, inconsolablemente, se desvanecía. Cuánto hubiera dado por regresar al año 2000 en Cayo Coco. En Amanda todo resultaba más turbio, más confuso. Era una yegua herida, el resabio la opacaba, y en sus ojos había identificado una suerte de abismo cuando le pidió que la golpeará. Esta noche había sido distinto. Esta vez fue ella quien lo envolvió de caricias y saliva. Fue delicada en la forma de tratar su sexo conduciéndolo a la erección, y después había brincado con suavidad sobre su cuerpo, como si se sentara sobre un trono dorado. Pero no dejaba de fastidiarle que con cada cata el deseo se le fuera vaciando, y la imagen perfecta de la chica de Ipanema cantando en el piano bar fuera plagándose de pústulas invisibles, objeciones inexplicables que restaban intensidad al deseo. Hasta conducirlo irrevocablemente, con el tiempo, a una réplica de lo que ya tenía en casa, la comprensiva Mamen, su verdadera, su única madriguera. El amor, había leído en alguna revista de compañía aérea, duraba unos dos años y medio según los expertos. La pasión verdadera, hubiera añadido con su experiencia Federico, apenas dos semanas, y necesitaba siempre de un final abrupto. Porque así había sido con Marisa, después de cuatro días de intensa prospección, también con Kate, a pesar de sus patéticos mensajes de auxilio y de la tentativa —meramente extorsiva, estaba convencido— de suicidio a través de barbitúricos. Y así ocurriría también con Amanda.

Regresaría a casa, y concedería a Mamen todas las atenciones que la pobre merecía. Viaje el fin de semana a la casita rural de los compadres en El Jerte, cena con sus hijas y sus yernos, quizá el regalo inesperado de un viaje exprés a Oporto, la ciudad que a ella tanto le gustaba. Él se dejaba hacer, era hermoso y emocionante comprobar cómo Mamen oficiaba de torpe cicerone en una ciudad que había visitado cuatro veces, pero cuya geografía seguía resistiéndosele. A pesar de ello, Mamen ponía voluntad y ganas, y a él se le permitía ejercer de turista pasivo, comprobando con indulgencia cómo ella seguía errando a la hora de tomar calles con destino a plazas o lugares que parecían haberse movido en el mapa. Era así como imaginaba su jubilación, para la que le quedaban poco más de diez años, sin contar con la probabilidad nada descabellada de una prejubilación: de la mano de Mamen, caminando por una ciudad conocida que, sin embargo, seguía deparándoles equivocaciones y sorpresas.

A su lado, Amanda tosió. La cama tembló ligeramente, y él se inclinó junto a su cuerpo. Verlo desnudo lo excitó. Al día siguiente prepararía el viaje de regreso a casa, sería el jueves, como muy tarde el viernes por la mañana. Antes resolvería los convenios pendientes, con AMPIPA tenía un gran dilema. Para cuando regresara, la memoria de Responsabilidad Corporativa ya estaría concluida, para fastidio del estúpido de Irigoyen. Pero sobre todo quería ver desaparecer el blog de la niñata de marras. Solo con pensar en ello, volvía a dolerle la muela. Cuando estuviera otra vez en casa, lo primero sería visitar al dentista.

Estaba empalmado. Posó su mano en la cadera desnuda de Amanda, y ascendió hasta sus pechos cálidos. Ella gimió, como un animal pequeño en medio de un placentero sueño. Una viruta

de conciencia restalló en su cabeza, y le dio la espalda, concediéndole el culo. Federico bajó la mano hasta acariciarle la entrepierna desnuda, buscando, una vez más, horadar la tierra.

—¿Cómo va la muela? —susurró ella, con una ligera sonrisa manchada de sueño.

—Esto de abajo va mejor —contestó Federico, entrando en ella.

No llegó a tiempo, o simplemente no fue capaz de encajar la llave en la cerradura. Había ocurrido en más de una ocasión, Lagartijo caminando como mecido por el viento de regreso a casa, su andar trastabillante, el paso recto ensuciado por curvas irregulares y descomunales parábolas, incluso sus tropiezos, rematados por algunas aparatosas caídas. La de esta mañana era una rendición, la recapitulación del borracho. Era muy probable que hubiera llegado tan mareado que había sido incapaz de abrir la puerta. De forma que cayó desparramado junto a ella, con la espalda mal apoyada en la hoja y las flechas de sus regordetas piernas abiertas como una escuadra. Los esfínteres lo habían traicionado en algún momento de la madrugada, de manera que el vaquero estaba húmedo en la zona de la entrepierna, manchándole hasta casi las rodillas. En la cabeza ladeada, a la altura de la boca, un charco de baba reseca había generado un pequeño riachuelo que concluía en el mentón, donde se había condensado una estalactita turbia que sobresalía por debajo de su barba sucia.

Él mismo no lo recordaría al despertar, pero se había orinado encima mientras volvía en coche a casa; había sido eso o parar en la carretera, sin embargo la maniobra le resultaba demasiado exigente para las posibilidades de su cuerpo, y su casa, esa noche, parecía más lejos que nunca, a pesar de que se conocía de memoria el camino y lo habría hecho con los ojos cerrados, como un ciego. Más o menos, en realidad, como lo había ejecutado ese día.

Antes de parar en Casa Salustio, había estado repartiendo pañales. Al regresar a Pico Paloma, cuando ya atardecía, contemplar sobre el horizonte la estampa del sol anaranjado descendiendo sobre la alcancía dorada del mar le había despertado el instinto mariner. Por qué no calzarse las botas y el terno y salir a mariscar un poco; miles de coquinas durmientes lo estarían esperando. Pero la fotografía también lo había hecho salivar, recreando en su paladar los rotundos matices del aguardiente. Estaba la tarde para ponerse disfrutón y dejarse llevar. Ni siquiera pasó por casa, se dirigió directamente a Casa Salustio. Comparecían los parroquianos de costumbre, ninguna novedad, así que se aposentó en su lado de la barra, junto al puntal amarillo que llevaba su nombre, y pidió el primero. Venía fuerte hoy, le dijo el Torta, al comprobar la rapidez con la que Lagartijo apuró su primer vaso de aguardiente y pidió el siguiente. Fuerte estoy siempre, contestó el gordo. Juani, por favor, sin corona, que no soy monárquico. El Torta, un tipo con la cabeza prodigiosamente redonda como un pan de telera, sonrió exhibiendo su desastrosa dentadura, una cochambre de dientes rotos y oquedades que hacían pensar en una postal de Varsovia tras la Segunda Guerra Mundial. Salud, Lagartijo, dijo, levantando su vaso. Lagartijo hizo lo propio con

el suyo, sonriendo lo justo. Había que tener cuidado con prestar demasiada atención a las expansiones de los compañeros de barra. Con mucha rapidez, podía verse con un vaso nuevo, convidado por algún compañero, y eso lo obligaba después a corresponder. Las correspondencias podían resultar poco rentables; al final, lo tenía comprobado, uno invitaba a mucho más de lo que recibía. Y a la hora de pagar, Salustio era implacable con la cuenta. Así que mejor no dar alas, ni al Torta ni al Perruneque, otro parroquiano con derecho a puntal propio, un hombre delgado con la piel plagada de venas violáceas y unos mofletes flácidos que le caían sobre las mejillas como arcilla derretida, dándole a su rostro la apariencia de un perro triste. Los dos eran buenos borrachos, sabían a qué venían y estaban a lo suyo, pero había otros más irritantes, muy especialmente el Dandi, sin duda su antagonista en Casa Salustio. Más de una vez, de hecho, habían llegado a las manos. El Dandi tenía más o menos la edad de Rafael. En cambio, parecía diez años más joven. Cuando se ponía, bebía tanto o más que él. Sin embargo, había sido capaz de mantener a raya su peso, conservando una cintura que Lagartijo, en secreto, envidiaba. Pero no era esa la principal razón de su aborrecimiento, ni tampoco los floridos pañuelos de seda con los que siempre se cubría el cuello —Rafael conocía la causa de aquel hábito, tenía el cuello colgoso, como de pavo, cantaba a gritos que por muchos aires que se diera él tampoco era inmune al paso del tiempo—, ni su peinado engominado hacia atrás, como un actor italiano; era la suficiencia con la que se manejaba en las discusiones, y su aparente conocimiento de todos los temas, tanto mundanos como más cualificados, sustanciado por el principio de autoridad de su condición de funcionario, extremo del que alardeaba continuamente. El propio Salustio recurría a él para todas sus dudas contables. Era despreciable cómo se contoneaba en la esquina de la barra, mientras explicaba al dueño los pormenores del IRPF o de la subida del IBI o de cualquier nueva normativa. Y a Rafael tampoco se le escapaba que la Juani solía ser más espléndida con él que con el resto de los clientes más fieles. ¿O es que se creía que sus maniobras de llenarle el vaso sin cobrarle resultaban invisibles? Y todo eso, Rafael lo sabía, pero también el Torta, el Bocachancla, el Perruneque y el mismísimo Dandi, no había servido para nada, porque aquel inútil había sido incapaz de desbloquear la situación administrativa de Casa Salustio, y contribuir a dar una solución al problema de los puntales con el ayuntamiento. Esta cuestión había acaparado buena parte de las pullas en sus desencuentros habituales, igual que el asunto de las convidadas de extranjis, o los intentos del funcionario por ocultar su desagradable cuello de gallo. Y normalmente, el Dandi adoptaba una pose condescendiente, trufada de comentarios sarcásticos que Lagartijo no solía comprender pero que iban incrementando su cabreo, hasta que el tono se elevaba más de lo debido. Entonces, Juani y Salustio empezaban a llamarlo Rafael, y el Dandi levantaba el pie del acelerador, buscando la conciliación con palabras lubricantes e incluso con invitaciones a una ronda. La técnica solía funcionar. Solo había un aspecto en el que las tentativas de armisticio encallaban: al hablar de política. Aznarista convencido, uno de los temas preferidos del Dandi era la corrupción, y ahí siempre tenía en la lengua a Felipe González. Era nombrar al expresidente socialista y Lagartijo se encendía. De hecho, fue el motivo de una de sus trifulcas más sonadas. Rafael propinó una tragantada al Dandi como remate de una discusión que había comenzado con la cuestión de las puertas giratorias. Los puros de Felipe González en un yate los pagamos todos con nuestros ahorros, dijo el Dandi, pero mientras haya gente como tú dispuesta a

bailarles el agua, seguirá fumándolos tan tranquilo. Rafael no entendió lo de bailarles el agua, pero le sonó increíblemente obsceno, casi pornográfico. No me des por culo, ¿eh?, a mí nadie me da por culo, gritó, asestándole una tragantada. Después de aquello, consiguieron contener a Rafael, pero Salustio, muy serio, le prohibió la entrada al bar. Si vuelves, llamaré a la policía, le dijo muy tajante. El castigo duró toda una semana.

Con Lagartijo, era mejor andarse con cuidado. Después de seis aguardientes, se había pasado a los pistoleros de whisky. El Dandi se había tomado un par de pitarras, pero se marchó pronto. ¿Qué pasa, te espera tu novio en casa?, había preguntado Lagartijo, maledicente. Qué va, Rafael, voy a ver a tu madre. Le he preparado unos huevos rellenos, contestó el Dandi. El Perruque y el Torta sonrieron, pero bastante menos que Rafael, que se carcajeó de forma exagerada. Salustio, desde detrás de la barra, chistó con fuerza. Dejemos a las madres descansar, dijo, y Rafael contestó, en dirección al Dandi, que estaba abriendo la puerta para salir, que no pasaba nada, que si el chiste había hecho gracia pues se reía y en paz. Pero aquella broma de los huevos rellenos se quedó allí dentro, en la cabeza abotargada de Rafael, como una masa imprecisa y desagradable, como un cuerpo rugoso y áspero que acabaría provocando arcadas. Porque los pistoleros siguieron cayendo, y a eso de las once, cuando Salustio y la Juani ya habían dejado de llamarlo por su apodo y Rafael empezaba a hablar como si la lengua se le hubiera transformado en una lija, entraron por la puerta tres jóvenes, dos hombres y una mujer de poco más de veinticinco años, a los que se les notaba de lejos las ganas de hacer espeleología. Alguien los había puesto sobre aviso de las excelencias de aquel antro, y venían a conocerlo en primera persona. Nada más entrar, se miraron sonrientes, y al alcanzar la barra, tras pedir tres cervezas, comenzaron a observar el bar sin perder cuenta de sus detalles, desde el almanaque atrasado de *Interviú* —era de 2010—, con una foto en topless de una exconcurante de Gran Hermano con uniforme castrense, hasta el botijo de barro con la forma de un guardia civil en el que el pitorro ejercía como pene, pasando por una disparatada reproducción de *La Gioconda* perpetrada por un miope con oligofrenia, o una cerámica en la que se leía «Antes de meter, mucho prometer. Después de lo metido, nada de lo prometido». Todos estos detalles provocaban sonrisas en los recién llegados, pero intentaban mantener la discreción, especialmente a partir de que se dieron cuenta de que eran el foco de todas las miradas. No tanto los dos chavales como la joven, que vestía una camiseta muy corta de tirantas, dejando al descubierto sus hombros y realzando su generoso busto.

Las miradas de todos menos de Lagartijo, que precisamente se acababa de marchar al servicio. Nadie avisó a los jóvenes de que el sitio de la barra en el que se habían situado tenía nombre y apellidos, el lugar de Rafael. Este había tenido dificultades al intentar bajarse la cremallera de la bragueta, borracho como iba, pero finalmente, con gran esfuerzo y reclinado sobre una de las paredes de la letrina, consiguió rematar la maniobra. Pero se demoró más de lo acostumbrado en el aseo, de manera que cuando salió los tres jóvenes habían colonizado con holgura su zona reservada. Uno de ellos, incluso, charlaba animadamente mientras mantenía una mano apoyada en su puntal amarillo.

Lagartijo no se lo pensó. Con toda la agilidad que le permitía la cogerza y el perímetro de su cintura, se entremetió en el grupo y alcanzó la barra como si acabara de palpar el bordillo de una piscina olímpica después de un esforzado largo a nado.

—Estaba yo aquí antes —dijo, o más bien bufó. Los jóvenes no debieron de entenderlo, porque preguntaron enseguida. ¿Perdone?, dijo uno, y el gordo levantó el mentón por toda respuesta, desplegando sus brazos para hacerse fuerte en el territorio reconquistado.

—Este sitio es mío —volvió a ladrar. Entonces los tres jóvenes, después de mirarse, entre sorprendidos y chistosos, pidieron disculpas y buscaron otro hueco. Aunque estaban avisados de los prodigios encerrados en aquel bar, se les notaba en la cara que la experiencia estaba superando con creces todas sus expectativas. Era un verdadero viaje al centro de la caspa, un teatro de la cutrez pero con personas reales y no con actores pagados, una performance sobre la restauración de los bajos fondos.

En su esquina, Lagartijo había pedido un nuevo pistolero. Seguía con los brazos extendidos sobre su zona de la barra, los dos codos apoyados en la formica como dos torres defensivas. Los niños le habían tocado los huevos, pretendiendo pisarle su sitio. Y todas esas sonrisitas, ¿a qué coño venían? ¿De qué cojones iban? En ese momento, la masa rugosa regresó a su garganta. Creía haberla olvidado, pero había permanecido todo el tiempo allí. Y ahora la veía grabada en el frontispicio de su cráneo, como un escupitajo, como un guantazo. Huevos rellenos, musitó, y los vio dibujados en su cabeza, flotando en su whisky, como unos ojos humanos arrancados, como unos testículos desprendidos de su escroto, huevos rellenos, y al otro lado de la barra los tres jóvenes riendo, y la puta de la niña con las tetas temblando al compás de sus carcajadas.

—¡Aquí ya nadie se ríe ya hostia ya! —gritó. Y lo hizo tan rápido y con tan penosa dicción que fue como si se hubiera atragantado de repente y el grito fuera producto de su ahogamiento. Todos, los tres jóvenes pero también el Torta, el Perruque y por supuesto Salustio y su mujer, volvieron de inmediato sus ojos hacia Lagartijo y se quedaron callados. El gordo se descolgó de la barra, y por un instante fue como si una cría de gorrión intentara volar por primera vez: después de un traspié, logró mantener la verticalidad, y caminó varios pasos en dirección a los jóvenes.

—¡Aquí no se tocan los huevos de Salustio por mi puta madre! —volvió a gritar—. ¡Ni huevos rellenos ni hostia ninguna!

Quizá la experiencia espeleológica se les había ido de las manos. Uno de los jóvenes varones reuló, pero el otro no parecía dispuesto a amilanarse. Qué coño pasa aquí, cuál es tu rollo, tío, el joven se enfrentó a Lagartijo, y mientras Salustio corría hacia el exterior de la barra para intentar mediar, el gordo había tomado un taburete y lo sostenía en alto, o más bien doblado, porque era incapaz de mantener el equilibrio con semejante lastre. Cuando Salustio se interpuso, el joven ya le había propinado un empujón a Lagartijo, y este había trastabillado hasta caer de culo. Salustio se disculpó con los jóvenes y les pidió que se marcharan, y que lo hicieran enseguida. Prefirió no advertirles sobre los antecedentes del gordo. Menos mal que Lagartijo, bocarriba en el suelo, no conseguía levantarse, era un cruce entre un escarabajo y un borrico, agitando las patas y encabalgando rebuznos. Cuando por fin otros colegas de barra lograron ponerlo en pie, por fortuna, los tres muchachos se habían evaporado.

Huevos rellenos, huevos abiertos conteniendo restos de fetos malparidos, con las tripas cuajadas revueltas con mayonesa y pimientos asados. Ojos flotando despojados de sus órbitas, arrancados con sus propias manos. Hijos de puta, niños, se estaban riendo de ti, Salustio, se estaban riendo de nosotros. Déjalo estar, Rafael, venga, ya vale, el dueño del bar lo hubiera

echado directamente si no fuera porque verlo revolcarse en el suelo lo inundó de compasión. Incluso lo invitaría a un pistolero, y después lo mandaría con buenos modos a su casa. Pero el incidente animó al gordo a introducir una disertación, un soliloquio balbuciente e incomprensible al que solo Lagartijo, en lo más profundo de su conciencia, encontraba un sentido: los jóvenes de ahora habían perdido todo el respeto por los mayores. Si Felipe González hubiera seguido ahí, al pie del cañón, cosas como la de hoy no hubieran pasado.

Había perdido la cuenta de los pistoleros bebidos, como no recordaba el momento en que había tomado el coche y a medio camino, mientras dejaba que el automóvil lo llevara solo a casa, se había meado encima, quizá creyendo que ya estaba en casa, delante del váter o bien bajo una caliente ducha. Como, finalmente, no recordaba que había sido incapaz de introducir la llave en la cerradura de su casa, resignándose a sentarse en el suelo y dejar que el sueño lo embargara. Al verlo de lejos, nada más salir del taxi en el que acababa de regresar del Aljaraluz Costa, bajo la suave luz del amanecer que dibujaba tenuemente los contornos, Amanda tuvo la impresión de que algún vecino estaba de mudanza, y lo primero que habían bajado al portal —qué mal gusto tenía la gente— era una estatua de un Buda a tamaño natural.

No siente miedo, como en otras ocasiones, como tantas otras veces al regresar. Al acercarse al objeto, va plagándose de detalles, adquiriendo la forma de un ser vivo. Después de pensar en un Buda, la siguiente conjetura fue la de un perro dormido, pero no hay perros con esa forma tan cilíndrica, y salvo en los circos, normalmente no hay animales disfrazados de humanos. Era el gordo de abajo, el borracho de las coquinas, y parecía estar durmiendo una cogerza de mil demonios. Al subir a casa y abrir la puerta, la imagen del borracho se había evaporado. Tocaba levantar al niño y hacerle el desayuno para que se marchara al cole.

—Vamos, arriba, Nico.

El cuarto huele a humanidad, a jaula de zoo. Por Dios, Nicolás, tienes que airear un poco, menudo estercolero. La voz de la madre se filtra en el sueño del niño. Conoce demasiado bien esa voz para que el regreso resulte agradable. Sobre todo porque en ese momento, una joven muy parecida a Cassandra se ha desprendido del sujetador y le está mostrando sus senos. Son unas tetas perfectas, con su areola canela y sus botones erizados, igual que ha visto en algunos vídeos de YouTube, y lo que más lo excita son las pecas que se esparcen por su pecho, como constelaciones de galaxias desconocidas. Es clavadita a Cassandra, una de sus youtubers femeninas favoritas, con su mismo cabello pelirrojo cortado a tijera, sus gafas negras de pasta y sus inflamados labios rojos, y ahora tiene las tetas fuera y se restriega con él invitándolo a que las toque. Toma, toca, dice, y a continuación, esto huele a humanidad, vamos, arriba, Nico. De manera que abre los ojos y se palpa el pene, lo tiene muy duro, como le viene ocurriendo desde hace algún tiempo todas las mañanas. Conoce a un chaval de la ESO que ya se corre, después de pajearse acaba soltando esperma, aunque todos lo llaman lefa. Tiene un olor fuerte y desagradable, pero correrse da un gusto increíble, es como una explosión que produce hormigueos por todo el cuerpo. A lo largo de los últimos meses, Nico lo ha intentado, menearse el miembro, subiendo y bajando mecánicamente el pellejo, por lo general en compañía de algún vídeo de culos y tetas para favorecer el empalme. Pero es una maniobra infructuosa, porque nunca termina en nada, más allá del pene irritado y cierto dolor testicular. En los sueños, sin embargo, es distinto, las tetas parecen reales, la excitación es más intensa, le encanta soñar con estas cosas, y todavía más si encima la protagonista es clavada a Cassandra.

Cuando Nico llega al salón su madre ya le ha preparado los cereales. Amanda se ha cambiado el vestido de noche por una camiseta y un pantalón de chándal, pero todavía queda rastro de maquillaje en su cara.

—¿Acabas de venir?

—Hace un rato. Se me hizo tarde anoche.

—Ya.

—Aligera. Que vas muy justo.

Mientras se viste, escuchando en la radio un poco de trap, revisa en la pantalla de su ordenador los últimos movimientos en su canal. Después del vídeo de *Hay una tortuga ninja en mi salón*, su canal había experimentado un nuevo pico de crecimiento: de 5300 había llegado a 8000 suscriptores. El vídeo en cuestión acumulaba ya 15.600 likes, pero nada que ver con el vídeo del *Bottle Flip Challenge*, que sumaba más de 38.000 likes y 120.000 visualizaciones y que seguía creciendo de manera bestial. En cambio, su vídeo de anteayer, una jugada comentada de *Fortnite*, no había pasado de los 300 likes. Era un vídeo más penoso, el comentario de Wallisa69, siempre tan directa, no dejaba lugar a dudas: «Patético. Vuelve a los vídeos kchondos, hazt un favor». Wallisa69 era la voz de su conciencia, porque aquello era justo lo que pensaba; después de la gloria de su *Challenge* fallido, volver a los aburridos vídeos de partidas de videojuego comentadas era un retraso, un paso atrás. El nivel de exigencia de sus suscriptores había subido, y él debía estar a la altura. Debía encontrar cuanto antes nuevos retos, propuestas llamativas, de lo contrario la cuota de seguidores empezaría a decaer.

Su madre le ha metido en la mochila el brick de zumo y el bocadillo de Nocilla. Cómetelo entero, le ordena, recordando que muchas veces lo trae de vuelta sin siquiera haber desenvuelto el papel aluminio. Vale, mamá, contesta él, recibiendo un pegajoso beso en la mejilla. Baja brincando los dos pisos, y entonces, al llegar a la planta baja, junto a su puerta, lo ve: es el gordo del *Bottle Flip Challenge*. Su pose retorcida le recuerda a un oso de peluche gigante y viejo arrumbado junto a un contenedor. Tiene manchada la entrepierna, y lleva la zona superior de la camisa abierta, dejando que una generosa pelambre salga afuera como el relleno de un sofá destartado. También tiene la cara sucia. Siente pena, una pena mezclada con una especie de apetito, de curiosidad.

—Por los clavos de Cristo. Toni, no mires.

Quien habla es una madre que sale del bloque con su hijo, también camino del cole. Él debería hacer lo mismo, marcharse. Sin embargo, siente el deseo de volver arriba y tomar el móvil y el palo selfie para grabarlo en vídeo. Quizá sería divertido pintarle los labios y colocarle una peluca, o incluso despertarlo de improviso fingiendo que se está produciendo un incendio, para captar su reacción. Tratándose, además, del mismo actor de su célebre *Bottle Flip Challenge*, el éxito estaría asegurado. Pero no lleva encima el instrumental y ya va tarde. De manera que se acerca al gordo y se agacha junto a él. Apesta a urinario, un olor muy desagradable. Lo agarra por el hombro y lo zarandea.

—Oiga, señor —dice.

Pero está muy dormido. Su cabeza se ladea como la de un guiñol. Lo mueve de nuevo, pero solo consigue que su cuerpo se incline aún más hacia el suelo. No va a conseguir despertarlo, pero el cambio de movimiento le otorga al menos una recompensa inesperada. Del bolsillo húmedo de su pantalón sobresale un pico de su cartera.

Tampoco se despierta al sacarla. La abre, mirando antes a izquierda y derecha, y allí, después

de registrar infructuosamente, en una de las ranuras más recónditas, descubre un tesoro: un billete de cincuenta euros doblado a la perfección sobre sí mismo varias veces hasta formar una pequeña cuadrícula del tamaño de un sello. Al volver a introducir la cartera en su bolsillo, por primera vez, el cuerpo del gordo reacciona. Es un ligero movimiento de cabeza, seguido de un gemido gutural.

—Muchas gracias, señor —dice el niño, poniéndose de nuevo en pie.

La mañana está nublada, pero qué más da. Ojalá todos los días de cole empezaran así.

La única forma de despejarse, de recuperar la lucidez, era salir a correr. Los primeros minutos resultaban fatigosos, sentía que no iba a poder continuar más, pero a partir de un determinado instante el cuerpo parecía responder y se recomponía. Entonces apretaba la marcha, dejaba que la cadencia de su trote marcara el camino como un lazarillo, y abandonaba la observación exterior para volcarse dentro de sí. Costaba pensar y mantener la respiración al mismo tiempo, solo acertaba a alumbrar imágenes, a veces una sola repitiéndose machaconamente en su cabeza. Esta noche era la imagen del mar manchado de petróleo, la balsa densa de tono mate extendida como una segunda piel sobre el Mediterráneo, a solo unos metros de la planta de Oilgas. Tenía que volver allí, tenía que captar la mancha con más precisión, incluso hundir su mano en el agua para tomar muestras de aquella espesa balsa.

Después de correr durante tres cuartos de hora, atravesando todo el parque de Porzuna, los últimos metros hasta casa los hacía caminando. Era ahí, derrengada, satisfecha, con el sudor manando por todos sus poros, cuando sobrevenía la lucidez en su expresión más plena. Aún no les había comunicado a sus padres que había dejado las prácticas en AMPIPA, pero tampoco le habrían dado demasiada importancia, especialmente su madre, que estaba muy volcada en su hermana, en atender sus primeros días de duelo. Por la tarde, Berta la había acompañado a su casa. Su tía por fin había accedido a mostrarle los papeles del acuerdo que había suscrito con Oilgas. Mientras su madre la consolaba en el salón, se había llevado a Manolito a la cocina, y después de prepararle un tazón de ColaCao, se sentó con el convenio en las manos y una libreta, en la que anotaba los detalles más relevantes. Era indecente, impresentable, pero también una estupenda oportunidad de dar nueva cera a Oilgas. En poco tiempo la cuenta de Oilgas en Twitter la había bloqueado. Una veintena de personas había retuiteado su hilo sobre la indemnización, pero es cierto que ni *La Voz del Roqueo*, ni *Bahía Sur* ni siquiera el *Ahora Paloma* se habían dignado a darle cobertura, ni un vulgar Me gusta. Pero el post era diferente, el post viajaría por las venas de Internet como droga dura, dejando crudo testimonio de aquella infamia, único notario de la verdad.

Ni siquiera se duchó al llegar a casa, su madre había hecho una tortilla de patatas de cuatro huevos, pero por el momento decidió que no cenaría nada, no tenía demasiado apetito. Mientras sus padres veían la televisión, ella se encerró en su habitación. La carrera le había ayudado incluso a estructurar la información en su cabeza. «Morir en Oilgas sale barato», ese sería el titular, lo tenía claro desde las primeras zancadas. Acompañada por una botella de agua fría, abrió

el Word y se lanzó a escribir. Era su forma más civilizada y también más infalible de canalizar la rabia. Enseguida sentía que las yemas de sus dedos se llenaban de energía. Nadie más se atrevería a ello, todos estaban pringados, pero ella se metamorfoseaba en ese mismo instante, dejaba de ser Berta Vela para transformarse en Anona. Oilgas tendría la mierda que merecía. La rabia la animaba a descarriarse, a abandonar el tono sobrio. De repente, el estilo le pedía una pregunta retórica, un signo de admiración, unos puntos suspensivos. Pero ella había leído a Günter Wallraff, a Tom Wolfe, a Norman Mailer, sabía que el gran periodismo tenía voluntad de estilo, desbordaba la gris parcela de la información canónica planteando una comunicación más directa y cómplice con el lector. Ese post lo escribió pensando en un vecino, en la cajera del supermercado, en el carnicero del barrio, en cualquier persona sensible con las injusticias. Oilgas había planteado un acuerdo leonino a la viuda, en el que se desprendía de toda responsabilidad a pesar de que obviamente la tenía porque el accidente se había producido en sus instalaciones. Echaba toda la culpa al trabajador, y valiéndose de un baremo de accidentes más o menos consensuado, planteaba una indemnización irrisoria. En una de las cláusulas del acuerdo —cómo narices había firmado aquello su tía— la indemnizada se comprometía a no emprender acciones legales contra Oilgas, «entendiendo por satisfechas todas sus demandas en relación con la propiedad». En el último párrafo de su texto, había dado rienda suelta a su indignación; el estilo aquí era más exuberante: «Como en las pirámides egipcias, construidas a base del sudor de los esclavos, así se mantiene Oilgas a lo largo del tiempo: mediante la sangre de los caídos por su gloria. Sus cadáveres no valen nada, el viento y el sol que calienta Oilgas está lleno de ellos, son los esclavos de la Nueva Era en la que Dios es el Capital. Cada muerto es quemado en una barcaza en alta mar, pero lo que arde no son solo sus cuerpos. También el futuro de sus hijos y sus familiares, gracias a cuya sangre se alimenta el monstruo. Morir en Oilgas sale barato, como lo demuestra este caso y todos los que acontecerán».

Su madre le gritó desde el salón, recordándole que tenía la tortilla en la cocina. Berta enseguida iría. Estaba satisfecha por el texto, ojalá que corriera mejor suerte que los anteriores. Porque tenía la sensación de estar predicando en el desierto, pero al mismo tiempo sentía que finalmente las prédicas, en algún indeterminado sentido, calarían. Resquebrajarían por fin el pensamiento monolítico y único que estaba instalado en Pico Paloma. Ningún periodista de investigación, como lo demostraba el Watergate o el escándalo de la pederastia en la Iglesia católica norteamericana destapado por el grupo Spotlight o el trabajo de Wilfred Burchett en Hiroshima, lo había tenido fácil para denunciar, habían sufrido todo tipo de infortunios hasta abrir los ojos del mundo.

De la satisfacción cansada pasó al aturdimiento, y enseguida a la desolación, pero esta solo duró apenas un minuto. Porque el sentimiento que lo acaparó todo, que la anegó como un maremoto, fue la rabia. Al introducir la dirección del panel de administración de su blog, en lugar de aparecer la acostumbrada página de registro, saltó una pantalla azul con un emoticono feliz en la que se leía: «Una mente negativa nunca podrá darte una vida positiva. Cambia de actitud». Volvió a teclear la URL, refrescó dos, tres, cuatro veces. No podía ser cierto. No podía estar ocurriendo aquello. Pero era evidente que sí. Respiró, más bien intentó hacerlo, porque un globo pesado se había interpuesto en su garganta. Era un globo lleno de lágrimas, pero no estallaría, la

rabia no se lo permitiría. Aquello era una declaración de guerra. Le habían hackeado la página.

Ella no sabe, ni por un instante puede imaginarlo, que todo es un pretexto para formalizar el adiós. Porque anoche, al buscarlo en su habitación, había sido tan amable y considerado, tan cercano y cariñoso, que todas sus dudas se diluyeron. A pesar de su rostro deformado, y de la distorsión de su voz, que parecía no ser la misma, la penumbra de la habitación había ayudado a que sus pieles se sintieran más próximas que nunca, pero sin ansiedad, sin rastro de violencia. Y eso había sido lo mejor, era posible amar, dejarse amar sin necesidad de sentirse sometida, sin que las manos del otro le oprimieran el cuello, sin ser pasiva. Por primera vez, había tomado la iniciativa, estar arriba le había producido un agradable vértigo, las caricias de las manos de él sobre su piel trazaban mensajes dulces y cosquilleantes, sus pechos temblaban en cada embestida como reivindicándose en la intemperie, desafiando la gravedad: todavía era joven, aún había oportunidad para el amor. Nunca más, pensó, después de correrse apretada contra el pecho de él, dejaría que volviera el miedo. El innombrable podría regresar, pero ella ya nunca sería la misma, no lo esperaría con la puerta abierta, se defendería con uñas y dientes, había otras formas de amor distintas del odio, había otros caminos para la lujuria que no transitaban por la entrega, por la humillación. Todo era, en realidad, una lucha contra el terror. Pero amar así, de forma desprendida, ayudaba a espantarlo, el arrojo traía consigo una forma desconocida de orgullo. Además, él era un caballero, de maneras exquisitas, que apreciaba la virtud de cada gesto, sin mostrarse nunca evidente, sin sobreactuar. No le gustaba hablar de su vida, ni de su trabajo, ni del futuro, ni de lo que le esperaba fuera de Pico Paloma. Todo estaba fijado en el presente, y su presente parecía estar con ella. Después de follar permanecieron tumbados, ella con la cabeza apoyada en su pecho, en silencio durante varios minutos, pero no era un silencio incómodo, no al menos para ella. Después, tras unos minutos en que se había quedado traspuesta, él volvió con las caricias. Había bromeado con su muela, y de súbito entró otra vez en ella. Pero Amanda había preferido llevar la iniciativa, sentándose sobre él nuevamente. El segundo polvo fue más prolongado y esforzado, pero también más gozoso, porque era como regresar a un lugar conocido, donde se sentían familiarizados con la posición del mobiliario y el contenido de los armarios. Esta segunda vez él se fue antes, pero a ella no le importó, verlo correrse bajo su cuerpo le produjo una enorme ternura. Una vez más se hizo el silencio, los dos estaban cansados. Entonces él propuso lo del restaurante. Al día siguiente tenía noche libre en el Aljaraluz, así que la llevaría a cenar a un buen sitio que conocía.

Amanda no imagina que todo es una puesta en escena para decirle que se marcha, que dentro

de un par de días, a las diez y cincuenta y cinco de la mañana, tomará un vuelo a Madrid, pero que cuando regrese, cuando le toque volver, quizá dentro de seis meses, quizá el año que viene, ya no volverá a ella, porque él mismo no será quien es hoy. Se lo dirá de forma suave, probablemente a la hora de los postres, cuando el vino haya lubricado lo bastante la velada. Tendrá palabras hermosas para ella, las más bonitas de su repertorio. Amanda siempre será la chica de Ipanema, su ángel caído del cielo, eso no lo borrará ningún regreso a casa, ni Mamen vestida con sus mejores galas sintiéndose halagada por la cena de reencuentro, con la promesa de hacer el amor al volver a la habitación de matrimonio. Esta noche ella ha elegido el vestido de las ocasiones especiales, uno de Custo muy floreado que le gusta especialmente porque el cuello de palabra de honor le dibuja unos bonitos hombros y también porque le ciñe la cintura de un modo que le proporciona esbeltez. La falda corta le permite mostrar sus largas piernas, quizá la parte de su cuerpo con la que se siente más conforme. Está mirándose al espejo, después de haberle preguntado tres veces a Nicolás si cree que va guapa —muy guapa, mamá, ha contestado las tres veces su hijo, sin despegar la vista de su ordenador; por fin hoy le han levantado oficialmente el castigo—, está observándose de frente y de perfil, haciendo muecas, cazando las posibles imperfecciones del rímel, alisándose los bajos del vestido para que caiga sin arrugas, y en ningún momento puede siquiera imaginar que todo va a acabar esta noche.

Porque él está decidido. Todo tiene que terminar hoy, porque dejarlo abierto sería una crueldad, y porque la verdadera pasión es solo la que acaba así, con la puerta cerrada de improviso como por un mal viento, sin necesidad de que los malentendidos y la fatiga la degeneren. Él también está mirándose en el espejo ahora, acaba de salir de la ducha, y bajo los ríos de agua notaba nuevamente el dolor palpitante. Aun así, al salir del aseo olvidó tomarse la pastilla. Lo primero que hizo, aún húmedo y en calzoncillos, fue llamar a Mamen. Claro, saldrían el viernes para la casa de sus compadres en el Jerte, pero por la mañana debía conseguirle cita con el dentista. El dolor había ido a mucho más, le dijo, y ella había contestado pobrecito, qué pena. Esas palabras mínimas, proferidas con aquel tono, le habían parecido a Federico una iglesia. Enseguida sintió que quería entrar en ella, abrazarse para siempre a su cálido abrigo. Te quiero, cariño, había dicho él, tengo muchas ganas de verte. Así es como lo sentía ahora, mientras se vestía frente al espejo.

Todo empezaba a recomponerse, todo se solucionaba por fin. Según el último informe de Evaluación del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático, durante el siglo XXI, la temperatura superficial de la tierra subiría entre 1,7 y 4,8 grados centígrados. Si, como parece probado, el efecto del hombre sobre este incremento es determinante, Federico estaba convencido de que había que tomar medidas excepcionales con Pico Paloma. Porque en pocos días había asistido a un calentamiento sin precedentes. Pero tocaba que la temperatura bajase, que todo comenzara a enfriarse, recuperar la tibieza. El asunto de la viuda había salido bien, con la salvedad del episodio de la niñata, que desde la noche anterior —Albertito lo había llamado para confirmárselo, él mismo lo había comprobado al intentar acceder al blog desde el navegador de su móvil— ya estaba solucionado. De este modo, además, había conseguido justificar una merma del cincuenta por ciento en la inversión para el aniversario de AMPIPA sin excesivas protestas (después del post sobre el convenio no podían hacer otra cosa que callarse). Así que, bien

mirado, la maniobra resultó perfecta. *La Voz del Roqueo* estuvo a la altura, y por ello Oilgas también quiso corresponder. Se alegró de no tener delante a Manolo Sierra, el director del medio, cuando le comunicó por teléfono que la nueva propuesta de colaboración anual que le había trasladado Alberto Mesa esa misma mañana se ajustaba con más precisión a lo que querían. Eran 91.310 euros, un 40 por ciento de ellos invertido en un Foro sobre Sostenibilidad y Desarrollo Territorial, y el resto en páginas de publicidad. No quiero publrreportajes, le recordó Federico, si hace falta concentrad más inversión en el foro, imaginando con clarividencia cómo el ojo díscolo del director de *La Voz del Roqueo* se alineaba frontalmente con su compañero. Pero el síntoma definitivo de que todo comenzaba a enfriarse había llegado, también esa mañana, con la llamada telefónica de Diego Barragán, el presidente de la Asociación de Vecinos La Iruñuela. Sintió pereza al identificar el nombre en su móvil; el día posterior al fallecimiento de Manuel Ángel Mendieta, había dado orden para liberar 6710 euros para el patrocinio de la romería del barrio. Un par de días después, Barragán lo había llamado para agradecerle la ayuda, pero se había mostrado inusualmente parco, incluso arisco. Estamos muy apenados por la pérdida de nuestro vecino Manuel, había dicho. Todos lo estamos, Diego, para Oilgas es una gran pérdida también. Imagino, había contestado Diego Barragán, pero no añadió nada más, depositando un pedazo de silencio bastante incómodo entre los dos. Bueno, tengo lío, zanjó finalmente Federico, espero que la romería vaya muy bien. La llamada de Barragán en aquel momento le resultaba fuera de lugar, ya estaba todo dicho. Aun así, optó por atenderla. En la junta directiva de la asociación, comunicó con solemnidad, habían tomado una decisión unánime: solicitar al ayuntamiento la instalación de una placa conmemorativa dedicada a don Manuel Ángel Mendieta, por su ejemplaridad como vecino y su contribución a la comunidad. Federico se alegró de forma instantánea. De hecho, le reportó el verdadero pico de felicidad del día. No solo me parece una gran idea, contestó, sino que además nos gustaría que la gestión de la producción e instalación de la placa corriera por nuestra cuenta. Y si es posible, añadir una frase de loa por su aportación a Oilgas. Al presidente de La Iruñuela le había parecido estupendo, y entre palabras de fuerte abrazo y abrazo fortísimo habían concluido la conversación.

Ella nunca podría imaginar que esta noche Federico pretende acabar con el calentamiento global. Que ella es, realmente, la última pieza que falta para lograrlo, que su conversación en el restaurante excepcional al que la lleva para perpetrar la liturgia de la última cena será el cubo de agua definitivo con el que la temperatura por fin descenderá. Pero lo que ni ella ni él imaginan es que no todo está en manos de Federico, que hay factores y aspectos que escapan a su control; que el fuego de los dragones no pertenece a este mundo y que por tanto no hay hielo ni convenio ni cena civilizada que lo sofoque.

Porque es cierto que dudó, que en los primeros momentos pensó que todo se trataba de un accidente, una confusión pasajera, problemas con la conexión a Internet o incluso de su propio ordenador. Pero por la mañana aquella pantalla continuaba allí al teclear la URL de su panel de administración, con aquel pejiguero emoji que había adquirido una mirada siniestra, con aquella frase estúpida de monitor de *mindfulness*. Cambia de actitud, la última frase era como un grito de amenaza, como la recomendación de un mafioso previa al último encuentro evitable que se saldaría con un disparo. Había dormido mal, y el té de la mañana tampoco la ayudó a sentirse mejor. La fatiga no la abandonó en todo su trayecto hasta AMPIPA. Se cercioró de que solo estaba Perico, el secretario, y entonces entró. Había venido, se excusó, para recoger el certificado de prácticas. El secretario se levantó de su asiento, con gesto azorado, y mirando a uno y otro lado de la oficina vacía le dijo que no podía estar allí, era mejor que esperara fuera y él le prepararía el certificado. Me dijiste que no lo querías, le reprochó, avanzando hasta situarse muy cerca de ella, como un biombo humano que le cortara el paso. ¿Qué tal por aquí?, preguntó. Perico era el único que podía decirle algo, y no la defraudó. Te puedes imaginar, Berta. Los de Oilgas han descubierto el pastel de tu blog. ¿Cómo se te ocurre escribir algo así? El secretario compuso su gesto de indignación más convincente. A pesar de sus esfuerzos, estaba incapacitado por naturaleza para la severidad; aun así, tan serio, tan digno, no podía despertar otra cosa que no fuera ternura. Nos has jodido bien, Berta. Ella no se disculpó. Solo soltó un vaya, que valía tanto de excusa como de sorpresa por el descubrimiento de lo que ya intuía, de lo que sospechó al descubrir su blog hackeado: aquello era obra de Oilgas. Salió a la calle, pero no esperó al certificado, lo que buscaba ya lo había conseguido por boca del secretario. Era, definitivamente, una declaración de guerra, pero no se rendiría. Cambia de actitud, le habían sugerido. Así que era lo que ella haría, cambiaría de actitud. Iría un paso más allá.

A lo largo del día ha tenido mucho tiempo para pensar. El puñetero máster inútil que la había ocupado durante año y medio le había servido al menos para saber cómo crear una nueva web con relativo poco esfuerzo. Guardaba en una carpeta todos los textos y las imágenes de los posts anteriores, y su cuenta en Twitter seguía activa. De manera que crearía un nuevo confidencial y seguiría dando guerra. No iban a acallarla. Iba a gritar más salvajemente todavía, porque, aunque la hubieran descubierto, Anona seguía viva. Pero para Oilgas era muy cómodo aquel juego. Si la habían hackeado habrían accedido a la web y a todos los datos personales que quisieran. De sus meses en Sol, recordaba con precisión el encuentro con aquel hacktivista que había estado

implicado en diversos ciberataques. Hay muy poco de una persona que no podamos extraer de su huella en Internet, había dicho. De manera que ella ahora sería un fichero plagado de información personal que los de Oilgas podían manejar a su antojo. Pero aún había algo que sus tendencias de compra, sus búsquedas en Google o sus comentarios en redes sociales no permitirían prever. Era la capacidad para canalizar su rabia. Llegaba el momento de ejercer el activismo directo y performativo, como hacían desde hacía tiempo las Femen, como las Pussy Riot en Rusia. Había que pasar a la acción.

Le bastó una llamada a su tía para conocer dónde paraba el trajeado de las patillas. Ella estaba confusa, aturdida, y además las pastillas que le había prescrito el médico, le dijo en la conversación a su sobrina, le impedían pensar con fluidez. Berta, pacientemente, había atendido al teléfono toda la triste retahíla de su tía, antes de preguntar a bocajarro dónde se hospedaba el hombre de Oilgas. Paraba en el Aljaraluz Costa, también tengo su teléfono, había contestado Carmen, sin sospechar siquiera por qué su sobrina se interesaba por él. Después de despedirse, pidió a su padre prestado el coche. Tenía que hacer un par de recados, dijo. Era un Golf blanco con más de quince años que, al cabo de veinte, podría figurar como rutilante pieza clásica. El coche estaba impecable, desde el primer día su padre lo había cuidado con esmero, con un mimo exagerado, como si fuera un purasangre. Cada dos por tres, bajaba al garaje a limpiarlo y revisar sus niveles, y nadie se hubiera sorprendido de verlo acariciando la carrocería o llenándolo de besos. Por eso, la negociación fue algo difícil. Rodolfo Vela no pudo resistirse al último argumento desesperado de su hija para forzar el cambio de opinión: un beso zalamero en la mejilla acompañado de un venga, papi, que lo desarmó.

Una vez tomado el coche, antes de dirigirse al hotel, se detuvo en un chino. Allí, con la ayuda de un dependiente que tenía presencia de portero de un local turbio y que no dejaba de mirarle descaradamente el culo, compró el material. En una vía de servicio, con mucho cuidado de no manchar el coche de su padre, lo preparó. Conocía el coche de Federico Castilla, era imposible no recordarlo, de su visita a AMPIPA, así que no le resultó difícil localizarlo en el aparcamiento del Aljaraluz Costa. Se trataba únicamente de esperar. Pero Berta no imaginaba que tan poco. Porque apenas una hora después de aparcar, cuando ya se había echado la noche, y mientras se debatía entre seguir allí o marcharse y reanudar el seguimiento al día siguiente, vio cómo las luces de estacionamiento del Maserati parpadeaban, anticipando la llegada del trajeado de las patillas. Así que iba a salir, así que por fin empezaba a tenerlo a tiro. Berta sonrió al arrancar el motor. El cambio de actitud comenzaba a rodar.

—De verdad, guapísima —dice él, y ella sonríe, con un azoramiento fingido, pero en realidad absolutamente complacida. Porque es, las ha contado, la cuarta vez que lo dice esta noche. La primera fue al llegar, cuando él había salido del coche para abrirle la puerta del acompañante, mientras le acariciaba la espalda. Muchas gracias, había contestado ella, ¿y tú?, ¿cómo vas con eso? Porque, sin llegar al extremo de la otra noche, ahora que la luz de las farolas caía de forma oblicua sobre su rostro, la hinchazón de su mandíbula le daba la apariencia de una máscara, como si se hubiera injertado un emplaste de color carne en la mejilla. Ahí vamos, había dicho, y también su voz, como la víspera, sonaba deformada. Mientras avanzaban con el coche, dejando atrás los Gusanos, Federico puso música en la radio. Aquella canción no estaba nada mal. Era *Mercy Mercy Me*, de Marvin Gaye, aclaró Federico, uno de sus músicos favoritos. Me gusta, dijo ella, y al observar su sonrisa, él también sonrió, lo más decentemente que le permitía la hinchazón, y volvió a decirle que estaba muy guapa por segunda vez. Al alejarse de Pico Paloma, mientras avanzaban por la carretera que discurría en paralelo al mar, desde el coche todo el Mediterráneo era una lengua plateada y serena, apenas iluminada por la diminuta guadaña de la luna. Amanda decidió bajar la ventanilla y dejar que el viento la invadiera. Daba igual que el rímel se corriera, y que la brisa anegara la voz de Marvin Gaye en los altavoces, era agradable sentir la invasión del viento y sobre todo el olor a salitre. Cerró la ventana cuando el coche por fin se desvió del mar buscando el interior. Ahora me he despeinado, dijo, desplegando el parasol del copiloto para comprobar en el espejo el estropicio. Sigues estando guapísima, dijo Federico por tercera vez.

Han llegado al restaurante; se trata en efecto de toda una sorpresa. Algunos clientes del Aljaraluz Costa le habían hablado a Amanda del Balandro, era el restaurante más afamado de la zona, un Dos Estrellas Michelin y un chef reputado, con escuela de restauración propia y apariciones esporádicas en programas de televisión. El chef Hugo Maravilla tenía aspecto de peluquero moderno, con los brazos tatuados y varios piercings en la oreja, y aquella ridícula lágrima también tatuada bajo el párpado derecho, que en realidad no era una lágrima, como había descubierto Amanda una noche que lo entrevistaban en un *late night show* de televisión, sino un camarón diminuto. ¿Vamos a ver a Hugo Maravilla?, preguntó Amanda ilusionada, al conocer el destino final del viaje, y Federico sonrió condescendiente, seguro que esta noche estará en alguna tele, contestó. Amanda estaba eufórica, no podía contenerse, y mientras aparcaba le propinó un ruidoso beso en la mejilla. Lo siento, se excusó, al comprobar que la brusquedad del beso había despertado el dolor dormido en la boca de Federico.

Amanda camina maravillada por dentro del restaurante. Todo le parece decorado con muchísimo gusto. El estampado de las paredes, las lámparas de araña, el mobiliario, todo le recuerda a los palacios de una película de época. Siguiendo al maître, atraviesan el local hasta ser conducidos a una mesa reservada. Junto a la mesa hay una reproducción del Mercurio de Giambologna. Más allá, una versión prácticamente a tamaño natural del Perseo de Cellini. A Federico le resulta excesivamente sobrecargado, y eso incrementa su sensación de asfixia. Ha programado todo para que sea una velada lubricante, relajante, que facilite la liberación. Pero no pensaba que el local pudiera oponer resistencia.

—Qué gusto de decoración —dice ella, echando un vistazo a la cubertería de plata y recordando mentalmente: de afuera hacia dentro.

—*Horror vacui*.

—¿Cómo?

—Olvídalo.

Hay un menú degustación, él no tiene mucha hambre, pero por qué no aprovecha la señorita. Siguiendo las recomendaciones del maître, que parece una réplica del propio Hugo Maravilla — pelo rapado, varios piercings en las orejas, tatuajes hasta en la punta de los dedos, por no hablar de la vestimenta: camiseta blanca ceñida, con el dibujo de una corbata en el pecho, y el torso cubierto por una chaquetilla gris, a juego con un pantalón de pinzas a rayas—, se decantan por una selección de seis platos, acompañados por un tinto reserva de Albet i Noya, la única aportación de Federico. Enseguida se da cuenta del error. Porque, lo había olvidado, los menús degustación son incompatibles con la intimidad. Cada quince minutos, son interrumpidos por el camarero asignado, también disfrazado con la horrorosa camiseta y la chaquetilla, quien se dedica a declamar los ingredientes y matices palatales de cada plato. Todos los nombres de los platos son tan petulantes como su propio aspecto. Caballa con espuma de jalapeño sobre una base de pepino, ese es el nombre del primero, presentado en un plato diminuto y deforme, como abombado por el sol. Qué maravilloso, exclama Amanda, clavando su tenedor en la diminuta ración, deseosa de acompañar el elogio visual con uno relacionado con el propio sabor. Mmmmm, dice enseguida — ¿por qué hablaba con la boca llena?—, ¡espectacular! Es prácticamente imposible introducir ninguna conversación. Él quiere decirle por fin que se marcha dentro de un par de días, que ya tiene vuelo, que todo lo que han vivido ha sido maravilloso, que nunca se olvidará de ella. Pero cuando apenas tiene la sensación de que están solos, de que ocupan un verdadero reservado, vuelve el camarero fantoche con un nuevo plato, que recibe las alabanzas desmesuradas de Amanda. Burbujas carbónicas con hierbas frescas, recita el camarero, y una vez más el elogio incontenible de Amanda — ¡maravilloso!—, acompañado por el tópico que tenga más a mano — ¡explosión de sabor!; ¡estoy comiendo mar!—. ¿Por qué no comes nada, Federico?, pregunta ella. ¿Te duele? Y lo cierto es que sí, que además de todo, ha salido del hotel sin tomar su analgésico y el dolor está regresando otra vez. De manera que, a falta de Enantyum, se tira al vino. Está delicioso, intenso y noble, lo único verdadero, lo único auténtico de esta cena que le resulta demasiado teatral, como una especie de baile de disfraces, del todo inconveniente, justo lo contrario de lo que buscaba. La actitud de Amanda, además, no ayuda. No había tenido ocasión hasta hoy de comer junto a ella, y nunca hubiera imaginado que su comportamiento en la mesa

pudiera resultar tan vulgar. No se trata solo de su incapacidad para moderar el entusiasmo, ni siquiera de que utilice el pan para ayudarse con el tenedor en cada plato, sino de su actitud incondicionalmente aprobatoria y agradecida, como una sirvienta que hubiera sido invitada de forma excepcional a almorzar en el salón más noble de palacio. Esto te va a costar un dinero, acaba de decir, y en silencio, mientras da un buche más prolongado de lo común a su recia copa de Penedés, recuerda su teoría sobre la pasión: dos semanas, nunca más para mantenerla intacta. Por primera vez esta noche intuye los resquicios, las grietas, como advertencias de lo que puede venir si la relación se mantiene en el tiempo. Después de cuatro platos, el último de ellos, según Amanda, prodigioso —pato ahumado y curado con maíz dulce a la brasa—, ella siente la necesidad de brindar. Por esta noche, dice, levantando la copa, y sus ojos brillan, son dos llamas vivas, dos llamas preciosas, como toda ella, piensa Federico. Por qué narices el tiempo ha de pasar, por qué no existe la posibilidad de congelarlo eternamente para conservar instantáneas maravillosas como esa, la chica de Ipanema y su hermoso y largo cuello que él tantas veces ha besado en los últimos días, de donde mana como una tuba celestial su voz algodónada, no la que no deja de escupir groserías esta noche, sino la voz que cada velada pone música a sus sueños en el piano bar del Aljaraluz Costa. Quizá habría sido preferible no enfangarse y mantener tan solo el recuerdo de aquella voz y aquella presencia impresionante, como una postal de un destino inabordable. Claro que entonces no habría disfrutado de su cuerpo, el erizo de mar escondido en su sexo, sus tersas nalgas en las que, una vez más, había buscado sin lograrlo el rastro de aquel otro amor de hacía veinte años. Por la chica de Ipanema, brinda él, y quizá, después del nuevo buche, antes de que llegue el siguiente plato, sea buen momento para introducir el asunto. Porque la botella está prácticamente acabada, enseguida pedirá la siguiente, y cuando Amanda, tras beber, dice por esta noche y porque vengan muchas más, Federico sonríe y la mira, sus ojos son como dos enormes hogueras invocando a un dios, un dios malicioso que necesita una ofrenda; entonces suspira y dice ay, Amanda. Ay, Amanda, repite, y la toma de la mano, porque ella ha doblado la cabeza y ahora es como un bebé, como un niño que no comprende, como un cachorro que aún no ha aprendido a comportarse. No ha dicho nada, pero lo está comprendiendo todo, porque de repente las llamas de sus ojos se debilitan, más bien se congelan, como si Federico las hubiera ahogado bajo una súbita paletada de nieve. Tiene que hablar, es el momento de comunicarlo todo, pero nuevamente hay una interrupción. Esta vez, sin embargo, no es del camarero introduciendo un nuevo plato, sino que es un grito, una voz destemplada de mujer que recuerda vagamente.

—Hijo de puta asesino —dice Berta, de pie junto a la mesa, seguida muy de cerca por el maître, que sin mucho convencimiento la agarra del brazo intentando frenar la maniobra. Federico no lo ve llegar, no tiene tiempo siquiera de identificar lo que lleva entre las manos. Enseguida siente el chasquido en su pecho, y al momento las gotas salpicando su cuello y parte de su rostro. Es un globo de pintura roja, huele a pintura y el líquido es espeso, le ha llegado hasta las cejas, siente en la lengua su sabor ácido. Se pone de pie, y Amanda también; al elevarse el líquido se escurre por su pecho, manchándole los pantalones.

—Es la sangre de vuestros muertos. La sangre de los corderos sacrificados para que a cambio sigáis yendo a sitios caros y brindando con vuestras putas. —Berta está gritando, totalmente fuera de sí, y ahora Federico puede ver que en su mano derecha porta otro globo, lo ve solo por un

instante, porque enseguida dos camareros —¿dónde coño está la seguridad de un Dos Estrellas Michelin?— la retienen por los hombros y la arrastran hacia la salida.

¡Oilgas, fábrica de muertos!, grita Berta, mientras la conducen por el local hacia el exterior. Federico se sienta otra vez, es un gesto mecánico, como si necesitara recuperar de inmediato la normalidad, como si deseara retroceder en el tiempo hasta cinco minutos antes. Pero es ridículo, porque siente las nalgas encharcadas, al igual que su pecho y que parte de su cara. Se limpia como puede la camisa con la servilleta, pero la tela, al mancharse de rojo, es como el lienzo que avisa de una cuarentena, como el sudario de un moribundo. Está rabioso, y también se siente hundido. El resto de las mesas lo observa expectante.

—¿La conoces? ¿La conoces, Federico? —pregunta Amanda, y de repente siente ganas de golpearla, de apuñetearla hasta dejarla inconsciente. Los ojos le escuecen; le está entrando pintura en los párpados.

El maître tiene el rostro desencajado. Viene con una toalla y un absurdo bote quitamanchas.

—¿Está bien, caballero? ¿Le parece que llamemos a la policía?

Todos los clientes lo observan. Por un instante, Federico centra la mirada en su mesa. Allí están todos esos estúpidos platos pretenciosos, pero los salpicones rojos de pintura dan al conjunto un aspecto sofisticado, como una pintura moderna, como el escenario de un crimen de un asesino con ínfulas artísticas, como la recreación de una imagen voluptuosa entrevista en una pesadilla.

—Enantyum —dice—. ¿No tienen Enantyum?

Durante el regreso a los Gusanos apenas hablan. Al montarse en el coche, Amanda ha intentado sacarle conversación, acercarlo a la orilla de la distensión, para que consiguiera reírse un poco de sí mismo. Pareces un extra de una película de zombis, le ha dicho, pero lo más que ha conseguido por parte de él es un bufido. El resto del tiempo es como si hubiera regresado a casa en un coche conducido por un fantasma.

Finalmente, Federico había declinado la posibilidad de llamar a la policía. Recriminó al maître la ausencia de seguridad privada, pero lo cierto es que una cosa así era impredecible. El establecimiento, por supuesto, invitaba a la cena. Y además, les rogaba que aceptaran una nueva invitación para visitar el Balandro, esta vez sin sorpresas, cualquier otro día. En el aseo, logró desincrustar la mayor parte de la pintura de su cara, pero la chaqueta y el pantalón eran un desastre. También la corbata, que parecía una verdadera lengua sucia. Era una pena; el regalo de sus hijas al cumplir sus cincuenta años, una corbata exclusiva de Stefano Ricci, pura seda italiana estampada a mano, y ahora completamente inservible. Encima de todo eso estaba el dolor, las puñeteras y atosigantes punzadas que se reían de él en el momento más inadecuado.

Estaba de muy mal humor, era lo mínimo, ¿qué coño se creía aquella estúpida niñata? Con el cierre de su panfleto, el divertimento había acabado, podía pasar a otra cosa. ¿A qué venía aquella ridícula maniobra? La cretina había visto demasiados telediarios. Podría haber optado por el activismo nudista. Así, al menos, le habría visto las tetas. Pero no, había decidido no denunciarla. No esta noche. Esperaría a que los nervios se templasen y, sobre todo, a que aquel dolor amainase, y entonces ya vería. Lo tenía decidido al despedirse del maître, que se había vuelto especialmente pegajoso, demasiado solícito, pesado: no denunciaría, repitió. Pero al llegar al aparcamiento su voluntad sufrió una quiebra. Porque la desgraciada, antes de evaporarse, había arrojado el segundo globo sobre el Maserati de alquiler. El vehículo parecía ahora un bombón regado con sirope de fresa. En la luna trasera, la hija de puta había escrito con restos de pintura la inscripción CHARCUTERÍA OILGAS, y algo más abajo, en letras pequeñas, SE DAN PORTES. Encima graciosa, había pensado, y Amanda, al contemplar aquella propina, apretó solidaria el brazo de Federico.

No quiere hablar. Solo necesita dar carpetazo a la noche. Por eso conduce con violencia de regreso a los Gusanos. En el trayecto, Amanda intenta en vano que Federico afloje. Después de bromear con su aspecto de zombi, pregunta por segunda vez si conoce a la chica. ¿Es una amante? ¿Mi recambio?, pregunta, intentando hacerle reaccionar. Nah, contesta él, y desde entonces ya no

habla en lo que queda de viaje.

Al llegar a los Gusanos, lo que faltaba: el gordo de las coquinas, el de los cupones, está sentado en la escalera exterior del bloque. No me lo puedo creer, susurra él, y ella siente que Federico se ha colado en su cabeza y le ha robado el comentario. ¿Es que lo conoces?, pregunta. Lamentablemente, contesta. Federico no piensa subir, necesita volver a su hotel, tomarse un calmante, ducharse, olvidar. ¿De verdad que no te tomas algo?, pregunta ella antes de salir del coche. Mírame, por Dios, dice él. Amanda lo besa, intenta que sea un beso apasionado, concediéndole su lengua. Pero Federico no tiene siquiera cuerpo para eso, además la boca le duele horrores. Aun así, la acompaña hasta el portal.

Al verlos acercarse, el gordo se pone de pie. Lleva unas botas de agua de color albero, y una especie de vadeador de neopreno que le embute la barriga dándole la apariencia de un canguro. Lleva algo en las manos, que resulta ser un cedazo. También una bolsa transparente completamente cargada: son coquinas.

—Ha chocado el coche contra un caballo —grita de una acera a otra, mientras la pareja camina hacia el bloque. Ninguno de los dos entiende sus palabras, las profiere tan rápidamente, y con un acento tan cerrado, que resultan incomprensibles. Al tenerlo más cerca, el gordo añade una nueva pregunta—: ¿Con quién se ha peleado?

—Buenas noches —dice él.

—¿Quién le ha hecho eso, Dios santo?

—Pico Paloma se ha puesto imposible, amigo.

—Le han dado bien en la cara, ¿eh?

Federico acompaña a Amanda hasta dentro del portal. Ya con la puerta del ascensor abierta, renuncia una vez más a subir con ella. Mañana te llamo, ¿de acuerdo?, dice Amanda, acariciándole con cuidado la cara. Bien, vale, contesta él, apretándole la mano. Al escuchar el sonido del ascensor subiendo, suspira con alivio. No es la despedida que él hubiera querido. De regreso al exterior, la brisa de la noche lo serena. Pero enseguida la calma se rompe: una nube de mosquitos viene a su encuentro.

—Son puñeteros. —Es el gordo, que sigue allí, en la escalera. No se había dado cuenta de que a sus pies hay una nevera de playa—. El otro día sin querer me quedé dormido ahí mismo, en mi puerta. Cuando me desperté, me habían masacrado. Tengo una teoría —dice, mientras abre sin mirarlo la nevera: saca una botella de J&B y dos vasos de plástico. Echa un hielo en cada uno y vierte un chorro generoso en el primero—. Si uno se queda a cielo abierto dos días seguidos aquí, acaba convirtiéndose en hueso. Ríase usted de las termitas. Anda, beba —añade, alargándole el vaso.

—No, muchas gracias. —Es lo que faltaba.

—Venga, hombre —insiste—. Vamos, beba.

Qué más le puede pasar esta noche. A fin de cuentas, concluir la junto a un alcohólico demente quizá sea la mejor manera de cerrarla. Así que lo coge. El vaso huele mal, como a pescado, pero el latigazo del whisky le viene bien; le acorcha la zona dolorida, restándole sensibilidad. El gordo también se ha servido y ahora le sugiere un brindis.

No tiene muchas ganas de hablar, así que deja que el otro lo haga. Viene de mariscar, es su

gran afición, coger coquinas. En verdad nació para ser marinero. Y antes de eso, para ser torero. Rafael Molina, como el mítico torero, Lagartijo. Porque él pertenece a la Tierra de los Califas. ¿Sabe de toreo? ¿Le gusta? ¿Y Lucena, lo conoce? Pico Paloma está lleno de hijos de puta. Esto no lo hubiera arreglado ni don Felipe González Márquez. El mejor presidente del Gobierno de España. Aznar nos metió en una guerra. Ya no hay políticos como los de antes. Estoy en deuda con usted, no se me ha olvidado. ¿Quién le ha hecho eso? Porque le han partido toda la cara. Ha debido de sangrar como un cochino.

—Es pintura. —Federico habla por hablar, como si lo hiciera con un niño pequeño que fuera su única compañía en una isla desierta, o con un tronco con forma de cabeza humana con el que hubiera topado casualmente en una excursión solitaria. Al fin y al cabo no es muy distinto de hablar con un leño, porque es lo que parece el gordo, un pedazo de madero con ojos y voz—. Me han tirado pintura. Una estúpida que me tiene hasta los cojones. —Hablar con una masa inerte tiene esa virtud, es como un soliloquio ajeno a la corrección; está permitido ser soez.

—Hijos de puta, lo que le he dicho. —El gordo le rellena el vaso, cargándolo bastante. Federico intenta evitarlo, pero sin ningún esfuerzo. De perdidos, al río—. El Roqueo es lo que tiene. Es un sitio maldito.

Los mosquitos lo están acribillando. Siente el picor en su cuello, abarrotan la solapa de su desastrosa chaqueta, incluso algunos chapotean en su bebida. Pero qué más da, es el infierno.

—Se intentan hacer las cosas bien —qué terapéutico resulta hablar con un madero—. Se pone cuidado en cada gesto, se mantiene una relación generosa e impecable con todo el mundo. Trabajadores, asociaciones, políticos. Y al final te das cuenta de que nada es suficiente. No debería decirlo, pero para esto hubiera sido mejor seguir con el látigo, como se ha hecho toda la vida. Ahora es un látigo nuevo, más bien un pompón. Solo sabemos acariciar. Y nos comen, Rafael, nos comen.

El gordo se conmueve. Porque Federico está sentado con las manos apoyadas en las rodillas y la cabeza agachada. Y por un momento, Rafael tiene la sensación de que se va a echar a llorar. Por eso le posa la mano en el hombro.

—*Qui por cuo*, ya se lo dije. Estoy aquí para lo que mande. Y le debo una. Dígame lo que quiera, lo que necesite, que yo estoy aquí para servirle.

Federico levanta la vista. Desde abajo, la visión del gordo es como la de un enorme jabalí sucio. Es disparatado, demencial, como lo es todo esta noche. Pero la imagen de sí mismo quitando el polvo a los muebles con un pompón le resulta aberrante, absolutamente humillante. Es descabellado, pero por qué no morder, por qué no agitar por una vez el látigo. Quizá solo un aviso, un mero susto, nada convencional ni ortodoxo, sino más autóctono, más propio de allí.

—Igual puede hacer algo —dice—. Quien me ha hecho esto es una chica. Es inofensiva, pura pataleta. Pero quizá no estaría de más que alguien la calmara un poco.

Al instante de decir estas palabras, se siente mal; al escucharlas en su propia voz, liberadas de su conciencia, percibe sus aristas, sus contornos afilados. No está bien. No está nada bien, piensa, pero es como si fuera incapaz de desviar la vista de una escena desagradable, un gato despachurrado en el arcén, un bebé con malformación, un suicida estampado contra el suelo después de arrojarlo desde una cornisa.

—Un susto, una advertencia. Algo sencillo, pero no drástico.

El jabalí lo observa desde arriba.

—No drástico —repite, desviando la mirada hacia un lado—. No drástico.

Es disparatado, demencial, peligroso, una línea que nunca puede ni debe rebasar. Pero esta noche está de visita en el infierno, e igual si cierra los ojos bien fuerte es posible que pueda regresar a su cama, y en realidad todo se trate de un estrafalario sueño.

—Déjeme a mí, Federico —concluye el gordo—. *Qui pro cuo.*

A pesar de que aprieta el ritmo, a pesar de que al entrar en la alameda de Porzuna acelera, como en el sprint final de una carrera, e intenta mantener esa cadencia durante varios minutos, no consigue que el esfuerzo le despeje la mente, como en otras ocasiones. Cuando el cuerpo le ruega que frene, que tome algo de aire, todavía entre las sendas serpenteantes del parque anochecido, detiene el paso y a horcajadas intenta recuperar el aliento. Suda profusamente bajo la capucha, así que abre la cremallera de la sudadera para dejar que la mínima e insuficiente brisa penetre en su pecho a través de la camiseta. También, al final, se quita la capucha; siente la nuca empapada de sudor. Camina hacia la salida del parque, recuperando el ritmo de su respiración. Pero no va a acabar aún, tiene que seguir corriendo, tarde o temprano los pensamientos vendrán a ella.

Reanuda la carrera, ahora con suavidad. La senda la conduce a una de las vías principales de Porzuna. Se cruza en su camino con un grupo de corredores. Un par de ciclistas. Una pareja joven que pasea cogida de la mano.

La sangre. La sangre de mentira pero tan rotunda en su rojez que lo había llenado todo, el cuerpo del cretino, su rostro sorprendido, la mesa atiborrada de exquisiteces, todas ellas sucias, incomedibles. El puto coche de rico. Ojalá, también, su conciencia manchada por su condición de asesino. Vaya miedo de dragones. Y sus ojos, acostumbrados a colonizarlo todo, acostumbrados a doblegar miradas, observando los suyos. Se había quedado corta con el guantazo. El sonido había sido contundente. Anika se hubiera sentido orgullosa. Cómo la echaba de menos. Su cuerpo desnudo. La habilidad de sus dedos. Es lo que necesitaba, lo que estaba necesitando desde hacía tiempo. Cotejar la humedad de su sexo con otro en el que pudiera recrearse sintiendo el olor, la textura, tan parecida pero tan distinta, solo oquedades, nada más que madrigueras, nada de elementos punzantes, salvo los pechos enhiestos y, por supuesto, los dedos. Los dedos de Anika, unos dedos finos de mujer, pero arrebatadores en las caricias, imponentemente duchos a la hora de conducirla al placer. Su olor fuerte de animal acostumbrado a la intemperie, a cazar cuerpo a cuerpo, a sobrevivir con concesiones mínimas al sueño. Era un olor fuerte y ácido, un sudor penetrante y auténtico, y su piel sabía salada, genuinamente salada. Ella merecía aquella sangre, la sangre de mentira chorreando por la chaqueta del estúpido directivo trajeado. Morder, clavar las uñas, no claudicar: eso que no había encontrado en los ojos de su tía. Desgraciada, ignorante, imbécil esclava dispuesta a decir sí, dispuesta a ceder, superada por su ridículo ternurismo. En esa sangre de mentira flotaba el cuerpo de su tío, el suyo y el de muchos otros. También el del idiota de Quico Paredes, el de toda Pico Paloma.

La sangre. Las luces de las farolas intuidas tras la hilera de árboles, en esta zona de Porzuna que discurre en paralelo a la carretera exterior. En un banco guarecido por la oscuridad una pareja retoza. Ella encima de él, mientras acaricia con parsimonia su rostro, con la espalda arqueada. Necesita a una. Necesita acariciar y sentirse acariciada, recorrer con sus dedos la zona baja de un pecho para sentir su tibieza; y al mismo tiempo, notar la cálida saliva de una boca recorriéndola, arriba y abajo, como si fuera un alimento, como si su cuerpo fuera un territorio que su amante inspeccionara, midiendo la distancia entre sus pechos y su sexo, entre sus tobillos y sus nalgas, con el rigor de un explorador ávido de hacerse con el terreno. Quizá la falta de caricias tenga que ver con su rabia. Pero esta rabia viene de muy dentro, adonde ninguna lengua ni dedos expertos alcanzarían. Una mente negativa nunca podrá darte una vida positiva. Cambia de actitud. O lo que es lo mismo: muestra todos tus orificios disponibles. Exhíbelos dispuesta a su relleno sin concesiones. Da igual un falo de hierro que una broca o que una navaja. Lo importante es estar abierta a la invasión. Porque es lo que Oilgas necesita para seguir viviendo. Porque es lo que todos en el puto pueblo necesitan: más carne para la barbacoa, carne complaciente y estúpida para que prosiga la fiesta. Su tía era una estúpida, pero no lo era más que su propia madre, e incluso, incomprensiblemente, que su padre. Él, que había llegado a un acuerdo más que digno con la fábrica que le había destrozado la salud, que le había carbonizado los pulmones, convirtiéndolo en un viejo prematuro con un invernadero de flautas en el pecho. Pero al menos había sabido negociar. Eran otros tiempos, le había dicho el viejo, ahora las cosas no son así. Ni siquiera él había estado a la altura, también, como su madre, había apoyado la postura de su tía. Dejarlo estar. Dejarlo atravesar las calles diciendo adiós alegremente, como si no fuera con ellos. Pero iba con ellos. El dolor. La sangre. Las noches en vela. El futuro de Manolito. La puta vida arrancada. Claro que sí. Claro que iba con ellos. Y con todos.

Las luces de las farolas se alejan; el sendero penetra otra vez en el parque. En esta zona está más oscuro. Al fondo hay un rastro de luz. Es la salida trasera de Porzuna, donde queda la zona de aparcamientos. Berta acelera, está cansada, pero ahora sí nota que las ideas fluyen, que todo se agita convenientemente, fabricando imágenes en su cabeza. El lodo flotante en medio del mar. La enorme mancha rugosa y gris fabricando pequeñas islas descompuestas, muy cerca de la refinería. Era como los vertidos tóxicos que había visto en muchos informativos de televisión. Una fuga en toda regla. Mucho más escandalosa y contundente que la pintura roja. La venganza definitiva. Quién no le echaría cuenta ahora. Qué medio de comunicación, por muy untado que estuviese, desviaría los ojos de aquella infamia. Un desastre ecológico en pleno parque natural del Roqueo. Cómo justificarían entonces los de AMPIPA su silencio.

Tenía que volver para tomar imágenes. Abriría un nuevo blog. Se lo cerrarían de nuevo, pero entretanto aquella fuga ya no estaría solo en esa zona del Mediterráneo, a muy pocos metros de la planta: navegaría por Internet, libre, anegando como un tumor las conciencias acomodadas y los estómagos satisfechos y agradecidos de todas aquellas existencias que poblaban aquel pueblo maldito que se merecía perecer bajo el fuego.

Al final del sendero oscuro, más allá de la arboleda, vuelve la luz. Pero antes, aquí, hay una presencia. No es una pareja acaramelada, ni un perro con su dueño, quizá alguien que ha venido a fumarse un canuto. Berta mantiene el ritmo, mira hacia delante, pensando en dejar atrás cuanto

antes el bulto. Pero al llegar a su altura, sin desviar la vista, de repente el bulto se interpone, nota un golpe en la espinilla derecha, y entonces viene la caída. Siente el arañazo de las piedras en las palmas de sus manos, y también en sus rodillas; de igual modo, un dolor instantáneo en la barbilla. No tiene tiempo de volver la vista, ni de incorporarse, un nuevo dolor se suma al resto. En el estómago, bien fuerte. Es una patada. Quien sea que está allí, lo tiene encima, y después de patearle el estómago, nota que la agarra del pelo.

—Cacho puta —es lo que acierta a escuchar, antes de que un fuerte golpe en la cara la lleve a hundir la boca en la tierra. Incomprensiblemente, a pesar de que el gusto a óxido de la sangre lo camufla, le sorprende el sabor dulce que tiene la arena.

Ha encendido la radio, pero hace siglos que no mueve el dial, así que el botón está duro y le cuesta desplazarlo por la banda. Todo lo que suena es lluvia, y hasta el tercer intento no se percató de que lo tiene en modo AM. Al cambiar a FM, de repente, el Renault 21 se llena de ruido. Busca alguna emisora de radiofórmula, y por fin consigue sintonizar un canal de música estridente. Le serviría para acallar los sonidos procedentes del maletero, pero no podría soportar por mucho tiempo aquella mierda.

Al llegar al semáforo que marca el desvío hacia la zona de Aljaraluz, Rafael baja por un momento el volumen. Después de un silencio que dura apenas cinco segundos, vuelven los golpes. La muy puta no le va a amargar la noche. Así que toma la vía de servicio y conduce hasta una explanada que queda resguardada de la carretera por un edificio desmoronado. Apaga las luces y sale del coche. Al abrir el capó, tiene la sensación de haber viajado en el tiempo, el cuerpo encogido de Berta le recuerda a uno de los jamones de bellota robados con los que en otra época solía comerciar. Berta tiene la boca precintada, pero la sangre que mana de su nariz y su mejilla emborrona toda su cara. Más que un jamón, es una pierna tierna, que necesita mucha curación todavía. También tiene precintadas, a su espalda, las muñecas, pero los pies están libres. Eso es lo que produce los golpes, a pesar de que las bolsas de pañales, supuestamente, deberían acolchar el ruido.

—No te vas a estar quieta, ¿verdad, cacho puta?

Los ojos de ella están desmesuradamente abiertos. Rafael tiene que reconocer que son bonitos. Y además tiene unas buenas tetas. Le tiemblan debajo de la camiseta blanca. Pero esa no es la idea. Ya lo dijo su amigo el de las patillas canosas. Nada drástico. No sabe exactamente qué significaba, pero podía hacerse una idea.

Rafael cierra el puño y la golpea en la cara una, dos veces. Berta gime y Lagartijo la agarra por el cuello.

—Nos vamos a dejar de patadas, ¿a que sí? —dice. Después la suelta y toma el rollo de precinto plateado. Ella extiende dócilmente las piernas, dejando que Rafael despliegue el precinto hasta darle tres vueltas. Lo rompe con los dientes y se despide de Berta— venga, ahí, tranquilita —antes de volver a cerrar.

Ahora Berta no protesta. Lagartijo retoma la conducción, pero ya no se oyen golpes. Aun así, por precaución, sube el volumen de la radio. Tanto movimiento le ha dado sed. Pensaba ir a casa directamente, acomodarse a la cría, tomárselo con calma, y mañana, bien temprano, localizar a su

amigo. Que él hiciera lo que quisiese con ella, ya no era cosa suya, él había cumplido con su parte. *Qui pro cuo*. Pero al tomar la intersección, camino de los Gusanos, piensa que necesita beber algo. Una cosa rápida, en Casa Salustio. Con tanto trajín, si no se toma un par de copas, le costará horrores dormir. Así que se desvía de su destino. Y para no llamar la atención, en lugar de aparcar en la puerta del bar, como de costumbre, deja el coche en el sendero que conduce a la playa. En verano es horroroso, imposible aparcar, pero ahora, salvo alguna parejita que venga a follar, aquí no estaciona nadie. Antes de encaminarse hacia el bar, golpea dos veces el capó.

—Estate tranquilita que ahora vuelvo —dice.

Pero uno sabe cuándo entra en Casa Salustio, nunca cuándo va a salir. Allí están el Torta, el Perruneque, el idiota del Dandi, pero sobre todo el Tirolina, que acaba de volver después de haber estado un año y medio destinado por su empresa en Canarias. Está más delgado, más calavera, así que ahora las arrugas verticales que le recorren el rostro como un código de barras —de ahí le viene el mote— parecen más pronunciadas todavía. No le había quedado más remedio que marcharse, aquí se habían quedado sin negocio y era o eso o la calle. Pero no se vivía mal en las islas, y además se ganaba incluso un poco más, la lástima era la familia. Qué familia ni familia, le había replicado el Torta, si a ti no te quiere nadie. Era su forma de mostrar cariño, enseguida se habían abrazado y el Tirolina gritó que invitaba a una ronda. Al llegar Lagartijo, ya iban por la segunda. También se habían saludado con cariño, estás más gordo, Rafael, había dicho el Tirolina, y tú más viejo, había contestado Lagartijo, y para que no se quedara rezagado Salustio le sirvió directamente dos pistoleros, por supuesto sin corona. Habían brindado varias veces, el Dandi quiso meter algo de baza hablando sobre las condiciones fiscales especiales del archipiélago, sobre el sistema excepcional de remuneración de los funcionarios, a todas luces injusto comparativamente con la península. Canarias tiene la menor fiscalidad de la Unión Europea, y sus funcionarios son los mejores pagados del país, dijo, dándoselas de enterado, como de costumbre. Déjate de gilipolces, gritó de un extremo a otro de la barra el Bocachancla. Que aquí el Tirolina ni funcionario ni hostias. Un currante con todas sus letras. El comentario del Bocachancla mereció otro brindis, y después de seis copas es Lagartijo quien se viene arriba. Esta es mía, llena los vasos. Por el amigo Tirolina, más viejo que nunca, por los dos telediarios que le quedan. Casa Salustio, sí, es su verdadero hogar, junto a ese puntal amarillo le gustaría que lo enterrasen. Alguien saca el nombre de Reina a la palestra. El bueno de Reina, con su aspecto de tapón de botella de champán, cabezudo y retaco, andaba, ¿os acordáis?, como un compás, hincando un pie en el suelo y arrastrando el otro pie como en círculo. Pobrecito, nunca se cuidó, el azúcar se le llevó primero el pie derecho por delante, después el izquierdo, y al final era un cacharro roto en silla de ruedas. Pero no murió por el azúcar, fue el hígado, lo reventó. Era gracioso, el cabrón, todavía no he conocido a nadie que bebiera más que él. Y cómo le gustaba la copla, se le ponían los ojitos brillantes cuando la Juani se arrancaba, ya no lo hace nunca porque está muy vieja. ¿Verdad que está vieja, Salustio? Hablaron de Reina, y también de Toribio, y de Serna, de todos los héroes caídos de Casa Salustio, los que no llegaron a tiempo de disfrutar de su propio puntal. ¿Ya no sales a mariscar, Lagartijo?, ha preguntado el Tirolina, y Rafael ha contestado que por supuesto, sale una o dos veces por semana, solo que la cosa se ha puesto difícil, ahora si te ven te meten un paquete, lo de siempre, las toxinas, todo mentira, es para que

nada más se lo lleven los restaurantes de Aljaraluz. Todo está peor, concluye el Perruneque, levantando el vaso, con las mejillas sanguinolentas, y sin que nadie lo secunde se lo bebe de un trago. Peor, mucho peor, asiente el Dandi; y entonces, bajo la tenue luz de la lámpara sucia que ilumina el local, llenando de sombras los rostros de los bebedores, proveniente de la calle, filtrándose bajo el hilo de la puerta o quizá por el resquicio de alguna de las ventanas semiabiertas, se cuele un denso vaho de tristeza, es casi imperceptible si no se presta atención a sus tímidas señales: la mirada perdida del Perruneque mientras digiere el último buche, el tosido de Lagartijo delante de su vaso, el aire desabrido de Salustio al arrastrar un paño húmedo y sucio por la formica, y sobre todo los ojos de profunda infelicidad del Tirolina. No me han destinado otra vez aquí. Me han echado, declara, y la confesión cae sobre la barra como una enorme gota espesa e invisible capaz de salpicarlos a todos. La euforia se ha escurrido, se ha marchado por los mismos resquicios por los que entró la tristeza. Vaya por Dios, qué guarrada. Treinta años de dedicación a su empresa, y después de moverlo de un lado a otro, obligándolo a cambiar de tierra, ahora resulta que ha dejado de ser rentable. Y todavía me quedan ocho años para la jubilación, añade. Pero no van a dejar que caiga, no al menos esta noche, por mis muertos que me llamo Lagartijo, echa ahí otra hasta arriba, que invito yo. De qué trabaja el Tirolina, lo pregunta en voz baja Lagartijo, pero a su lado el Torta confiesa no tener ni idea, algo de transportes, dice finalmente, con su cara de torta de aceite, y Rafael pide otro brindis, me cago en mi nación, no van a poder con nosotros. Al Dandi le gustaría hablar de Canarias, igual podría haberse buscado algo allí para no tener que regresar, las condiciones fiscales son excelentes y hay muchas oportunidades, seguro que muchas más que aquí. Pero el Tirolina solo quiere beber y olvidarse de todo, ni siquiera ha ido todavía a ver a su hijo, hace como un año que no lo ve, a su exmujer le pueden dar por culo bien fuerte, a esa ni en pintura. El Bocachancla tiene un chiste para suavizar el ambiente, el hijoputa tiene gracia contándolo, es un chiste malo pero a todos les hace gracia cómo lo cuenta, por eso sonrían, y después de una hora y media parece que ha sido hace diez minutos cuando Rafael ha llegado al bar, y cuando han pasado dos horas el Dandi y el Torta ya se han ido pero el Bocachancla y el Perruneque están con idea de ir a visitar a las primas. Son los únicos que mantienen vigente su hábito putero, los que están más fuertes de bolsillo y más capaces de edad, pero el Tirolina está muy borracho y no da para más, y Lagartijo tampoco se sostiene, aunque al salir del bar tiene la tentación. Vente, Lagartijo, saludamos a las primas y después nos vamos. ¿Adónde vas, Tirolina? Espera, que te acercamos. La reunión se disuelve a las puertas del bar, mientras Salustio corre las cancelas junto a la Juani y sugiere que mejor se vayan todos a dormirla a casa.

Ahora está solo. Echa a andar hacia el sitio en el que suele dejar su coche, pero no lo encuentra. Vaya si va borracho. Y no comprende por qué, otras veces llega mucho antes y se va más tarde. Qué buen tío, el Tirolina. Cómo lo ha puteado la vida. Cómo nos jode a todos, lentamente, devorando nuestras entrañas. No sabe dónde lo ha dejado, debería estar aquí. Así que se apoya sobre un coche e intenta pensar. Lo ha traído, eso está claro. Cruza la acera y se deja conducir por sus pies. Es como si los pies caminaran solos, a su propia voluntad, tirando de su cuerpo. Se va ladeando, lo nota como si dentro de su cabeza llevara un piloto que lo obligara a caminar inclinado. Pero él quiere ir recto. Entonces un chispazo de recuerdo alumbra la cueva: en

la playa, lo ha dejado en el camino de la playa. Igual pilla a alguna pareja follando. Hay un coche blanco, y después, bingo, está el suyo. Se detiene al contemplar, dibujado sobre la carretera descendente, el destello plateado del mar. Qué bonito es de noche, sin ruidos, solo el rumor de las olas batiendo la orilla. Que lo entierren junto a su puntal de Casa Salustio, pero que antes paseen su cadáver por el mar en una barca. Quién fuera coquina para sentir solo la caricia de la arena y el frescor del Mediterráneo. Al llegar al primer coche, percibe movimientos en su interior. Se detiene un instante para observar a través de la ventanilla. Hay un rostro sofocado de mujer que enseguida se repliega al sentirse observado. Se oye un cruce de palabras, y finalmente quien asoma la cabeza es la pareja, un tipo ceñudo que le pregunta qué coño mira. Pero él no está mirando nada, balbucea, señalando al R21, solo viene a coger su coche. Al sentarse por fin en el asiento, enfrente tiene la playa. No lo separa del mar más que el tramo final de la carretera y la arena. Igual, si acelerara, podría superar las dunas, evitando que las ruedas quedaran atrapadas. Al llegar a la zona de arena húmeda sería mucho más fácil acelerar, y así entrar por completo en el agua. Y entonces dejar que el mar lo penetrara, fundiéndose con el Mediterráneo, para convertirse en molusco.

Introduce la llave. Enciende el motor.

Y es como un carraspeo que se cuela en su zozobra. Quizá como el tosido de su padre, algunas veces, de madrugada, ese tosido enfermo que le recuerda a cada instante su deuda, la proporción del sacrificio. Papá. Se acuerda de él ahora. Eran otros tiempos, había dicho. Los de ahora, hubiera añadido ella, son mucho más salvajes. Bajo su cuerpo, percibe el temblor, el coche ha empezado a moverse otra vez. Era angustioso durante los primeros momentos, la sensación invariable, idéntica, de oscuridad tanto con los ojos abiertos como cerrados. Pero después de renunciar a ese sentido, durante el resto del tiempo, especialmente desde que el coche se detuvo, ha tenido ocasión de ejercitar el resto. El que más rendimiento le ha dado es el olfato. Huele a humedad, a barro, pero también a plástico, a producto nuevo. Con las manos abiertas y unidas por las muñecas, palpó la superficie que quedaba a su espalda. Era una bolsa precintada y lisa, pero al hundir los dedos notaba que blanda. Comenzó a rascar con ellos hasta conseguir hacer un agujero. Dentro, había algo suave, esponjoso. Retorció la mano con la intención de hundirla en aquel agujero, pero todo era idéntico, sin que se adivinara el fondo. Contrajo su cuerpo, contorsionándose todo lo posible, para elevar la mano buscando otra textura distinta. Los brazos dolían, igual que la cabeza, aprisionada contra una de las esquinas del maletero. Extendiendo sus dedos, notó que el anular de la mano derecha tocaba algo duro y punzante. Pero el dolor era insoportable, así que volvió a relajarse.

Respiró pausadamente. Tenía que ser positiva, como le había recomendado aquella despreciable leyenda que había sustituido a su blog. Esto, por ejemplo, era mejor que estar enterrada. No había tierra encima, y además podía moverse. Si conseguía rasgar el precinto que unía sus muñecas, era posible incluso que pudiera escapar.

También aguzó el oído. El sitio al que había ido a parar era silencioso. A lo lejos se oía un sonido constante, un vago reverbero, o bien estaba junto a una autopista o bien era la playa. En ambos casos, un lugar ideal para escapar. Así que volvió a intentarlo, se encogió nuevamente e intentó desplazar sus muñecas hacia arriba. Al presionar con su cabeza en un extremo, sentía un dolor muy intenso en la cara. Lo estaba tocando, era un pico. Colocó las dos muñecas sobre el hierro o lo que fuera, y presionó. Empezó a sentir que los músculos del antebrazo izquierdo se le agarrotaban, pero no podía parar. Apretó con todas sus fuerzas contra el saliente, utilizando todo su cuerpo. Por fin notó cómo parte de la cinta saltaba, seguido por un enorme dolor en las muñecas: se había arañado la piel. Regresó a su posición relajada, pero ahora podía tirar de su mano izquierda, estaba casi desgajada del precinto. La muñeca dolía mucho. Aun así, tiró varias

veces, hasta que por fin las manos se separaron. Las unió sobre su regazo. Palpó el origen del dolor, la zona alta de la muñeca izquierda, donde comenzaba propiamente la mano. Había seguro una herida, era una hendidura húmeda, así que estaba sangrando. Lo siguiente no fue atacar los pies, sino la boca. Respiró aliviada al desprender el precinto de sus labios. Lo había conseguido. Tuvo ganas de llorar, pero se resistió; todavía quedaba lo más importante, sin las piernas libres, no podría correr. Con las manos sueltas, buscó algún otro objeto punzante. Solo encontró, detrás de su cabeza, una superficie compacta y envuelta en plástico. La palpó hasta identificar una plegadura, y comenzó a rascar. Eran latas, un pack de latas circulares, quizá de conserva. Tomó una de ellas, que le cabía en la mano (pesaba, dedujo, medio kilo por lo menos), y la dejó junto a su cintura. Con gran esfuerzo se dio la vuelta, y de frente tocó las bolsas en las que había hundido los dedos. Extrajo una de las láminas esponjosas por la ranura que había fabricado estando de espaldas y se la llevó a la nariz. Aquello olía bien. No eran toallas, pero la utilizó para secarse la cara. En la boca sentía el sabor de la sangre que manaba de su nariz, mezclada con la arena. También la utilizó para secarse los ojos; estaba sudando profusamente. El pico que le había servido de objeto cortante resultó ser el pie de un inflador. Pero más allá de eso, no había nada que pudiera utilizar como arma. Volvió a contorsionarse otra vez para desprenderse del precinto en sus pies. Logró finalmente despegar un pie, y el otro también quedó libre, aunque con los restos del precinto adheridos al tobillo.

Respiró. Ahora podía moverse, al menos en ese espacio. Tuvo la tentación de empezar a golpear el capó por dentro, de gritar auxilio. Pero allí nadie le respondería. Bocarriba, tomó la lata de conserva imprecisa y la apoyó en su estómago. Quizá era más conveniente esperar. Podría intentarlo en otro momento más propicio, cuando detectara ruidos afuera que favorecieran su hallazgo. Permaneció en postura decúbito supino, expectante, atenta al sonido de su respiración y al vago rumor que rodeaba el coche. Le pareció escuchar un motor, pasados unos minutos un sonido de música. En un momento indeterminado oyó una sirena de ambulancia. Pero acabó plegándose a la modorra. Era inevitable. Resultaba imposible conjeturar sobre el paso del tiempo. Pero, en efecto, como le había sugerido aquella cínica leyenda, tenía que ser positiva: sus manos estaban libres y tenía un arma arrojadiza.

Ya ha vuelto. El carraspeo del motor es su padre de madrugada tosiendo por su EPOC. Él había cambiado, no era el luchador que fue en aquellos tiempos, cuando consiguió una indemnización histórica de Distrigrasa. Ahora, ante lo de su tía, prefería dejarlo estar. Pero ella no lo había dejado. Si con su edad no tenía rabia, cuándo la tendría. Esa rabia le venía muy bien ahora, para enfrentarse a aquel asesino, violador, lo que fuese. Estaba harta de ver informaciones parecidas en la tele. Hombres que penetraban a mujeres. Hombres que las llevaban a un descampado y allí abusaban de ellas, para después arrojarlas a un pozo o en una cuneta. El tío aquel, al que solo había entrevisto la cara unos segundos, le había quitado el móvil. Antes de propinarle los dos últimos puñetazos, había hecho un esfuerzo por radiografiarle el rostro. Era gordo, algo viejo, tenía aspecto de sucio. Pero era, sobre todo, un hombre. Incapaz de reprimir sus instintos violentos. Vendría a por ella, intentaría hundirle su repugnante pene de gorila, jadearía sobre su cuerpo. Aquel pensamiento le producía arcadas mientras el coche traqueteaba. Ahora el coche se ha detenido, pero el motor sigue encendido. Berta atiende con todos los sentidos puestos

en el capó. Tiene bien cogida la lata, dispuesta a emplearla como piedra. Pero el coche sigue avanzando. Su cuerpo se desliza hacia sus pies: hay una curva pronunciada. La marcha se ralentiza. Y ahora sí, por fin, el auto queda detenido. Oye la puerta abriéndose, cerrándose al instante. Unos pasos acompañados de algo parecido a un gruñido. Espera que esos pasos se hagan más intensos, certificando que se acerca. Aprieta con fuerza la lata; su respiración es un caballo desbocado. Pero no se acercan. De hecho cada vez suenan más débiles, como el goteo de un grifo recién cerrado. Se ha marchado. Berta respira aliviada, pero no baja la guardia. El gordo volverá.

Parece mentira que fuera hace tres días que nació. Porque tiene porte de insecto maduro, que sabe lo que se hace. Hace nada era solo un huevo, uno de los millones que formaban su bolsa, flotando sobre la marisma, expuesto como el resto de sus hermanos a la depredación de las larvas de escarabajo, las libélulas, las arañas. Muchos de ellos, de hecho, fueron devorados, pero la suerte fue benevolente con él, así que apenas dos días después de haber sido depositado sobre la marisma por su madre en forma de huevo se transformó en larva. También en ese momento, siendo larva, pudo ser eliminado por alguno de los pájaros mañaneros que merodean por los Gusanos, o bien por los murciélagos nocturnos, pero por suerte nadie había evitado que siguiera creciendo. Todavía, sin embargo, le quedaba la última transformación previa al estadio actual, su conversión en pupa, sin duda su etapa más antipática, con cuerpo casi de mosquito pero en absoluto reposo. Finalmente, al amanecer, la crisálida se había abierto y por fin pudo echar a volar. De eso, parece mentira, hace solo tres días, y ahora luce palmito sobre la marisma, donde las amenazas no son menores que cuando engordaba siendo larva. A los pájaros les encanta cazarlos al vuelo, y los mosquitos hembra como él se enfrentan además a una amenaza añadida: ser aplastados por los humanos. Es un riesgo que les va en su condición, y esta noche el mosquito hembra se siente especialmente nervioso. Ha abandonado la marisma, y gracias a la discreta brisa favorable ha sobrevolado el cielo de los Gusanos dispuesto a buscar sangre. No tiene nombre, ninguno lo tiene, ni siquiera saben que pertenecen a la especie *Culex pipiens*, el mosquito común que habita en humedales, insectos del montón, aunque si lo supiera, este mosquito podría ponerse exquisito y objetar que son *culicidae*, pertenecientes a la familia de los dípteros nematóceros. Tienen mala prensa porque son causa de muchas enfermedades, como la meningitis o, en el caso de EE.UU., el virus del Nilo occidental. Y aquí, en la marisma, lo único que saben hacer es fastidiar, y los mosquitos hembra, además, saben localizar el dióxido de carbono para poder cumplir con su función hematófaga, para poder iniciar sus puestas de huevos. Si todo sale bien, si nada se tuerce, este mosquito hembra concluirá la noche poniendo huevos sobre la marisma, pero antes tiene que identificar sangre. Para eso, se vale de sus tres principales sentidos: olfato, vista y uno muy especial, su capacidad de seleccionar las fuentes de calor.

El mosquito va a tener suerte. Porque cuando ha comenzado a planear, camino de las pocas luces encendidas de los bloques de los Gusanos —apenas tres o cuatro, sumadas a la media docena de farolas que alumbran tenuemente el perímetro de los edificios—, y mientras proyectaba levantar el vuelo para decantarse por alguno de los focos de luz —en el segundo hay una, y

también en una de las ventanas del tercero—, un vehículo ha aparecido por la solitaria calle. Venía lento, y el conductor no ha tenido que maniobrar para aparcarlo, aunque lo ha hecho parsimoniosamente, dejándolo medio doblado, a casi medio metro de la acera. El mosquito todavía no ha levantado el vuelo, así que estaba a menos de cincuenta metros, la distancia límite a la que puede identificar una fuente de CO₂. Del coche ha salido un individuo gordo, casi se ha caído al abandonar la cabina. Era irresistible, una formidable fuente de sudor fuerte, un surtidor de oxígeno. El mosquito hembra no se lo ha pensado y ha descendido hasta situarse a pocos metros de él. Pero no se ha atrevido a posarse en su piel, ni siquiera en su ropa, porque el gordo camina de manera extraña, dando bandazos. Sale del vehículo y se dirige con paso torpe hacia la escalera del primer bloque. Al subir el primer escalón está a punto de caer, pero se agarra a la barandilla y consigue seguir subiendo. Así llega hasta la puerta de la que parece ser su vivienda. El hombre balbucea, profiere palabras que al mosquito le resultan incomprensibles, pero que nosotros sí entendemos, está diciendo sus muertos, cago en la puta, su puta madre. Porque tiene en la mano un juego de llaves, y está buscando entre ellas la que debe abrir la puerta de su casa. Es un momento ideal para intentar picar, y el olor es denso, irreprimible, a apenas unos centímetros el mosquito hembra se restriega su probóscide dispuesto a la succión. Pero nuevamente hay un movimiento inesperado, el gordo ha conseguido introducir la llave en la cerradura.

En su expedición a la búsqueda de sangre humana, por supuesto, este mosquito hembra no está solo. Uno de sus compañeros, de hecho más expeditivo, ha volado hasta el segundo piso, hasta el origen de la luz que se dibuja en una de las ventanas. El cristal estaba abierto, así que pudo colarse. Allí estaba un joven, más bien un niño, delante de su ordenador; se trataba, claro, del pequeño Nico, que revisaba las cifras de visita de su canal, compaginándolo con la búsqueda de páginas de culos y tetas. Viendo un vídeo sobre Top Culos, el calor corporal de Nico había subido, y eso destartaló por completo al mosquito hembra. Se lanzó sin ninguna precaución sobre el brazo del niño. Fue un mal movimiento, que pagó con su vida: enseguida Nico aplastó al insecto contra su brazo. Era el gran riesgo de la caza, por eso, en el piso bajo, el mosquito hembra que persigue a Lagartijo debe andarse con cuidado. La vida de un mosquito hembra está cifrada en un mes, como en casi todas las especies viven más que sus compañeros macho, y también como en casi todas las especies su vida está más expuesta al riesgo. Ellos no sufren, no lloran ni hacen duelo, de lo contrario habrían sentido la muerte de un nuevo colega en el segundo. Tras despachurrar a su mosquito, Nicolás ha oído ruidos por la ventana, el coche cerrándose, y sobre todo las maledicciones del gordo al intentar abrir la puerta de su vivienda. El niño ha recordado la escena de días atrás, el gordo tumbado sobre su puerta; ahora está solo en casa, porque su madre no ha vuelto de Aljaraluz, quizá la suerte le esté sirviendo en bandeja un nuevo vídeo con potencia viral. El *Bottle Flip Challenge* había superado en apenas cuarenta y ocho horas los cuarenta y cinco mil likes, y el número de suscriptores del canal se acercaba felizmente a los diez mil. «Vuelve a los vídeos kchondos, hazt un favor», le había sugerido la cáustica Wallisa69. Y quizá era el momento de darle la razón, aprovechando el filón del gordo borracho. Así que ha abierto la puerta de su piso, parapetado con su móvil y su palo selfie; ha tomado las llaves, y ha comenzado a bajar por la escalera. Desde el descansillo del primero ha observado la puerta abierta del piso del gordo. Estaba bastante lejos aún para que nuestro mosquito hembra percibiera

su olor. Además, por nada del mundo el insecto cambiaría de objetivo: dentro de la casa, totalmente cerrada, los olores habían montado una orgía. Qué delicioso hedor a pies, qué fantástico olor a sudor seco, cuánta succulenta ponzoña. El gordo ha entrado en una habitación que parece ser un ruinoso almacén, atiborrado de paquetes de pañales de niño y de packs de alimentos. Ha tomado una silla y la ha colocado en medio de la habitación. En el techo, una bombilla pelada alumbraba la estancia, y si el mosquito pudiera albergar sentimientos de terror, ahora temería que otros compañeros acudieran llamados por la luz para hacerle la competencia. El gordo tiene unos generosos brazos, cuánta proteína acumulada allí, en cuántos huevos podrá traducirse aquel alimento. Pero también flota en el ambiente un olor dulzón. Es el alcohol, que mana generoso de su aliento con cada torpe movimiento. Ahora ha rebuscado en un cajón y ha tomado algo, una manta bastante ajada, y también algunas cuerdas.

El mosquito escolta al gordo en su camino hacia la calle. Ha dejado la puerta abierta, otro error, una grosera llamada para el resto de los colegas. Ahora podría sin más picotearle en el cuello y antes de que se detuviera tendría ya su recompensa. Pero prefiere seguirlo a cierta distancia. Puede identificar la marcha de su víctima, y desde esta posición también puede percibir al niño, que ha descendido aún más por la escalera y contempla intrigado sus movimientos. También Nico expele abundante CO₂. Además suda, lo que incrementa el olor. Pero nuestro mosquito hembra no tiene intención de diversificar.

El gordo ha llegado al coche. Desde arriba, el mosquito hembra contempla la escena: el gordo metiendo la llave en la cerradura del maletero. Al instante, el maletero abriéndose abruptamente, y unas piernas enérgicas que salen de su interior, propinándole una patada en el pecho. Si lo de dentro del piso del gordo era un festín, qué decir de lo que brota del maletero: huele fuerte a sudor, hay sangre húmeda, es una verdadera bolsa de dióxido de carbono concentrado. Instantáneamente, el mosquito ha cambiado de objetivo. El gordo retrocede por el impulso de la patada, trastabilla pero no llega a caer, y entretanto la joven logra salir del maletero. Lagartijo grita qué coño, cacho puta, pero Berta está de pie y se abalanza sobre él con una lata de salchichas en la mano. Desciende con la lata sobre él, y aunque el gordo utiliza las manos de pantalla, logra atizarle en la frente. Ahí sí cae al suelo, se descuajaringa. Hijoputa, asesino, dice Berta, está gritando, formando mucho alboroto, y el mosquito la tiene a tiro, sangra por las muñecas y por la barbilla y por las rodillas, es un festival de alimento, pura pornografía para sus apetitos hematófagos. El mosquito tiene que aprovechar, porque enseguida decenas, cientos de compañeros acudirán desde la marisma, su olor es como un grito. Berta se arroja sobre el gordo con la lata en alto, pero al intentar atizarle nuevamente, con inesperada agilidad, Lagartijo levanta el pie y lo utiliza para zancadillearla. Como hace varias horas en el parque, es una zancadilla limpia, incontestable, que hace caer a Berta sobre la grava y golpearse la barbilla otra vez. La lata de salchichas sale rodando en dirección al bloque, pero no llega a la acera, Nico acaba de pisarla. Tiene el palo selfie en la mano, con su móvil acoplado, pero no va a grabar. Por una vez no va a grabar. Porque al contemplar la escena un asco que creía olvidado se revuelve dentro de él. Está viendo a la chica del pelo amarillo tumbada, llena de heridas y moratones. Está viendo el movimiento del gordo intentando ponerse de pie, diciendo cacho puta, incapaz de contener las babas. Está viendo una escena que vio muchas veces, escondido en su habitación, a través de la

ranura de su puerta, y siente que aquellas sensaciones que creía olvidadas, que de hecho no recordaba, porque habían sido barridas por su memoria selectiva, vuelven a él de forma furibunda. En sus manos tiene la lata, como muchas otras veces en las manos el teléfono para avisar al número que no deja rastro en la factura, pero esta vez no cerrará los ojos ni se tapaná los oídos, es una lástima, además, porque hubiera sido un vídeo glorioso, de los de abrir un informativo, los que te hacen verdaderamente célebre, pero al final opta por correr hacia la escena, mientras el gordo toma de los pelos a la chica, mientras dice cacho puta otra vez. Le tiemblan las piernas, pero no duda: con toda su furia golpea al gordo en la cabeza, una, dos, tres veces, la tercera le da tan de lleno que hace que su orondo cuerpo trastabilie con la manta que porta en una de sus manos y lo haga caer como un bloque de hormigón.

El mosquito por fin lo ha conseguido, acaba de aferrarse con sus patas a la camiseta de la chica. Está bien agarrado, lo suficiente para soportar la carrera. Porque conforme las luces de distintas viviendas del bloque se van encendiendo —más reclamos para sus compañeros—, los vecinos alertados por los gritos, Berta echa a correr siguiendo los pasos de Nico, que le dice que lo acompañe. Ni siquiera la escalera hace a nuestro mosquito hembra desfallecer, por nada del mundo va a abandonar a su presa, esto es caza mayor. El gordo, tumbado en medio de la calle, se palpa la frente, notando cómo mana la sangre. Cacho puta, dice una vez más, y a su mareo natural, al que ya traía puesto de Casa Salustio, suma un nuevo mareo insoportable, unas ganas incontenibles de vomitar. Lo hace allí mismo, junto a la manta anudada a su cuerpo, la que ha hecho de insospechado cepo.

Hay luces en el primero, el segundo, el tercero. Nadie baja a la calle porque conocen a Rafael. Pero la policía viene de camino. Un vecino del primero lo ha visto claramente, la chica ha salido del maletero del coche, la llevaba metida allí dentro, y la hubiera matado si no es por el chaval del segundo, que le ha atizado con una lata. Los vecinos hablan asomados a los pasillos balconados, seguro que los compañeros de nuestro mosquito hembra se están dando un festín. Pero a Berta no se la va a quitar nadie, porque ya la tiene sentada solo para él en la habitación de Nico. El niño viene de la cocina con un vaso de agua, y también con algodón y un bote de agua oxigenada. Está nervioso, tiembla mientras le alarga el agua. Podrían competir en nerviosismo, porque ella tiritaba como si hubiera pasado una noche a la intemperie en el Ártico. Toma, sugiere él, ponte esto, y le ofrece una rebeca de chándal. Suerte que nuestro mosquito hembra ha descendido. Está en su pie izquierdo, los pies son uno de sus lugares favoritos, es muy fácil hundir la trompa en esa zona.

—¿Estás bien? ¿Todo bien? —pregunta Nico.

—Gracias —contesta ella—. Muchas gracias.

Y el niño siente la necesidad de abrazarla. Le extiende sus manos y la rodea. Tiene ganas de decirle que ya se acabó, que no sufra más, que ni ese hombre ni ningún otro volverá jamás a pegarla. Y que él nunca más cerrará la puerta de su habitación, ni se tapaná los oídos. Que estará ahí siempre.

Han llamado al timbre. Es un vecino, que avisa de que pueden estar tranquilos, que la policía ya viene de camino, y que el gordo del Bajo está KO, pero que no le van a permitir que suba. Que cómo está la chica, que si quiere llamar a su familia o ir al hospital, todos los vecinos están a su

disposición para lo que necesite.

Cuando el niño vuelve a la habitación, Berta está sonriendo. Está viendo el vídeo del *Bottle Flip Challenge* en la pantalla de su ordenador. El rostro de Berta es una carnicería, cubierto de moratones y de sangre. Aun así, su sonrisa le parece deliciosa. Salvando las distancias, se parece a la de Cassandra, su youtuber femenina favorita. Es posible que se esté enamorando.

—Dj Gamer. ¿Eres tú?

—El mismo.

—Qué cabrón. Debiste mancharlo entero.

—Es mi mejor vídeo.

Abajo se oye revuelo. Es la policía, que acaba de llegar. Ahora habrá bastante trajín: querrán interesarse, conocer a fondo todos los detalles. Pero todo ha acabado bien. También para nuestro mosquito hembra. Antes, tendrá que salir indemne de la habitación, sobrevolar la noche de los Gusanos y llegar vivo a la marisma, a salvo de los murciélagos, para poner sus huevos. Pero nadie le va a quitar la deliciosa sangre que ahora liba del pie de Berta, en absoluta tranquilidad, sintiéndose el mosquito hembra más feliz del mundo. Tiene que reconocer que no ha sido un día fácil, pero tanto esfuerzo ha merecido la pena.

Conforme el avión se eleva, todo el paisaje se va transformando en una gran miniatura. A pocos kilómetros del aeropuerto, apenas se percibe Pico Paloma, pero cuando el avión coge altura, en un momento determinado en que vira para cambiar de rumbo, es posible distinguir el lomo ancho y terroso del Roqueo, rematado por la extensa franja de aluminio del Mediterráneo, a la que no se le distingue el final. Aunque Federico intenta ubicarlo, le es imposible localizar en ese mapa fugaz la planta de Oilgas. Sí distingue, sin embargo, con bastante precisión, los enormes barcos que atraviesan el mar. Son como embarcaciones de juguete, desde esta distancia, como insectos, y él, arriba, se imagina también como un insecto más, solo que volador, contemplado desde la tierra. El avión sigue subiendo, rebasando bloques de nubes, hasta que abajo el mar y la tierra ya no se perciben apenas, solo hay un lecho de colores verdosos y cian, un asiento amable y en calma. En poco tiempo alcanzarán la altura máxima, en torno a los doce mil metros, con una temperatura exterior de unos cincuenta grados bajo cero. Muy cerca de allí, a apenas cinco kilómetros más de altura, se localiza la capa de ozono. Entre los quince y los cincuenta kilómetros se despliega esa zona de la estratosfera terrestre, que concentra el 90 por ciento del ozono de la atmósfera, absorbiendo la mayor parte de las radiaciones ultravioletas de alta frecuencia. Es imperceptible, con un espesor de apenas cinco milímetros, pero su efecto es determinante para la protección cutánea y ocular del hombre. Como también, desde aquí, es imperceptible el efecto del calentamiento global. Tanto si mira hacia el cielo como si desciende la mirada hacia la tierra, la sensación es de mansedumbre. El móvil en modo avión impide que lleguen los mensajes, y es imposible saber qué ocurre en estos momentos ahí abajo. Ya no está, viaja de regreso a casa, en menos de una hora y veinte minutos llegará a su destino y Mamen lo estará esperando en el aeropuerto. Ella volverá a protestar por la distancia que hay que recorrer desde la terminal hasta el aparcamiento, y Federico la secundará sugiriendo que por él mejor hubiera tomado un taxi para volver a casa. Forma parte del ritual de bienvenida, es el modo que tienen de echar abajo el muro de la extrañeza por tantos días de ausencia, bastantes más de los previstos, porque Mamen le había hecho el equipaje de tres trajes, y al final él se vio obligado a comprar incluso un par de camisas. Pero enseguida el muro quedará demolido y pasarán a hablar de sus hijas, de la pasantía de Arancha, del viaje a Dublín de Edurne, lo que más le gustará a Federico será entrar por fin en casa y reencontrarse con su aroma, ese olor característico de su hogar que es la forma más perfecta que imagina de un abrazo sincero. Todo eso tendrá que esperar todavía una hora y veinte minutos, pero entretanto nada le impide divagar, uno acaba acostumbrándose al soniquete de los

reactores, y cuando pasa la azafata con el carrito del aperitivo, a pesar de que hace menos de tres horas que ha desayunado y aún es temprano, le apetece tomar una copa; el vaso corto de plástico es inmundo pero el whisky, aun servido en su diminuta botella, tiene un sabor confortable. Desde ayer, el dolor de la muela ha desaparecido, su rostro ha vuelto a tomar su forma habitual, todo parece volver a su sitio. Ahí arriba se siente protegido, es como habitar un tiempo entre paréntesis, como caminar por unos puntos suspensivos, la invisible capa de ozono protege al mundo de las radiaciones y a él de los malos pensamientos. Cómo imaginar ahora que allí abajo, en aquel amable y maravilloso cuerpo azul, hasta hace solo unas horas todo parecía arder, todo estaba a punto de romperse en cualquier momento. Viajar a doce mil metros ayuda a mantener la distancia, si no hay forma de distinguir las imponentes chimeneas de Oilgas qué decir entonces del Aljaraluz Costa, los bloques de La Iruñuela, los Gusanos. De hecho tardará mucho tiempo todavía en saber lo que ocurrió anoche, habían detenido al gordo de las coquinas después de un intento frustrado de secuestro. La víctima, con la ayuda de un niño, consiguió evitar la maniobra, y al llegar la policía el hombre sufría heridas debido al enfrentamiento. De todo esto no se enteraría hasta mucho tiempo después, atando cabos y estableciendo conexiones, cuando dos o tres años más tarde, en una reunión con Arturo Albiñana, presidente del Banco de Alimentos, le narre la historia a modo de truculenta anécdota. Porque la policía, al llegar al lugar de los hechos, descubrirá que el maletero del auto utilizado para el secuestro contiene material robado del Banco. Nada comparado con lo que encontrarán en el domicilio del detenido, un verdadero almacén en el que hallarán muchos kilos de pañales de bebé y numerosas latas de conserva. Allí también hallarán evidencias del marisqueo ilegal de coquinas, y los investigadores acabarán destapando el asunto de la venta fraudulenta de cupones para ayudar supuestamente al trasplante de médula del pequeño David Peña. El niño, por cierto, se habrá salvado al final, gracias al hallazgo de una médula compatible. Saldrá en la mayor parte de los informativos nacionales algunos meses más tarde. Federico lo verá una noche, mientras cena junto a Mamen en el salón. Y en ese momento, con intensidad, al contemplar las imágenes de Pico Paloma, se acordará de Amanda. Recordará, no los días del declive, sus llamadas perdidas al móvil, sus mensajes de whatsapp llenos de tristeza, indignación y rabia, antes de verse obligado a bloquearla, sino los días felices, aquella disparatada noche en casa del pianista hippy —¿cómo se llamaba?—, cuando fumaron marihuana y escucharon a los Eagles. Lástima que muchos de sus recuerdos estarán enturbiados por la imagen de la chica rubia, con sus dragones tatuados y sus maneras impulsivas de militante de Femen, arrojándole pintura roja sobre el pecho. Cuando vuelva a Pico Paloma un año después, declinará alojarse nuevamente en el Aljaraluz Costa. Probará en el Radison, es una buena cadena, y estará allí solo el tiempo justo. Porque después de la pequeña crisis del empleado fallecido, y más tarde del pequeño vertido, todo quedaría de nuevo bajo control. El tiempo, como la altura, es la mejor forma de poner distancia, ayuda a ver las cosas de forma desapasionada. Qué somos sino hormigas entrechocando todo el tiempo y escupiéndonos nuestras ridículas vanidades, vomitando nuestro orgullo sin imaginar que desde arriba no parecemos más que existencias nimias, no mucho más valiosos que un mosquito hembra buscando sangre.

Esta mañana, el cielo amanece cubierto, gris y antipático. Para Amanda, que acaba de asomarse a la ventana de su pequeño lavadero, es una metáfora. En medio del feo cielo un avión

asciende, su estela se confunde con las nubes sucias. Igual es el avión en el que Federico se está alejando. Desde la noche del Balandro, había intentado contactar con él, localizarlo. Sus mensajes de whatsapp habían quedado sin respuesta. «¿Qué te pasa? ¿Es que ya no soy tu chica de Ipanema?», le había escrito, desesperada, la noche anterior, después de la actuación. Era el movimiento final, el que determinaría si daba o no el último paso, acudir a la 302. Pero, por toda respuesta, Amanda había encontrado silencio. Fue una actuación triste, pero muy convincente, sincera. En verdad, le había confesado a Tana mientras tomaban una copa después de recoger los bártulos, llevaba razón. Razón en qué, preguntó Tana, observando los ojos húmedos de Amanda. Hoy podríamos haber cantado *Family Man*, contestó ella. Tana alargó su gruesa mano, con los dedos doloridos, y le acarició el cuello. Amanda se lo concedió, agachando la cabeza, como un animal perdido y ávido de caricias. Mañana por la mañana, sería mucho peor. Mientras está en el lavadero, contempla el avión y le parece no muy distinto de cualquiera de los mosquitos pejiñeras que cada noche se cuelan por su ventana. Está mal, solo tiene ganas de llorar, pero esta noche le darán la puntilla. Será nada más llegar al Aljaraluz Costa, cuando en la recepción le extiendan el sobre que esa mañana ha dejado el cliente de la 302 a su nombre. Le resultará muy duro actuar, después de que se resguarde en el cuarto de baño, antes de entrar en el piano bar. Acompañada por la voz de Louis Armstrong en el hilo musical, abrirá el sobre con el corazón en un puño. Será humillante enfrentarse al contenido de la tarjeta, «Lo hemos pasado muy bien, chica de Ipanema», leerá, pero será mucho más humillante, demoledor, comprobar que viene acompañada de tres billetes de cien euros. Querrá morir allí mismo, querrá irse por el desagüe del váter sobre el que llorará acuclillada, sintiéndose un trozo de carne, un despojo.

No será mucho más fácil para Tana. Porque la conoce y al verla llegar sabrá que ya se ha producido el golpe; que el nuevo desengaño se ha materializado. Solo con observarla, solo con escuchar su tenue tono de voz, contemplar sus ojos enrojecidos, la mueca de su boca, lo sabrá. La abrazará con fuerza, intentando como siempre que el dolor no la atravesase, pero será imposible. Al llegar a la *Garota de Ipanema* ella ya no podrá más; bajo las luces y el humo buscará en el asiento vacío la mirada expectante de Federico. Y en medio de la canción, un nudo en la garganta la obligará a terminar antes de tiempo.

Después de llevarla a casa, como de costumbre, Tana regresará a la suya. Mientras fuma un par de canutos de marihuana, escuchando al bueno de Mike, estará atento al móvil. Sabe que Amanda acabará escribiéndole. Que le dirá que tiene frío, cansancio, ganas de morir, que maldecirá su mala suerte con los hombres. Pero quizá la conversación acabe con ella pidiéndole que vaya mañana a casa para comer juntos. Si eso no ocurre, acudirá a la residencia a visitar a su madre. Inventará para ella un nuevo recuerdo de su vida con Amanda y Nico. Por ejemplo, un nuevo día de playa, en el que él la observa mientras ella se agacha a por una concha, y el sol anaranjado del atardecer hace que su pelo llamee hasta abrasar el pecho de Tana. La quiero mucho, mamá, le confesará a su madre, la quiero tanto que me está destrozando por dentro. Su madre, una vez más, lo observará desde sus ojos vacíos. Tanito, Tanito, repetirá, chapoteando en su playa.

El avión es un insecto. Recorre el cielo de Pico Paloma como si escapara, como si intentara evitar ser despachurado. Cuánta sangre saldrá de aquel mosquito, piensa Berta, mientras observa

su vuelo desde la lancha. De momento se conforma con rascarse, a ella otro mosquito la ha picado en un sitio puñetero, junto al tobillo de su pie izquierdo, un lugar complicado para aliviarse. Anoche estuvo hasta tarde dando explicaciones, primero a la policía, después a sus padres. Desde comisaría los había llamado, e inmediatamente se habían desplazado hasta allí. Interpuso una denuncia contra el hombre, al que nunca había visto antes; en caso contrario no lo hubiera olvidado. Al parecer, la tranquilizó el comisario, el hombre tenía antecedentes por agresiones y había estado en la cárcel; en su domicilio habían encontrado evidencias de otros delitos. Sus padres se alarmaron al ver su cara, los cortes, los golpes, las heridas en las muñecas. El reconocimiento hospitalario fue breve, no requería ingreso, de manera que por fin volvió a casa. Estaba, además de dolorida, muy excitada, le costó trabajo dormirse. De aquella turbia experiencia solo había extraído una cosa positiva. Más concretamente, un encuentro. El niño que la había ayudado era youtuber, poco conocido pero qué importaba. Los vídeos eran idiotas, inocuos, pero no estaban mal hechos del todo. La bombilla se le encendió cuando el niño, con la locuacidad disparada por el nerviosismo, le había confesado que era un gran amante del trap. Me encanta esa música, en realidad lo de YouTube es una diversión, a mí lo que me gustaría es ser trapero. Entonces, contestó Berta, tienes que conocer a mi amigo Quico King.

Esta mañana han venido a eso. El niño trae el móvil, el palo selfie y un micro. Berta ha convencido a su amigo para que les dé una vuelta en lancha. Le va a presentar a Quico King, para que le cante temas de trap. La condición es que grabe cuando ella le diga, será en alta mar, Berta conoce el sitio.

Al llegar al puerto, Quico King los espera en la entrada de la terminal. Caraho, qué te hicieron, mi rubia, qué marranada es esta, dice, al percatarse de las heridas. Ya te lo explicaré, un lío, contesta ella, y a continuación le presenta a Nico. ¿Otro sobrinito?, se interesa Quico, pero Berta aclara, es un amigo, y además es youtuber. ¿Ah, sí?, no me digas, enseguida congenian, aunque Quico hubiera preferido que viniera sola. Al recibir la llamada de Berta sugiriéndole un nuevo paseo en lancha, y aprovechando que tenía una hora de descanso a mediodía, había fantaseado con la posibilidad de rematar la faena esta vez, sin necesidad además de recurrir a la burundanga. Lo del niño, claro, hacía descartar esa opción, pero el chaval le cae bien de inmediato. Sobre todo porque Berta le ha dicho que le gusta el trap. ¿Te gusta el trap, loco? Me encanta. Arcángel, Anuel AA, Jon Z, Khaled. Ah, qué bueno. Los tres montan en la lancha, mientras Quico y Nico no paran de hablar. Ahora vas a escuchar una primicia, mi pana, tengo un tema de estreno, y ella no se lo puede ni imaginar, susurra, señalando con la cabeza a Berta, que viaja en la proa, ajena a la conversación, contemplando frente a sí el Mediterráneo. Es ella quien dirige la marcha, mentalmente intenta recrear la fotografía de la mañana en que amaneció a la deriva, está allí mismo, rebasando Oilgas. Y por fin la encuentra.

El día está nublado, aun así se distingue la mancha, es cierto que no es tan escandalosa como la recordaba. Quico detiene el motor, y Berta le pide a Nico que grabe. Qué vas a grabar tú, mi loca, me vas a buscar la ruina. No te preocupes, Quico, es para un reportaje, no sacaremos la lancha, te lo prometo. Mira, rubia, que me juego el puesto, no me bufees que me voy a tener que regresar pa San Cristóbal. El avión cruza el cielo de Pico Paloma ascendiendo sin dejar apenas estela, y mientras Nico ajusta el móvil al palo selfie, Berta lo observa alejarse, es como un

mosquito. Se rasca el tobillo con furia antes de que el pequeño Nicolás pulse el REC. Quico, junto al fueraborda, prefiere no escuchar. No presta atención a las palabras duras que Berta dirige a Oilgas, mientras el niño enfoca la mancha de hidrocarburo, que flota sobre el mar como una enorme descomposición de tripa. Este es el respeto por el medioambiente de que hace gala Oilgas, este es el futuro sostenible que nos prometieron para el Roqueo. La viva imagen de la Responsabilidad Empresarial Corporativa, explica.

Ya lo tiene. Berta está satisfecha, es un buen material, incontestable, inapelable, como un atestado. Y ahora le toca el turno a Quico. Te he dicho, loco, que tenía una primicia. Pero no te he dicho que era para ella, confiesa. Está nervioso, y Berta se teme lo peor. Quico se atusa el pelo antes de seguir; se pasa la mano por la flamante autovía que le recorre la cabeza desde la frente hasta el cuello. Es el tema que te prometí, mi rubia. Y además, ya verás, le he metido autotune.

Nicolás sabe cómo hacerlo. Si conecta la grabadora de audio al móvil de Quico, puede grabar la canción ya editada, y apenas parecerá que es un playback. Quico contempla el mar, respira, tiene de frente, tras Nico y su móvil, a Berta. Así que cierra los ojos y se deja llevar por la canción que suena en el móvil. Nico ya está grabando, se oyen los primeros acordes, Quico se balancea, mueve la cintura como él sabe hacerlo, la base rítmica se desata y entonces viene la letra. Rubita / Me hace cosquillita / Mira cómo palpita / *on my heart* tú me hace pupita, y entonces el estribillo, Pita, Pita, Pita, que Quico secunda moviendo la pelvis, con andanadas al viento, como un perro eyaculando, pero con estilo, un, dos, tres, y después viene la segunda estrofa, su voz está deformada por el autotune, Nico está maravillado, es como si asistiera a un milagro, porque es una pasada, Rubita / A veces te pones tontita / Me mojas y me salpicas / Para esto no tengo tiritas, y todo eso levantándose la camiseta y mostrando sus recios abdominales, y ahora otra vez el estribillo, Pita, Pita, Pita, acompañado de los correspondientes espasmos pélvicos, y en la parte final de la canción Quico se desata, porque al Pita, Pita, Pita se une una segunda voz, en el playback no va a quedar del todo bien pero qué más da, esa segunda voz tiene intención melódica, Por qué te quiero tanto malditaaaaaaa, grita, solapándose con el Pita, Pita, Pita, y Quico está tan metido en el papel, y es tan consciente de estar protagonizando un momento cumbre, que al final de la canción, mientras todavía suena el ritmo, se imagina que está dentro de un videoclip, así que mira en lontananza, contempla el mar y levanta la vista, y a continuación se quita la camiseta y se tira de cabeza al agua. Nico aplaude, acaba de detener la grabación, y Berta también aplaude, aliviada de que por fin haya terminado el martirio; en el agua Quico asoma la cabeza, por Dios, qué mierda que tiene, dice.

El avión está ya muy lejos y muy arriba, vuela ahora a una media de novecientos kilómetros por hora, así que Federico no puede ser consciente de que, sin quererlo, ha propiciado el inicio de una carrera fulgurante. Se enterará semanas más tarde, cuando en Oilgas corra la noticia de que un empleado de mantenimiento de Pico Paloma se ha hecho célebre con una esperpéntica canción que se ha vuelto viral en redes sociales, saltando incluso a los informativos de televisión nacionales. No encontrará ninguna conexión con el vídeo que la chica de marras del tatuaje de dragones subió a YouTube, en el que denunciaba una pequeña fuga en el depósito de suministros de la terminal de Oilgas en Pico Paloma. La chica, nuevamente, había sido insistente, mencionando en redes sociales a todos los medios de la zona, de hecho fue el director de *La Voz del Roqueo* quien puso

sobre la pista a Alberto Mesa, el responsable de comunicación. También envió el vídeo al ayuntamiento, a la Asociación de Vecinos La Iruñuela, a todo bicho viviente de Pico Paloma. Suerte que la agenda mediática de esos días estaba copada por la presentación oficial de la Feria del Agua, el International Water Meeting, un acontecimiento excepcional y de enorme ambición con el que Pico Paloma se situaba definitivamente a la vanguardia de las grandes ciudades europeas de turismo sostenible y de calidad, con un compromiso con el medioambiente y la conciencia ecológica que transformaría la ciudad en el principal referente en materia smart del sur de Europa. Aquel vídeo tuvo una repercusión insignificante, pero al menos sirvió para que Oilgas tomara medidas y acometiera la conveniente limpieza del vertido, acompañada de un proyecto de reforma de los depósitos de suministro subterráneo. En cambio, el vídeo de Quico King que Dj Gamer publicó en su canal tuvo un alcance prodigioso.

En los colegios, los niños bailaban el Pita. Lo hacían durante el recreo, lo hacían en los cambios de clase, lo hacían a todas horas. Los padres protestaban, pero al final, en las actuaciones de fin de curso, profesores y alumnos bailaban juntos el Pita. Los padres recogían a los niños a las puertas del cole, ¿qué es ese baile?, ¿de qué va esa horrible canción?, preguntaban los menos avisados. Y entonces siempre había un padre socorrido dispuesto a enseñar el vídeo. Circulaba por los grupos de whatsapp, estaba en Twitter, y en YouTube, saltó a la televisión, y por la noche el presentador del late night más loco lo bailaba e incluso se tiraba a una piscina neumática instalada en el mismo plató. El Pita era un fenómeno global, y al cabo de poco, ahora que preparaba su primer disco con Virgin, Quico King dejaría algo de lado Internet para convertirse también en un fenómeno de la industria discográfica. El camino hacia el Grammy latino había comenzado. Pero nunca se olvidaría de sus orígenes, siempre estaría agradecido a Dj Gamer. Qué lejos quedarían, por cierto, los tiempos de sus raquíuticos diez mil seguidores. Para cuando Quico King estrenara su álbum, *Pita Pita on My Heart*, Nico ya habría superado los dos millones de suscriptores.

Eso Federico no puede ni imaginarlo, jamás será capaz de construir la secuencia de causas y efectos como lo hacemos nosotros. Pero si lo hubiera conseguido, seguro que habría pronunciado la socorrida frase que siempre tenía a mano en sus discursos sobre el cambio climático, aquello de Edward Lorenz y su célebre Efecto Mariposa: «El aleteo de una mariposa en Brasil puede producir un tornado en Texas». La Teoría del Caos calzaba como un guante para el calentamiento global. Sin embargo, observando los imprecisos tonos pardos y azules de su superficie, a doce mil metros de altitud, mientras saboreaba su whisky en un deleznable vaso corto de plástico, ya totalmente liberado del dolor de muelas y con el móvil en modo avión, lo cierto es que no le cabía en la cabeza que pudiera existir algo más hermoso que el jodido planeta Tierra.

Coda
El pensamiento positivo

Le cuesta encontrar el módulo en la recepción del edificio de oficinas. Está a punto de preguntar al conserje, pero por fin lo distingue, es uno de los carteles más diminutos que aparecen en la relación de módulos de la planta tercera.

Mientras sube en ascensor, donde viaja sola, se contempla en el espejo. Es la primera vez que opta por el pelo negro. De un negro intenso, azabache, como el alquitrán fresco. Y por primera vez, haciendo caso a su madre, ha optado por un traje chaqueta muy discreto que le oculta los tatuajes. Se mira, pero le cuesta reconocerse. No es ella, no es la de siempre. Lo del pelo no la disgusta tanto como ese horrible traje, con el que parece una yupi ochentera. Fue una concesión a su madre, después de que hace un par de semanas hubiera anunciado su intención de marcharse, volver a buscarse la vida por Madrid, intentar nuevamente volar sola. Tenía casi veintiocho años, llevaba desde poco más de los veinte dando bandazos, encabalgando prácticas de mierda sin remunerar, sin posibilidad de otra cosa que ir prolongando aquella situación de ruina hasta convertirse en una anciana en prácticas. Lo de AMPIPA, hacía dos meses, había acabado fatal, y el remate había sido lo del secuestro del gordo loco. Su crisis personal había sido intensa. Hasta que unos quince días antes, lo anunció: quizá era el momento de buscarse la vida por Madrid, no en el ruinoso negocio de la comunicación, sino de camarera, de empleada en un Starbucks, de vigilante de seguridad, de lo que fuese con tal de salir de allí de una puñetera vez. Esa noche su madre tuvo que pedirle a su hermana una de sus pastillas, y durante varios días se encontró muy mal. Pero tenía que comprenderlo, a su edad ella ya lo había conseguido, había construido una vida propia. Ahora no había ninguna expectativa, simplemente dar tumbos de precariedad en precariedad, sin más horizonte que un descenso sin final. Su padre, más mesurado, mantuvo una charla con ella. ¿Por qué no estudiaba unas oposiciones? Aquella opción le resultaba, de todas, la más chistosa. Para cualquier puesto de auxiliar administrativo se presentaban, en el mejor de los casos, diez mil personas. Eso sin contar con los evidentes chanchullos en el caso de oposiciones para funcionario municipal. Necesito volar, papá, le había dicho ella. Y él, simplemente, le había pedido que se diera unos días. Tienes talento, Berta, vales para lo tuyo, había comentado su padre. ¿Lo suyo? ¿Qué era exactamente lo suyo? Así que después de dos o tres días abúlicos, tras permanecer durante hora y media en el cuarto de baño, Berta apareció con un nuevo look. Nada de pelo amarillo o rojo. Ahora era negro intenso. Y no le quedaba nada mal.

De acuerdo, transigió. Buscaré opciones por aquí. Pero si en dos o tres meses no sale nada, me largaré. Su madre la abrazó conmovida. Esa misma tarde, irían de compras. Necesitaba una

vestimenta «decente», que transmitiese seriedad.

Aburrimiento, eso es lo que transmite, piensa ahora, mientras se contempla en el espejo del ascensor. Al llegar a la planta, busca el módulo. Lleva tacones altos, y aunque no está acostumbrada, por el corredor intenta mantener una zancada natural. Por fin lo encuentra. Postula, Searching & Content Media, se lee en la placa. Recibió la notificación de la oferta a través de una alerta del portal Infojobs, en el que estaba registrada. «Precisamos: Profesional de la comunicación. Licenciado con al menos cinco años de experiencia. Mente abierta, capacidad creativa y sobre todo espíritu positivo.» Eso decía la oferta. Que, sin embargo, se reservaba las condiciones de contratación. Después de inscribirse en el proceso, sorprendentemente rápido — no habían transcurrido ni veinticuatro horas—, recibió la citación para la entrevista. Y era nada menos que con el CEO de la compañía. A Berta le sorprende que sea el mismo CEO quien le abra la puerta. Está sin secretaria en estos momentos, es una circunstancia excepcional, aclara Monchi Valiente, mientras le tiende la mano. Pero lo que más le sorprende es la dejadez de la recepción. No solo porque la mesa de la secretaria está atiborrada de papeles, ni porque la luz del techo tiembla como la de una gasolinera de carretera terciaria, sino sobre todo por el letrero corporativo que se despliega en la pared: la A de Postula se ha desprendido, y en su lugar quedan solo los trazos del pegamento de su contorno.

El CEO de Postula la hace pasar a su despacho. Está atiborrado de pósts de colores con frases manuscritas. Tiene un póster de Steve Jobs. En los escasos muebles, hay diplomas enmarcados. Son diplomas, comprueba Berta, en su mayor parte, de asistencia a jornadas. Nada más sentarse, se siente acalorada. Aquellas frases son como insultos. Y hay demasiadas. El sofoco le sube de súbito, y además hace mucho calor. Debe de estar sudando, porque el CEO se levanta para abrir la ventana. Tienen el aire acondicionado estropeado, se disculpa. Al volverse a sentar, Berta se fija por primera vez en el tipo. Tiene la nariz muy colorada, como congestionada, y además no deja de tocársela. También se toca la corbata, que no se ciñe con firmeza a su cuello, enseñando el último botón de la camisa. El CEO tiene su currículum entre las manos.

—Bien, bien, bien —musita, mientras revisa las páginas. Junto a su asiento, en la pared, una de las frases, rematada por el dibujo de un icono sonriente, se le queda clavada en la cabeza. «La actitud es el pincel con el que la mente colorea nuestra vida», dice la frase, que pertenece a un tal Adam Jackson.

—Buen currículum, Berta. ¿Conoces qué hace Postula? —pregunta. Ella había sido precavida, y como de costumbre, como había hecho siempre, y como recomendaban todos los manuales básicos de Búsqueda Activa de Empleo, había hecho lo propio: consultar la web de la empresa. Sí, sabía lo que hacían, contenidos para redes, estrategias de marketing, todo eso.

—Vamos mucho más allá —matiza el CEO—. Producimos contenidos específicos para generar opinión. ¿Te suena Jim Messina? ¿The Fixer? Servicios avanzados y sensibles capaces de mover a la opinión pública.

—Ajá.

—¿Eres positiva?

—¿Qué?

—¿Eres una persona positiva?

Es lo que había puesto en su currículum, en el apartado de Actitudes personales. Eso también lo recomendaban en cualquier programa de Búsqueda Activa de Empleo, dentro del correspondiente apartado de Cómo Escribir tu Currículum. La introducción de valoraciones subjetivas de tono positivo sobre el propio perfil. Soy una persona positiva, había indicado ella, tenaz, a la que le apasionan los nuevos retos.

—Algunas personas quieren que algo ocurra, otros sueñan con que pasará, otros hacen que suceda —recita Monchi de memoria. Se atusa la napa colorada antes de seguir—. Sir Michael Jordan. Aún hoy, el jugador de la NBA más anotador de la historia. Y el único que ha conseguido volar jugando al basket. Él consiguió volar. Hizo que sucediera. ¿Qué puedes hacer tú?

Encontrar trabajo, piensa Berta para sí. Es lo que desea. Pero no más que salir de allí, dejar de sentir el acoso de todas esas imbéciles frases de autoayuda rodeándola.

—Creo que das el perfil. —Ahora Monchi junta las manos—. Activa, dinámica, resuelta. Con un currículum de solvencia contrastada. Que no hayas tenido más que contratos de prácticas es lo de menos. Lo que más nos interesa de ti es eso que pones ahí. Te apasionan los retos. En Postula estamos en un momento de cambios. Necesitamos adaptar nuestro modelo de empresa a los nuevos tiempos. Y eso requiere estructuras más ligeras, capacidad de ser flexibles, adaptabilidad. Se acabaron los viejos y apulgarados conceptos. Ser asalariados es el camino más corto hacia la castración, hacia la mediocridad. Antes que empleados, realmente busco socios, gente dispuesta a arriesgar. Y la única forma de arriesgar es que no exista solo una implicación de esfuerzo, sino también económica. ¿Qué te dice la palabra *crowdfunding*?

Berta contempla al CEO. Observa sus ojos brillantes, su nariz congestionada, la corbata mal anudada. Y de repente tiene la poderosa sensación de que esto es una cámara oculta, un experimento divertido, alguien debe de estar grabando. Porque el tipo acaba de decir, con total seriedad, que si invierte dos mil quinientos euros en Postula, entrará a formar parte de la base de socios-donantes de la empresa. Una oportunidad inigualable para ingresar en el capital social del proyecto, a cambio de una inversión insignificante, que está convencido de que recuperará en muy pocos meses. Porque la firma colabora con grandes marcas, la confidencialidad le impide dar nombres, pero tiene entre manos varias interesantes operaciones que, si cuajan, pueden darles muchas alegrías. Y encima, además, no tendría que trabajar allí, es lo bueno de un sector como el suyo, la materia gris no entiende de ocho a seis con una hora para el almuerzo, es un trabajo sin horarios, flexible, orientado a objetivos.

—¿Qué te parece? —pregunta el CEO—. ¿Harás que suceda?

El dragón tatuado en su brazo se revuelve bajo el traje chaqueta. Pugna por abandonar la superficie de su piel y penetrar en lo más hondo de su carne, para llegar hasta el estómago y ascender por la tráquea hasta su garganta, y desde allí saltar sobre el rostro del maldito CEO. Eso sería, de verdad, hacer que sucediese.

—¿Lo harás, Berta?

El calentamiento global
Daniel Ruiz

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Ilustración de la portada: ilustración de Eduardo Martínez. © Eduardo Martínez

© Daniel Ruiz García, 2019

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2019

ISBN: 978-84-9066-748-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltallerdelllibre.com

Daniel Ruiz
EL CALENTAMIENTO
GLOBAL

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES